Diseño de cubierta
Sergio Ramírez

Título original
La fabbrica della strategia: 33 lezioni su Lenin

Traducción de
Óscar Chávez Hernández

Traducción del Prefacio
Raúl Sánchez Cedillo

© Antonio Negri, 2004
© Ediciones Akal, S. A., 2004
para todos los países de habla hispana
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 91 806 19 96
Fax: 91 804 40 28
ISBN: 84-460-1829-2
Depósito legal: M-16.015-2004
Impreso en Lavel, S. A.
Humanes (Madrid)

La fábrica de la estrategia: 33 lecciones sobre Lenin

Antonio Negri

Índice general

Prefacio a la presente edición, Antonio Negri 7

I. Lenin y nuestra generación 15

1. Por una lectura marxista del marxismo de Lenin 15
2. De la teoría del capital a la teoría de la organización (1). Lucha económica y lucha política: lucha de clases 25
3. De la teoría del capital a la teoría de la organización (2). El carácter obrero de la organización: el partido como fábrica 37
4. A propósito del camino recorrido por Lenin desde la teoría del capital a la teoría de la organización: apuntes 46
5. De la teoría de la organización a la estrategia de la revolución (1). La independencia proletaria 55
6. De la teoría de la organización a la estrategia de la revolución (2). La fábrica de la estrategia 61
7. De la teoría de la organización a la estrategia de la revolución (3).La organización por el comunismo 70
8. A propósito del camino leninista de la teoría de la organización a la estrategia de la revolución: apuntes 76
9. La insurrección como arte y práctica de las masas 84

II. Lenin y los soviets en la Revolución Rusa y algunas consideraciones sobre el sovietismo 95

10. Los soviets, entre la espontaneidad y la teoría 95
11. Lenin y los soviets entre 1905 y 1917 104

12. Los soviets y la inversión leninista de la praxis 111
13. La transformación reformista de la praxis: ¿soviets en nuestros días? .. 122
14. La verificación de una pregunta retórica: ¿el soviet como órgano de poder? 128
15. El sovietismo de las masas y las urgencias de la lucha obrera 134

III. *Intermezzo* sobre la dialéctica: los cuadernos de 1914-1916 141

16. La dialéctica como forma recuperada del pensamiento de Lenin 141
17. Lenin lee a Hegel 149
18. Entre filosofía y política: el arma dialéctica 157

IV. Los fundamentos económicos de la extinción del Estado. Introducción a la lectura de *El Estado y la revolución* 167

19. «¿Quién empezará?» 167
20. El concepto de Estado en general. Se puede, se debe destruir 176
21. Concepción oportunista y concepción revolucionaria de la «extinción» del Estado: odio obrero contra el socialchovinismo 188
22. La problemática de la «extinción» del Estado: contra la igualdad 194
23. Primera aproximación a la definición de los fundamentos materiales de la «extinción»: contra el trabajo, contra el socialismo 203
24. Una anticipación de Marx a propósito de la cuestión de la «extinción»: contra la ley del valor 212
25. Por una revisión de la problemática de la transición: el socialismo imposible, el comunismo cercano 219
26. Otra vez sobre la revisión de la problemática de la transición: la palabra a las masas 227
27. Transición y dictadura proletaria: el interés obrero particular 234
28. Transición, infraestructura material y expansibilidad del gobierno de la clase obrera 243
29. A modo de conclusión provisional: Lenin y nosotros 250

V. Apéndice sobre el «izquierdismo»: una conclusión y un inicio 257

30. Un equilibrio difícil 257
31. Una definición del izquierdismo y algún ejemplo (¿adecuado?) 264
32. Hacia un nuevo ciclo de luchas 273
33. De *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* al *¿Qué hacer?* .. 279

Prefacio a la presente edición

Este libro data en su forma actual de los años 1972/1973, aunque algunas de sus partes fueron redactadas (o contaban con una redacción parcial) diez años antes. Por supuesto, la forma en que se presentan estos ensayos es la definitiva. Al publicar de nuevo estas lecciones no he creído necesario modificarlas en ningún aspecto. ¿Por qué? En su relativa ingenuidad, son constructivas, creativas y alegres.

¿Cómo nació este texto? ¿Cómo surgió en mí la idea de escribirlo y por qué me vi profundamente espoleado a hacerlo por mis compañeros de entonces? En la década de los setenta, en el PCI, pero también en el área bastante distante a ésta en la que yo militaba, Lenin estaba muy presente en el movimiento. La discusión sobre sus textos y el posicionamiento de los movimientos con respecto a la tradición leninista resultaba esencial. Ahora bien, el campo leninista se diferenciaba con arreglo a líneas de separación bastante profundas. No creo equivocarme al afirmar que en Italia había dos corrientes principales de interpretación en el interior del movimiento obrero de la época. En la mayoría togliattiana del PCI, la adhesión ortodoxa al leninismo se presentaba con una fidelidad filológica tan fuerte como oportunista. En aquel clima, el gramscismo era utilizado como teoría reformista de la transformación social, mientras que el concepto gramsciano de hegemonía era interpretado como dispositivo de consenso que debía sustituir a la voluntad de potencia y a la prescripción leninista de la dictadura del proletariado. (Pobre Gramsci, al que traicionaron dos veces, la primera en tanto que pensador auténticamente leninista y la segunda como autor de una improbable teoría democrática del comunismo.) En segundo lugar, en el periodo comprendido entre las décadas de los sesenta y los setenta había otros grupos seudoleninistas presentes en el mercado ideológico del movimiento obrero y proletario. Se trataba, sobre todo, de grupos

marxistas-leninistas, a menudo figuras organizativas caricaturescas, simbólicas antes que políticas, financieras y apropiadoras antes que subversivas y cooperativas. En aquellos grupos y en aquella sensibilidad, la idea del leninismo se había mendigado en la imagen descompuesta que de la misma ofreciera el estalinismo: leninismo significaba delegación de la decisión política revolucionaria a un líder o a un grupo dirigente; significaba fetichismo de la autoridad y exaltación de una simbología dictatorial. En términos populares, en este ámbito se solía representar al comunismo como iglesia o, peor aún, como secta, y en ocasiones como contenedor del populismo más desenfrenado.

Por otra parte, en el ámbito internacional, allende las fronteras italianas, existieron y existían fuerzas y programas que, con una importancia que iba más allá de las figuras caricaturescas de la discusión italiana de la década de los setenta, se proclamaban leninistas y que, durante la Guerra Fría, se opusieron a las dos superpotencias de la época. Para estas fuerzas no cabía duda de que la URSS representaba una traición al marxismo. Lo que se trataba de discernir era la posibilidad de identificar una oposición leninista a esta traición al marxismo. Entre estas fuerzas había, en primer lugar, una corriente que me interesaba mucho: se trataba de los bordiguistas, que polemizaban –en nombre de un duro objetivismo materialista– contra el voluntarismo estalinista. Los bordiguistas trataban de reinterpretar la historia regida por saltos insurreccionales, descrita por el leninismo, sirviéndose de una teoría del ciclo revolucionario: aunque en un primer momento esta teoría parecía alejar la esperanza de la revolución, en un segundo momento determinaba la revolución como un acontecimiento completamente necesario. En aquellos años, entre las décadas de los sesenta y los setenta, tuve algunos amigos bordiguistas: en Italia algunos compañeros cremoneses, en Francia Robert Paris y otros. Tenía la impresión de que el bordiguismo daba respuesta a una instancia revolucionaria abierta y eficaz conforme a su doble presentación como resistencia e insurrección, como organización y acontecimiento: tenía la impresión, por lo tanto, de que una teoría del sujeto (como la que estaba elaborando en aquel entonces) podía someterse a este dispositivo. Estas alternativas teóricas al leninismo siguen presentes hoy: pueden leerse, sin gran espesor político, en Alain Badiou, por ejemplo. Había, además, una segunda línea que me interesaba más aún. Algunos compañeros que se movían entre Europa y Estados Unidos tuvieron ocasión de conocer a los militantes y teóricos de Facing Reality. Estos procedían de la *rank and file* [base] obrera de aquella izquierda comunista que en Estados Unidos se presentara como trotskismo: presentaban líneas de interpretación subjetivistas del leninismo muy fuertes, que se adscribían al marxismo crítico de Dunayevskaia y lo renovaban. Su subjetivismo estaba sólidamente arraigado en la nueva clase obrera del New Deal y se concretaba en la constante investigación sobre la relación entre composición técnica y com-

posición política del trabajo industrial. Así pues, se trataba de un subjetivismo alto, abierto a las transformaciones tecnológicas de la organización de la fuerza de trabajo, a las transformaciones sociológicas del desarrollo y a una viva imaginación de la transición revolucionaria.

El *operaismo* italiano se había posicionado de otra manera con respecto al entorno nacional e internacional. El *operaismo* italiano representaba al mismo tiempo una posición totalmente revisionista con respecto a la hipótesis de Lenin, y una plena reivindicación de su proyecto revolucionario. Desde este punto de vista, el artículo de Mario Tronti «Lenin en Inglaterra»[1] fue el comienzo de nuestro discurso. En él Tronti afirmaba que, en la actualidad de la década de los sesenta, la hipótesis leninista había de vérselas con un cambio radical, con una cesura de la composición social del proletariado: de donde se desprendía una necesaria revisión del proyecto revolucionario. En la revista *Classe Operaia*, a comienzos de esa misma década, todos aceptamos este planteamiento del problema «Lenin»: más tarde algunos compañeros renegaron del mismo o encomendaron al olvido este proyecto de investigación... Estaba y sigo convencido de que hemos de reanudarlo del mismo modo que entonces.

En las lecciones de las décadas de los sesenta y los setenta que volvemos a publicar en este volumen, la primera hipótesis («Lenin sigue vivo, pero se confronta con una nueva realidad de clase»), esto es, la hipótesis trontiana, comenzó a reconsiderarse y a reelaborarse. El revisionismo revolucionario (esto es, la percepción del cambio técnico de la composición del proletariado a la que corresponde un cambio político) es elogiado en primer lugar como dispositivo epistemológico e instrumento de organización de la continuidad de un proceso revolucionario: por supuesto, éste es formado, producido y reconfigurado por luchas, por victorias, por derrotas, pero también y, sobre todo, por cambios ontológicos del sujeto que es su protagonista. En segundo lugar, la crisis del marxismo teórico después de 1956 (esto es, después de la publicación de los informes sobre Stalin en el XX Congreso del PCUS) fue percibida como una crisis positiva, constructiva, creativa. Las revoluciones y su necesidad, las teorías y sus posibilidades, intercambiaban aquí sus papeles: hoy la teoría extraía la subjetividad y la disponía para una nueva adecuación al presente. Se abrió entonces, por así decirlo, una especie de extraño «proceso patrístico»: quiere esto decir que la renovación del marxismo (tal y como aconteciera al cristianismo en los primeros siglos de su historia) empezaba a producirse; sobre las ruinas y los errores, sobre los enfrentamientos políticos y las rearticulaciones onto-

[1] Mario TRONTI, «Lenin in Inghilterra», *Classe Operaia*, año 1 (enero de 1964), ahora incluido en «Lenin en Inglaterra», *Obreros y capital*, Madrid, Cuestiones de Antagonismo 8, Ediciones Akal, 2001.

lógicas del sujeto, comenzaba, en definitiva, a configurarse una nueva síntesis para el porvenir. En tercer lugar, la hipótesis leninista de revolución nos parecía ir mucho más allá y ser infinitamente más pura que el Termidor estalinista. El Terror revolucionario es real, determina una discontinuidad histórica profunda, destruye radicalmente la reproducción de las clases dominantes: ahora bien, a su vez es siempre mistificador cuando, junto a este saneamiento del espíritu, reintroduce nuevos estamentos del dominio y nuevas formas de poder de mando. No obstante, el Termidor estalinista no responde a una continuidad con la revolución leninista: en efecto, la continuidad del leninismo sólo la encontramos en los heterodoxos de la Revolución de Octubre... En la literatura y en el imaginario, Maiakowski, Bajtin y Lukács son los continuadores de Lenin... Como en el derecho lo es Pashukanis... Como en la política lo es Mao. Leed *Die Massnahme [La medida]* de Brecht: encontraréis allí, en la monstruosidad del terror revolucionario, la reivindicación de la originalidad heterodoxa del dispositivo leninista... En fin, percibiendo que después de 1956 la teoría podía recobrar el lugar que en el desarrollo de la lucha de clases le había arrebatado el estalinismo, redescubríamos en el leninismo una matriz productiva de nuevas formas organizativas, un origen cada vez más poderoso a la hora de desarrollar la fuerza revolucionaria. A principios de la década de los setenta estábamos viviendo el paso de la hegemonía de clase del obrero masa y de la hegemonía organizativa del intelectual externo a nuevas formas de organización del obrero social y de la fuerza de trabajo interna a la producción intelectual: no cabía duda de que este proceso de transformación de la subjetividad política no se detendría en aquel punto. Lo sabíamos; es más, percibíamos ya la presencia auroral de nuevas figuras organizativas en la praxis y en la teoría revolucionaria. Lenin era para nosotros un *ensayo metodológico* para el análisis de la transformación de la lucha de clases, era el *schiboleth* [«la contraseña»] de una continua refundación revolucionaria a través de la transformación revolucionaria de los sujetos.

Quisiera abrir aquí un paréntesis para recordar el clima, los lugares y las personas que acompañaron la labor emprendida con estas lecciones sobre Lenin. Como decía hace un instante, algunas de estas lecciones (en particular las lecciones sobre los soviets) ya habían sido elaboradas en forma de artículo a principios de la década de los sesenta. Otras –las que versan sobre Lenin y la teoría del partido– habían sido presentadas con anterioridad en algunos cursos en la universidad de La Sapienza de Roma. No obstante, estas lecciones fueron expuestas en el Instituto de Ciencias Políticas de Padua, que dirigía entonces (como verdadero «malvado maestro»), en 33 sesiones efectivas. Estoy muy orgulloso de mi trabajo académico: preparaba estas lecciones, las daba ante un público bastante amplio de estudiantes y quedaban además registradas en una grabación. Luego Gabriella y Elisabetta las pasaban a máquina. Corregí las lecciones y las adapté para su publica-

ción durante el verano de 1973. Impartí el curso sobre Lenin sólo en el de 1972-1973: el «malvado maestro» no se repetía ante sus estudiantes... Cada año se impartía un curso distinto y las discusiones en el seminario contribuían a verificar los temas y a establecer los puntos de las intervenciones didácticas del año siguiente. Ahora, reconsiderándolo, tengo que admitir que un seminario así resultaba completamente inasimilable para la universidad italiana: fue, a su vez, un seminario leninista. En 1979 nos metieron a todos en la cárcel. Sin embargo, no podéis imaginaros hasta qué punto y en qué medida fue capaz (hasta aquel momento) de ser subversivo aquel instituto... Luciano Ferrari Bravo, Sandro Serafini, Sergio Bologna, Guido Bianchini, Christian Marazzi, Maria Rosa dalla Costa, Lisi del Re, Ferruccio Gambino y tantísimos otros que pueblan las crónicas intelectuales de las tres últimas décadas se habían instalado en el instituto. Por otra parte, pasaban por él numerosos e importantes amigos y compañeros extranjeros: de Agnoli a Bruckner, de Harry Cleaver a John Merrington y Selma James; de Yann Moulier Boutang a Coriat y De Gaudemar..., así como los italianos ilustres, siempre en discordia, pero obligados a la discusión, de Rossana Rossanda a Trentin y Carniti; también los laboristas, de Giugni a Tarello y Ghezzi..., hasta el gran Mancini, Giannini y Caffe. Asimismo, las investigaciones del CNR, que en aquellos años, entre un número restringido de institutos universitarios, afluían a nuestro Instituto de Ciencias Políticas: produjimos obras importantes sobre temas enormemente actuales, desde el análisis de las estructuras de centralización y de los procedimientos administrativos de la Comunidad Europea hasta la investigación directa sobre las transformaciones del trabajo, entre fábrica y sociedad, entre trabajo inmaterial y trabajo social. Conjuntamente, el instituto dirigía un par de colecciones científicas en la editorial Feltrinelli y varias colecciones para la Cleup[2]. La hipótesis de una reinvención teórica del comunismo y de una superación insurreccional de las estructuras del Estado hacia la libertad, la hipótesis leninista, viajaba en constante reactualización surcando este mar de iniciativas y de proyectos concretos.

El instituto fue destruido por un golpe de mano represivo orquestado por un juez de nombre Calogero e inspirado por las estructuras ocultas del Estado, de la Democracia Cristiana y del Partido Comunista Italiano: consistió en definir el instituto como centro teórico de las Brigadas Rojas. El heroico magistrado que elaboró este teorema se ha labrado una estupenda carrera judicial; los infames delatores y provocadores que fabricaron pruebas y llevaron a la cárcel a los profesores de este instituto siguen siendo diputados de la izquierda reformista (pero también de la que se llama revolucionaria) y/o, por supuesto, de la derecha; los profesores paduanos que apoyaron la operación, por lo general ineptos en su trabajo, se labraron magníficas

[2] «Cooperativa libraria editrice degli studenti dell'università di Padova.»

carreras académicas, aunque hoy ya no presentan (¡pusilánimes!) su trabajo en el «*affaire* 7 de abril» como ingrediente de sus currículos. Sin embargo, podrían hacerlo: la clase política no ha cambiado gran cosa; su anticomunismo se ha multiplicado en todos los sentidos, hasta el punto de que hoy ya ni siquiera es necesario legitimar la infamia, como hizo un presidente de la República (el muy *onorevole*[3] Pertini) que aprobó sólo dos días más tarde, el 9 de abril de 1979, las detenciones preventivas del 7 de abril...

No son la amargura ni el escándalo los que dictan estas palabras. No lo hace sino el desprecio leninista hacia todas las moscas palaciegas que, declarándose socialistas, sirven a los patrones. Tampoco habría espacio en este escrito para hablar de la sordidez de los medios de comunicación italianos de entonces (¿y de ahora?)..., pero aquí no cabe el escándalo porque la infamia es de servicio y la falsedad está generosamente remunerada por los patrones de los medios de comunicación. Aquí sólo cabe la certeza y la denuncia del hecho de que toda la izquierda italiana se vio involucrada desde entonces en la corrupción del derecho.

Buena parte del pensamiento, de las pasiones y de las personas que emprendieron contra estas «33 lecciones sobre Lenin» una acción represiva, destructiva y reaccionaria han muerto y han caído en el olvido. Estas lecciones, por el contrario, vuelven a publicarse ahora. El proceso de transición político que en ellas aletea en torno a una nueva teoría de la organización de los explotados, entre clase obrera y nuevas formaciones proletarias, entre clase obrera y multitud posmoderna, ha avanzado ya considerablemente. Sin embargo, eso no es todo: no se trata únicamente de la constatación de que la epistemología leninista se ha impuesto y que, por ende, la entrega del testigo revolucionario de un sujeto a otro en el proceso histórico es verdaderamente perceptible y advertida por todos, se trata, además, de que este tránsito se presenta en lo sucesivo como tejido de una revolución global, de la multitud contra el Imperio. Por supuesto, muchos de los presupuestos fundamentales de estas lecciones y muchas condiciones que sostienen el razonamiento que en ellas se expone han cambiado. Y ¡qué importa! Las fuerzas subjetivas, imponiéndose en la historia, cambian nuestros modos de conocimiento de la historia; el movimiento de la realidad interpreta a la misma realidad. La abstracción leninista ha vuelto a cobrar realidad porque la utopía leninista ha vuelto a ser un deseo. Resulta bastante divertido comprobar que algunos grandes literatos burgueses recuperan, en estos tiempos de transformación y transición de una época a otra, la figura de san Pablo como testigo del tránsito: a nuestro juicio, sólo la figura de Lenin presenta, para el comunismo, las dimensiones de la revolución paulina. Tenemos

[3] *Onorevole* es también en Italia la apelación que corresponde al titular de un escaño en el Parlamento Nacional [N. del T.].

una tarea pendiente: reconstruir el materialismo histórico y la teoría del comunismo en la era imperial: estoy convencido de que estas antiguas lecciones representan a tal objeto una útil introducción.

A. N.

Roma, diciembre de 2003

I

Lenin y nuestra generación

1. POR UNA LECTURA MARXISTA DEL MARXISMO DE LENIN

Este año trabajaremos en torno a Lenin, sin pretender llegar a una definición integral de su figura, sino tratando, más bien, de confrontar algunos problemas que nacen del pensamiento leninista con la problemática que actualmente atraviesa al movimiento de clase, y lo haremos en tres bloques de lecciones-clases y algún que otro entreacto y apéndice complementario. Los tres bloques de clases son los siguientes: un primer bloque de carácter propedéutico, sobre la dinámica interna del pensamiento leninista. Trataremos de seguir la manera en que se forman los problemas de la teoría política de Lenin, comparándola con la manera en que nosotros abordamos temáticas análogas. Un segundo bloque de lecciones hará referencia, de forma más específica, al discurso sobre la organización y, en particular, a la temática partido-soviet en el pensamiento de Lenin. Por último, el tercer grupo de lecciones se centrará en la temática de la extinción del Estado a partir, por un lado, de su obra *El Estado y la revolución* y, por otro, de la condición actual de las relaciones de fuerza entre las clases y el desarrollo de las fuerzas productivas. A estos tres bloques de lecciones y cuestiones se añadirán algunas notas y apéndices (que girarán en torno a la dialéctica en Lenin, al sovietismo, a *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*): tres bloques de lecciones de contenido desigual e importancia diferente. A pesar de estas desproporciones, la invitación a pensar y a actuar que provoca la lectura de Lenin es tan fuerte y apasionante que sacaremos, sin lugar a dudas, utilidad a este trabajo.

Comencemos entonces por el primer tema: Lenin y nosotros, Lenin y la experiencia política del movimiento en estos años, y hagámonos la pregunta: ¿cuál ha sido la contribución del leninismo a nuestra formación teórico-política? La pregunta invita a la

confrontación y, como sucede con cualquier confrontación, aparece implícita la solicitud de un juicio de valor, que puede ser expresado radicalmente de esta manera: nos preguntamos si Lenin, para nosotros, sigue significando algo, si el método utilizado por Lenin sigue siendo válido en nuestros días, y si éste se corresponde con la práctica de investigación y de acción que, a menudo espontáneamente, hemos hallado y renovado dentro de la lucha de clases. «Espontáneamente», se entienda bien, no porque el espontaneísmo sea nuestra religión, sino porque nadie, durante las décadas de los cincuenta y los sesenta, nos ha ayudado a analizar la lucha de clases. Para dar respuesta a esta serie de preguntas será preciso repasar la evolución del pensamiento leninista en su totalidad, deteniéndonos en sus articulaciones fundamentales: primer periodo: análisis del capital; segundo periodo: temática de la organización; tercer periodo: lucha contra la autocracia y, consecuentemente, aproximación orgánica a la definición del proceso revolucionario; cuarto periodo: temática de la insurrección; quinto periodo: temática de la construcción del socialismo en la fase de la dictadura proletaria. Y será necesario seguir este proceso teniendo siempre presente no sólo sus contenidos, sino también la relación entre táctica y estrategia, el elemento más característico del discurso de Lenin. Respecto a Marx, el acontecimiento de la lucha de clases y el desarrollo de las fuerzas productivas determinan que Lenin valore de un modo extraordinario el aspecto de la táctica como elemento que enriquece en general el pensamiento marxista. Es cierto que los textos de Marx sobre la Comuna son un ejemplo de inteligencia de lo concreto histórico, de capacidad para identificar el momento insurreccional y desarrollar la teoría a partir de él: pero también es cierto que en Lenin –como observa Tronti en *Obreros y capital*– la relación entre teoría y praxis revolucionaria, entre definición de la estrategia y determinación de los movimientos tácticos, y, sobre todo, el nuevo uso de la mediación organizativa imprimen un desarrollo cualitativamente nuevo a la teoría comunista en su conjunto[1].

Empecemos, pues, con un discurso puramente introductorio. Cómo leer a Lenin hoy. Dejo para otra ocasión la crítica al modo de leer a Lenin que se ha introducido en el movimiento comunista oficial. No cabe duda de que la tentación dogmática y el oportunismo más genuino se han articulado y compensado en la lectura de Lenin que hemos conocido en las últimas etapas del desarrollo teórico del movimiento comunista y que nosotros hemos vivido directamente. Lenin aparece como el autor que lo ha dicho todo, el autor que ha glorificado la insurrección... y, al mismo tiempo, el autor que ha escrito *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*: un filón de argumentos y contraargumentos donde la teoría se transforma en eficiencia filológica al recorrer el trayecto más corto entre dos oportunas citas. Sin embargo, dejando a un lado la

[1] Mario TRONTI, *Operai e capitale*, Turín, Einaudi, 1972 [ed. cast.: *Obreros y capital*, Madrid, Cuestiones de Antagonismo 8, Ediciones Akal, 2001].

tentación dogmática y oportunista, es necesario reconocer que el pensamiento de Lenin presenta una serie de contradicciones formales, cuya relevancia es, en ocasiones, realmente sustancial. Teniendo, no obstante, en cuenta esta circunstancia, para nosotros la cuestión principal será determinar si el pensamiento de Lenin puede –y en qué medida– ser sometido a lo que podemos denominar un análisis marxista del marxismo. ¿Qué significa esto? Significa que, como punto de partida, los autores marxistas deben ser sometidos a una crítica histórico-práctica, que resulta fundamental para la definición y clasificación de su pensamiento. El propio Marx aporta, respecto a la evolución de su pensamiento, algunos ejemplos de lo que entiende por una ciencia marxista del marxismo, es decir, la capacidad de situar la inevitable discontinuidad y las variaciones del análisis político en el marco de una coherencia de diseño estructural: esto sucede, por ejemplo, en los textos sobre la Comuna, donde la primitiva oposición al avance del proceso insurreccional se transforma en análisis interno, adquiriendo un papel realmente activo en el propio proceso. El pensamiento es discontinuo porque la realidad es dialéctica y el movimiento, revolucionario y progresivo: «La revolución llega hasta el fondo de las cosas. Todavía se encuentra atravesando el purgatorio. Trabaja con método. Hasta el 2 de diciembre *no completó* más que *la primera mitad* de su preparación; ahora *está completando la otra mitad. Hasta la fecha, ha constituido a la perfección el poder parlamentario,* para poderlo transformar. *Ahora, una vez obtenido este resultado, presiona a la perfección al poder ejecutivo,* lo reduce a su expresión más pura, lo aísla, se alza frente a él, considerándolo como el único obstáculo, con el objeto de concentrar todas las fuerzas de destrucción contra él. Y, una vez que haya concluido la segunda parte de su trabajo preparatorio, Europa se levantará de su poltrona y gritará: ¡bien cavado, viejo topo!»[2].

En términos un poco más generales, esto significa que una de las características fundamentales de un discurso marxista sobre el marxismo es la aceptación de su inevitable discontinuidad y de la discontinuidad de su referente real. El pensamiento marxista podría tener una ficticia continuidad interna, una relación interna de filiaciones y de sus respectivos dignos antecedentes únicamente si lo consideramos como ideología. Pero esto no es posible: el pensamiento marxista sólo puede confrontarse con los problemas reales que paulatinamente se van renovando, y la continuidad que asume sólo puede ser aquélla –dinámica y contradictoria– derivada del sujeto revolucionario al que hace referencia. El marxismo es la continuidad real de un sujeto que propone la exigencia subversiva como continuidad de su propio ser: sólo en estas condiciones la teoría se convierte en potencia material. De ahí la discontinuidad del marxismo como

---

[2] Karl MARX, *Il 18 brumario de Luigi Bonaparte*, Roma, Rinascita, 1947, p. 108 (la cursiva es mía) [ed. cast.: *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, en Karl MARX y Friedrich ENGELS, *Obras escogidas*, 2 vols., Madrid, Ediciones Akal, 1975]

negación de la ideología: nunca podrá ser continuidad simplemente teórica, nunca filiación, jamás proceso continuo de un pensamiento que lleve a otro; siempre será ruptura y renovación de las hipótesis políticas frente a las necesidades, las exigencias, los nuevos atributos que presenta el sujeto revolucionario. La lectura y la crítica de un autor marxista sólo podrán llevarse a cabo a partir de un elogio a la discontinuidad real, único punto de referencia sistemático y continuo del marxismo.

Así pues, si pretendemos analizar el pensamiento de Lenin, el primer y más grave peligro que corremos es generar un discurso sobre el «leninismo». El «leninismo» no existe: o, mejor dicho, las proposiciones teóricas que encierra esta etiqueta deben ser reconducidas hacia los comportamientos y actitudes a los que hacen referencia; podremos medir su validez en el marco de la relación entre las necesidades de un sujeto histórico (el proletariado revolucionario) y la serie de problemas subversivos que este sujeto encuentra a su vez en su camino. ¿Quizá sea una reducción demasiado drástica de la densidad histórica del pensamiento de Lenin? No creo que sea útil tener tantas reservas al respecto. Con el objeto de corroborarlo y como ejemplo, quisiera destacar el discurso que Lukács, en su ensayo de 1924, realiza sobre Lenin. ¿Quién es Lenin?, se pregunta Lukács, y comienza su respuesta con el siguiente discurso: «El materialismo histórico es la teoría de la revolución proletaria. Esto es así porque su esencia es la síntesis conceptual del ser social que produce el proletariado y que determina el conjunto de su existencia; lo es porque para el materialismo histórico el proletariado que lucha por su liberación alcanza una conciencia auténtica. Por ello, la grandeza de un pensador proletario, de un representante del materialismo histórico, se mide en función de la profundidad, de la amplitud de perspectiva ante estos problemas. Y también en función de la intensidad con que es capaz de percibir correctamente, al margen de las manifestaciones exteriores de la sociedad burguesa, las tendencias revolucionarias que se están convirtiendo en algo cada vez más real y consciente»[3]. El materialismo histórico, es decir, el pensamiento de los teóricos del materialismo histórico, debe ser analizado, por lo tanto, dentro de una existencia determinada de clase, teniendo en cuenta tanto su presencia como su tendencia. Así pues, Lenin es esto, es la más completa representación de lo que Lukács denomina la «actualidad de la revolución». «Hoy día son pocos los que consideran que Lenin representa para nuestra época lo que Marx representó para el proceso capitalista general. Lenin identificó los problemas de toda una época a partir de los problemas de la Rusia moderna (desde los problemas derivados de un capitalismo que se desarrolla en el seno de un absolutismo semifeudal a los derivados de la realización del socialismo en un país agrícola atrasado): *el tránsito hacia la última fase del capitalismo y la posibilidad de dirigir la lucha a favor del proletariado y para salvar a la humanidad, una lucha convertida en mortífera en este país, entre la burguesía y*

[3] György LUKÁCS, *Lenin. Teoria e prassi nella personalità di un rivoluzionario*, Turín, Einaudi, 1970, p. 11.

el proletariado.»[4] Lenin es la actualidad de la revolución. Lenin interpreta, en una situación específica dada, en el marco de la relación específica de clase existente entre un sujeto histórico (el proletariado ruso) y la complejidad de la estructura de poder capitalista en la que éste se encuentra inserto, el conjunto de problemas que en ese momento, en esa fase, se propone afrontar el proletariado mundial. Dicho marxianamente, lo abstracto se hace concreto, es decir, suma de todas las determinaciones reales. La solución leninista del problema de la revolución en Rusia no es, por consiguiente, una solución que se remita simplemente al carácter de la relación existente entre el proletariado revolucionario ruso y la situación semifeudal de las relaciones de producción y dominio vigentes, sino que, como tal solución, y *únicamente* en cuanto tal, es también solución de un problema general: análisis, interpretación y solución práctica específica de una relación de clase y contribución general a la construcción del proyecto revolucionario, válida para todas las situaciones, en una época dada. El tránsito hacia la última fase capitalista se identifica con la posibilidad de invertir el sentido, a favor del proletariado y para salvación de toda la humanidad, de la lucha («el momento fatal de este país») entre autocracia y proletariado.

Creo que esta posición lukacsiana no sólo es correcta, sino profundamente leninista. En realidad (tal y como veremos en las próximas lecciones al tratar los textos leninistas propuestos), este sentido de la determinación, de la concreción de la situación que tenemos ante nosotros, esta aplicación de la ciencia marxista como elección de una relación específica que a su vez está formada por unas relaciones de fuerza determinadas, constituye la síntesis fundamental que Lenin realiza e impone a la ciencia marxista de su época: construir el partido bolchevique y protagonizar la Revolución de Octubre significó, de hecho, vencer esta batalla teórica. Así pues, elección de la relación de fuerza específica entre la clase obrera y el capital en un momento histórico determinado, y, en consecuencia, elección de la organización como resultado de la toma de conciencia de esta relación y del conjunto de nexos y articulaciones que se derivan de esta relación y que, a partir de la misma, constituyen la base de la transformación radical de la praxis. Esta elección del sujeto de la organización y de la transformación radical de la praxis es una elección sectaria, particular, enmarcada en una perspectiva que no busca tan sólo identificar la relación que se verifica secuencialmente entre clase obrera y fuerza capitalista, sino que, al mismo tiempo, trata de adquirir la capacidad para desbaratar la relación sobre la que se asienta, para identificar en todo momento la posibilidad de poner en crisis al adversario, para descomponer sus instrumentos de dominio, la posibilidad, en definitiva, de desencadenar la destrucción violenta de estos mecanismos. La teoría se articula, de forma absolutamente precisa, en función de la capacidad de utili-

[4] *Ibid.* (cursiva de G. Lukács).

zar la violencia. La violencia es el tejido sobre el que se tejen todas las relaciones políticas. El dominio del Estado es el dominio de la violencia y violencia pura y simple es la legalidad, el conjunto de formas constitucionales, las formas habituales del poder de mando capitalista. El marxismo descubre que la violencia no existe simplemente en las relaciones formales, sino en las relaciones cotidianas de producción y de vida; descubre que la ciencia del capital es la ciencia de la violencia capitalista, una de las formas utilizadas por el capital para organizar la violencia sobre sus sometidos: el marxismo es destrucción y transformación radical. La introducción de este vínculo directo entre conocimiento y violencia en el análisis de clase configura un punto de vista sectario, el punto de vista obrero, el punto de vista de la teoría marxista.

Desde este punto de vista debemos criticar inmediatamente, por su carácter inconcluso, algunas posturas que dentro de la teoría marxista tratan de eliminar del análisis la especificidad del sujeto proletario. A este respecto es representativa la posición de Louis Althusser[5], quien, en la medida en que tiende a definir la teoría como práctica de intervención y toma de posición de clase, se niega una y otra vez a atribuir estas acciones a un sujeto material, caracterizado por una dialéctica interna entre subjetividad y discontinuidad material, entre los distintos elementos que lo componen. La ciencia del proceso revolucionario se niega a convertirse en ciencia del sujeto revolucionario. Resulta fácil comprender los efectos de esta concepción: defensa de la reflexión y la mediación (bien del intelectual, bien del partido) contra la inmediatez dialéctica y, por lo tanto, contra la concreción (entendida desde un punto de vista marxiano) del sujeto revolucionario. ¿Cómo se puede denominar, sin embargo, a esta postura marxista o, peor aún, leninista, cuando para Lenin –como hemos empezado a ver y como el análisis demostrará más adelante– el problema fundamental es precisamente la especificidad del sujeto revolucionario y su configuración temporal y espacial? ¡Es evidente que constituir el partido es algo muy distinto a desearlo!

Pero entonces, volviendo a nuestro problema, ¿qué implica someter la teoría de Lenin al modelo científico que él mismo contribuyó a elaborar? Implica hacerse dos pre-

---

[5] Louis ALTHUSSER, *Lenin et la philosophie*, París, Maspero, 1972 [ed. it.: *Lenin e la filosofia*, Milán, Feltrinelli, 1972] [ed. cast.: *Lenin y la filosofía*, México DF, Ediciones Era, 1970]. Véase también *Réponse a John Lewis*, París, Maspero, 1973 [ed. it.: *Umanesimo e stalinismo*, Bari, De Donato, 1973] [ed. cast.: *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*, Madrid, Siglo XXI, 1970]. Se sobrentiende que consideramos de suma importancia las posturas de Althusser respecto a otros aspectos de su pensamiento. En concreto, la negación althusseriana de la categoría «idealista» del sujeto permite analizar la historia del movimiento obrero en términos no ideológicos, constituyendo una *pars destruens* realmente eficaz contra todas las derivaciones subrepticias que, a mi modo de ver, puede servir para introducir el mismo concepto de composición de clase: a este respecto véase «Ideologia e apparati ideologici di Stado», *Critica marxista* VIII, 5 (1970), pp. 23-65 [ed. cast.: «Ideología y aparatos ideológicos de Estado», *Posiciones*, Barcelona, Anagrama, 1977].

guntas. La primera es la siguiente: ¿qué tipo de sujeto analiza la perspectiva sectaria de Lenin y cuál es su horizonte teórico? Segunda pregunta: ¿cuál es el sujeto que hoy día puede y sabe interpretar a Lenin? Y, a continuación, habrá que preguntarse: este sujeto que en la actualidad lee a Lenin y asume su temática ¿se ha modificado o es, por el contrario, similar y homogéneo al anterior? Por un lado, nos preguntamos cuál es el referente del punto de vista leninista y, en segundo lugar, cuál es el referente actual de la lucha de clases y la ciencia marxista. Hoy día, nuestro referente se identifica con el obrero masa revolucionario, un sujeto que en la década de los sesenta desarrolló en Europa, y antes en Estados Unidos, una acción que dio origen a un periodo de crisis dramática del desarrollo capitalista[6]. Pero ¿cuál es el referente de Lenin? El referente de Lenin es la vanguardia obrera industrial rusa, culta –como señala acertadamente M. Cacciari–[7] en su «aislamiento». «El discurso de Lenin traduce en términos organizativos una estructura de clase real. Esta estructura afirmaba de forma perentoria el carácter *material* de vanguardia que aún mantenía la clase obrera industrial. Esto significa su aislamiento. La relación de producción capitalista madura –y, por lo tanto, la reproducción material de fuerza de trabajo y clase obrera– se encontraba aislada; era una relación de vanguardia. Sin embargo, las posibilidades del proceso revolucionario dependen directamente de las posibilidades de defender y desarrollar los mecanismos de producción de clase. Así pues, la tarea principal del partido revolucionario es impedir un ataque *masivo* contra estos mecanismos por parte de las relaciones precapitalistas de producción. He aquí el objeto de la estrategia leninista. Reforzar organizativa y materialmente a la clase obrera, teniendo en cuenta su aislamiento objetivo: transformar este aislamiento en vanguardia.» La diferencia que existe entre nuestro referente y el leninista no podría haber sido presentada con mayor claridad.

La composición de la clase obrera en lucha de nuestros días, la composición actual del proletariado en general, no tienen nada que ver con la composición proletaria y obrera que encontramos en los primeros años del siglo XX. De este hecho derivan dos consecuencias. La primera tiene un carácter formal y supone la confirmación de algo que se

---

[6] Cfr. a este respecto, además de M. Tronti, *Operai e capitale*, cit., S. BOLOGNA, L. FERRARI BRAVO, F. GAMBINO, M. GOBBINI, A. NEGRI y G. P. RAWICK, *Operai e stato*, Milán, Feltrinelli, 1972 [ed. cast.: A. NEGRI, «Keynes y la teoría capitalista del Estado» y «Marx sobre el ciclo y la crisis», ambos trabajos incluidos en A. NEGRI, *La forma Estado*, Madrid, Cuestiones de Antagonismo 23, Ediciones Akal, 2003, pp. 183-254]; Alessandro SERAFINI (ed.), *L'operaio multinazionale in Europa*, Milán, Feltrinelli, 1974; S. BOLOGNA, P. CARPIGNANO y A. NEGRI, *Crisi e organizzazione operaia*, Milán, Feltrinelli, 1974 (mi ensayo «Partito operaio contro il lavoro» incluido en este último libro se encuentra ahora disponible en *I libri del rogo*, Roma, DeriveApprodi, 1997) [ed. cast.: A. NEGRI, «Partido obrero contra el trabajo», *Los libros de la autonomía obrera*, Madrid, Cuestiones de Antagonismo 25, Ediciones Akal, 2004].

[7] M. CACCIARI, *Sul problema dell'organizzazione*, *Germania 1917-1921*, introducción a G. LUKÁCS, *Kommunismus 1920-1921*, Padua, Marsilio, 1972, p. 59.

ha repetido a menudo: que la continuidad del sujeto subversivo, delimitada por la ciencia marxista, debe confrontarse con la discontinuidad de la especificidad del sujeto, con la transformación dialéctica de las formas materiales que éste asume. En segundo lugar: no comprender la diferencia existente entre Lenin y nosotros en la relación histórica que configura el sujeto proletario significa no entender la ley dinámica del proceso. Lenin ha vencido. Hablamos de una victoria de la clase obrera lograda a través del leninismo que dio lugar a una dinámica específica y diversa de la relación capitalista: y esto implica una transformación, una configuración diferente del sujeto subversivo. No comprender esta transformación del sujeto significa no comprender la regla y el tipo de relación que el capital establece con la clase obrera. La clase obrera se halla fuera del capital en la medida en que provoca un impulso revolucionario, pero, al mismo tiempo que sucede esto, el capital trata de someterla, de reducirla de nuevo a fuerza de trabajo, considerándola a veces como clase obrera organizada para hacerla funcionar dentro de su proceso productivo, asumiendo algunas de sus reivindicaciones, a la vez que reestructura el sistema de explotación de tal manera que estas reivindicaciones sean englobadas y se conviertan a su vez en elemento de desarrollo cuando antes eran elemento de ruptura. Este tipo de vínculo, la redefinición de la determinación a través de la cual la clase obrera se sitúa frente al capital, se convierte en algo fundamental para la ciencia marxista. Nosotros denominamos a esta relación (con toda la complejidad que presenta en cuanto a sus comportamientos, sus modos de conciencia y sus necesidades) *composición* técnica y/o *política de la clase obrera*. Para cada etapa histórica de la lucha de clases hemos de realizar una definición de la composición de la clase obrera que incluye no sólo su situación general dentro del modo de producción, sino también el conjunto de experiencias de lucha, comportamientos y el modo en que las necesidades fundamentales, vitales, se renuevan y definen cada vez de forma nueva. El pensamiento marxista se confronta con este objeto como su referente real: el objeto del marxismo no es otro que la constitución, modificación y recomposición de este sujeto. Porque –y esto debemos tenerlo siempre presente– las relaciones de fuerza reales sólo pueden ser medidas dentro de este sujeto. Desde este punto de vista, la historia del capital globalmente considerada se transforma en la historia de las luchas obreras y de las diferentes composiciones políticas de clase, mostrando el tejido de ambas con gran precisión, la historia del capital como su efecto. Evidentemente, cuando empleamos el término *efecto*, queremos decir acción y reacción continua del capital (de las estructuras de la maquinaria, del dominio, del Estado) contra el sujeto que encarna las relaciones de fuerza a partir de la premisa revolucionaria del rechazo de la explotación: sin embargo, la sustancia dialéctica del proceso no desaparece en las relaciones casuales, sino que insiste en la causalidad específica del punto de vista –violencia y comprensión superior– de la clase obrera.

Volvamos ahora a la definición del límite histórico del pensamiento leninista, tal y como lo ha identificado Cacciari. El discurso de Lenin traduce en términos organizati-

vos una composición de clase real que entiende como algo específicamente determinado. En el periodo ruso analizado por Lenin, la relación madura de producción capitalista y, por lo tanto, la reproducción material de la fuerza de trabajo en clase obrera se producían de manera aislada, vanguardista. Lenin parte de la convicción de esta composición de la clase específica, de la convicción de su aislamiento, y, al enfrentarse a esto, transforma el aislamiento en vanguardia, en capacidad de tracción global que arrastra al movimiento en su conjunto. «Lenin transforma desde un punto de vista revolucionario la ideología tardoburguesa antiilustrada sobre la elite y las masas.»[8] Sobre este particular hay que aclarar que nosotros representamos un planeta que queda fuera de la temática leninista. La clase obrera en la que luchamos desconoce estas cuestiones: masificada por el propio modo de producción capitalista, transformada por la transformación tecnológica introducida por el capital con el objetivo de derrotar las «vanguardias» leninistas, de acabar con su aislamiento organizado prepotente y triunfal, la clase en la que luchamos presenta una composición totalmente diferente. El obrero masa de nuestros días transforma su condición de trabajador no cualificado –que el capital le ha impuesto como signo de un nuevo aislamiento– en unificación de todo el trabajo abstracto; transforma la condición intercambiable de sus funciones en posibilidad de movilidad intersectorial y territorial en general: *and so on*.

Preguntémonos ahora: teniendo en cuenta esta discontinuidad profunda del referente real, ¿podemos, a pesar de todo, identificar una continuidad en la figura organizada del sujeto subversivo? En el ensayo citado, Cacciari resuelve de nuevo este problema de manera inteligente, aportando esta vez una solución menos acertada. Cacciari sostiene que el carácter externo y aislado de la vanguardia, que se convierte así en una característica del partido, ha de defenderse como principio formal y metodológico ante una planificación capitalista ofensiva como la de nuestros días: es más, en la actualidad, el dualismo organizativo leninista adquiere mayor importancia, por decirlo de alguna manera, frente a la capacidad que tiene el capital de anticipar el movimiento de la clase a través de la planificación, es decir, a través de un poder de mando masificado sobre lo social. En virtud de este planteamiento, el leninismo se renovaría frente a una nueva agresión capitalista contra la unidad de la clase. Pues bien, en mi opinión este punto de vista es absolutamente discutible. Si es cierto que hoy día debemos identificar de nuevo funciones diferentes de la organización revolucionaria en el marco del mecanismo del dominio capitalista y de su nueva configuración –es decir, en el marco de la iniciativa capitalista desplegada para responder a la acción del obrero masa y a la crisis provocada por su lucha–, también lo es que estas funciones se hallan investidas de un contenido y un sentido irreductibles al discurso leninista. «Con la creciente integración de las masas, y en particular de la clase obrera, gracias a la potenciación del dominio abstracto en el siste-

[8] H. J. KRAHL, *Costituzione e lotta di classe*, Milán, Jaca Book, 1973, p. 179.

ma cada vez más extendido del trabajo abstracto, crece también el grado de abstracción en la propaganda y en la agitación [...]. Allá donde han desaparecido los presupuestos que configuran la relación clásica entre dirección política y base de masas, la propaganda y la agitación de masas deben ser organizadas de un modo diferente.»[9] Si hoy día, por consiguiente, la necesidad de desarrollar momentos de vanguardia dentro de la composición organizativa del obrero masa se sitúa en el centro del interés teórico organizativo; si, por otro lado, el obrero masa que lucha contra un Estado que produce la crisis, contra un Estado que está dispuesto a destruir la riqueza con tal de dominar a la clase obrera, reconoce la urgencia de que su vanguardia dirija una acción que perciba nítidamente el despliegue de la reacción del Estado y la ataque contundentemente, en este caso, es preciso afirmar que esta vanguardia es profundamente diferente de la contemplada en la teoría leninista, ya que su fundamento y su potencial no pueden encontrarse socialmente aislados porque la misma no se confronta con el «pueblo» en su conjunto y porque, además, desconfía del Estado-plan y del dominio sobre la producción, mientras que, por otro lado, dada la unidad del trabajo social abstracto, se sitúa frente a la violencia capitalista y a la capacidad capitalista de destrucción de esta unidad y del propio modo de producir con la intención de desarrollar en este terreno el máximo grado de violencia. El problema, en la actualidad, no es establecer dentro del sujeto que impulsa el proceso revolucionario grados diferentes de conciencia y de fuerza objetiva, sino intentar moverse en función de la voluntad de descomposición capitalista de la clase con el objeto de identificar, en la propia praxis, la capacidad de dirección y tracción del movimiento[10]. Si se quieren implantar funciones diferentes dentro de un sujeto realmente unificado, realmente masificado, entonces debemos ser absolutamente claros: estas

---

[9] *Ibid.*, p. 180.

[10] Desde este punto de vista es necesario subrayar el límite de la interpretación de Krahl (*Costituzione e lotta di classe*, cit.) y de la izquierda antiautoritaria respecto al leninismo. Paradójicamente, la crítica de ambos contra el objetivismo, el autoritarismo y el centralismo de Lenin acaba por aceptar como solución un terreno teórico incorrecto: el de la reivindicación de la conciencia revolucionaria como momento de mediación fundamental del proceso. De aquí se derivan dos posibles vías: o la vuelta a una concepción del partido como partido-conciencia colectiva o la expansión de la conciencia en el movimiento espontáneo. En ambos casos la teoría se convierte en fuerza material únicamente por mediación de la conciencia. Es necesario acabar con este punto de vista, considerando naturalmente el contenido crítico de la posición antiautoritaria: es necesario destruirlo defendiendo la preeminencia no de la conciencia, sino de la práctica obrera y proletaria de la lucha por el poder, que emerge inmediatamente de las estructuras y articulaciones de la unidad material del trabajo abstracto. La práctica revolucionaria, el ejercicio forzoso de una generalidad armada dentro de las estructuras de dominio capitalista: ésta es hoy día la forma (más elevada) de la conciencia revolucionaria. A partir de ella debe transformarse radicalmente la capacidad de recomposición de la iniciativa obrera. En ella, la más alta abstracción se transforma en concreción de poder.

diferentes funciones no nacen de la falta de homogeneidad de la clase como respuesta a la dishomogeneidad producida por el capital: éstas no surgen en el proyecto de recomposición popular del desarrollo, sino en el proyecto subversivo de la destrucción. Hoy únicamente tiene sentido la lucha que consigue tener una incidencia real y, por ende, es capaz de destruir las relaciones de violencia que el capital desarrolla como función del propio mecanismo del valor[11]. Sólo podemos atribuir funciones distintas a la vanguardia en la medida en que ésta se mueve directamente en el mismo terreno de violencia, poder y potencia armada que el capital, por su parte, ha organizado y desplegado.

Una vez definidas estas primeras articulaciones polémicas, debemos plantear a Lenin esencialmente lo que sigue: dado que Lenin parte de un sujeto profundamente diferente al nuestro, ¿qué interés tiene para nosotros el leninismo en la actualidad? Responderemos a esta pregunta estudiando la relación que el leninismo establece entre estrategia, táctica y organización, con el objeto de verificar una composición de clase específica (que Lenin interpreta correctamente) y sus leyes generales. Y someteremos éstas a la crítica práctica, porque únicamente identificando los procesos, los saltos, las discontinuidades sobre las que el pensamiento obrero está obligado a reflexionar, realmente, sólo partiendo de esta perspectiva, podremos denominarnos leninistas y utilizar los modelos leninistas de organización. No creo que exista una fórmula más adecuada para conectar hoy día con el pensamiento de Lenin.

2. DE LA TEORÍA DEL CAPITAL A LA TEORÍA DE LA ORGANIZACIÓN (I). LUCHA ECONÓMICA Y LUCHA POLÍTICA: LUCHA DE CLASES

Comenzaremos por algunas consideraciones relativas a la lectura marxiana de Lenin, delimitando, en particular, cuál ha sido su aportación a la teoría de la organización a partir de la teoría del capital (lecciones 2, 3 y 4). En una segunda parte del debate (lecciones 5, 6, 7 y 8) trataremos de analizar la cuestión relativa a su programa y estudiar el proceso que va de la teoría de la organización a la teoría de la revolución y cuáles son las etapas históricas que, condicionadas por su propia práctica, se distinguen en Lenin. Para facilitar la investigación, consideraremos esta primera *tranche* de reconstrucción del discurso de Lenin independiente de la parte sucesiva, retomando sólo al final (lección 9) las cuestiones que ya nos planteábamos sobre la posibilidad de asignar el proyecto leninista a un sujeto de clase profundamente transformado (como aparece en la actual realidad histórica de las luchas y de las relaciones de fuerza entre las clases).

---

[11] Véase a este respecto mi ensayo *Crisi dello Stato piano. Comunismo e organizzazione operaia* [1971], Milán, Feltrinelli, 1974, ahora disponible en *I libri del rogo*, cit. [ed. cast.: *Los libros de la autonomía obrera*, cit.].

¿Cuál ha sido entonces el recorrido histórico de Lenin? ¿Cómo llega Lenin de la teoría del capital a la teoría de la organización? En la década de los noventa del siglo XIX Lenin comienza la lectura y el análisis crítico de *El capital* de Karl Marx. Pocos políticos marxistas han dominado las obras de Marx, en particular *El capital*, tan bien como Lenin. Las primeras obras de Lenin, que aparecen precisamente en la década de los noventa del siglo XIX, son obras de crítica teórica que se enfrentan a una serie de corrientes populistas y genéricamente revisionistas presentes en el interior del movimiento revolucionario ruso. Respecto al entorno histórico del pensamiento de Lenin, recomiendo leer la introducción de Vittorio Strada a la edición de la editorial Einaudi del *Qué hacer*[12]. V. Strada articula su presentación en torno a dos cuestiones fundamentales: por un lado, destaca la novedad sustancial que supone el discurso de Lenin respecto a la temática del populismo ruso, que durante la década de los noventa del siglo XIX funcionaba como ideología de los movimientos revolucionarios en Rusia, subrayando la irreductibilidad del marxismo leninista a esta corriente de pensamiento; por otro, señala una serie de elementos de continuidad entre la tradición organizativa de algunos sectores de izquierda del populismo ruso y el pensamiento de Lenin, en concreto aquéllos relativos al centralismo en la organización, una cuestión que toma cuerpo –ya en el primer periodo– en el pensamiento de Lenin, a pesar de su alejamiento teórico del populismo: sobre este asunto regresaremos a continuación. De todas formas, independientemente de la dimensión historiográfica específica, lo que a nosotros nos interesa realmente es el tipo de lectura que Lenin realiza de *El capital*. Si atendemos al texto fundamental de esta primera etapa, un opúsculo de 1894 titulado *Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas*, podemos hallar directamente algunos conceptos en los cuales se basa, por decirlo de alguna manera, la quintaesencia de la interpretación leninista de *El capital*. El primer concepto fundamental, que puede reconstruirse a partir del citado folleto, es el concepto de formación social determinada, que Lenin defiende como fundamento metodológico esencial de lo que él denomina «sociología marxista». «El análisis de las relaciones sociales materiales», afirma Lenin cuando analiza el Marx de *El capital*, «permitió inmediatamente observar la repetición y la regularidad, y sintetizar los sistemas de los diversos países en un solo concepto fundamental de formación social. Esta síntesis fue la única que permitió pasar de la descripción de los fenómenos sociales (y de su valoración desde el punto de vista del ideal) a su análisis rigurosamente científico, que subraya, por ejemplo, qué diferencia a un país capitalista de otro y estudia qué tienen en común todos ellos [...]. Esta hipótesis creó, además, por primera vez, la posibilidad de una sociología científica, porque *sólo reduciendo las relaciones sociales a relaciones de producción, y estas últimas al nivel de las*

[12] V. STRADA, «Introduzione» a la traducción italiana de V. I. LENIN, *Che fare?*, Einaudi 1972 [ed. cast.: *¿Qué hacer? Teoría y práctica del bolchevismo*, México DF, Ediciones Era, 1977].

fuerzas productivas, se obtiene una base firme para representar el desarrollo de las formaciones sociales como un proceso histórico natural»[13]. El esqueleto de *El capital* lo constituye no tanto el análisis crítico de la teoría económica capitalista, sino la relación social que la teoría descubre, la relación que, en una formación social determinada, originan las fuerzas sociales productivas; la definición, pues, del tejido dialéctico general en el que se forma el punto de vista obrero. Llegados a este punto, es inútil recordar que, independientemente de todas las interpretaciones heréticas a las que se ha visto sometido el pensamiento marxista, éste es precisamente el concepto genético de la madurez metodológica de Marx, tal como puede leerse en la *Introducción de 1857*. «Ésta ha dejado de ser una hipótesis»[14], continúa Lenin, «esta concepción materialista de la historia es ya una tesis científicamente demostrada»: gracias a la lectura de *El capital* nosotros obtenemos la posibilidad inmediata de actuar en el campo de la socialdemocracia revolucionaria.

¿Qué significa «formación social determinada» y qué elementos configuran este concepto? No debemos dejarnos extraviar por la terminología fuertemente naturalista que rodea este concepto: ésta es una deuda que Lenin paga a la cultura de su tiempo, pero más adelante veremos cómo, a través de la lectura de Hegel, se libera afortunadamente de ella. Sin embargo, hay que destacar el avance fundamental, netamente marxiano, que Lenin consigue cuando sostiene que la ciencia de la constitución y el desarrollo capitalista debe llevarse al plano de la determinación de las relaciones de fuerza entre las clases, tal y como éstas se sitúan en su interior. El desarrollo del capital sólo es posible si articula una solución, con independencia del sentido en el que ésta se determine, de la relación de fuerzas definida por la lucha de clases. Todas las relaciones sociales deben llevarse al plano de la lucha, al plano del conflicto entre fuerzas productivas intrínseco a las relaciones de la producción social. Pero el descubrimiento de este contenido de *El capital*, algo más que evidente para nosotros, no resultaba tan obvio para Lenin, sobre todo en 1894; por lo demás, en la primera lección ya subrayamos la importancia de este concepto desde la perspectiva de un análisis marxista del marxismo. En realidad, además, la totalidad del horizonte teórico de la socialdemocracia de la Segunda Internacional, tanto en Rusia como en los países desarrollados, tendía a producir una teoría del capital que presentaba características de un objetivismo extremo. El marxismo no se identificaba con un punto de vista sectario, con un tipo de elección propio de la clase obrera; no se representaba como punto de vista obrero sobre la lucha; no consistía en la capacidad de reconocer y desmitificar las relaciones de poder existentes con el objeto de transformarse en capacidad de lucha y destrucción. El

---

[13] V. I. LENIN, *Opere scelte in due volumi*, Moscú, Edizioni in Lingue Straniere, 1949, I, p. 77 (la cursiva es mía). En todo el texto, salvo indicación expresa, las citas pertenecen a esta edición de las obras de Lenin [ed. cast.: *Obras escogidas*, 3 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1961].

[14] *Ibid.*, p. 78.

marxismo no era representado e interpretado como una ciencia distinta, sino como una ciencia «superior», capaz de «comprender mejor» el desarrollo objetivo[15]. El naturalismo, el objetivismo más extremo (que, insistimos, también se encuentran en algunas de estas definiciones de Lenin, como por ejemplo en la acentuación cientificista del carácter reiterativo, regular y generalizado de los fenómenos) aparecían como elementos fundamentales en el discurso de sus contemporáneos. La única excepción la encontremos quizás en el pensamiento de Rosa Luxemburg, cuya coincidencia con Lenin –consciente o inconsciente– en este ámbito metodológico es más que notable: de hecho, en la concepción de Rosa Luxemburg, el punto de vista sobre las clases en tanto que fuerzas productivas emerge como motor de los movimientos globales del capital[16]. Partiendo de esta definición de formación histórica determinada, Lenin identifica las condiciones para lograr una definición de la composición de clase del sujeto revolucionario.

Pero tan importante como este concepto es el otro instrumento metodológico que ha aparecido en estas páginas: éste no sólo se identifica con la especificación formal del concepto de formación social determinada, es decir, con la capacidad de penetrar en esta determinación, de identificarla (en cada momento) como relación dialéctica de las

---

[15] Sobre las consecuencias, también en nuestros días, de actitudes similares, cfr. H. J. Krahl, *Costituzione e lotta di classe*, cit., pp. 340-341: «La aceptación de una dialéctica de la naturaleza, que convierte al materialismo histórico en ontológico, transforma la teoría revolucionaria del proletariado en una concepción contemplativa del mundo, empobreciéndola al convertirla en propiedad de grupúsculos sectarios, heredera de unas formas pequeñoburguesas de decadencia del movimiento antiautoritario que los grupos marxistas-leninistas han combatido en muchas ocasiones. En condiciones tales, la escuela de cuadros aparece como un sucedáneo de la praxis para individuos y grupos que, intenten lo que intenten, no harán otra cosa que organizarse a sí mismos y a los cuales las proposiciones generales de Mao impiden el acceso al conocimiento del mundo capitalista que les rodea. El catálogo cerrado de frases sistemáticas y una organización con una disciplina rígida son expresión tanto de un sucedáneo de la estrategia de la formación como de las necesidades de seguridad y de una unión que impide el desarrollo de colectivos revolucionarios productivos y de una serie de demandas emancipatorias de liberación, es decir, de reivindicaciones revolucionarias propias de una lucha política llena de riesgos que exige siempre resultados. Los dogmáticos contemplativos de los grupos m-l se parecen a aquellos personajes sobre los que Brecht afirma "se tiene la sospecha de que sólo desean hacer la revolución para imponer el materialismo dialéctico". La ontología de una revolución que ha sido proclamada "ley objetiva independiente de la voluntad del hombre" reproduce con exactitud el *quid pro quo* de la Segunda Internacional y del marxismo soviético, la equiparación de la segunda naturaleza de la formación social capitalista a la primera naturaleza que el trabajo debe apropiarse. (La crítica de la ideología de la segunda naturaleza y la importancia dada a la conciencia y a la voluntad del proletariado autónomo como factores de la revolución configuran la contribución más interesante de la obra juvenil de György Lukács a la teoría de la revolución.)»

[16] Sobre el método de Rosa Luxemburg es particularmente recomendable la obra de J. P. NETTL, *Rosa Luxemburg*, Londres, 2 vols., 1966 [ed. cast.: *Rosa Luxemburg*, México DF, Ediciones Era, 1974].

fuerzas de la clase obrera y las fuerzas del capital, con la capacidad de concluir, en definitiva, la operación que aparecía como elección científica fundamental y fundación científica del sujeto revolucionario. Además de esto, el nuevo instrumento metodológico, el concepto de la abstracción determinada, debe servir para comprender la dialéctica revolucionaria en el marco de su tendencia, para comprender la insubordinación específica dentro de la perspectiva de la totalidad. En el texto sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, que Lenin escribe durante el exilio siberiano y publica en 1898, el concepto de abstracción determinada aparece ya completamente desarrollado. Pero ¿cómo se define en esta madurez inicial del pensamiento leninista? Se define como la capacidad de identificar *el momento más avanzado del desarrollo* de la lucha de clases y, por consiguiente, del desarrollo capitalista resultado del mismo, como la capacidad de separar aquél de las determinaciones inmediatas en las que se concreta y de asumir su concepto abstracto en términos de la tendencialidad necesaria del proceso. Este procedimiento altera radicalmente el sentido ordinario de términos como «abstracto» y «concreto»: lo que parece más abstracto (el desarrollo capitalista en una sociedad subdesarrollada) pasa a ser en la tendencia el aspecto más concreto y lo concreto e inmediato desaparece. Lo verdaderamente concreto no es lo inmediato, sino el conjunto de todas las determinaciones reales. La concreción de una definición abstracta deriva, por lo tanto, de la naturaleza dialéctica del proceso que examinemos; la concreción es el límite de la tendencia de las determinaciones inmediatas (esta vez consideradas, sí, *abstractas* en sentido propio) que son identificadas y analizadas. Lenin reproduce de esta forma la enseñanza marxiana. Para Marx, la abstracción determinada actúa del siguiente modo: la formación social determinada característica de la etapa de la lucha de clases en Inglaterra correspondiente a la década de los cuarenta del siglo XIX (una etapa fundamental para la formación del capitalismo inglés), las relaciones de producción de este periodo, se interpreta como tendencia global del proceso de producción y de la lucha de clases de todas las formaciones capitalistas. La lucha de clases es inseparable del concepto de formación social determinada e impone a la descripción de la inmediatez una dinámica dirigida hacia los más altos niveles de desarrollo. Así pues, la abstracción aparece como un estadio esencial que explica de forma global las relaciones específicas existentes, y, al mostrar la realidad dinámica, muestra su capacidad para determinar científicamente aquello en lo que se convertirá. La misma fuerza de razonamiento científico hallamos en la obra de Lenin[17].

[17] Para quien desee profundizar en la cuestión de la abstracción determinada en el pensamiento de Marx y en los marxistas posteriores se recomienda leer las siguientes obras: A. V. IL'ENKOV, *La dialettica dell'astratto e concreto nel «Capitale» di Marx*, Milán, Feltrinelli, 1958; L. COLLETTI, *Il marxismo e Hegel*, introducción a V. I. LENIN, *Quaderni filosofici*, Milán Feltrinelli, 1959 y J. C. MICHAUD, *Teoria e storia nel «Capitale» di Marx*, Milán, Feltrinelli, 1960.

¿Cuáles eran las condiciones del capitalismo en Rusia en la década de los noventa del siglo XIX? Las condiciones del capitalismo ruso eran terriblemente atrasadas: por un lado, una clase obrera reducida a escasísimas zonas y unos procesos laborales industriales incapaces de definir la sociedad rusa como una sociedad capitalista en toda su complejidad; por otro, frente a esto, una presión enorme del mundo agrícola, con unas estructuras semifeudales enormemente extendidas en un país en buena parte salvaje, que permanece no ya fuera de la historia del capital, sino, en el límite, de la propia historia de la civilización. Y, sin embargo, Lenin, con su análisis, fuerza esta realidad, subordinando la inmediatez de la percepción al mecanismo progresivo de la tendencia. Los componentes más avanzados de la clase obrera, de la producción capitalista, son sustraídos de este contexto para ser señalados e identificados como elementos absolutamente claves para el desarrollo. La fuerza del capital ha llegado a determinar un salto cualitativo originario, tras el cual la clase obrera surge como momento imprescindible: por un lado, como sujeto fundamental de la explotación y, por ende, de la reproducción del sistema y, por otro, consecuente y necesariamente, como posibilidad revolucionaria. De ahí la necesidad que tiene el capital de avanzar sin descanso, ya que la explotación sólo puede consolidarse y reproducirse infligiendo una presión continua contra esta fuerza de la clase obrera que, como tal, rechaza continuamente la explotación y, como tal, está obligada a recomponerse de forma continua dentro del mecanismo de explotación. La definición de la clase obrera como clase que lucha y rechaza la explotación, clave para la comprensión de la evolución del capital, lleva a Lenin a extraer algunas conclusiones inmediatas: la construcción de la organización revolucionaria y la acción subversiva deben llevarse a cabo en los lugares más avanzados del desarrollo capitalista. Si el capital aparece aún como fuerza minoritaria, si únicamente a través del proceso de abstracción determinada podemos dibujar un cuadro en el que «la totalidad del régimen agrario del Estado se transforma en capitalista, aún conservando –y por mucho tiempo– determinados rasgos propios del feudalismo»[18], el aumento de las fuerzas productivas del trabajo social y la socialización del trabajo constituye un proceso absolutamente imparable[19]: imparable porque la masificación de la lucha de clases en algunas zonas centrales del sistema se convierte en motor general del desarrollo.

Hay que tener en cuenta que partir, por un lado, del concepto de formación social determinada y emplear, por otro –consecuentemente–, el método de la abstracción y de la tendencia sólo implica manejar una visión forzada y subjetiva de la realidad en la medida en que esto significa identificar el punto de vista obrero y su atribución a éste en el proceso revolucionario. Lenin ha sido criticado una y mil veces por esta visión for-

[18] V. I. LENIN, *Opere complete*, vol. III, Roma, Editori Riuniti, 1956, p. 10 [ed. cast.: *Obras completas*, 57 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1986].

[19] *Ibid.*, p. 302.

zada: por ende, Lenin, debido al hecho de haber sido amigo de Plejánov y, por lo tanto, integrante de un sector del marxismo teórico ruso de la Segunda Internacional, fue casi siempre (al menos hasta 1917) apartado por completo del debate internacional e identificado como representante de la subcultura asiática del marxismo. Creo que Lenin jamás escribió nada en *Die Neue Zeit*. Sin embargo, gracias precisamente a estos planteamientos, a este concepto de clase obrera (que se configura a partir del concepto de formación social determinada, que a su vez se convierte en algo real como motor de un proceso de una tendencia imparable), precisamente gracias a este concepto, la originalidad de la lectura leninista del marxismo adquiere verdadera claridad. ¡Puro economicismo y espontaneísmo, repetirá algún moderno paladín de la Segunda Internacional! Y tiene razón: pero era la única manera de transformar la perspectiva de la clase obrera, de interpretar su existencia determinada como juicio sectario, partícipe del desarrollo, como realidad antagonista y motor del progreso capitalista. Como consecuencia de una primera lectura de Marx y del rechazo, resultado directo de esta lectura, de las teorías principales de su época, Lenin llega a la conclusión de que la teoría sólo puede ser sectaria, de que no existe teoría política que no sea teoría de una clase en lucha. «La doctrina de Marx suscita en todo el mundo civilizado la mayor hostilidad y el mayor odio de toda la ciencia burguesa (tanto la oficial como la liberal), que ve en el marxismo algo así como una "secta nefasta". Y no puede esperarse otra actitud, pues en una sociedad erigida sobre la lucha de clases no puede haber una ciencia social "imparcial". De un modo o de otro, *toda* la ciencia oficial y liberal defiende la esclavitud asalariada, mientras que el marxismo ha declarado una guerra implacable a esa esclavitud. Esperar una ciencia imparcial en una sociedad de esclavitud asalariada sería la misma pueril ingenuidad que esperar de los fabricantes imparcialidad en cuanto a la conveniencia de aumentar los salarios de los obreros, en detrimento de las ganancias del capital.»[20] Por ello, decir que «sin teoría revolucionaria no puede existir movimiento revolucionario»[21] es exactamente lo mismo que decir que sin movimiento revolucionario no puede existir teoría revolucionaria. Pues bien, esta conclusión escandalosa es precisamente el punto de partida de Lenin.

Pero la perspectiva de Lenin en estos primeros años de su actividad resulta mucho más escandalosa si de las consideraciones generales y metodológicas pasamos a considerar sus planteamientos dialécticos y aquéllos relativos a la sustancia. También aquí

---

[20] V. I. Lenin, *Opere scelte*, cit., I, p. 53.

[21] *Ibid.*, p. 134. A propósito de la relación de Lenin con la Segunda Internacional, cfr. Georges HAUPT, *Rivista storica del socialismo* 29 (septiembre-diciembre de 1966). Más específicamente, sobre la intensidad del falseamiento y la deformación ideológica de la realidad rusa por parte de la opinión pública alemana e internacional, cfr. AA.VV., *Die russische Revolution von 1905-1907 im Spiegel der deutschen Press*, Berlín, 1961.

nos encontramos con un Lenin diferente, ya que el primer elemento que salta a la vista en la lectura del Lenin de este periodo es la exaltación de la espontaneidad, no de forma ocasional, sino de manera permanente y sistemática. Hay que tener en cuenta que la clase obrera rusa había demostrado durante las décadas de los ochenta y los noventa del siglo XIX un grado de combatividad espontánea extremadamente alto: en estos años se suceden una serie de procesos que podemos describir en términos de circulación espontánea de la lucha, de formación continua de organismos autogestionados en el interior de las luchas para obtener objetivos económicos y políticos[22]. Lenin recopila este tipo de elementos, describe estas luchas y acuña, a modo de conclusión, un concepto fundamental, que a partir de entonces jamás repudiará: la lucha económica es una lucha política. A los ojos de la interpretación fetichista del «leninismo» este concepto fundamental resultará posteriormente olvidado por completo. Y, sin embargo, ¡cuánto insiste Lenin en él! En el opúsculo sobre *Las tareas de los socialdemócratas rusos* –de 1898– Lenin insiste en la necesidad de que la agitación económica sea la base de la agitación política del proletariado. Cada lucha de clases, cada lucha económica, es una lucha política. «Si en el plano económico no existe aspecto de la vida obrera que no pueda ser utilizado para la agitación económica, en el plano político tampoco existe aspecto que no pueda ser utilizado para la agitación política. En la acción de los socialdemócratas estos dos tipos de agitación permanecen tan inseparablemente unidos como las dos caras de una medalla. La agitación económica y la agitación política son igualmente indispensables para desarrollar la conciencia de clase del proletariado. La agitación económica y la agitación política son igualmente indispensables como guía de la lucha de clases de los obreros rusos, porque toda lucha de clases es una lucha política.»[23]

Hay que tener en cuenta que este planteamiento leninista no será sometido nunca a cambios sustanciales: la lucha económica y la espontaneidad obrera se encuentran siempre en la base de la socialdemocracia revolucionaria y su proceso organizativo. Cuando este último, al adquirir una complejidad mayor, articulándose y centrándose en torno a la lucha política, refleje la madurez del proyecto, incluso en este momento –al igual que en su primera fase–, volverá a insistir, políticamente, en la vigencia de la lucha económica y espontánea. Incluso en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* –obra tardía en varios aspectos– Lenin aborda esta cuestión. Con el objetivo de criticar

---

[22] A propósito del ciclo de luchas de finales del siglo XIX y la formación de la socialdemocracia rusa en general, además de O. Anweiler, que utilizaremos a menudo en la parte del curso dedicada al análisis del soviet, véanse: V. ZILLI, *La rivoluzione russa del 1905. La formazione dei partiti politici (1881-1904)*, Nápoles 1963; T. DAN, *The Origins of Bolshevism*, Londres, 1965 y S. SCHWARZ, *The Russian Revolution of 1905. The Workers Movement and the Formation of Bolshevism and Menshevism*, Chicago, 1967.

[23] V. I. Lenin, *Opere scelte*, cit., I, p. 127

a Turati y sus seguidores en Italia, Lenin comenta un artículo de *The Manchester Guardian* en el que aparece una entrevista con Turati, entrevista que valdría la pena volver a leer porque incluye posturas semejantes a las que hoy día otros *revolucionarios* –que además se dicen *leninistas*– defienden al hablar sobre las luchas. De cualquier modo, veamos el comentario de Lenin: «Está claro como la luz del día que el corresponsal inglés se ha ido de la lengua y ha dicho una verdad que en Italia, probablemente, ocultan y adornan el propio Turati y sus defensores, cómplices e inspiradores burgueses. Esta verdad consiste en que las ideas y el trabajo político de los señores Turati, Treves, Modigliani, Dugoni y Cía. son tal y como dibuja el corresponsal inglés», es decir, ideas de revisionistas modélicos, de laboristas, gente que jamás hará la revolución y que –si grita un poco– lo hará únicamente con el objeto de castrar las luchas. «Eso es auténtica socialtraición. ¡Cuán elocuente es la sola defensa del orden y de la disciplina para los obreros que se encuentran en la esclavitud asalariada, que trabajan para que se lucren los capitalistas! ¡Qué conocidos nos son a los rusos todos estos discursos mencheviques! ¡Cuán valiosa es la confesión de que las masas están a favor del poder de los soviets! *¡Qué estúpida y trivialmente burguesa resulta la incomprensión del papel revolucionario de las huelgas de masas que crecen con fuerza espontánea!* Sí, sí, el corresponsal inglés del periódico liberal burgués ha prestado un flaco servicio a los señores Turati y Cía. y ha confirmado de modo excelente cuán justas son las demandas del camarada Bordiga y de sus amigos del periódico *Il soviet*, quienes exigen que el Partido Socialista Italiano, si de verdad quiere estar a favor de la Tercera Internacional, expulse con oprobio de sus filas a los señores Turati y Cía. y se transforme en un Partido Comunista tanto por el nombre como por sus actos.»[24] Y todavía, en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, Lenin exclama: «¡Cuán obtusa y trivialmente burguesa es la incomprensión de la función revolucionaria de las huelgas de masas que crecen con la fuerza espontánea!». Esto confirma, de hecho, que Lenin permanece, de principio a fin, fiel a una tesis teórica fundamental: que la clase obrera, incluso en el ámbito de la espontaneidad y de la lucha económica, choca abiertamente con la estructura de poder global que tiene delante, y que esta insurgencia constituye un elemento absolutamente clave para la configuración –y consecuentemente para su articulación organizativa– de la socialdemocracia. «La espontaneidad de las masas y la conciencia de la socialdemocracia» es un capítulo de *¿Qué hacer?*, de 1902, otra obra que normalmente es utilizada para demostrar exactamente lo contrario. Hay que reconocer que contiene elementos fuertemente polémicos. Pero la cuestión será reducir el análisis a la especificidad de las partes del discurso y no moverse a través de líneas de interpretación del leninismo terriblemente tradicionales, que ocultan cada articulación del discurso. Precisamente en *¿Qué hacer?* encontramos una estupenda descripción del proceso de la espontaneidad de las luchas como instru-

[24] *Ibid.*, II, p. 617 (la cursiva es mía).

mento fundamental de la socialdemocracia. «El comienzo del ascenso del movimiento espontáneo» es el título del segundo parágrafo del segundo capítulo, que trata de una defensa encendida del movimiento de las huelgas espontáneas rusas, en reconocimiento, precisamente, de la función esencial de ser «iniciadoras» de la espontaneidad[25]. En el otro extremo, en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, hallamos de nuevo una serie de razonamientos y proposiciones que hacen referencia a este elemento (sobre el que volveremos nosotros mismos cuando hablemos de la concepción leninista del soviet).

Hasta el momento espero que haya quedado claro que Lenin no sólo considera a estas formas iniciales de movimiento espontáneo y económico como un detonante, sino también –y sobre todo– como el primer elemento indispensable en el proceso de *organización* socialdemócrata. La propia forma del *soviet* aparece como consecuencia directa de la espontaneidad[26]. Las formas organizativas de la espontaneidad, las formas de la autonomía organizada, son asumidas y defendidas como instrumentos en absoluto desdeñables para el proceso de organización. No se trata de un material manipulable a voluntad de cada cual, sino de estructuras ya formadas «organizativamente» con una función revolucionaria determinada, constituir la organización de masas y, *al mismo tiempo*, configurarse como el punto de partida del proceso organizativo del partido. De ahí que posteriormente, cuando Lenin arremete de forma exasperada contra el *codismo* obrerista (en *¿Qué hacer?* y en *Un paso adelante, dos pasos atrás*), jamás olvida que el rechazo de la dependencia de la espontaneidad no significa negar la espontaneidad. Al contrario: el rechazo de la dependencia de la espontaneidad nace, toma cuerpo y se consolida en el momento en que el nivel de espontaneidad es mayor. La superación de la espontaneidad se produce a través de la propia espontaneidad. «En los comienzos –afirma Lenin–, cuando no disponíamos más que de unas pocas fuerzas [...], era natural y legítimo limitarse a trabajar entre los obreros y condenar cualquier acto que se alejase de esto, porque en aquel entonces lo esencial era afianzarse en el interior de la clase obrera.» Pero hoy día «se ha incorporado al movimiento una masa gigantesca de fuerzas; se adhieren a nosotros los mejores representantes de la joven generación de clases cultas»: hoy día, por lo tanto, la cuestión fundamental radica en la capacidad de la organización para encaminar al movimiento hacia la plenitud de la conciencia de su propia fuerza[27].

Sobre la base de todo esto emerge el segundo elemento fundamental de la contribución de Lenin a la cuestión de la organización. La búsqueda del perfeccionamiento de la afirmación de que la lucha económica es una lucha política determina el paso a

[25] *Ibid.*, I, p. 160.
[26] *Ibid.*, II, p. 555.
[27] *Ibid.*, I, p. 197.

la segunda proposición fundamental: la lucha política no es *sólo* lucha económica. La materialidad de la lucha económica generó los primeros episodios de organización; desarrolló un movimiento político general: y la lucha política del proletariado encontró en esta condición esencial la fuerza para enfrentarse a la totalidad de dimensiones que integran la formación social determinada en la que se sitúa.

Ésta es precisamente la aportación principal de *¿Qué hacer?* La lucha política no sólo es una lucha económica: si la lucha política sólo se mantiene en el ámbito de la fábrica, si la organización espontánea no consigue generar la capacidad para romper el proceso indefinido de la lucha económica y no logra superarse a sí misma en la determinación de un acto de voluntad subjetiva, constituyéndose fuera de esta lucha en términos de totalidad si esto no se produce, el proceso de la organización no evoluciona a la altura de la formación social determinada y de su necesidad. De esta forma llegamos, aunque sólo sea en términos metodológicos, al centro de la teoría de Lenin en esos años y, sobre todo, del futuro Lenin. Pero hay que tener cuidado de no caer en la mistificación de la teoría de Lenin que hemos visto hasta el momento. Tanto histórica como lógicamente, la necesidad de una organización de este tipo surge en Lenin a partir del análisis de la formación social y del movimiento de la clase obrera específico de la época en la que se sitúa su reflexión práctica. Ha quedado demostrado que aquí la teoría no pretende anular la espontaneidad de la lucha económica. Es más, desarrolla la crítica interna dentro del formidable movimiento espontáneo de masas existente. Llegados a este punto, la ruptura organizativa se presenta, si se me permite la paradoja, como continuidad: una paradoja que será útil si, como veremos, la necesidad de la ruptura organizativa aparece en Lenin en varias etapas y constituye un elemento característico de su actuar. Por lo tanto, únicamente profundizando en estos instrumentos de masas –¡economicismo y espontaneísmo!– la socialdemocracia puede avanzar y situarse en una posición dirigente, algo que se corresponde con una etapa específica del proceso revolucionario en Rusia que, a su vez, muestra una forma específica de las relaciones entre las clases y, por ende, una forma específica de composición de la clase obrera. En la próxima lección volveremos sobre este asunto. Por ahora nos interesa profundizar en lo que hemos denominado como continuidad del salto, pero no como elemento que posee la característica de generarse a partir del movimiento de masas, de hallarse dentro del movimiento espontáneo y de definirse a partir de una lectura interna crítica del movimiento espontáneo de las masas: sobre todo esto ya hemos insistido bastante. Veamos ahora más bien cuáles deben ser las características de este salto hacia adelante.

Como todos sabemos, *¿Qué hacer?*, publicado en 1902, se perfila como un texto fundamental dentro de la teoría de Lenin, que sitúa en el marco del debate sobre el artículo 1 del estatuto del Partido Socialdemócrata Ruso; se trata de un libro clave porque la polémica que surgirá en torno a este artículo determinará posteriormente la ruptura his-

tórica del movimiento revolucionario ruso. (La edición de V. Strada, citada con anterioridad, resulta útil porque incluye en su apéndice todos los materiales del debate interno de la socialdemocracia rusa sobre el estatuto, el *¿Qué hacer?*, etc., reproduciendo la polémica y sus antecedentes.) Veamos, ¿qué implica el rechazo a someterse a la espontaneidad tal y como está descrito en *¿Qué hacer?* ¿Qué significa capacidad de dirección de la socialdemocracia? Implica, ante todo, algunas consideraciones negativas. La primera es que se vuelve a contraponer la capacidad de dirección de la socialdemocracia al fabriquismo, a la «lucha gris y cotidiana que se reduce a los restrictivos límites de la fábrica»[28]. La segunda la constituye la negación a admitir cualquier principio de «táctica-proceso», cualquier determinación organizativa que busque, programáticamente, confundirse con el desarrollo de las luchas. «El error principal de la "nueva tendencia" de la socialdemocracia rusa fue subordinarse a la espontaneidad, no comprender que la espontaneidad de masas exige por nuestra parte, por parte de los socialdemócratas, un alto grado de conciencia. Cuanto mayor es el impulso espontáneo de las masas, cuanto más se extiende el movimiento, más aumenta –y de modo incomparablemente más rápido– la exigencia de convicción en la actividad teórica, política y organizativa de la socialdemocracia.»[29] Finalmente, la tercera consideración negativa es la lucha contra el particularismo y el localismo[30]. Una vez dicho esto, veamos la consecuencia positiva del rechazo leninista a someterse a los designios de la espontaneidad: es la defensa férrea de la centralización del movimiento revolucionario. La lucha política no es sólo la lucha económica. La centralización del movimiento revolucionario se basa, por lo tanto, en la capacidad de unificar políticamente, desde arriba, no desde el exterior, la diversidad de la estratificación de clase, y de convertir la exigencia de esta unificación en *conciencia* de todo el proletariado. La espontaneidad –a este nivel de desarrollo de las fuerzas productivas– determina una toma de conciencia diversificada y un nivel organizativo discontinuo. Y sólo la unificación consciente, la dirección consciente y externa, puede generar una unificación efectiva.

Debemos considerar el salto de continuidad que Lenin describe a partir de los presupuestos metodológicos que hemos definido inicialmente. Éstos encuadran el discurso teórico de Lenin en la composición determinada de la clase, en tanto que ésta ha sido definida a través de un proceso de abstracción determinada y, por ello, ha sido posible identificar el motor activo de todo el proceso, así como las relaciones de fuerza que lo definen en el marco de una tendencia inevitable. La relación entre el movimiento de masas y la dirección se sitúa en el contexto de la realidad específica de las relaciones revolucionarias del proceso, de la comprensión global que la organización se propone.

---

[28] *Ibid.*, p. 186.

[29] *Ibid.*, p. 175.

[30] *Ibid.*, pp. 134 ss.

El concepto de formación social determinada, concebido como resultado de los principios de la abstracción determinada y de la tendencia, se convierte dialécticamente en concepto de organización, al mediar en la especificidad de las relaciones de fuerza que abarca, como función subversiva y destructiva de éstas. La organización se constituye como reflejo de una formación social determinada, siempre y cuando ésta sea atravesada por la lucha de clases, siempre y cuando el proletariado revolucionario sea impulsado por la voluntad de acabar con cada una de las relaciones de fuerza preexistentes y de poner en marcha el proceso de su propia liberación. En la siguiente lección trataremos de ver de manera más precisa cuáles son las condiciones de la composición política de clase en las que este tipo de proceso teórico leninista se viene definiendo.

3. DE LA TEORÍA DEL CAPITAL A LA TEORÍA DE LA ORGANIZACIÓN (2). EL CARÁCTER OBRERO DE LA ORGANIZACIÓN: EL PARTIDO COMO FÁBRICA

En la última lección pudimos ver cómo el enfoque metodológico que aporta Lenin en su lectura de *El capital* y la relación que establece dentro de la propia teoría del capital con la teoría del movimiento obrero implican (a través del uso de algunos conceptos y, en particular, del de formación social determinada) una serie de consecuencias, que resultan útiles para comprender el discurso sobre la organización. Hemos visto cómo este discurso adquiría solidez al apreciar los movimientos de la espontaneidad y de la lucha económica, algo que resultará fundamental en el pensamiento de Lenin a lo largo de toda su trayectoria. Además, hemos visto hasta qué punto, al profundizar en la concreción de la composición de la clase obrera y del proletariado en general, determina la concepción general de Lenin. También hemos visto, por otro lado, y desde nuestro punto de vista se trata de una de las partes más características del discurso de Lenin, cómo la tensión del profundizar y penetrar en la concreción del sujeto revolucionario se enfrenta a la necesidad inicial de dar un salto cualitativo, es decir, la continuidad de la lucha de clases en su versión espontánea, la presión que ejercen las necesidades inmediatas del proletariado, en un momento dado, deben ser superadas. Tan importante como defender esta concreción de los movimientos de la clase obrera es no someterse a ellos, y trabajar por el desarrollo de una inteligencia global, una capacidad de dirección de la propia clase obrera sobre sí misma y, en el momento en que ésta actúe desde el exterior, sobre la totalidad del proletariado. El camino es rectilíneo; el paso a la temática de la dirección externa nace de la profundización del análisis de la clase, de su interior; surge a partir de un conocimiento de las necesidades políticas de la clase cada vez más profundo, así como éstas se configuran a partir de la autonomía organizada. Y son precisamente la fuerza y las dificultades que surgen al tratar de recorrer esta vía –en el caso de que esto se lleve a cabo– las que impulsan a hacerla realidad y a

extenderla a la organización. «Nosotros, un pequeño y compacto grupo, caminamos por un camino empinado y difícil, agarrándonos fuertemente de la mano. En todas partes estamos rodeados de enemigos y casi siempre estamos obligados a marchar bajo su fuego. Nos hemos unido en virtud de una decisión tomada libremente, con el objetivo de combatir contra nuestros enemigos y no caer en el pantano que tenemos cerca.»[31]

Este primer salto decisivo, que podemos situar en los escritos de los primeros años del siglo XX, debemos analizarlo ahora de manera más precisa para ver su significado real. Resumiendo los presupuestos de esta concepción, lo primero que hemos de tener en cuenta es la densidad de la percepción que tiene Lenin sobre la espontaneidad de los procesos de clase y su permanente insistencia en los mismos. Lo segundo es la naturaleza lógica del estilo leninista, es decir, la capacidad para proceder a partir de un contexto de problemas, que son estudiados a través de un análisis interno de una fuerza extraordinaria, para romper a continuación la continuidad de esta temática con una decisión interna, de forma coherente con el tipo de problemas planteados. El tercer presupuesto que debemos destacar y que confirma la continuidad del proceso es *el carácter* completamente *obrero* del *concepto de organización externa de la clase* en el pensamiento de Lenin. Y es precisamente en esta cuestión en la que me gustaría centrarme a lo largo de esta lección.

De este modo, veamos algunos escritos que nos aproximan a la definición de esta característica obrera de la organización externa. *¿Qué hacer?*, tal y como se ha mencionado, es el texto principal donde se configura el discurso sobre la organización: se trata de una obra que no sólo tiene su origen en una exigencia de profundización teórica de una serie de problemas, sino que nace estrechamente ligada al debate político de la organización socialdemócrata rusa, conformándose como el pródromo de la discusión sobre el primer artículo del estatuto del partido[32]. La crítica de Lenin va dirigida contra todos aquellos que no consideran el proceso de la organización como un proceso hacia un nivel de centralización del movimiento y consecuentemente como determinación de una dirección externa al movimiento de masas, como enucleación de un episodio de dirección política continua, de estrategia y de programa, tanto en la forma como en el contenido. A este respecto, hay una página ciertamente interesante que vale la pena volver a leer: «Las afirmaciones de *Rabocci Dielo*, antes analizadas, de que la lucha económica es el medio de agitación política más ampliamente aplicable, de que nuestra tarea consiste ahora en dar a la lucha económica misma un carácter político, etc., demuestran que se tiene una noción estrecha no sólo de nuestras tareas políticas, sino también de las de organización. Para sostener la "lucha económica contra los patronos y el gobierno", no es necesaria en absoluto una organización centralizada de toda Rusia

[31] V. I. Lenin, *Opere scelte*, cit., I, p. 146.

[32] Véase de nuevo la obra citada de V. Strada, especialmente la «Introduzione».

(que, por ello mismo, no puede formarse en el curso de semejante lucha) que agrupe en un solo impulso común todas las manifestaciones de oposición política, de protesta y de indignación, una organización formada por revolucionarios profesionales y dirigida por verdaderos líderes políticos de todo el pueblo. Y se comprende. La estructura de cualquier organismo está determinada, de modo natural e inevitable, por el contenido de su actividad. De ahí que *Rabboci Dielo*, con las afirmaciones que hemos examinado anteriormente, consagre y legitime no sólo la estrechez de la actividad política, sino también la estrechez de la labor de organización. Y en este caso, como siempre, es un órgano de prensa cuya conciencia cede ante la espontaneidad. Sin embargo, el culto a las formas de organización espontáneas, la incomprensión de cuán estrecha y primitiva es nuestra labor de organización, de hasta qué punto somos todavía unos artesanos en un terreno tan importante, esta incomprensión –afirmo yo– es una verdadera enfermedad de nuestro movimiento. Una enfermedad causada no por la decadencia, sino por el crecimiento. Pero precisamente ahora, cuando la ola de la indignación espontánea nos azota, por decirlo de alguna manera, a nosotros, como dirigentes y organizadores del movimiento, es necesaria en grado sumo la lucha más intransigente contra toda defensa del atraso, contra toda legitimación de la estrechez de miras en este sentido; es necesario en grado sumo despertar, en aquellos que participan o que pretenden participar en el trabajo práctico, el descontento por los métodos primitivos de trabajo que predominan entre nosotros y la decisión inquebrantable de desembarazarnos de ellos.»[33]
La crítica va dirigida en primer lugar contra aquellos que sostienen que no existe la necesidad de una organización centralizada para toda Rusia porque esta organización del movimiento revolucionario para toda Rusia sólo podría constituirse con el desarrollo de la lucha; se trata de la teoría de la «organización-proceso», donde la organización no toma forma a través de un acto, de una decisión política que trasciende el propio proceso, sino a través y dentro del proceso de luchas. En segundo lugar, no hay necesidad, según los adversarios de Lenin, de crear una organización centralizada que aglutine la diversidad de manifestaciones de oposición política, protesta e indignación en una única lucha. De este modo, los adversarios de Lenin no sólo defienden una teoría de la organización-proceso, sino también una teoría de la «lucha-proceso», es decir, una lucha que nace, se extiende y se desarrolla sin atender a plazos internos de unificación general, de enfrentamiento general, de reunificación; en definitiva, en una única lucha. En tercer lugar, los adversarios de Lenin se oponen a la existencia de una organización revolucionaria profesional, negando la idea de que pueda reunir a los auténticos jefes políticos de todo el pueblo. Además de la existencia de una teoría de la organización-proceso y de una teoría de la lucha-proceso, aquí aparece una teoría de la «dirección-proceso», donde la dirección no puede estar formada por una estructura estable y profesional de

[33] V. I. Lenin, *Opere scelte*, I, p. 205.

cuadros políticos, dado que éstos nunca podrían ser los jefes políticos auténticos de las masas. Por el contrario, Lenin, en el párrafo citado, defiende con fuerza, a partir de una articulación de razonamiento realmente eficaz, la necesidad y la urgencia de «crear una *organización de revolucionarios*, capaz de dotar de energía, firmeza y continuidad a la lucha política»[34].

Pero lo que a nosotros realmente nos interesa resaltar es la ley que definen estas páginas y, en realidad, la totalidad de la concepción de Lenin en este periodo. La ley de la transición a la organización consiste en que, cuanto más se desarrollan la lucha espontánea y la lucha económica, más necesario será el paso a un nivel dado de organización. Lenin no es nada indulgente con concepciones de la organización basadas en la teoría del reflujo de las luchas, de la «resistencia», etc. Al contrario, la función de ataque de masas, la marea poderosa de la espontaneidad, impone el paso dialéctico a la organización. La imagen de esta marea formidable, de este crecimiento impetuoso de la lucha, refleja los mecanismos argumentativos de los espontaneístas, pero los desbarata porque, precisamente en ese momento, no para negar el análisis de la espontaneidad, sino para reafirmarlo, se desencadena la decisión leninista de imponer el paso a la organización. De hecho, la organización constituye la ratificación y el perfeccionamiento de la espontaneidad, mientras que, respecto a ésta, el *codismo* y el primitivismo organizado, que en teoría se celebran y esgrimen como elogio de la espontaneidad, actúan como sepultureros de ésta. La realidad es dialéctica; la espontaneidad es la base dialéctica del proceso que conduce a la organización: cuando este paso no se llega a producir, entonces la propia espontaneidad se vuelve mezquina y se neutraliza a sí misma, convirtiéndose en impotencia organizativa. Su desarrollo le cierra la posibilidad de configurarse como totalidad del proceso revolucionario. La organización es la espontaneidad que reflexiona sobre sí misma. De otro modo, no es más que impotencia y derrota que trata de autojustificarse.

Durante estos años la polémica contra todos los aspectos que configuran el espontaneísmo como oportunismo organizativo es constante. El ritmo y los contenidos de la misma aparecen en una página de *Un paso adelante, dos pasos atrás*: «Hemos luchado contra el oportunismo en las cuestiones fundamentales de nuestra concepción del mundo, en cuestiones programáticas, y la divergencia absoluta en lo que se refiere a los fines ha conducido inevitablemente a un deslindamiento definitivo entre los liberales, que ha estropeado nuestro marxismo legal, y los socialdemócratas. Hemos luchado contra el oportunismo en problemas de táctica, y nuestra divergencia con los camaradas Krichavski y Akímov en lo que se refiere a estos problemas menos importantes tuvo tan sólo, naturalmente, un carácter temporal, no siguiéndole la formación de partidos distintos. Ahora, hemos de vencer el oportunismo de Martov y Axelrod en problemas de

[34] *Ibid.*, p. 209.

organización, menos cardinales aún, claro está, que las cuestiones de programa y de táctica, pero problemas que en el momento actual aparecen en el primer plano de la vida de nuestro partido»[35]. Problemas de organización: ¡para Lenin, son menos importantes que aquéllos derivados del programa y de la táctica! Sólo si somos capaces de entender correctamente la relación constituida entre teoría dialéctica y definición de la formación social determinada, por un lado, y teoría del movimiento obrero, por otro, sólo en este caso, podremos comprender esta consideración, absolutamente inhabitual e inaceptable para el fetichismo organizativo de la tradición leninista. La cuestión es que el referente material del movimiento –la espontaneidad científicamente cuantificable por la ciencia obrera del programa y de la táctica– es más importante y surge, de manera *lógica*, antes que el problema de la organización: ésta aparece como complemento de aquélla y las cuestiones derivadas de la misma pueden aparecer con toda claridad o –tal como sucede en el episodio de la experiencia de Lenin que analizamos– situarse *históricamente* en un primer plano.

Todo esto nos muestra de forma difusa –como habíamos indicado tras insistir de nuevo en la especificidad del proceso leninista relativo a la temática de la organización– el carácter *obrero* de la propia organización. Inicialmente nos hemos preguntado qué relación existe entre la espontaneidad y la organización, de qué modo se establece esta relación y por qué factores se hallan determinados los momentos singulares de su síntesis. También hemos visto cómo la organización socialdemócrata está determinada por su situación en la formación social concreta y de qué modo es definida por los parámetros y las relaciones descritos por el conocimiento obrero. Y es en este ámbito precisamente donde podemos verificar la existencia de la ley de la transición hacia la organización: en términos más abstractos y generales, pero no por ello menos válidos, veremos cómo la ley expresa una relación variable entre espontaneidad y organización dependiente de una mayor o menor intensidad de la relación de fuerza existente entre las clases en lucha. Dicho de otro modo, la magnitud del salto dialéctico es directamente proporcional a la fuerza del poder capitalista e inversamente proporcional a la fuerza y a la madurez de la clase obrera. El conjunto de relaciones que Lenin identifica dentro de la categoría de formación social determinada nosotros lo incluimos dentro del concepto, más cercano y acorde a nuestros tiempos, de *composición de clase*, desarrollando así deliberadamente la lección leninista. Por composición política del proletariado entendemos la determinación de las necesidades, los comportamientos, los niveles de conciencia política que muestra la clase obrera como sujeto en un momento histórico determinado. Dentro de este concepto de sujeto determinado incluimos, pues, a la clase obrera frente a toda la serie de relaciones de fuerza que la une, como sujeto, a los restantes estratos sociales, a los demás estratos del proletariado, así como a aquellas fuerzas que

[35] *Ibid.*, p. 323.

se sitúan frente al proletariado, sean éstos irreductiblemente antagonistas o susceptibles de aceptar la hegemonía política de la clase obrera. En otros términos, entendemos por composición política del proletariado ese tejido dialéctico sostenido por el sujeto revolucionario, que el maoísmo define dentro del «análisis de las clases»: análisis que aparece en los textos de Mao como punto de partida de cualquier trabajo político y sirve para determinar el nudo de las relaciones de fuerza entre los diferentes componentes del proletariado, siempre desde la perspectiva del sujeto revolucionario, que incluye –desde un punto de vista antagonista– también la otra cara de la relación dialéctica. Ésta es útil, desde el punto de vista organizativo, para determinar la situación del sujeto organizativo y la dimensión de su impacto político en el conjunto de la sociedad. Sabemos que existe una gran diferencia entre el concepto de composición de clase y la serie de relaciones que aparecen en la concepción maoísta del análisis de las clases: y es que en los países de desarrollo capitalista avanzado atribuimos a la clase obrera y a la capacidad que ésta tiene de colocarse activa y hegemónicamente dentro de la división de las clases un contenido de subjetividad infinitamente superior al que establece el pensamiento maoísta. Pero esto es también una prueba de la validez de la ley leninista de la organización. En consecuencia, la explicación de la citada diferencia radica en el hecho de que, desde el punto de vista maoísta, el sujeto que realiza el análisis es esencialmente el sujeto organizativo, que aporta una perspectiva de partido, conectado dialécticamente pero externo a la clase; sin embargo, en lo que a nosotros respecta, el tipo de madurez y subjetividad que podemos atribuir a una clase obrera que se ha ido formando dentro del desarrollo capitalista maduro comporta un tipo de subjetividad y una conciencia analítica infinitamente más elevada, que es capaz de desarrollar el análisis de forma automática en el interior de la clase (subjetividad obrera que ha sido denominada, en términos bastante polémicos, «ciencia obrera», en reconocimiento de una tendencia efectiva).

A su vez, la aplicación de la ley leninista de la transición hacia la organización en el pensamiento de Lenin revela la existencia de una serie de características específicas. La definición de la dualidad y de la condición externa del punto de vista de partido, la posición de la dirección respecto al movimiento de clase, se encuentra, tal y como hemos visto, en relación directa con el crecimiento de las luchas espontáneas que a lo largo de un decenio, en todos los años de la década de los noventa del siglo XIX, aparecen valoradas y descritas en las obras leninistas y no sólo en algunos momentos de lucidez del discurso. El paso desde este altísimo nivel de espontaneidad, de esta subjetividad difusa y de esta percepción creciente de la fuerza obrera como sujeto hegemónico, se halla determinado, desde el punto de vista de la organización y del carácter externo de la misma, como función de dirección y recomposición política, por la exaltación de algunas características propias de la composición política (dada) de la clase. El primero de estos elementos nos lleva directamente a reconocer la necesidad absoluta de una

centralización organizativa de la socialdemocracia en Rusia, una necesidad determinada por las características de la autocracia rusa y por la tradición conspirativa del movimiento. Lenin, desde este primer punto de vista, defiende y reafirma un elemento que se inserta dentro de la tradición de las luchas y de la valoración de sus condiciones particulares. En el combate contra la autocracia, la búsqueda de la máxima eficacia en la lucha y el terrorismo, en la medida en que eran armas fundamentales del movimiento populista y, en sus comienzos, de la propia socialdemocracia, habían comportado desde el surgimiento de la organización revolucionaria rusa un máximo de centralización y de utilización de reglas conspirativas. Existe una diferencia fundamental en el nacimiento de la socialdemocracia en Rusia si lo comparamos, por ejemplo, con su nacimiento en los países de Europa occidental. En estos últimos la socialdemocracia nace esencialmente a partir de la afiliación sindical, de un proceso difuso unificado posteriormente gracias a la acción de grupos intelectuales o de vanguardias obreras intelectualizadas que, tras varios intentos de agregación, logran constituir el partido. En las condiciones específicas del proceso revolucionario ruso, atravesadas por el régimen autocrático, el proceso es completamente diverso: el movimiento, aun en la fase de crecimiento máximo, jamás logra dotarse de formas de organización legales que trasciendan la espontaneidad. Las revueltas espontáneas, las insurrecciones, se desarrollan sin conseguir unificarse: toma forma entonces de manera preliminar, precisamente como síntesis del carácter específico de la lucha contra la autocracia y la centralidad feroz de la represión, la idea de que es absolutamente necesario constituir un núcleo central de dirección. La formación del núcleo central responde de este modo a una serie de exigencias derivadas de la necesidad de la lucha, ya asumidas como propias por el movimiento revolucionario.

Un segundo elemento, también estrechamente ligado a la especificidad de la composición política de la lucha de clases en Rusia, determina y caracteriza la forma del partido como dirección externa: se trata del carácter obrero de la organización. Lenin tiene el mérito de haber expuesto con una fuerza extraordinaria esta especificidad de la organización. Se podría decir que su defensa es directamente proporcional al carácter externo, general y recompositivo que debe configurar la acción de la vanguardia. En esa época, Lenin tiene como modelo de organización la fábrica, la fábrica en el sentido más pleno de la palabra. El poder del capital está invadiendo Rusia, transformándola de manera formidable y dramática. Lenin observa con una perspectiva marxista las dos caras del desarrollo capitalista: por un lado, identifica con fría complacencia la increíble fuerza del capital como fuerza productiva y la transformación real que provoca en las condiciones sociales, a través del crecimiento de las fuerzas productivas; por otro lado, observa con un odio implacable la explotación y el sometimiento salarial del trabajo. En Rusia, cuanto más extendida y primitiva sea la primera fase de la industrialización, mayor será la tragedia provocada por el desarrollo. La formación del partido socialdemócrata ruso se produce dentro de este proceso, que Lenin describe en su obra

de 1898 sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. ¿Cómo se inserta en este contexto la fábrica? Es el lugar donde se forman los primeros núcleos de la clase obrera, el lugar donde, además de la explotación, aprenden la organización superior del trabajo que, a pesar de aquélla, conserva un elemento de racionalidad superior y de precisión productiva gracias al carácter cooperativo del mismo: el modelo organizativo del partido deberá configurarse teniendo en cuenta estas características. También el partido debe ser capaz de organizar y formar el carácter multiplicador del trabajo revolucionario, movilizando y dirigiendo contra el capital lo que éste determina como aumento de la fuerza productiva asociada del trabajo. El partido es la fábrica, es una empresa de subversión, es la capacidad de imponer a la voluntad revolucionaria de los militantes y a la espontaneidad de las masas el multiplicador de la racionalidad productiva. El partido convierte la materia prima de la insubordinación obrera en acumulación revolucionaria, en capacidad general para atacar al adversario.

La insistencia de Lenin en la profesionalidad, la centralización y la división del trabajo del partido aparece tan a menudo y con tanta claridad en las páginas de *¿Qué hacer?*, *Un paso adelante, dos pasos atrás* y en todos los textos elaborados en esos años que bastarán unas pocas referencias para comprender el espíritu general de su discurso. A propósito de la profesionalidad de la organización del partido: «No podrá existir un movimiento revolucionario sólido sin una organización estable de dirigentes que asuma la continuidad en el tiempo [...], una organización de estas características deberá estar compuesta principalmente por personas que tengan como profesión la actividad revolucionaria»[36]. Respecto a la centralización y la división del trabajo: «La especialización presupone la centralización y, a su vez, la exige de forma absoluta»[37]. Se trata de una «organización de combate», conspiradora[38].

Pero es sobre todo en la página que ahora citamos donde el modelo leninista de partido emerge con toda claridad: «Ese mismo "Práctico" de la nueva *Iskra*, cuya profundidad de pensamiento ya conocemos, me echa en cara que yo imagine el partido "como una enorme fábrica" con un director, el Comité Central, a su frente (núm. 57, suplemento). El "Práctico" no sospecha siquiera que la terrible palabra por él lanzada nos descubre en seguida la psicología de un intelectual burgués, que no conoce ni la práctica ni la teoría de la organización proletaria. Precisamente la fábrica, que a algunos les parece un espantajo, representa la forma superior de cooperación capitalista que ha unificado y disciplinado al proletariado, que le ha enseñado a organizarse y lo ha colocado a la cabeza de todos los demás sectores de la población trabajadora y explorada. Precisamente el marxismo, como ideología del proletariado instruido por el capitalismo,

[36] *Ibid.*, p. 221.
[37] *Ibid.*, p. 226.
[38] *Ibid.*, pp. 228 ss.

ha enseñado y enseña a los intelectuales vacilantes la diferencia que existe entre el factor de explotación de la fábrica (disciplina fundada en el miedo a la muerte por hambre) y su factor organizador (disciplina fundada en el trabajo común, unificado por las condiciones en que se realiza la producción, altamente desarrollada desde el punto de vista técnico). La disciplina y la organización, que tan difícilmente adquiere el intelectual burgués, son asimiladas con singular facilidad por el proletariado, gracias precisamente a esta "escuela" de la fábrica. El miedo mortal a esta escuela, la completa incomprensión de su valor organizador, caracterizan precisamente los métodos del pensamiento que reflejan las condiciones de vida pequeñoburguesas, a las que debe su origen el tipo de anarquismo que los socialdemócratas alemanes llaman *Edelanarchismus*, es decir, anarquismo del señor "distinguido", anarquismo de gran señor, diría yo. Este anarquismo de gran señor es algo muy peculiar del nihilista ruso. La organización del partido se le antoja una "fábrica" monstruosa; la sumisión de la parte al todo y de la minoría a la mayoría le parece un "avasallamiento" (véanse los folletines de Axelrod); la división del trabajo bajo la dirección de un organismo central hace proferir alaridos tragicómicos contra la transformación de los hombres en "ruedas y tornillos" de un mecanismo (y entre estas transformaciones, la que juzga más espantosa es la de los redactores en simples periodistas); la sola mención de los estatutos de organización del partido suscita en él un gesto de desprecio y la desdeñosa observación (dirigida a los "formalistas") de que podría vivir sin estatutos»[39].

¡No se trata de una simple polémica! En realidad, este concepto de partido y de organización como fábrica se adapta al contexto dentro del cual se desarrolla el proyecto de organización leninista, reproduciendo la composición técnico-política de la clase obrera; se desarrolla adaptándose a un tipo de ideología del trabajo organizado característico de la gran fábrica y, consecuentemente, de la vanguardia de clase en Rusia, considerando las características internas y determinadas del pasaje que antes citábamos, donde, de hecho, el capital y la organización de la fábrica representan un extraordinario avance en la formación y condensación de un proletariado industrial como vanguardia material de la lucha. En este proceso se forman y se constituyen no sólo la actividad material de la clase obrera, sino también el grado más elevado de su subjetividad como clase y, por lo tanto, como expresión de comportamientos, de necesidades, de cualidad de vida. Aparecen ahora algunos criterios fundamentales del materialismo histórico, a partir de los cuales, de forma totalmente pertinente, la definición leninista del partido percibe un determinado nivel de composición de clase. Con este nivel de composición la fábrica puede generar una vanguardia consciente, configurar el instrumento organizativo y preparar las condiciones para la emancipación. Y lo hará de una forma tan intensa como profunda sea la explotación que sufre una sociedad atra-

[39] *Ibid.*, pp. 314-315.

sada como la rusa. Precisamente por esto, el carácter interno del punto de vista de la composición de clase en la temática de la organización de Lenin es lo que determina la necesidad de una dirección externa. Precisamente por esto, el carácter obrero del análisis de Lenin establece como conclusión y consecuencia la definición de una relación organizativa externa de la dirección respecto al conjunto del proletariado. Precisamente por esto, la relación de Lenin con la situación general del proletariado ruso y la identificación de los mecanismos para destruir este sistema determinan su concepción del partido. En las mismas páginas, Lenin habla del partido como de una necesidad imprescindible, en la misma medida en que lo son de las necesidades económicas materiales que reivindican las masas. Si no avanzamos en la lucha por este tipo de partido, «castraremos las necesidades más imperantes del proletariado, que son, precisamente, sus necesidades políticas»[40].

No creo que de Lenin debamos aprender frases o modelos abstractos. Lo que debemos destacar es este modo de situarse en el proceso revolucionario y respecto a la subjetividad de la clase obrera, así como el modo de preguntarse por la composición de la clase obrera en la actualidad y las necesidades de organización que se derivan de su composición específica, una composición que hoy día es sin duda diversa de la descrita por Lenin. De todas formas, no es objeto de esta lección responder a esta pregunta: lo que nos interesa es comenzar a realizar una serie de comprobaciones que vayan más allá de los textos, que sinteticen algunas ideas generales sobre el proceso organizativo, recorriendo el discurso leninista, que va desde la teoría del capital a la teoría de la organización. Pero esto sólo podrá llevarse a cabo si se tiene la convicción de que «en la lucha por el poder el proletariado posee una única arma: la organización»[41].

4. A PROPÓSITO DEL CAMINO RECORRIDO POR LENIN DESDE LA TEORÍA DEL CAPITAL A LA TEORÍA DE LA ORGANIZACIÓN: APUNTES

Hemos llegado de este modo a una primera demostración del discurso que venimos desarrollando. Una demostración que pasa no tanto por tratar de determinar la validez del proceso leninista que va de la teoría del capital a la teoría de la organización en el marco de su contexto histórico o, dicho en términos leninianos, en la formación social determinada, sino, más bien, por delimitar, de manera siempre problemática, la relación existente entre el discurso de Lenin y los problemas que actualmente tiene que afrontar la teoría de la lucha de clases. Este tipo de análisis lo volveremos a aplicar más adelante (en las lecciones 5, 6, 7 y 8), al abordar otro avance fundamental en Lenin, el paso

[40] *Ibid.*, p. 392.
[41] *Ibid.*, p. 331.

de la teoría de la organización a la teoría de la insurrección. Pero veamos ahora la primera de las cuestiones.

Respecto a esta temática, no cabe duda de que la relación entre lucha económica y lucha política, entre particularidad y generalidad, entre proceso de las luchas y conciencia externa de la generalidad política del enfrentamiento, representa el punto clave de *¿Qué hacer?* y de la fundación de una teoría del partido. Hemos visto cómo esta relación también aparece dentro de la composición política de la clase obrera rusa y, por lo tanto, dentro de la fase específica de la lucha de clases generada por la relación de fuerza entre las clases (y, consecuentemente, dentro de las estructuras productivas, dado que éstas se configuran sobre una dialéctica antagonista). *Por un lado*, tenemos un proceso de industrialización y la formación de algunas vanguardias de clase, que se van separando. *Por otro*, el resto del país, ocupado en la difícil tarea de superar las formas de producción semifeudales o precapitalistas; una clase obrera restringida pero capaz de asumir y configurar a partir de sí misma, en virtud de su relación contradictoria con el desarrollo de la sociedad en su conjunto, un tipo de organización adecuada a la interpretación general de las necesidades de toda la sociedad. De hecho, esta vanguardia obrera se topa necesariamente con la tesitura de interpretar la exigencia de avanzar hacia un nivel superior de organización del trabajo, hacia una configuración más avanzada de las relaciones sociales: la clase obrera se sitúa como intérprete del desarrollo en el momento mismo en que lucha contra la explotación. Esta paradoja histórica de la revolución propia de los países subdesarrollados se da por primera vez en la Rusia de Lenin en términos extremos. Allí, la lucha contra la explotación se identifica con la lucha por el desarrollo, con la lucha por la construcción de las condiciones para la liberación de la explotación y, al mismo tiempo, con la lucha contra la explotación, contra el trabajo y por la construcción de la sociedad comunista. Dentro de este contexto dramático se sitúa de forma muy precisa la relación entre el pensamiento de Lenin y la estructura específica de la clase: la conciencia externa a la clase, al conjunto del proletariado, es la conciencia obrera. En esa situación determinada, sólo la vanguardia, a través de un proyecto y una dirección externos, podrá satisfacer la necesidad de una recomposición integral del desarrollo y de la lucha contra la explotación: pero este carácter externo es plenamente obrero, ya que consiste en la percepción nítida y en la inversión de una situación que el capital utiliza para su propio desarrollo, para el desarrollo de la explotación, y que, por el contrario, debe ser asumida por la teoría del partido como motor de la revolución. De nuevo los proletarios se lanzan al asalto del cielo. El problema parece irresoluble dentro de la cotidianidad del discurso político: y, sin embargo, este esfuerzo gigantesco por convertir una estructura originada y consolidada en el modo capitalista de producción, en una fase determinada del desarrollo ruso, por derribarla y transformarla en instrumento de subversión y destrucción del poder de mando global de este desarrollo, este esfuerzo, efectivamente, aparece como el ele-

mento específico del discurso de Lenin, dando validez a su discurso sobre la formación social determinada y, por lo tanto, sobre el estado del enfrentamiento entre las clases de su época. Lenin avanza asumiendo el interés particular de la clase hasta sus últimas consecuencias: su defensa de lo «general» viene determinada por la defensa de lo particular de la clase.

Pasemos ahora al segundo problema: ¿se adecua el discurso de Lenin, que por otro lado es correcto respecto a la situación social determinada a la que se refiere, a nuestras necesidades? Evidentemente, para adecuarse a nuestras necesidades, debería existir un alto grado de homogeneidad entre el tipo de composición política de clase en el que se sitúa el análisis de Lenin y el tipo de composición política de clase en el que se desarrolla el análisis marxista hoy día. En realidad, podemos identificar de forma inmediata algunos momentos de gran dishomogeneidad que surgen del análisis material de los hechos, ya sea desde la perspectiva de los comportamientos de la clase obrera como desde el análisis general de las relaciones de fuerza y, por lo tanto, de las necesidades, de las formas organizativas, del propio mecanismo que la espontaneidad asume en la situación actual. En concreto, al menos dos parejas temáticas, que aluden, por otro lado, a un único problema central, aparecen en nuestra situación determinada completamente reconfiguradas: se trata de la relación entre lo particular y lo general y de la relación entre lo económico y lo político. Es indudable que, tanto desde la perspectiva de la clase obrera como todavía más desde la perspectiva capitalista, estas parejas –que en la composición de la clase en los tiempos de Lenin se presentaban como parejas de términos alternativos dentro de los cuales se desarrollaba la voluntad subjetiva de impulsar el salto organizativo– han visto cómo se desvanecía su forma antagonista. Actualmente, en un estadio de desarrollo capitalista donde el control se extiende ya no simplemente al ámbito de la fábrica sino, globalmente, al ámbito de la sociedad, en una fase de desarrollo capitalista donde el proceso de valorización y realización del capital determinan condiciones que afectan de manera global a toda la sociedad, los propios términos del proyecto socialista (interés particular y general, público y privado, etc.) se debilitan para desaparece tendencialmente. Las muros de la fábrica, tal y como se manifiestan empíricamente, caen, el proceso específico de la explotación de la fábrica se extiende a toda la sociedad y la forma de control de la relación entre fábrica y sociedad se convierte en un *continuum* gracias a la explotación capitalista, siendo ese control tan intenso que asienta y consolida esta continuidad[42]. Si posteriormente analizamos la cuestión de la continuidad entre lo económico y lo político no sólo desde la perspectiva capitalista, sino desde la perspectiva obrera, lo hacemos en los mismos términos, con una concentración propia de la posición sectaria de los obreros contra el capital: iden-

[42] Véase, por todos, Rainiero PANZIERI, «Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo», *Quaderni Rossi* 1 (1961), pp. 53-72 y «Plusvalore e pianificazione», *Quaderni Rossi* 4 (1964), pp. 257-288.

tificaremos las razones de la tremenda precariedad del dominio capitalista de nuestros tiempos. Porque, en efecto, en la medida en que esta continuidad se manifiesta, en la misma medida en que el control sobre la fábrica se ha visto obligado a extenderse a la totalidad del proceso de valorización social del capital, la revuelta económica se ha configurado como lucha política: aquélla no combate simplemente la dimensión de la relación de explotación en la fábrica, sino todas las condiciones sociales que permiten la determinación de la explotación en la fábrica. Estas verdades elementales que hasta hace unos pocos años parecían ignoradas han sido asumidas incluso por el propio movimiento obrero oficial, con independencia de las distorsiones a las que se las someta posteriormente. Así pues, el reformismo asume como fundamento necesario la continuidad entre la lucha económica y la lucha política, mistificando en esta continuidad el carácter antagonista de la lucha obrera. Sin embargo, nosotros sabemos –tal y como nos han demostrado las luchas obreras de estos años atrás, tanto en Italia como en el resto de países de capitalismo avanzado– que allí donde se verifica –por decirlo con palabras de Marx– la última y más genérica fase de la subsunción del trabajo en el capital, el capital envuelve a toda la sociedad y no existe ninguna forma de producción o cooperación que quede fuera de su dominio. La totalidad del dominio capitalista sobre la sociedad se realiza en esta fase, en palabras de Marx[43], como «subsunción real». Ha dejado de existir, por lo tanto, incluso en la fantasía de los más ardientes apologetas de la ortodoxia, el contexto descrito por Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, un contexto que, siempre en términos marxianos, puede ser definido como la última fase de la «subsunción formal» del trabajo en el capital, entendiendo por subsunción formal el modo de producción que, sin llegar a ser realmente capitalista, establece la hegemonía del mundo capitalista sobre el mercado y la circulación de las mercancías, las cuales son producidas a través de las distintas y variadas formas existentes: esto sucede en la época rusa estudiada por Lenin, donde una amplia serie de formas precapitalistas conviven junto a una tendencia de dominio del modo capitalista de producción. Hoy día no nos hallamos en esta situación, una situación definida por una relación de dominio directo del capital sobre la sociedad, dominio que se produce a través de una serie de mecanismos que pueden describirse analíticamente, por muy mutable que sea la materialidad de esta descripción; por una realidad en la que el capital se extiende de manera global por todo el tejido social y, por consiguiente, surge –inversa y coherentemente– la necesidad de una recomposición objetiva y determinada de la clase, que es considerada como antecedente esencial del análisis. Desde este punto de vista, uno de los presupuestos fundamentales del discurso de Lenin pierde vigencia para nosotros. El paso de la particularidad a la generalidad, de la lucha económica a la lucha política (y

[43] K. MARX, *Il Capitale: Libro I, cap. VI inedito*, Florencia, La Nuova Italia, 1969, pp. 57 ss. [ed. cast.: *El capital, libro I, capítulo VI (inédito)*, México DF, Siglo XXI, 1971].

hemos visto la enorme cantidad de implicaciones que genera este proceso), pierde el significado que poseía en el pensamiento de Lenin. Efectivamente, para Lenin, el paso de la lucha económica a la lucha política no excluye que, en ocasiones, la lucha económica sea utilizada como lucha política, pero éste no es el problema: el problema es que, para Lenin, la lucha política, cuando supera un cierto límite, deja de ser lucha económica y, aun así, en general, la lucha política no es sólo lucha económica. En nuestros días, sin embargo, la lucha económica y la lucha política se identifican en todos sus términos, aseveración que comporta cambios fundamentales, tanto en lo referente a la teoría de la organización como en lo que se refiere a una serie de cuestiones relacionadas con la teoría de la revolución y la teoría de la dictadura del proletariado, que abordaremos más adelante. Se trata de cambios que afectan al conjunto de la teoría leninista y, especialmente, como veremos en la última parte del curso, a la idea de la extinción del Estado. Ya va siendo hora de que comencemos a abordar consecuentemente estas temáticas.

Llegados a este punto, es lógico preguntarse en qué consiste nuestro acuerdo con Lenin. Para el oportunismo, en la medida en que éste niega la equivalencia de las formaciones sociales específicas en las que se desarrolla el discurso de Lenin con las que definen hoy día la situación actual, el problema está resuelto: de hecho, cuando los reformistas predican la vía pacífica al socialismo, las reformas estructurales y el resto de cuestiones que forman parte del arsenal de sus mentiras, agregan que comparten el *método* de Lenin y que la solución del problema pasa, precisamente, por purgar este método de las particularidades propias de una etapa histórica específica. Establecer tal distinción entre método y sustancia, entre determinaciones metodológicas y determinaciones materiales, representa una de las traiciones teóricas mayores que se pueden perpetrar respecto a la totalidad de la tradición del pensamiento y, sobre todo, de la práctica marxistas. La división entre método y sustancia, entre forma y contenido, es propia del pensamiento idealista y se enmarca dentro de la necesidad esencial del capital de diferenciar la continuidad de su propio dominio de la variedad de elementos sobre los que se ejercita. No es casual que el derecho burgués, instrumento privilegiado y fundamental de la organización capitalista de la sociedad, sea una teoría de la *forma* del dominio, que a menudo se asienta en una capacidad de articulación extremadamente amplia y apta para dar respuesta a los diferentes contenidos que progresivamente van generando los nuevos comportamientos de la clase obrera y sus nuevas formas de insubordinación. El derecho es la forma fluida y eficaz que sirve para taponar los poros que, dentro del compacto sistema de dominio burgués, son abiertos por iniciativa de la subversión obrera. La distinción entre forma y contenido únicamente resulta útil al capital, y sólo en la medida en que su desarrollo y el dominio sobre el desarrollo son determinados por la lucha obrera.

Esta distinción a nosotros ni nos resulta útil ni nos agrada. Por lo tanto, ante la pregunta ¿hasta qué punto somos leninistas?, antes que responder que el método de Lenin

nos resulta útil y que lo que no nos resulta útil es la sustancia de su discurso, respondemos de una manera totalmente distinta: nuestro acuerdo con Lenin sólo puede darse en el marco de la totalidad del punto de vista de clase característica de nuestra formación histórica contemporánea, sin que esto nos obligue a plantearnos un problema de continuidad o discontinuidad con la tradición leninista. Nuestro leninismo es un resultado, no un presupuesto; toda la tradición marxiana es una tradición de asunción de la lucha de clases, no de problemas teóricos: una teoría que se sitúe fuera de la lucha, que se coloque al margen de las relaciones concretas donde se desarrolla la lucha, que por esto mismo no se transforme en fuerza material revolucionaria, no existe para la tradición marxista. Un problema teórico, aislado de la posición concreta que cada una de las fuerzas sociales asume dentro del desarrollo de las luchas, es algo que tampoco existe para la tradición marxista. De este modo, la única respuesta al interrogante de lo que nos identifica como leninistas en la actualidad es muy simple: somos leninistas en la medida en que, dentro del contexto específico que tenemos hoy día, defendemos una perspectiva de clase que apunta a la subversión. Por supuesto, podrán darse situaciones en las que asumamos y afirmemos una serie de discursos leninistas, pero esto es precisamente el resultado de una confrontación, no una premisa.

La cuestión puede ser abordada ahora desde un segundo punto de vista, tal y como se ha planteado recientemente en un debate entre reformistas. Este debate se ha desarrollado en torno al concepto de formación social determinada y la polémica ha dividido a Sereni y Luporini[44]: al realizar la comparación entre la categoría leninista y la marxiana del término «formas» o «formaciones económicas», ambos constatan la existencia de diferencias, pero, mientras el primero describe la categoría leninista en los términos tradicionales del gramscismo, es decir, en términos de ciencia política, el segundo la define en términos más modernos, estructuralistas, como índice resolutivo de un análisis sincrónico. Volviendo a las cuestiones que tratamos de analizar en esta lección, nos preguntamos hasta qué punto es útil para nosotros, y frente a estos últimos estudiosos de la materia, la categoría de «formación social determinada» y en qué términos podemos defender su inclusión en nuestro equipaje de lucha. Hemos de afirmar que, de entrada, parece que Luporini (sobre todo si lo comparamos con el historicismo pacificador e ingenuo de Sereni) lleva razón. Tras aclarar la diferencia entre el concepto de formación social determinada y el de formación económica de Marx, Luporini sostiene que, mientras que para Marx la evolución de las distintas formas de producción (desde el modelo de producción asiático al medieval, y de ahí al capitalista y al comunista) implica un progreso continuo, y se funda, en consecuencia, en una proyección historicista (coherente, por otra parte, con su concepción general de desarrollo), para Lenin, sin embargo, exis-

[44] Véase al respecto especialmente el artículo de C. LUPORINI, «Marx secondo Marx», *Critica Marxista* 10 (marzo-junio de 1972), pp. 48-118 y 291-295.

te una determinación profundamente diferente, establecida puntual y científicamente. Luporini, desde nuestro punto de vista, trata de introducir el concepto de composición política de clase, propio de la investigación marxista más reciente (y, en particular, de la investigación que en Italia tuvo un origen obrerista y que indudablemente posee, en su génesis histórica, unos fundamentos estructuralistas). No obstante, nuestro acuerdo con Luporini llega sólo hasta aquí, y en realidad a partir de este punto la divergencia es total. Y es que el rechazo de los elementos metodológicos del historicismo no puede implicar que la categoría definida por Marx se disocie de la categoría leninista análoga: si el historicismo divide las dos categorías, la forma dialéctica las unifica. Además, si el concepto leninista de formación social determinada es diferente del concepto de «formación histórica» que utiliza Marx en el análisis general del desarrollo económico (desde el modo de producción asiático al comunismo), el concepto de formación social determinada también se encuentra presente en el pensamiento de Marx, a menudo de forma confusa y a veces oculta, pero continua. En su propio discurso, Marx introduce, si bien de manera no explícita, una serie de elementos que implican la construcción de un concepto de clase obrera y de su composición enormemente similares –de hecho, constituyen su presupuesto– a los de la definición leninista, la cual se pergeña en un estadio de madurez netamente superior. Llegados a este punto, sería interesante detenerse para profundizar en dos aspectos del discurso: el primero tiene que ver con la definición de salario y la relación de los elementos que constituyen el salario (tanto cuantitativos como cualitativos) y su composición, es decir, la cualidad determinada por la clase obrera; la otra cuestión hace referencia a la teoría de los antagonismos de clase y de sus efectos institucionales, que Marx aborda principalmente en sus escritos históricos.

Respecto a la primera cuestión, Marx desarrolla un discurso coherente desde los primeros escritos hasta los *Grundrisse* y *El capital*: un discurso que hace referencia a la especificidad de la relación entre niveles salariales, niveles técnicos, niveles políticos y cualidad subjetiva de la clase, es decir, la continua transformación a la que está sujeta y de la que es sujeto la clase. Si el salario está directamente relacionado con unas necesidades determinadas y se otorga como pago de un elemento esencial del sistema capitalista, la reproducción de la fuerza de trabajo, si la definición de salario engloba una serie de aspectos «históricos y morales» que se vienen modificando continuamente dentro de este proceso, lo que aquí se transforma es la propia cualidad de la fuerza de trabajo reproducida y su mecanismo de reproducción[45]. Este conjunto de elementos dia-

[45] A este propósito, consideramos obligada la lectura del análisis marxiano de la jornada laboral y del salario en *El capital*, Libro I, Sección Tercera, cit. Sobre una definición de los parámetros generales en torno a los que articular el concepto de composición política de la clase obrera, cfr. mi artículo «Partido obrero contra el trabajo» en S. Bologna, P. Carpignano, A. Negri, *Crisi e organizzazione operaia*, cit., y ahora incluido en *I libri del rogo*, cit. [ed. cast.: *Los libros de la autonomía obrera*, cit].

lécticos forma una estructura, mutable históricamente, que determina la propia sustancia del concepto de clase, el fundamento de su realidad dialéctica. Y define, igualmente, el mecanismo dialéctico del desarrollo revolucionario de su composición. Marx traza, de esta forma, a grandísimas líneas, el camino que conduce progresivamente de una estructura a otra. Por ejemplo, un proletariado como el proletariado inglés de mediados del siglo XIX es un proletariado radicalmente distinto al que conocemos hoy día, si tenemos en cuenta un determinado grado de uso de los bienes sociales como elemento para la reproducción de la fuerza de trabajo y, sobre todo, para la identificación de la relación existente entre satisfacción de las necesidades y exigencia de poder. Pues bien, aun en este caso podemos observar lo siguiente: *a)* el uso homogéneo del concepto de composición de clase, en la medida en que la definición de ambas estructuras se realiza a partir de un conjunto dialéctico de elementos materialmente distintos; *b)* el elemento dialéctico del desarrollo, que aparece cuando la composición subjetiva del proletariado encuentra en la relación, cada vez más abierta, entre necesidades materiales y lucha contra la explotación el espacio para realizar una reivindicación de poder. *Llegados a este punto, el concepto de composición (formación social determinada en relación con la clase) se convierte en concepto operativo.* En la teoría marxiana del salario la relación entre satisfacción de las necesidades materiales y exigencia de poder adquiere una importancia cada vez mayor: en virtud de este ritmo de desarrollo llegamos a la situación de nuestros días, en la que una clase obrera (por utilizar las palabras proféticas de los *Grundrisse*) redefinida no sólo en términos de prestación homogénea de trabajo social (de trabajo abstracto), sino como «individuo histórico», pilar indispensable de la producción de toda la riqueza posible, define una situación en la que la relación entre la prestación laboral para la reproducción de su existencia y la exigencia de poder aparece invertida respecto a las primeras formas de composición de clase del siglo XIX. La perspectiva de los *Grundrisse* consigue aproximarse a una definición de clase obrera que ya no persigue satisfacer más necesidades materiales, sino que exige sólo poder, dado que su condición de elemento esencial e imprescindible en el proceso productivo influye con tanta radicalidad que cualquier movimiento de clase afecta al conjunto de la estructura de poder, la fundamenta y mina su existencia[46].

Pero esto no es suficiente. Paralelamente, en los llamados escritos históricos, Marx retoma el análisis de la cuestión de la composición de clase, confrontándola en esta ocasión con una serie de etapas institucionales y construyendo, al mismo tiempo, la base para efectuar un análisis sobre las estructuras políticas y la composición del sujeto revolucionario. Si consideramos, por ejemplo, los escritos sobre el pequeño Napoleón y sobre

[46] K. MARX, en E. GRILLO (trad.), *Lineamenti fondamentali della critica dell'economia politica*, vol. II, Florencia, La Nuova Italia, 1970, pp. 400-411 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vols. I-III, Madrid, Siglo XXI, 1971, 1972 y 1976].

la Comuna, nos encontramos con un análisis interno preciso no sólo de la evolución de la clase, sino también de las relaciones de fuerza inherentes a esta evolución y, por lo tanto, de las dimensiones históricas y políticas en las que se desarrolla la fuerza revolucionaria de esta clase obrera específica, y, si es capaz de desarrollarse, debe hacerlo de tal modo que la organización se adapte a esta posibilidad y sea cada vez más específica al tipo de evolución descrita y potencial. Esto vale tanto para la derrota como para la victoria[47]. La definición de los objetivos del proletariado (tanto en términos materiales como políticos) se sitúa dentro de una perspectiva que es clásica en Lenin: en la descripción marxiana de la especificidad de la composición y la situación de la clase, la concepción del paso de la consigna de la república social a la insurrección, a la comuna, se configura en los mismos términos metodológicos que descubriremos en Lenin.

Retomemos ahora el hilo de un discurso que hemos dejado a medias. Al principio, cuando valoramos la pertinencia del pensamiento de Lenin, observamos cómo una serie de afirmaciones, especialmente la doble oposición temática particular-general y económico-político, resultaban inservibles para estudiar la actual composición de clase. Hemos mantenido que, a pesar de todo, lo que nos resultaba interesante (y que nos identifica como leninistas) era el carácter operativo del concepto de composición de clase y consecuentemente hemos demostrado (en contra de algunas posiciones actuales) que el concepto de composición y las opciones políticas que éste implica se articulan en una línea de absoluta continuidad teórica entre Marx y Lenin. Corroboramos, por lo tanto, la primera conclusión, después de esta segunda verificación de la continuidad *ortodoxa* de la citada metodología. Somos incapaces de imaginar una *ortodoxia* marxista diferente a ésta: la capacidad de interpretar el proceso revolucionario y las leyes materiales de su desarrollo a través del movimiento, de la lucha, a partir inmediatamente de la organización del rechazo, del odio, de la negación de lo existente. No existe ninguna continuidad temática posible si antes no se ha definido y situado la voluntad de insubordinación dentro de la composición política de esta insubordinación. De esto se deriva la determinación específica del sujeto proletario, y sólo partiendo de este sujeto las propuestas teóricas podrán comenzar a ser consideradas y lo serán en la medida en que puedan traducirse en propuesta práctica, jugada, vencida o derrotada dentro de las luchas específicas de clase.

La aceptación de estos presupuestos constituye una condición fundamental respecto a este aspecto del problema en la lectura de Lenin. No se trata de separar el método (la forma) de la sustancia (el contenido); por el contrario, se trata más bien de asumir desde el comienzo la misma intensidad del punto de vista práctico característico tanto de Marx como de Lenin, de convertir –desde el principio– la ciencia en expresión del sujeto obrero. Y, si después nos acusan de idealismo, etc., habrá que recordar que el

[47] H. J. Krahl, *Costituzione e lotta di classe*, cit., pp. 183 ss.

sujeto es definido por su composición material: por la materialidad de las luchas, del salario, de su configuración institucional. Somos firmes defensores de nuestro materialismo frente a todas las viejas posturas que sólo saben elogiar el leninismo con los apasionados términos de la «conciencia de clase» (cómo evoluciona el otro polo del dualismo, su parte material, no nos lo dicen; lo deben haber olvidado en el camino). Y también somos firmes defensores de nuestro materialismo frente a las más recientes apologías estructuralistas de Lenin, que separan la parte analítica de la subjetiva, la ciencia de la materialidad agente de la lucha de clases.

5. DE LA TEORÍA DE LA ORGANIZACIÓN A LA ESTRATEGIA DE LA REVOLUCIÓN (I). LA INDEPENDENCIA PROLETARIA

Hemos visto cómo, a través del análisis del sujeto de clase, se han ido desvelando las características fundamentales del modelo organizativo leninista. De manera más específica, la posición de la vanguardia obrera respecto a la totalidad del proletariado determinaba el carácter externo de la conciencia revolucionaria. El aspecto sobre el que más hemos insistido es que la definición que Lenin hace de la organización surge, por un lado, de la implantación profunda de su pensamiento en la realidad de masas del desarrollo de las luchas de clase (y a partir de este punto de vista hemos destacado un aspecto que a menudo se pasa por alto al analizar el pensamiento leninista, es decir, el énfasis, la insistencia en los procesos espontáneos, en la importancia de la lucha económica, en la definición –de algunos rasgos– de la lucha económica como lucha política); por otro lado, hemos podido observar cómo Lenin, al intervenir dentro de este proceso, cuando delimita las características del proletariado y de la clase obrera rusa, va definiendo un modelo de organización acorde con esas características. Hemos concluido que el tipo de leninismo que realmente nos interesa es aquel que es capaz, en cualquier circunstancia, de convertir el proceso organizativo en algo útil para la composición específica de la clase obrera de un momento concreto, en el marco de una «formación histórica determinada».

En este nuevo bloque de lecciones quisiera tratar de aclarar otra cuestión, la forma en que se configura en el pensamiento de Lenin el paso de la teoría de la organización a la estrategia y táctica de la insurrección y, finalmente, de la revolución.

Para lograr este fin, es necesario desde un principio dejar las ideas absolutamente claras. Para ello, es conveniente afirmar de entrada que, para Lenin, las determinaciones estratégicas también están estrechamente relacionadas con la «formación social determinada», es decir, relacionadas, de nuevo, con la posición que adopta el sujeto revolucionario de clase dentro de las relaciones generales de fuerza con las otras clases y con las estructuras de poder existentes. Dos son, en particular, los problemas funda-

mentales a los que ha de hacer frente la estrategia leninista: el problema de la relación entre la democracia y el socialismo, de la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo, y el problema de las alianzas, especialmente de la alianza entre la clase obrera y el campesinado. Ambos problemas se sitúan de forma precisa dentro de la definición particular que aporta Lenin sobre la formación social específica de su tiempo. Los elementos metodológicos que saldrán del tipo de análisis que queremos desarrollar tendrán la misma importancia que los resultados del análisis desarrollado en el primer punto, esto es, la definición del paso de la teoría del capital a la teoría de la organización: es decir, también en este caso, nos dotaremos de una serie de instrumentos que permiten adecuar nuestro análisis a la situación contemporánea. También en este caso debemos enfrentarnos a dos cuestiones que hemos abordado, desde diferentes perspectivas, en la primera fase de estas lecciones: por un lado, delimitar la dimensión real del discurso de Lenin sobre el proceso que conduce de la teoría de la organización a la estrategia de la revolución y, en segundo lugar, definir en qué medida este discurso leninista puede adaptarse a nuestra situación contemporánea.

De este modo, afirmábamos que el concepto de formación social determinada, el concepto de sujeto obrero circunscrito a la situación rusa, se sitúa en el centro del problema. Hemos observado cómo este sujeto iba constituyéndose en organización revolucionaria y cómo la totalidad del pensamiento de Lenin, prácticamente hasta 1905, hasta la primera gran experiencia de luchas insurreccionales del proletariado ruso, gira en torno al problema de la organización. Será a partir de 1905 (y especialmente a partir del texto sobre las *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*) cuando Lenin comience a situar el problema de la definición de la estrategia en términos más generales y, por decirlo de alguna manera, definitivos, en comparación con los planteamientos que había desarrollado hasta entonces y que siempre se habían subordinado a la solución del problema organizativo: es decir, a la búsqueda de una capacidad ofensiva del proletariado como organización, como instrumento eficaz que sirviese para combatir con una intensidad igual pero contraria la fuerza del Estado. El cambio radical de punto de vista y la complementación teórica de la perspectiva se han producido con tanta premura debido al hecho de que «sin duda, la revolución instruye con tanta rapidez y profundidad que su existencia sería imposible en épocas de desarrollo político pacífico. Y, lo que es aún más importante, instruye no sólo a los dirigentes sino también a las masas»[48].

He aquí el primer concepto fundamental de Lenin sobre el tema que nos ocupa: la organización es condición esencial de la estrategia. No puede existir estrategia –tal y como repetirá Lenin continuamente a partir de 1905– sin organización. Es evidente por qué. Resulta obvio si atendemos a la definición que Lenin había dado de la organización como arma que se adapta a las necesidades del sujeto proletario dentro de una

[48] V. I. Lenin, *Opere scelte*, cit., I, p. 335.

situación histórica específica: la organización era el único medio, en esa situación histórica específica, que permitía a los movimientos de clase asumir una identidad interna, una unidad y un cierto grado de autoconciencia. Si el proletariado era el sujeto que la situación histórica mostraba, esto es, un sujeto terriblemente fragmentado; si el proletariado ruso sólo era capaz de transformarse y avanzar con grandes esfuerzos a remolque de las experiencias de vanguardia, de la industrialización, por un lado, y de la lucha económico-política de las vanguardias revolucionarias, por otro; si todo esto era cierto, es de igual modo evidente que sólo la organización, sólo la hegemonía de estos estratos avanzados del proletariado, sólo la imposición del punto de vista obrero de las vanguardias obreras sobre la totalidad del proletariado, podían generar una fuerza de ataque eficaz contra el poder constituido tal que llegase a resultar creíble para las masas en el transcurso del proceso revolucionario. La organización es la condición de la estrategia, porque la organización, se identifica con el momento en el que no sólo se determina la fuerza del proletariado, sino, más importante aún, su propia conciencia, dado que, a través de la organización el proletariado se renueva y unifica. Dadas las condiciones de desarrollo económico y de lucha de clases vigentes en Rusia, sólo la organización es capaz de reunificar al proletariado. Este concepto, absolutamente fundamental en Lenin, adquiere más valor si se relaciona con el concepto de formación histórica y con la especificidad de la realidad del proletariado: una realidad de dispersión, de precariedad, que sólo podrá ser transformada gracias a la función de arrastre de la vanguardia, como conciencia, como momento de reunificación interna del proletariado. La organización, por lo tanto, es la condición de la estrategia.

Pero ¿en qué consiste esta estrategia? En 1905 la estrategia socialdemócrata y después la bolchevique persiguen principalmente el paso de la democracia consecuente al socialismo. El concepto fundamental en que se basa Lenin es que la fuerza del proletariado, estratégicamente, debe, antes de nada, consolidar unas condiciones capitalistas –desde un punto de vista económico– y unas condiciones democráticas –desde un punto de vista institucional– tales que permitan asentar su crecimiento y otorguen al proletariado la posibilidad de mostrarse como clase socialmente hegemónica y situarse como clase políticamente dominante en el transcurso del proceso revolucionario. Esta estrategia, que Lenin propone y defiende de forma consecuente (como es habitual en él) en los años que van de 1905 a 1917, quizá sea una estrategia reduccionista, pero ciertamente refleja el tipo de análisis relativo a la formación histórica determinada, en cuanto a la proposición de tareas específicas y la previsión de su realización por parte del proletariado organizado. La tarea principal que Lenin asigna a la socialdemocracia en esta etapa es la construcción de las condiciones de unidad del proletariado, algo que sólo es posible cuando el partido, la organización del proletariado, consigue definir una estrategia para impulsar el proceso unitario a través de una serie de etapas que generen nuevas condiciones que sirvan, a su vez, para alcanzar una fase superior de la lucha.

Todas las consignas lanzadas en el transcurso de la revolución de 1905 y materializadas por la socialdemocracia, especialmente por su fracción bolchevique, persiguen construir de manera continua la unidad del proceso revolucionario, una unidad que es vista, por un lado, como recomposición del proletariado bajo la guía de la clase obrera y, por otro, como posibilidad del partido para provocar, impulsar y llevar esta unidad proletaria hasta la etapa siguiente de la lucha revolucionaria por el socialismo.

Pero, para que esto se produzca, deben darse una serie de condiciones políticas. Hemos visto cómo la organización es la condición principal de la estrategia, así como las características de esta estrategia, pero ¿cuáles son las condiciones para que la organización sea, *efectivamente*, la condición de esta estrategia?, ¿una estrategia que, al mismo tiempo que consigue el paso de la lucha por la democracia consecuente a la lucha por el socialismo, es capaz de determinar la continuidad de este proceso y de vencer en este terreno? La primera de estas condiciones es la independencia, la garantía de la independencia del proletariado como clase hegemónica del proceso revolucionario. La relación continua que se produce entre el avance de la lucha proletaria y el objetivo de la democracia consecuente debe reconocer en su interior, como parte del mismo proceso, la llave de la discontinuidad del siguiente salto hacia la lucha por el socialismo. El partido es, al mismo tiempo, la continuidad de la lucha por la democracia consecuente y condición de la unificación proletaria y de la lucha socialista. Aparece simultáneamente, por lo tanto, como agente de la continuidad y la discontinuidad del proceso revolucionario. La lucha por la democracia consecuente constituye la determinación de relaciones de fuerza favorables al proletariado, pero, en la medida en que se desarrollan estas relaciones de fuerza, el partido proletario debe pasar de garante de la autonomía del proletariado, de garante de la continuidad del proceso, a motor de la discontinuidad y de la ruptura del propio proceso. En *Dos tácticas de la socialdemocracia* Lenin recupera conscientemente las conclusiones del III Congreso del POSDR para afirmar, allí donde se admite la posibilidad de la participación de la socialdemocracia en el gobierno revolucionario provisional (burgués), que «las condiciones que permiten esta participación son las siguientes: un control severo del partido sobre sus representantes y la salvaguardia permanente de la independencia de la socialdemocracia, que aspira a una revolución socialista plena, por lo que es irremediablemente hostil a todos los partidos burgueses»[49]. «La independencia de la socialdemocracia» implica que la participación del partido socialdemócrata, de la vanguardia organizada del proletariado, en la fase de la democracia consecuente no constituya un objetivo táctico e instrumental, sino una fase destinada a la construcción de una relación de fuerza y al avance para la unidad de la clase obrera; sólo en este sentido, estratégico pero condicionado, es concebida la participación en la representación democrática burguesa. El referente, la regla de la estrate-

[49] *Ibid.*, p. 340.

gía, es completamente interna a la organización de la lucha de clases. Los límites y perspectivas de la estrategia quedan definidos por el objetivo principal, el mantenimiento de la independencia del partido del proletariado. El motor de la estrategia vuelve a ser la vanguardia con su necesidad de consolidarse y dirigir la fase insurreccional. Se entienda bien, afirma Lenin, no estamos ante un problema formal: «El balance político final de la revolución puede ser que la socialdemocracia, aunque conserve formalmente su independencia y tenga una existencia propia como organización, como partido, se encuentre en una situación de dependencia y sea incapaz de dejar en los acontecimientos la huella de su independencia proletaria, de tal forma que resulte tan débil que, a la postre y en último término, su disolución en la democracia burguesa se convierta en un hecho histórico»[50]. Y, para que no quepan dudas al respecto, hace avanzar la síntesis entre proceso y perspectiva estratégica en términos cerrados y rígidos. Por un lado: «El proletariado espera que llegue su salvación no a través de la renuncia a la lucha de clases, sino a través de su propio desarrollo, su aumento cuantitativo, el aumento de su conciencia, de su capacidad de organización y decisión. Quien limita las tareas de la lucha política transforma al socialdemócrata de orador popular en secretario de los *trade unions*. Quien limita las tareas del proletariado en la revolución democrática burguesa transforma al socialdemócrata de jefe de la revolución popular en dirigente de los sindicatos obreros libres»[51]. Se trata de la afirmación más consecuente sobre la independencia política del proyecto proletario. Por otro lado: «La socialdemocracia ha luchado y lucha con pleno derecho contra el abuso de la palabra *pueblo* que hace la democracia burguesa. Exige que no se utilice la palabra para enmascarar la incomprensión de los antagonismos de clase en el seno del pueblo. Insiste de modo resuelto en la necesidad de defender la total independencia de la clase respecto al partido del proletariado. Sin embargo, divide el pueblo en clases, no porque la clase de la vanguardia se encierre en sí misma, se atribuya unos límites estrechos, castre su propia actividad por temor a que se alejen los patrones económicos del mundo, sino porque la clase de vanguardia, sin padecer las dudas, la inestabilidad, la indecisión de las clases intermedias, puede combatir con energía, con entusiasmo aún más grande por la causa de todo el pueblo, a la cabeza de todo el pueblo»[52]. Se trata de la interiorización más radical de la síntesis de democracia y revolución, de transición y de prospectiva: la independencia del proletariado se subsume en sí misma, hasta el fondo, y controla y domina las concesiones que está obligada a hacer. Triunfo marxiano y leninista de la dialéctica revolucionaria. Que esto resulte válido es otro problema: en la situación citada, sin duda lo era; más adelante volveremos a la dimensión general del proyecto.

---

[50] *Ibid.*, p. 362.
[51] *Ibid.*, p. 403.
[52] *Ibid.*

De esta forma llegamos al segundo elemento que nos interesa definir: esto es, si la independencia del proletariado es una condición, y debe ser una característica de la organización, o si, por el contrario, sin organización no existe y no puede existir la independencia del proletariado. A este respecto, Lenin realiza un análisis extraordinariamente agudo de las interrelaciones existentes entre la espontaneidad y la falta de independencia del proletariado. El análisis que desarrolla es una crítica definitiva del anarcosindicalismo, y lo hace de una forma mucho más persuasiva que en las obras posteriores a 1917. Y es que el análisis es materialista y se centra en la relación entre la lucha y los ciclos económicos. Así pues, en las condiciones en las que se despliega la lucha revolucionaria en Rusia, la ausencia de un proyecto organizativo y de una realidad organizada adecuada amenaza a menudo con romper el cuadro de desarrollo en el que la autonomía obrera quisiera afirmar la independencia proletaria, y todo por causa de la debilidad en las relaciones de fuerza frente a los otros estratos del proletariado y al adversario de clase. En este sentido, las luchas autónomas, las luchas espontáneas, las luchas de base, acaban por ser absorbidas por el carácter cíclico de la lucha proletaria general, independientemente de su importancia en la determinación de los propios movimientos cíclicos. La autonomía, la propia independencia del proletariado, acaban desapareciendo o son subordinadas a este carácter cíclico. Por el contrario, sólo si la organización aparece como condición de todo el proceso, sólo en este caso, el carácter cíclico, que es orgánico a la lucha obrera en una situación totalmente deficitaria desde el punto de vista de las relaciones de fuerza, puede romperse en beneficio de la clase. La organización debe determinar la independencia del proletariado como ruptura de los ciclos espontáneos de las luchas; debe plantearse, a partir de la espontaneidad, pasar de la defensa al ataque, de la insurrección al socialismo. La teoría de la organización se convierte en estrategia de la revolución en la medida en que el concepto de la independencia del proletariado deja de ser condición de la organización para convertirse en forma de la organización, en capacidad de la organización para impulsar el desarrollo global de la lucha y controlar así las relaciones entre las clases, uniéndolo a este tipo de proceso. Con independencia de que el nexo entre la democracia consecuente y el socialismo sea objetivamente discontinuo, la discontinuidad debe ser interpretada y dominada subjetivamente para ser recompuesta desde el punto de vista organizativo. Aquí emerge uno de los rasgos más interesantes del discurso leninista: el carácter obrero de la organización rompe la continuidad cíclica y mistificante del proceso revolucionario. A este respecto, leamos de nuevo un fragmento de las *Dos tácticas de la socialdemocracia*: «Con el largo periodo de reacción política que reina en Europa, prácticamente sin interrupción, desde los tiempos de la Comuna de París nos hemos limitado demasiado a la idea de una acción que sólo puede provenir de la base; nos hemos habituado demasiado al espectáculo de una lucha únicamente defensiva. Sin lugar a dudas, hoy día hemos entrado en una nueva época; se ha iniciado un periodo de cambios políticos y

revoluciones. En un periodo como el que atraviesa Rusia no nos está permitido limitarnos a los viejos esquemas. Es necesario extender la idea de la acción desde arriba; es necesario prepararse para las acciones ofensivas más enérgicas; es necesario estudiar las condiciones y las formas de estas acciones»[53].

En estos fragmentos del pensamiento leninista se halla el elemento clave de la transición de la teoría de la organización a la estrategia de la revolución. Hemos visto el carácter fundamental de la teoría de la organización como algo inherente a la teoría de la composición específica de la clase obrera y del proletariado. Veamos ahora cómo la estrategia de la revolución tiene como presupuesto la organización, un tipo de organización que consolida y refuerza y, de forma preliminar, determina la absoluta autonomía del interés proletario: autonomía e independencia que el interés proletario desarrolla no sólo contra el capital, sino dentro de la propia organización, como lucha y condición de la organización. Si se quiere hablar de duplicidad leninista, hagámoslo, pero hay que tener en cuenta que se trata de una duplicidad totalmente dialéctica, una duplicidad que es capaz de desarrollar con extrema coherencia la etapa más difícil del pensamiento socialista y en parte del pensamiento marxiano: el paso de la teoría del desarrollo a la teoría de la destrucción del desarrollo.

6. DE LA TEORÍA DE LA ORGANIZACIÓN A LA ESTRATEGIA DE LA REVOLUCIÓN (2). LA FÁBRICA DE LA ESTRATEGIA

En la última lección hemos visto cómo la temática del paso del problema de la praxis y de la organización al problema de la estrategia debería remitirnos a la definición de la composición política de la clase obrera y del proletariado en Rusia que, a su vez, se enmarca en la categoría científica de formación social determinada, y cómo el concepto de la independencia de la organización proletaria (que aparecía como condición de la propia estrategia), consecuentemente, debería tener su origen en la misma categoría. Allí donde la clase obrera constituía una vanguardia socialmente diferente del resto del proletariado, el carácter externo del proceso de organización y la necesidad de imponer desde arriba la recomposición del proletariado aparecía, en el contexto de esta emergencia, precisamente como necesidad y voluntad de aislamiento teórico de la vanguardia respecto al proceso de masas. También hemos visto cómo una serie de articulaciones internas, que giran fundamentalmente en torno a dos problemas –el paso de la democracia consecuente al socialismo y la cuestión de las alianzas (que a partir de ahora retomaremos, centrándonos especialmente en la alianza obreros-campesinos)–, eran analizadas en relación con el tipo de estructura de la época. Nos ha parecido

[53] *Ibid.*, p. 345.

importante subrayar que el concepto de independencia del proletariado como condición de la organización y el concepto de organización como condición de la estrategia constituyen un momento esencial que se desarrolla siguiendo un ritmo necesario, que parte de su configuración objetiva.

Ahora nos vamos a detener en otra proposición del trabajo teórico-práctico de Lenin que emerge en estos años. El concepto es el siguiente: el carácter obrero de la organización es, en opinión de Lenin, la característica fundamental de la estrategia. Volvamos a leer el fragmento de *Dos tácticas de la socialdemocracia* citado con anterioridad: «El proletariado espera que llegue su salvación no a través de la renuncia a la lucha de clases, sino a través de su propio desarrollo, su aumento cuantitativo, el aumento de su conciencia, de su capacidad de organización y decisión. Quien limita las tareas de la lucha política transforma al socialdemócrata de orador popular en secretario de los *trade unions*»[54]. En un planteamiento de estas características, emerge, como hemos visto, la concepción correcta del paso de la democracia consecuente al socialismo. Se lucha por la democracia porque en la república burguesa el proletariado tiene la posibilidad de recomponerse, de una manera más fácil y rápida, pero esto no implica que las tareas del proletariado y del partido del proletariado se reduzcan a luchar por la revolución democrática: es más, «el proletariado espera que llegue su salvación no a través de la renuncia sino del impulso de la lucha de clases». En la revolución democrático-burguesa la función del partido proletario no consiste sólo en consolidar las estructuras que transforman la formación histórica precedente, estableciendo las condiciones para que se inviertan las relaciones de fuerza; el objetivo verdadero es hacer avanzar la revolución introduciendo contenidos obreros específicos, los intereses de la clase obrera, hasta que sean finalmente hegemónicos. De este modo, hemos pasado del concepto de la independencia del proletariado en la fase democrática de la revolución al concepto de la dirección de la clase obrera del proceso revolucionario maduro. Entendiendo por dirección la hegemonía del interés obrero dentro de su propia especificidad, una hegemonía que debe estar representada inicialmente por la independencia de la organización, pero que ahora aparece como capacidad para desarrollar esta transformación dialéctica, para dirigir las diferentes etapas que atraviesa la revolución democrática. Y para superar posteriormente estas etapas democráticas a través de un desarrollo más radical del proceso revolucionario, de la propia desaparición del Estado, de la destrucción de la máquina de poder que se ha configurado alrededor del trabajo asalariado.

A estas alturas, podemos proponer una paradoja, sin perjuicio de que sea de nuevo contrastada cuando concluyamos nuestra lectura de Lenin: podemos titularla *Lenin, de la espontaneidad a la espontaneidad*. En la década de los noventa del siglo XIX, Lenin comienza analizando en profundidad los movimientos espontáneos de la clase, a través

[54] V. I. Lenin, *Opere scelte*, cit., I, p. 403.

de una concepción totalmente acertada de la circulación de las luchas, de su consolidación, de la transformación del proletariado en clase a través de un mecanismo espontáneo; a continuación, pasa a defender una concepción extremadamente rígida de la organización externa; finalmente, en la última fase prerrevolucionaria, recupera la extraordinaria defensa de la extinción del Estado, es decir, la figura de una comunidad libre de hombres libres que destruye todas las condiciones por medio de las cuales el capital, explotándolos, encadenándolos al trabajo, los domina. De la espontaneidad a la espontaneidad: si esto es Lenin, se comprende perfectamente por qué dentro de la Segunda Internacional prácticamente se cerró a este bárbaro marxista asiático cualquier tipo de posibilidad de expresar su pensamiento.

Pero veamos cómo este concepto de la dirección obrera se desarrolla materialmente en estos años y cómo se articula y explicita políticamente. Existe un texto, uno de los más densos de estos años de trabajo leninista, titulado *Las enseñanzas de la revolución*[55]. Se trata de un escrito de 1910, que recoge, después de ser analizadas y desarrolladas, las enseñanzas de la revolución de 1905. En él, Lenin profundiza y clarifica desde un punto de vista teórico el concepto de dirección obrera de la organización. «Han pasado cinco años desde que, en octubre de 1905, la clase obrera de Rusia dio el primer golpe poderoso a la autocracia zarista. En esas jornadas extraordinarias el proletariado sublevó a millones de trabajadores para luchar contra los opresores. En sólo unos meses del año 1905, el proletariado conquistó unas mejoras que los obreros habían estado esperando de las "autoridades" desde hacía decenas de años.» ¿Cuáles son, pues, las enseñanzas de la revolución? «Las victorias y derrotas de la revolución han aportado grandes enseñanzas históricas al pueblo ruso. En la celebración del quinto aniversario de 1905 trataremos de explicar el contenido esencial de estas enseñanzas. *La primera enseñanza, la enseñanza fundamental,* es que sólo la lucha revolucionaria de masas es capaz de lograr unas mejoras relevantes en la vida de los obreros y en la dirección del Estado.» Nosotros diremos: la lucha económica de las masas es una lucha política: una vez más, lo que aparece en la base de todo análisis leninista es este concepto inseparable de lucha de masas económica y política, que se dirige directamente contra la estructura del Estado. «Ninguna *simpatía* por los hombres instruidos frente a los obreros, ninguna lucha heroica de terroristas aislados, pudo quebrantar la autocracia zarista y la omnipotencia de los capitalistas. Únicamente la lucha de los propios obreros, sólo la lucha unitaria de millones de hombres, pudo obtener este resultado, y, cuando *esta* lucha se debilitaba, automáticamente, todas las conquistas eran arrebatadas a los obreros. La revolución rusa ha ratificado lo que se canta en el himno de la Internacional obrera: ni en dioses, reyes ni tribunos está el supremo salvador, nosotros mismos realicemos el esfuerzo redentor. La *segunda enseñanza* es que no basta con quebrantar, limitar el poder

[55] *Ibid.*, pp. 446-450.

zarista. Es necesario *suprimirlo*. Hasta que no se suprima el poder zarista las concesiones realizadas por el zar serán siempre mínimas.» Esto se traduce en un ataque duro y automático contra cualquier propuesta reformista que persiga modificar o reestructurar el poder zarista, y en la defensa del principio de la democracia consecuente. El papel de la vanguardia de la clase se despliega aquí completamente. Último principio fundamental: «La autocracia zarista también ha sacado una enseñanza de la revolución. Ha comprobado que ya no es posible fiarse de la fe del campesino en el zar. Ahora refuerza su poder mediante una alianza con los terratenientes, ultrarreaccionarios y los industriales octubristas. Para derrotar a la autocracia zarista es necesario que el ímpetu revolucionario de las masas sea más vigoroso que en 1905. ¿Es posible provocar un ímpetu mucho más potente? La respuesta a esta pregunta nos lleva a la *principal y tercera enseñanza* de la revolución, una enseñanza que proviene, como hemos visto, de la *forma* en que actúan las diferentes clases que componen el pueblo ruso. Antes de 1905 muchos pensaban que la totalidad del pueblo aspiraba, de forma unitaria, a la libertad, y que deseaba la misma libertad; la inmensa mayoría, de hecho, no se daba cuenta de que las diferentes clases que formaban el pueblo ruso tenían una concepción desigual de la lucha por la libertad y que no reivindicaban la misma libertad. La revolución disipó la niebla. En el último periodo de 1905 y posteriormente, durante la Primera y Segunda Duma, *todas* las clases de la sociedad rusa actuaron abiertamente. Hicieron ver su obra, mostraron cuáles eran sus verdaderas aspiraciones, el objetivo por el que luchaban, con cuánta fuerza, tenacidad y energía eran capaces de luchar. Los obreros de las fábricas, de los talleres, el proletariado industrial, era protagonista de la lucha más osada y tenaz contra la autocracia». Y continúa más adelante: «Dado su potencial de lucha, la clase obrera marchaba a la cabeza de todas las demás clases del pueblo ruso. Las propias condiciones de vida de los obreros los convierten en idóneos para la lucha y los motivan para luchar. El capital organiza a los obreros en masas enormes dentro de las grandes ciudades, los agrupa y educa para unirse en la acción. A cada paso los obreros se topan cara a cara con su principal enemigo: la clase de los capitalistas. Combatiendo contra este enemigo, el obrero se convierte en *socialista*, adquiere la conciencia de que es necesario reorganizar completamente la sociedad y que hay que suprimir completamente cualquier forma de miseria y opresión. Al hacerse socialistas, los obreros luchan con valentía infinita contra todo lo que bloquea su camino, especialmente contra el poder del zar y de los terratenientes ultrarreaccionarios». Es importante subrayar que el análisis de la revolución lleva a Lenin a enaltecer el carácter obrero de la organización, ya que únicamente la clase obrera puede representar el elemento esencial, la piedra sobre la que se asienta de forma real la propia independencia del proletariado y, por ende, cualquier condición organizativa. Todo esto aparece, con absoluta claridad, como conclusión del análisis leninista de la revolución de 1905, que representa el momento del paso de la temática de la organización a la de la estrategia.

De más está insistir en la condición paralela prevista en el análisis de Lenin: «El grado de desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva), que se halla indisolublemente unido a al primero, hacen imposible la emancipación inmediata y completa de la clase obrera»[56]. Una vez más nos encontramos frente a este rasgo del pensamiento leninista que toma cuerpo en la convicción de que las relaciones de fuerza imponen una serie de condiciones en el desarrollo ruso. Dentro de estas relaciones se configuran una serie de articulaciones horizontales y verticales, tanto en términos de alianzas como en términos de evolución estratégica (de la democracia consecuente al socialismo). Y, sin embargo, el pensamiento de Lenin aparece siempre dominado por una prioridad concreta: el carácter obrero de la organización, un carácter que debe servir para cualificar la estrategia.

A este respecto es necesario subrayar otro aspecto, el concepto de alianza, que, haciendo referencia sobre todo a los campesinos, fue expuesto por Lenin en esta etapa. Lo extraigo del opúsculo *La actitud de la socialdemocracia frente al movimiento campesino*[57], que es el comentario de una resolución aprobada en el III Congreso donde los conceptos de la cualificación obrera de la organización y de la hegemonía obrera de la organización son expuestos en términos extremadamente claros, precisamente cuando se habla del movimiento campesino. Lenin comenta una carta enviada al periódico del partido en los siguientes términos: «El autor de la carta destapa una cuestión teórica: ¿no sería bueno limitar con una cláusula especial la expropiación de las grandes propiedades y su transformación en "propiedad campesina pequeñoburguesa"? Al proponer esta cláusula, el autor restringe arbitrariamente el sentido de la resolución del III Congreso. En esta resolución *no se indica de ninguna manera* que el partido de la socialdemocracia debe esforzarse en defender el paso de las tierras confiscadas precisamente a las manos de los pequeños propietarios y de los propietarios pequeñoburgueses; la resolución dice: nosotros apoyamos "hasta la confiscación" de la tierra, es decir, hasta su traspaso sin indemnización, pero esto no resuelve la cuestión de a quiénes se otorgará la tierra enajenada. Nosotros debemos defender con todos los medios posibles la insurrección campesina hasta conseguir la confiscación de la tierra, *pero de ninguna manera hasta lograr unos abstractos proyectos pequeñoburgueses*. Nosotros apoyamos el movimiento campesino en la medida en que es un movimiento democrático revolucionario. Estamos preparados (nos prepararemos sin demora, inmediatamente) para luchar contra éste en el caso de que tomase una deriva reaccionaria, antiproletaria. Toda la esencia del marxismo se halla en esta doble tarea». Pero, si resulta clara la postura de Lenin sobre la relación con los campesinos, ahora pasa a un primer plano otra postura que

[56] *Ibid.*, p. 343.
[57] *Ibid.*, pp. 425 ss.

podría expresarse en los siguientes términos: el carácter dialéctico formado por la dimensión objetiva y la dimensión subjetiva de la teoría del partido tiene su origen en la realidad de la formación social determinada, pero no puede aparecer como reflejo permanente de algunas condiciones específicas a las que debe adaptarse la estrategia de la organización. En realidad, la dirección obrera del movimiento significa lucha contra las condiciones objetivas. Las condiciones objetivas se van modificando en el transcurso del proceso revolucionario y es en el marco de esta transformación donde, en el campo de las alianzas, por ejemplo, se pasa de la demanda de formación de los comités revolucionarios campesinos a otra que podría ser de apertura de una nueva fase de lucha revolucionaria entre los obreros agrícolas y los campesinos propietarios. «Nosotros defendemos la revolución permanente. No nos detendremos a mitad de camino. Si no difundimos a bombo y platillo promesas de "socialización" inmediata, es porque conocemos las verdaderas dificultades de esta función, y no ocultamos, sino que, por el contrario, propagamos la nueva lucha de clases que está madurando en lo más hondo de las masas campesinas.»

Los estadios de desarrollo del proceso revolucionario estarán de este modo dominados por la permanencia de la organización en la medida en que el componente esencial de la organización sea obrero. En este contexto podemos llegar a comprender exactamente el significado de la revolución *desde arriba* que Lenin defiende con tanta insistencia. La organización es el nivel de conciencia más elevado de la tendencia y en esta perspectiva ella se enfrenta con dureza a todas las condiciones objetivas que progresivamente limitan la verdadera tarea comunista.

En la próxima lección abordaremos los contenidos comunistas de la estrategia leninista y cómo éstos se vienen definiendo en esta etapa. Pero por ahora tengamos presente algunos aspectos de esta evolución: por ejemplo, cómo la finalidad comunista que aquí se presenta en los términos de *revolución permanente* propone una recuperación literal de los textos de Marx, particularmente del Marx histórico. Aquí aparecen proposiciones y conceptos (como la reducción continua de los márgenes para la defensa de la democracia) [«La idea de buscar la salvación de la clase obrera en todos los lugares excepto en el desarrollo ulterior del capitalismo es una idea reaccionaria. En países como Rusia, la clase obrera sufre menos por el capitalismo que por la falta de desarrollo del capitalismo. La clase obrera, por lo tanto, está totalmente interesada en que se produzca el desarrollo más completo, libre y rápido posible del capitalismo. Para ella resulta absolutamente beneficioso acabar con todos los residuos del pasado que obstaculizan el desarrollo completo, libre y rápido del capitalismo. La revolución burguesa es una revolución que elimina con total resolución los residuos del pasado, los residuos del sistema de servidumbre (entre los que se encuentra no sólo la autocracia sino también la monarquía), que garantiza del modo más completo el desarrollo más completo, libre y rápido del capitalismo.» «La burguesía considera de mayor utilidad que las transformaciones

necesarias para llegar a la democracia burguesa se produzcan con mayor lentitud, de forma más gradual, más prudente, con menos determinación, a través de reformas y no con una revolución; que estas reformas sean todo lo cautas que sea posible en relación a las instituciones *respetables* del feudalismo (como la monarquía); que estas transformaciones contribuyan lo mínimo posible a desarrollar la acción revolucionaria, la energía e iniciativa de la plebe, es decir, de los campesinos y, sobre todo, de los obreros. Porque, de otra manera, para los obreros sería extremadamente difícil "pasar el fusil de un hombro a otro", como dicen los franceses, es decir, dirigir contra la propia burguesía las armas que la revolución burguesa les hubiera suministrado, la libertad que ésta daría, las instituciones democráticas nacidas del terreno liberado del sistema de siervos»][58] (o como la presión implacable de la clase obrera para el desarrollo e intensificación de la lucha de clases a partir de unos niveles ya consolidados) [«Sin caer en el espíritu aventurero, sin llegar a traicionar nuestra conciencia científica, sin perseguir una popularidad barata, podemos afirmar y afirmamos una cosa sola: ayudaremos con todas nuestras fuerzas al conjunto del campesinado a hacer la revolución democrática, con el objeto de que sea más fácil para nosotros, el partido del proletariado, llegar con la mayor rapidez a una fase nueva y más importante, la revolución socialista. Nosotros no prometemos, como resultado de la victoria de la insurrección campesina actual, ningún tipo de armonía, ninguna igualdad, ningún tipo de socialización; por el contrario, prometemos una nueva lucha, una nueva desigualdad, una nueva revolución, hacia la cual se dirigen nuestros esfuerzos. Nuestra doctrina se encuentra menos azucarada que las fábulas de los socialistas revolucionarios, pero quien quiera recibir para beber únicamente agua azucarada que se vaya con los socialistas revolucionarios; a este tipo de gente les diremos: buen viaje»][59]; aparecen, por lo tanto, proposiciones y conceptos que recogen literalmente diferentes proposiciones marxianas que aparecen en el texto sobre 1848 en Francia. La metodología es idéntica. Lo importante, para la posición leninista, es demostrar que el resultado de las luchas simplifica el terreno del enfrentamiento y sirve para recuperar progresivamente la naturaleza antagonista: el análisis, al adecuarse a la práctica revolucionaria, conduce a una reducción dialéctica y dinámica de la lucha de clases, dentro de lo que son sus términos esenciales, la clase obrera y la burguesía. Sólo a partir de esta reducción fundamental la clase obrera conquista la posibilidad de lanzar, después de completar las etapas intermedias del proceso revolucionario, el choque para llegar al momento definitivo, que es la destrucción integral del modo de producción capitalista, y la destrucción de su Estado. Desde este punto de vista, la metodología marxiana y leninista son coincidentes en la relación continua que establecen entre teoría de la composición de clase, teoría de la organización y teoría/estrategia de la revolución.

---

[58] *Ibid.*, pp. 359-360.

[59] *Ibid.*, p. 431.

Pero en el Lenin de estos años encontramos algo más. Y este algo más es que el problema de la revolución desde arriba no consiste simplemente en el problema de la comprensión total del proceso y la capacidad para impulsarlo que tiene la organización de la clase obrera; no se identifica simplemente con la capacidad de activar en cada momento los mecanismos de la revolución permanente: consiste también en la capacidad subjetiva de la vanguardia de clase de convertirse en la punta de diamante, en la fuerza militar organizada adecuada para impulsar este proceso. La subjetividad revolucionaria no sólo es subjetividad de comprensión, dirección que se sitúa en el exterior de las masas con la capacidad de impulsar desde arriba un *proyecto* de revolución permanente: debe ser también capacidad de ruptura, de ataque, capacidad para impulsar desde arriba, en este caso, una *potencia* física, militar[60]. *Las enseñanzas de la insurrección de Moscú*[61] es un texto escrito en 1906. En él, la relación entre dirección obrera e insurrección (la capacidad de extender el proceso insurreccional como subjetividad presente entre las masas) aparece como un elemento esencial. Como conclusión de lo que hemos visto hasta el momento, podemos comprobar que partir del concepto teórico de formación social para llegar al concepto de insurrección no es un proceso que tenga lugar gracias a la abstracción del análisis. La abstracción se concreta en una subjetividad activa, en una subjetividad que se produce dentro del movimiento de masas y que, a su vez, se determina y se puede medir materialmente, en la práctica, en cada etapa del movimiento. Las palabras de Lenin son totalmente claras al respecto y no necesitan muchos comentarios: «El libro *Moscú en 1905* se ha publicado en un momento muy oportuno; el deber inmediato del partido obrero es asimilar la experiencia de la insurrección de diciembre». Ahora bien, «las formas principales del movimiento que se generó en diciembre en Moscú fueron la huelga pacífica y las manifestaciones. La gran mayoría de la masa obrera sólo participó activamente en estas formas de lucha. Pero precisamente la insurrección de diciembre en Moscú ha demostrado con absoluta evidencia que la huelga general, como forma independiente y principal de lucha, ha quedado superada; que el movimiento escapa de estos estrechos límites con una fuerza espontánea irresistible para generar una forma de lucha superior, la insurrección». Si el partido se ha equivocado, ha sido porque no ha tenido la capacidad de situarse a la cabeza del proceso, de reflexionar subjetivamente sobre el salto hacia adelante de las masas. «No hay nada tan limitado como la postura de Plejánov, repetida por todos los oportunistas, que defendía que no se debía iniciar esta huelga inoportuna, que "no se debían empuñar las armas". Por el contrario,

[60] A propósito de la insurrección de Moscú de 1905, de la organización militar y, sobre todo, de la organización de la apropiación y la expropiación revolucionarias organizadas por los bolcheviques (se trata, evidentemente, de un argumento de enorme importancia para el presente de la lucha de clases), véase J. BAYNAC, *Kamo, l'uomo di Lenin*, Milán, Bompiani, 1974 y la bibliografía recogida en él.

[61] V. I. Lenin, *Opere scelte*, cit., I, pp. 433-439.

era preciso empuñar las armas con mayor decisión, energía y espíritu ofensivo; era preciso explicar a las masas que era imposible limitarse a una huelga pacífica y era necesaria una lucha armada valerosa e implacable. Y ahora, finalmente, debemos reconocer abiertamente y en voz alta el carácter insuficiente de las huelgas políticas; debemos provocar entre las masas una motivación más fuerte hacia la insurrección armada, sin disimular esta cuestión con la defensa de una especie de "grados preliminares", sin recubrirla con velos. Ocultar a las masas la necesidad de impulsar una guerra desesperada, sangrienta, de exterminio, como objetivo inmediato de la acción futura, significa engañar al pueblo y a nosotros mismos.» Si ésta es la primera enseñanza de la insurrección de Moscú, la segunda es la siguiente: «Diciembre ha confirmado la evidencia de otra tesis profunda de Marx, olvidada por los oportunistas: la insurrección es un arte y la regla principal de este arte es la ofensiva, una ofensiva de una audacia desesperada, de una determinación inflexible. Nosotros no hemos asimilado demasiado bien esta verdad. No hemos estudiado lo suficiente ni enseñado a las masas este arte, esta regla para dirigir a cualquier coste la ofensiva. Debemos volver en estos momentos a recuperar con todas nuestras fuerzas el tiempo perdido. No basta con unirse en torno a consignas políticas; es necesario unirse también en torno a la cuestión de la insurrección armada. Quienes son contrarios a ésta, quienes no se preparan para llevarla a cabo, deben ser expulsados sin piedad de las filas de los partidarios de la revolución y arrojados en el campo de sus adversarios traidores y cobardes, ya que está próximo el día en el que la fuerza de los acontecimientos, las circunstancias de la lucha, nos obligarán a diferenciar, según este indicio, a los amigos de los enemigos. No es la pasividad lo que nosotros debemos predicar, ni la espera pura y simple del momento en el que "llegue" el ejército; nosotros debemos gritar a los cuatro vientos que es necesario realizar una ofensiva audaz, un asalto a mano armada, que es necesario exterminar a las autoridades y luchar de la manera más enérgica posible para derrotar al ejército indeciso». La tercera enseñanza de la insurrección de Moscú, finalmente, hace referencia a la forma de lucha: «"Nueva táctica de las barricadas", guerrilla ciudadana y guerra partisana en bandas. Esta práctica es recogida por el partido a través del estudio de la experiencia de Moscú, que la difunde entre las masas, provocando la iniciativa creadora de las propias masas con el objeto de desarrollar esta experiencia».

La última gran enseñanza de la revolución rusa de 1905 hace referencia, por lo tanto, a la clase obrera y a su actividad creadora dentro de la insurrección. El conjunto de planteamientos que en el marco de la estrategia relacionan la independencia del proletariado con la cuestión de la organización encuentra su cualificación obrera definitiva. Los obreros definen la organización como una estructura técnica de dirección y como una mediación general de las relaciones de clase (tiempos y fases de la estrategia y de las alianzas): de este modo, hegemonizan la organización también como arma y actividad creativa de la insurrección.

7. DE LA TEORÍA DE LA ORGANIZACIÓN A LA ESTRATEGIA DE LA REVOLUCIÓN (3). LA ORGANIZACIÓN POR EL COMUNISMO

Concluyamos el análisis del paso de la teoría de la organización a la estrategia del proceso revolucionario en Lenin. Con anterioridad hemos insistido en algunos aspectos: en primer lugar, en la independencia del partido proletario como condición de toda propuesta estratégica; en segundo lugar, en el hecho de que la cualificación revolucionaria de la organización dependía, en el marco de una formación histórica específica, de su carácter obrero y, por lo tanto, de la dialéctica particular entre la dirección obrera de la organización y las características generales de la formación social, tanto en el plano de las alianzas como en el de los plazos, formas y objetivos revolucionarios: en este terreno adquiere significado la cuestión del paso de la democracia progresiva al socialismo y se delimita el problema de la relación con los campesinos como clase separada. En esta lección trataremos de verificar el carácter comunista del contenido y la tendencia de la estrategia en la teoría de Lenin, es decir, cómo, a pesar de la especificidad que la teoría está obligada a asumir debido a la formación social, el proyecto leninista no pierde de vista en ningún momento el objetivo más alto del proceso revolucionario, el comunismo. La construcción de la sociedad comunista, donde se da a cada cual según sus necesidades, permanece siempre como objetivo fundamental, independientemente de las condiciones, los cambios, los procesos que determinan las relaciones de fuerza existentes.

En el conjunto de la obra de Lenin, y especialmente en la parte que estamos analizando, el Lenin de los años decisivos para la formación del programa bolchevique, durante el periodo inmediatamente posterior a 1905, hay que destacar una insistencia continua en el carácter permanente que debe tener la acción revolucionaria de la vanguardia. Todos los objetivos individuales obtenidos y consolidados en un momento dado deben ser superados por el partido revolucionario. La independencia del proletariado, la independencia de sus demandas políticas y materiales, se configura como la garantía de la continuidad de este proceso: el partido, a su vez, utiliza cada situación con el objeto de consolidarse, reforzarse, construir el trampolín que lo impulse un ulterior paso hacia adelante. Desde la perspectiva de la revolución permanente, a estas alturas del discurso surge un concepto fundamental: el concepto de dictadura democrático-burguesa del proletariado.

¿Por qué dictadura democrático-burguesa del proletariado? En los escritos que se publican en torno a 1905 Lenin insiste, en polémica feroz con los mencheviques, en el concepto de dictadura. Tratemos de ver en qué términos se desarrolló la polémica. En las *Dos tácticas de la socialdemocracia*, que es un texto de 1905, Lenin ataca las posiciones de los mencheviques sobre la dictadura y la cuestión del modelo de gestión de la democracia burguesa progresiva en Rusia. En su ataque, Lenin hace referencia a un

libro de Franz Mehring, uno de los escasos intérpretes rigurosos del discurso marxiano de la Segunda Internacional[62]. Repasando la historia de la actividad de Marx tal como lo hace Mehring, Lenin reconstruye las etapas del discurso de Marx sobre la democracia, en 1848 y en los años sucesivos a la revolución de ese mismo año, utilizando, sobre todo, los trabajos que Marx hizo públicos durante esa etapa en la *Nueva Gaceta Renana*. Lenin demuestra que Marx interpretó el proceso revolucionario alemán de manera correcta, y lo hizo en base a varios aspectos: una primera adhesión al concepto de democracia formal con la esperanza de que la revolución democrática, como tal, permitiese la consolidación del proletariado en un partido, en una fuerza capaz de impulsar el proceso dentro de las propias formas de la democracia: la asamblea constituyente, la construcción de partidos libres, etc. Segundo aspecto: el claro convencimiento de Marx de que la forma democrática, por sí sola, sin la capacidad de «imponer la democracia» y, por lo tanto, sin la existencia de una forma de dictadura con contenidos burgueses, es algo absolutamente inútil. Pero ¿qué entendemos por «contenidos burgueses»? En el caso específico de la Alemania de 1848 esto hace referencia a la expropiación del latifundio, a la imposición de la pequeña propiedad campesina, a la alianza entre la burguesía y la clase campesina de pequeños propietarios. Si esto no se produce, es porque el elemento revolucionario, es decir, la conciencia crítica del partido proletario (la Liga de los Comunistas), no es capaz de arrastrar al movimiento e imponer estos cambios. Como consecuencia, la convicción marxiana –tercer aspecto– de que es absolutamente necesario que el proletariado, en esta fase democrático-burguesa, se dote de los instrumentos coercitivos necesarios y que esta fase necesaria de recomposición del proletariado, en la que éste debe superar todos sus retrasos materiales, económicos hasta constituirse en clase de vanguardia, sea dirigida por el partido proletario en términos de dictadura. La enunciación de la teoría de la dirección obrera del proceso se transforma en definición de un proceso que debe atravesar fases intermedias (formación de un mercado libre de fuerza de trabajo y de una propiedad campesina libre) y, a partir de éstas, impone la ley del capital a todas las estratificaciones sociales precapitalistas. Se trata de la implantación de un proceso de desarrollo capitalista dentro del cual la clase obrera se pueda configurar y le permita desplegar sus propios objetivos comunistas. Pero esto sólo puede verificarse a través de la fuerza material coercitiva que el proletariado moviliza para conquistar fines democrático-burgueses. La democracia burguesa es mucho más que una de las formas en las que se desarrolla el dominio de clase: es necesario saber quién dirige la dictadura, quién tiene en sus manos los resortes del poder. Es necesario saber si el que tiene en sus manos los resortes del poder es el proletariado o, por el contrario, como sucede en el caso alemán, la burguesía: una burguesía tímida, incapaz de imponer un proceso revoluciona-

[62] V. I. Lenin, *Opere scelte*, cit., vol. I, pp. 416-423.

rio, incapaz de responder a sus propios intereses y obligada, por necesidad, a aliarse con las clases reaccionarias e imponer (dentro de la propia democracia burguesa) la represión más feroz contra las fuerzas revolucionarias.

El ejemplo sirve para la situación rusa: por ello, Lenin lo utiliza inmediatamente en el último capítulo de las *Dos tácticas de la socialdemocracia*. Cuando el proceso revolucionario no logra golpear a la forma del Estado, no logra apropiarse de los instrumentos materiales que el Estado dispone de forma centralizada, entonces, y en la medida en que esto no sucede, la revolución fracasa. La forma democrática, como tal, permite las alianzas más diversas; permite a la burguesía emplear la represión en los momentos en los que ésta es incapaz de responder adecuadamente a sus propios intereses de desarrollo. Mientras que, por el contrario, impulsar un vigoroso desarrollo capitalista implica recomponer la clase obrera; implica, hablando en términos marxianos, acelerar la «catástrofe» del capital.

Hay que subrayar firmemente este primer punto de vista. La tensión comunista que recorre el discurso de Lenin sobre la estrategia de la revolución se articula en torno al concepto de revolución permanente, una revolución capaz de superar cada transformación que está obligada a atravesar, una revolución permanente determinada por un acto de voluntad y decisión política obrera. La decisión política de la vanguardia del proletariado organizado, a su vez, configura y supera cada uno de los periodos en los que el desarrollo de las luchas se ha visto paralizado. El concepto de dictadura democrático-burguesa como etapa de la revolución obrera, como forma que asume el poder proletario en una fase concreta de la revolución rusa, expresa de una manera radical el planteamiento de la continuidad de la revolución. Este concepto recupera fielmente el discurso marxiano sobre el comunismo, un discurso que ya se perfilaba en los escritos de 1848 con el costoso descubrimiento de los mecanismos del desarrollo revolucionario y que se consolida plenamente con posterioridad, como veremos al tratar el tema de los soviets, en los textos de 1871 sobre la Comuna. La clase obrera, afirma Marx, es la que impone siempre la república burguesa, pero, sólo en la medida en que esta conquista se mantiene con un nivel adecuado de dictadura y de organización, el resultado no es reversible.

En una situación atrasada, con una formación social como la que recogen los textos históricos de Marx (de 1848 y 1870, en Francia y en Alemania), o incluso la que reflejan los textos de Lenin de 1905 en Rusia, este proceso es necesario, pero debe ser del mismo modo superado. ¿Porqué? Porque «forma parte de nuestro interés y es nuestro deber transformar en permanente la revolución al menos hasta que no se haya conquistado el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios, no en un solo país, sino en todos los países dominantes del mundo, se haya desarrollado hasta el punto de que se haya reducido la competición entre los proletarios de estos países, y hasta que, como mínimo, las fuerzas productivas más importantes no estén concentra-

das en las manos de los proletarios»[63]. A tal fin, la historia de la Comuna ratifica esto como directriz de la forma del poder obrero: «Su verdadero secreto fue el siguiente: fue esencialmente el gobierno de la clase obrera, el producto de la lucha de clases de los productores contra la clase propietaria, la forma política finalmente descubierta donde era posible lograr la emancipación económica del trabajo»[64].

Estos conceptos marxianos serán continuamente repetidos y defendidos por Lenin. Desde el punto de vista teórico, surgen aquí algunas consecuencias fundamentales. Hasta ahora hemos visto cómo la formación social determinada y, por ende, la composición de clase, aparece cómo condición esencial para la creación de un tipo de organización obrera y proletaria. Hemos visto cómo el concepto de organización de Lenin nace del análisis de una situación determinada y de su transformación en un conjunto de conceptos operativos. Ahora, sin embargo, asistimos (se trata del típico proceso leninista) a una inversión del discurso: el discurso sobre la dictadura obrera, en las fases transitorias, es en realidad una introducción de una postura que ve cómo la organización, la fuerza de la organización, es capaz de modificar la propia composición de clase y, por ende, la situación social determinada. Llegados a este punto, el proceso que hasta el momento hemos descrito de forma lineal (de la composición a la organización, a la estrategia) llega forzosamente a su fin y sus términos se invierten. Lenin tiene la convicción de que, allí donde el proletariado se organiza, es capaz de provocar un efecto de poder que produzca una inversión de la relación entre la composición de clase y la organización. *La variable independiente ya no volverá a ser la composición de clase, sino la organización.*

Voluntarismo, subjetivismo, barbarie asiática: los adversarios de Lenin se han prodigado declarando esta inversión una traición del marxismo. En realidad, podemos afirmar exactamente lo contrario: precisamente en esta dialéctica, que se establece a su vez entre la capacidad de la subjetividad revolucionaria para reconocerse dentro de las condiciones dadas y su capacidad para modificarlas, se desarrolla la «misteriosa curva de la recta de Lenin», como decía Bebel. Lo que define al objetivismo y al materialismo marxistas no es, en ningún caso, una concepción estática de la realidad (esto es, codismo), sino la capacidad de un sujeto material de reconocerse en sus necesidades materiales y de convertir éstas en causas inmediatamente revolucionarias. Es, al mismo tiempo, el

---

[63] K. MARX y F. ENGELS, *Indirizzo del Comitato Centrale della Lega dei Comunisti* en K. MARX y F. ENGELS, *Il Partito e l'Internazionale*, Roma, Rinascita, 1948, pp. 91-92 [ed. cast.: *La Internacional*, México DF, FCE, 1988].

[64] K. MARX y F. ENGELS, *La guerra civile in Francia*, en *Il Partito e l'Internazionale*, cit., p. 181. A propósito de la cuestión de la Comuna y el Estado en general en el pensamiento leninista anterior a 1917, cfr. el artículo de A. TOVAGLIERI en la *Rivista de Storia Contemporanea* 3 (julio de 1972), pp. 289-314.

principio de la transformación radical de la praxis y el principio de la praxis colectiva y constitutiva. Toda la realidad que tenemos ante nosotros, desde la naturaleza hasta la historia, pasando por las instituciones, es variable, de la misma manera que son variables los instrumentos de análisis y comprensión de la relación de violencia que día a día sufrimos o nos viene impuesta. En este terreno, el materialismo marxista realiza su interpretación más lúcida. En esta dialéctica entre la objetividad de la premisa y la subjetividad de la conclusión, en esta inversión de la relación entre la composición material de la clase y la capacidad de la organización, en todos estos aspectos, Lenin renueva el marxismo: la hegemonía teórica es atribuible a un sujeto material que transforma la realidad que tiene ante sí interpretando y utilizando los intereses materiales que lo constituyen, no recurriendo a entidades ideales, sino trabajando con hechos que no prescinden de las necesidades más generalizadas de las masas proletarias. Desde este punto de vista, el comunismo se dibuja como una finalidad que atraviesa toda la temática de Lenin sin llegar nunca a ser ideología: éste logra interpretarse en todo momento a través de sucesos materiales; no es un sueño, no es una utopía, se trata siempre de una relación entre medios y fines, entre materialidad y tensión subjetiva.

Veamos entonces algunos fragmentos en los que la concepción de Lenin sobre la evolución de la perspectiva revolucionaria se despliega con claridad. Fundamentales son los pasajes que aparecen en *El Estado y la revolución*, sobre los cuales ya se teorizaba, con plena conciencia, en el escrito *Sobre las tareas del proletariado en nuestra revolución*[65], publicado en abril de 1917, es decir, en los inicios del periodo en el que, tras una primera fase democrático-burguesa y una segunda revolucionaria y proletaria, se produce la conquista del poder de los bolcheviques. Es importante leer el siguiente fragmento, porque, a pesar de su brevedad, resume las cuestiones fundamentales del discurso leninista sobre el Estado y, por lo tanto, sobre la continuidad de la revolución y, por ende, sobre sus objetivos finales. El párrafo se titula «El nuevo tipo de Estado que surge de nuestra revolución». «Los soviets de los diputados obreros, soldados, campesinos, etc., no sólo no son considerados en el sentido de que para la mayoría no está claro su significado como clase, su función dentro de la revolución *rusa*. Ni siquiera se incluyen como forma nueva o, mejor aún, como *nuevo tipo de Estado*. El tipo más perfecto, más adelantado de Estado burgués es la *república democrática parlamentaria*: el poder pertenece al Parlamento; la máquina del Estado, el aparato administrativo, el órgano de la dirección, sigue siendo el mismo de siempre: el ejército permanente, la policía, un cuerpo de funcionarios privilegiados, prácticamente irrevocables, que funciona por *encima* del pueblo. Pero, desde finales del siglo XIX, las épocas revolucionarias nos ofrecen un tipo de Estado democrático *superior*, un Estado que deja de ser ya, en ciertos aspectos y según la expresión de Engels, un Estado, "un Estado en el propio sentido de

[65] V. I. Lenin, *Opere scelte*, cit., II. pp. 15-38.

la palabra". Se trata del tipo de Estado de la Comuna de París, que *sustituye* a la policía y al ejército reconocidos por la nación con el armamento directo y sin mediación del propio pueblo. *Ésta* es la esencia de la Comuna, vilipendiada y calumniada por los escritores burgueses, a la cual, de hecho, se atribuía erróneamente la pretensión de "instaurar" inmediatamente el socialismo. La revolución rusa comenzó a construir en 1905 y en 1917 precisamente un Estado de este tipo.»[66]

En las mismas páginas Lenin propone sustituir el nombre del Partido Socialdemócrata Ruso (facción bolchevique) por el de partido comunista: «¿Qué nombre ha de tener nuestro partido para ser científicamente correcto y contribuir a iluminar políticamente la conciencia del proletariado?». Se trata de un pasaje tremendamente importante porque clarifica completamente la continuidad del proyecto comunista, la insistencia en el contenido comunista de la experiencia pasada y el conjunto de la acción de Lenin. «Paso a tratar la última cuestión, el nombre de nuestro partido. Debemos denominarnos *Partido comunista*, al igual que lo hacían Marx y Engels. Debemos repetir que somos marxistas y que tomamos como base el *Manifiesto comunista*, un texto desvirtuado y traicionado por la socialdemocracia en dos aspectos fundamentales: 1) los obreros no tienen patria; la defensa de la patria en la guerra imperialista significa traicionar al socialismo; 2) la teoría marxista del Estado, desvirtuada por la Segunda Internacional. La denominación de socialdemocracia es *científicamente* falsa, como Marx demostró en más de una ocasión y, entre otras, en 1875 en la *Crítica del programa de Gotha* y, como repite Engels, en un estilo más popular, en 1894. Del capitalismo la humanidad sólo puede pasar directamente al socialismo, a la propiedad colectiva de los medios de producción y al reparto proporcional de los productos en función del trabajo de cada uno. Nuestro partido tiene miras más altas: el socialismo está destinado a transformarse, inevitablemente, poco a poco, en comunismo, en cuya bandera aparece escrito: a cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades [...], como algo precursor de la extinción de *cualquier forma de Estado*.»[67]

Resumiendo. En la determinación del paso de la teoría de la organización a la estrategia revolucionaria (que hemos visto cómo surge del análisis de la formación social determinada y de la situación rusa en particular), Lenin apuesta por la independencia del proletariado como partido y por la dirección obrera del partido, al considerar esto una garantía sustancial de la continuidad del diseño revolucionario. Pero esto no es suficiente: el proyecto organizativo evoluciona al desarrollar los contenidos del comunismo, mientras la cuestión de la extinción del Estado se convierte en la clave de todo el proceso revolucionario. Los marxistas, afirma Lenin, reconocen la necesidad actual del Estado, así como de la dictadura en algunas de las etapas que atraviesa la revolu-

[66] *Ibid.*, p. 23.
[67] *Ibid.*, pp. 35-36.

ción; la admiten sobre todo allí donde los contenidos de la lucha, las necesidades y la fuerza de las masas sólo son capaces de producir una especificidad democrático-burguesa de los contenidos del proceso revolucionario. Pero todo esto se desvanece para ser superado una y otra vez: la revolución permanente es el objetivo último de los comunistas. El partido comunista se diferenciará del resto de fuerzas en la gestión de las etapas intermedias del proceso revolucionario del proletariado en la medida en que sea capaz de imponer, en cada etapa, el objetivo de la extinción del Estado.

Como hicimos tras la primera parte de estas lecciones (la teoría de la organización), debemos ver ahora la forma en la que se inserta el paso leninista de la teoría de la organización a la estrategia de la revolución en la composición actual de la clase obrera y, por ende, si el leninismo puede ser utilizado y en qué medida para analizar la formación social determinada que constituye hoy día el ámbito de la lucha de clases.

8. A PROPÓSITO DEL CAMINO LENINISTA DE LA TEORÍA DE LA ORGANIZACIÓN A LA ESTRATEGIA DE LA REVOLUCIÓN: APUNTES

Quisiéramos ahora formular una conclusión sobre los elementos de la teoría de la organización o, más exactamente, sobre la relación entre la teoría de la organización y la estrategia de la revolución que hemos visto hasta el momento. Hagamos, por lo tanto, un resumen de los aspectos fundamentales que han centrado nuestra atención. Se ha afirmado que la organización aparece como condición de la estrategia en el pensamiento de Lenin, a partir, al menos, de 1903, en la etapa de su pensamiento que se desenvuelve entre la redacción de *¿Qué hacer?* y la revolución de 1905. Inseparable de un análisis específico de la situación rusa, el concepto de organización aparece como condición de cualquier estrategia posible, en la medida en que la independencia de la clase obrera se configura de forma autónoma. Porque sólo en tal caso el partido de la clase obrera podrá configurarse como elemento dinámico dentro de una estructura social extremadamente diferenciada y dar a la revolución un carácter permanente, logrando la superación de cada etapa particular, de todas y cada una de las relaciones de fuerza determinadas por la ausencia de homogeneidad interna del proceso (necesidad de alianzas, relación entre clase obrera y campesinado, diversidad y desequilibrios generales del desarrollo). La vanguardia se identifica con el mantenimiento del proceso y su concepto con el propio concepto de partido, una fuerza de la clase obrera independiente que desarrolla una capacidad de tracción permanente sobre el proletariado diferenciado. Únicamente a partir de la relación dinámica que establece el partido obrero, a partir de su independencia, de su autonomía, de su capacidad general de mando sobre el resto de los sectores de clase, podrá desarrollarse la estrategia y se producirán las diferentes fases en el terreno de las alianzas y las distintas etapas de cons-

trucción de la lucha de la democracia progresiva al socialismo y la asunción del comunismo, la dictadura del proletariado y la destrucción del Estado. El segundo aspecto que hemos subrayado es el carácter obrero de la estrategia y la organización. En realidad, es otra manera de decir lo mismo: la propia organización obrera debe asumir la forma capitalista más avanzada, la forma de la fábrica, como elemento de racionalización y eficiencia. La garantía de que la organización del proletariado conseguirá la victoria, que hasta ese momento dirigirá el proceso permanente de la revolución, en cada una de sus etapas, depende de la eficacia de la dirección interna de la organización. Lenin se burla de aquellos que critican las semejanzas existentes entre la fórmula del partido bolchevique y la fábrica y sostiene, por el contrario, que la dignidad y radicalidad del partido revolucionario obrero se hallan precisamente en este hecho, en su condición de garante (según las formas más avanzadas de la producción) de la producción de organización: ésta es la manera que tiene el partido de reproducir la fórmula de la producción. (Entre paréntesis hay que subrayar que el partido leninista nunca ha tenido nada que ver con el tipo de partido leninista que la Tercera Internacional y el reformismo comunista a menudo han producido. La diferencia se halla precisamente en el carácter obrero de la organización, algo que siempre ha sido defendido por Lenin con absoluta convicción, tanto desde la perspectiva estratégica como desde la perspectiva organizativa.) Tercer aspecto que hemos destacado: el contenido programático del partido bolchevique tiene como objetivo el comunismo. La finalidad del programa se identifica con la revolución permanente, con una lucha que se define por mor del impulso permanente del proceso revolucionario y la superación progresiva de cada una de las fases por las que debe atravesar. El análisis que hemos realizado, por ejemplo, sobre el paso de la temática de la democracia progresiva a la temática del socialismo (y que retomaremos cuando estudiemos la cuestión de la extinción del Estado) nos señala un aspecto fundamental: la destrucción del sistema del salario, la destrucción del sistema del capital, del modo de producción capitalista, es algo que siempre ha estado muy presente en el partido leninista, incluso en los momentos en los que la lucha obrera y de partido está obligada a producir soluciones intermedias, pero estas soluciones intermedias el partido debe dominarlas desde el momento mismo en que se establecen, tanto desde el punto de vista de su independencia en general como de su inteligencia y objetivos, para impulsar la lucha de clases hacia la necesidad objetiva de la desaparición del modo capitalista de producción, fruto de la voluntad consciente del proletariado en lucha.

Planteémonos ahora (al igual que hemos hecho con anterioridad con otros argumentos en nuestra interpretación del pensamiento de Lenin) en qué medida este tipo de análisis leninista del proceso que va de la teoría de la organización a la estrategia de la revolución es válido para nosotros hoy día. Comencemos a abordar cada uno de los problemas que plantea el discurso leninista.

El primer punto propuesto para la crítica es el concepto de organización como condición de la estrategia. Hemos visto por qué la organización se convierte en condición de la estrategia: lo hace en la medida en que las condiciones objetivas del proceso revolucionario señalan una fragmentación de clase extrema y, por lo tanto, en la medida en que es necesario determinar unos procesos que se articulan en función del ritmo de las alianzas entre estratos sociales diferentes. La situación política y social en la que actuaba el partido bolchevique en Rusia es tremendamente heterogénea: la independencia del proletariado organizado exige la puesta en marcha de un motor organizativo que identifique y desentrañe los complejos nudos de la relación social. Pero la situación actual, desde la perspectiva de las condiciones objetivas del proceso revolucionario (y desde la perspectiva de la organización del partido), se presenta radicalmente distinta de la situación considerada en el análisis leninista. El concepto de partido (si quiere ser útil desde el punto de vista de la ciencia obrera) debe adaptarse al concepto de composición de clase. La composición de clase se identifica con el grado específico, históricamente desarrollado, de la unidad del interés obrero, de las relaciones que unen a los obreros con el proletariado y, al mismo tiempo, con el reflejo de las relaciones de fuerza protagonizadas o padecidas por la clase obrera respecto a las demás clases sociales. El análisis no se basa (como es habitual en términos marxianos) simplemente en la observación sociológica de las relaciones sociales existentes (situación de la clase dentro de la organización del trabajo y figura preeminente de esta integración), sino que, principalmente, recoge la interpretación de las relaciones sociales existentes en los movimientos de lucha del proletariado, en la conciencia subjetiva, en los niveles de organización, en los comportamientos generales. De este modo, composición de clase significa composición técnica más composición social más composición política, todo ello unido dialécticamente. Hoy día, el análisis nos muestra una recomposición y configuración de la clase obrera respecto al resto de estratos proletarios radicalmente distinta de la situación examinada por Lenin. Los fundamentos de esta recomposición unitaria de la clase se basan esencialmente en la transformación de las cualificaciones y en el derrumbe de las divisiones objetivas de la fuerza de trabajo, una transformación que el modo de producción capitalista impone en la etapa de su desarrollo propia, utilizando términos marxianos, del periodo de la «subsunción real» del trabajo en el capital. Marx, de hecho, distingue dos grandes etapas: a la primera la denomina la «subsunción formal» del trabajo en el capital: el capital se convierte en patrón de la sociedad, organizando el trabajo cuando éste permanece separado y es unido a condiciones que el propio capital aún no ha hecho realidad. El capital conquista y organiza condiciones laborales preexistentes al desarrollo capitalista: esta etapa se denomina de «subsunción formal» del trabajo en el capital. Por su parte, la «subsunción real» del trabajo en el capital se produce cuando el capital se encuentra en una etapa en la que el propio capital preestablece todas las condiciones del trabajo (desde la extracción del plustrabajo hasta la acumulación). En esta fase el capital apare-

ce como patrón y protagonista de un proceso en el que sólo con que el capital establezca las condiciones del trabajo genera posibilidad de trabajo. Las rentas independientes del capital, de su forma dinero, las rentas y formas del trabajo independiente de la gran industria, han dejado de existir: el capital ha conquistado por completo la sociedad, imponiéndole un gigantesco progreso, algo que, afirma Marx, determina el nacimiento de un nuevo individuo colectivo capaz de lograr el comunismo. Aquí está la clave: el capital impone en primer lugar el comunismo como condición de la producción, un desarrollo gigantesco de las capacidades productivas del hombre, que se convierte en un hombre social, necesitado de los otros para poder vivir y crear, no para vegetar y procrear, sino para construir. Al generar este tipo de hombre alienado el propio capital nos ofrece una formidable potencialidad de riqueza y felicidad. Pero, en el mismo momento en que se forma este nuevo mundo, comienza a ser explotado de la manera más monstruosa, de forma directamente proporcional a la potencialidad del sistema construido.

Así pues, el partido leninista es un partido vinculado a una fase de subsunción formal del trabajo en el capital; es el partido vinculado a la recuperación y reunificación de una serie de estratos diferentes, formas de trabajo, formas de subsistencia, formas de renta y formas de lucha. El levantamiento campesino, la revuelta del proletariado no industrial, las primeras luchas obreras, todo esto Lenin nos lo ha descrito en sus textos de la década de los noventa del siglo XIX y en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, obra de 1898 en la que el concepto de subsunción formal del trabajo en el capital aparece completamente desarrollado. Lenin lo afirma con claridad: Rusia es un país capitalista, no porque el capital domine en Rusia el conjunto de la producción y la reproducción dentro del conjunto de los mecanismos de la acumulación, sino porque el capital reúne en su propia organización formas de producción diferentes, anteriores y antiguas. En el marco de las cuestiones que preocupan al partido leninista, aparece como fundamental la cuestión de la evolución de la subsunción formal a la subsunción real del capital y, de manera específica, el problema del desarrollo capitalista en Rusia, a partir de la convicción de que éste sólo es posible a través del modelo democrático-progresista o del modelo socialista[68]. Esto que quede bien claro: la grandeza de Lenin se halla en su capacidad para aceptar estas

[68] Quisiera realizar un apunte relativo a este punto. En los *Quaderni sull'imperialismo* (Roma, 1971) Lenin estudia las obras sobre la organización del trabajo de Taylor, Gilbreth y de su crítico alemán Seubert (pp. 122-130). El enorme interés que muestra Lenin por estas obras no impide identificar de forma inmediata el carácter antiobrero del sistema taylorista (pp. 122 y 126): hay que señalar que, en general, Lenin adopta una posición objetiva, de observador interesado. De ahí la existencia de una cierta «ambigüedad» en su actitud: sin embargo, ¿no es esto inevitable en la teoría de los dos estadios? Al analizar el libro de Seubert, Lenin insiste en calificar al «taylorismo» como ciencia del trabajo y defiende la necesidad de una base democrática para que se pueda producir una reforma de estas características (frente a la rigidez de la estratificación obrera en Alemania). También en el análisis que realiza sobre la obra de Gilbreth se percibe desde el comienzo la postura obrera de la prime-

condiciones y saber desarrollarlas, sin caer en el oportunismo de aquellos que piensan que cada uno de los procesos citados ya es suficiente; con la capacidad, en realidad, de desplegar una voluntad de destrucción obrera del trabajo, del sistema del salario, con la paradoja añadida de que sólo la implantación del capitalismo puede darnos condiciones verdaderamente revolucionarias, sólo la fuerza para atravesar el purgatorio infernal de la producción capitalista acabada puede construir la nueva y potencial humanidad comunista. Éste es el modelo del partido leninista, un modelo válido para la citada formación social determinada. Hoy día la cuestión se sitúa dentro de unas condiciones objetivas radicalmente diferentes y el problema de la revolución comunista radica (tanto aquí como en los países socialistas) en una recomposición de clase producida por el propio capital, en el plano de una subsunción real del trabajo en el capital, algo que aparece como condición prioritaria y fundamental y punto de partida del análisis. Por decirlo en términos marxianos, el problema de la organización debe advertir a su elemento fundador sobre la recomposición y homogeneidad de la clase obrera que determina el propio proceso capitalista, una determinación que se produce no por voluntad propia, sino por necesidad, ya que el motor del beneficio aparece en cada etapa. Pero el beneficio, al igual que sucede con las otras categorías marxianas, en la medida en que es usurpado a otros individuos, se convierte en una relación política: y, cuando la relación política se transforma en desarrollo capitalista, su progreso es irremediablemente dialéctico y está determinado por un conjunto gigantesco de luchas visibles e invisibles, que se enfrentan continuamente a esta usurpación del trabajo de las masas, y únicamente el desarrollo (tecnológico y político) continuo, sistemático, la innovación, el avance en los modos de usurpación pueden, a su vez, derrotar este tipo específico de resistencia obrera. En realidad, podemos situar todas las grandes transformaciones del modo de producción capitalista en el proceso de transición de la subsunción formal a la subsunción real del trabajo en el capital y analizarlas en términos de lucha obrera. La demostración práctica de esto podemos verla, como mínimo, en tres grandes periodos. Lenin analiza uno de éstos, la etapa posterior a la introducción masiva de maquinaria, cuando el obrero profesional se configura como figura fundamental de la organización capitalista del trabajo[69]. El segundo periodo, que ya hemos descrito en otro lugar y se articula en torno a la gran crisis de 1929,

---

ra orientación de Lenin (p. 129): pero inmediatamente renace la ambigüedad, que es expresada en el interés por el análisis científico del trabajo y por los medios para aumentar la productividad, ambigüedad que aumenta en la conclusión de los textos, cuando Lenin afirma: «Magnífico ejemplo de progreso técnico del capitalismo frente al socialismo» (p. 130). Otras referencias a Taylor aparecen en las pp. 207 y 209: también en estos casos Lenin insiste en el carácter «progresivo» de su obra (progreso técnico y socialización del trabajo).

[69] A este respecto véase, sobre todo, el ensayo de Sergio Bologna, en S. Bologna, L. Ferrari Bravo, vo, F. Gambino, M. Gobbini, A. Negri, G. P. Rawick, *Operai e stato*, cit.; B. PRIBICEVIC, *The Shop-Stewart Movement in England*, Oxford, Oxford University Press, 1955; K. H. ROTH, *Die «andere» Arbeiterbe-*

se caracteriza por la introducción de la descualificación sistemática, la implantación de la línea de montaje y la imposición del trabajo abstracto más radical: se trata de la época del obrero masa[70]. El tercer periodo lo estamos viviendo en la actualidad: es la fase de la producción automática y de la transformación de la forma del poder de mando sobre la producción y, consecuentemente, de la extensión y jerarquización de estas relaciones de mando y organización a toda la sociedad; en él se produce un enorme salto hacia adelante en la productividad del trabajo humano y, por ende, el potencial crecimiento posterior de la capacidad colectiva del proletariado para producir riqueza e invenciones, al mismo tiempo que se debilita la posición proletaria en relación con la apropiación de la riqueza[71]. Respecto a Lenin, el proceso que va de la teoría de la organización a la estrategia de la revolución se perfila hoy día mucho más urgente y articulado: éste se produce en una clase obrera unificada y cohesionada en el ámbito social, excluye las alianzas que no se pueden reconducir hacia la prevalencia de una identidad de interés obrero y propone como blanco de ataque unificado el objetivo del comunismo. La organización, en todo momento, debe «revelar», en el sentido marxiano, la libre actividad de la clase, allí donde la prefiguración sea posible. Actualmente prefigurar significa mirar dentro de la clase obrera unificada, dentro del enorme potencial productivo que representa, y descubrir la posibilidad cercana de la liberación comunista. La organización vive esta composición de clase, vive inmediatamente y organiza una perspectiva de poder.

Segundo problema. Hemos afirmado que el carácter «obrero» de la organización y la estrategia es fundamental en Lenin: fundamental a pesar de las contradicciones que aparecen en la forma del partido. El carácter obrero de la organización se identifica aquí, de manera directa, con la vanguardia. Debemos preguntarnos entonces si esta característica subjetiva, la condición de vanguardia expresada a través de la organización leninista, no ha sido transformada hoy día por la subsunción real del trabajo en el capital. Ciertamente hemos de reconocer que la experiencia de las luchas proletarias y obreras de esta época muestra una serie de condiciones subjetivas que nos obligan a replantear el pro-

---

wegung, Munich, Trikont, 1974 y los artículos sobre los IWW de Gisela Bock, P. Carpignano y B. Ramírez (Feltrinelli, Milán, 1976). Puede ser también útil, para este y otros temas relacionados, consultar la colección de *Contropiano* (La Nuova Italia, Florencia 1968-1971).

[70] Sobre este aspecto véase de nuevo el volumen de K. H. Roth, *Die «andere» Arbeiterbewegung*, cit. Además Alessandro SERAFINI, Yann Moulier BOUTANG, Maria Rosa DALLA COSTA *et al.* (eds.), *L'operaio multinazionale in Europa*, Milán, Feltrinelli, 1974; *Arbeiterkampf in Deutschland*, Múnich, Trikont, 1973; A. Negri, *Crisi dello Stato-piano* y *Proletari e Stato*, cit., ahora incluidos en *I libri del rogo*, cit. [ed. cast.: *Los libros de la autonomía obrera*, cit].

[71] A propósito de este aspecto véase, sobre todo, los ensayos de P. Carpignano, «Note su classe operaia e capitale in America negli anni Sessanta» y de A. Negri, «Partito operario contro il lavoro», en *Crisi e organizzazione operaia*, cit., ahora incluido este último en *I libri del rogo*, cit. [ed. cast.: *Los libros de la autonomía obrera*, cit].

blema de la organización y de la estrategia de la revolución (dentro de nuestra específica composición social) y que son radicalmente distintas a las condiciones en las que se formó el partido leninista. El mismo concepto de vanguardia se ha transformado. La vanguardia, en la concepción leninista del partido, no deja de reafirmarse en una situación íntimamente dialéctica y profundamente contradictoria, en una situación que encierra a la clase obrera, al proletariado en su conjunto y a otros estratos en un circuito donde el ritmo de las alianzas es absolutamente fundamental, donde es característico el paso de una fase de lucha por la democracia progresiva a una fase de dictadura proletaria por el socialismo. La voluntad subjetiva, la capacidad de impulsar, de golpear, de utilizar los márgenes que deja abiertos el dominio autocrático, todo esto es esencial. Las ocasiones revolucionarias se construyen en el reino de la táctica; las contradicciones del sistema reducen los espacios donde la autonomía subjetiva de las vanguardias puede iniciar su proceso. La insurrección es un arte, es la capacidad que tiene la vanguardia (capacidad subjetiva) de actuar en los espacios que se abren y de incentivar un mecanismo cuya necesidad es relativa. De este modo, el carácter obrero de la organización se transforma en profesionalidad revolucionaria. La revolución se hace «desde arriba» porque las condiciones generales del proceso revolucionario son condiciones que vienen de arriba y se sitúan siempre fuera de la capacidad de la vanguardia para determinarlas. Pero, si la recomposición de clase ha llegado en la actualidad a los niveles que antes mencionábamos, si la homogeneidad de la relación entre clase obrera y proletariado en general es tan alta, ¿qué significa todo esto? ¿Cuáles son las condiciones subjetivas de la organización en nuestros días? ¿Podemos imaginar aún un tipo de vanguardia que, al mismo tiempo que afronta el problema de la insurrección, es capaz de recuperar y atribuirse para sí misma no ya una capacidad de representación genérica, sino una capacidad para identificarse absolutamente con las exigencias de las masas, con el propio movimiento de las masas unificadas? En realidad, el concepto de vanguardia se ha transformado, se ha convertido en el concepto de «vanguardia de masas»; la propia subjetividad se ha convertido en un elemento objetivo. La vanguardia de masas se transforma en una condición objetiva previa, a partir de la cual un modelo de organización puede empezar a constituirse. Partiendo de esta perspectiva podemos profundizar en la cuestión determinante y más importante: una cuestión que nace del particular y dramático objetivismo de la teoría leninista, de su empeño en reflejar la composición determinada de la clase y, al mismo tiempo, del intento de forzarla y transfigurarla en organización «comunista» de partido. Lenin considera que el concepto de organización es posterior, por así decir, al concepto de composición de clase, pero, en el proyecto general que él elabora, en el mismo momento en el que reproduce algunos elementos de la composición en la forma de la organización, fuerza la situación, la lleva al límite de una inversión de la relación entre composición y organización. Precisamente a partir de este límite leninista debemos retomar el problema, comenzando a ver en qué medida las luchas, y el tipo específico de

organización empleado en ellas por la clase, han transformado la propia composición de clase. Tenemos que empezar a verificar si el concepto de organización no se ha convertido en algo tan interno a la composición de clase específica que la relación entre organización y composición de clase sea infinitamente más dialéctica, inmanente y articulada que la que Lenin, aun en el límite de su proyecto, pudiese llegar a concebir. En Lenin, a pesar de la tensión preliminar del proyecto, el objetivismo y el subjetivismo siempre corrían el riesgo de separarse (ejemplos clásicos de esta división se verán en la temática de la Tercera Internacional). En nuestro caso, sin embargo, cada paso hacia adelante de la organización proletaria implica directa e inmediatamente una modificación de la composición de clase, una inherencia ulterior de los elementos subjetivos en la composición de clase. La inversión prevista por Lenin como complemento teórico de la teoría de la organización aparece encarnada en la vida de la clase obrera de nuestros días. Sobre esta cuestión, algunos avances en la teoría de la organización pueden desarrollarse hoy día, teniendo en cuenta los conocimientos adquiridos gracias a la experiencia de los últimos años[72]. Pero, por otro lado, ¿no es el propio poder de mando capitalista quien parece haber intuido la nueva forma de la relación entre el ciclo capitalista y las transformaciones subjetivas de la composición de clase? Esto puede ser fácilmente demostrado, de la misma manera que puede demostrarse cómo, a partir de esta evidencia, se transforman las formas de control y dominio capitalistas, una vez reconocida la enorme fuerza estructural y subjetiva conquistada por la clase obrera[73]. A medida que avanzamos en el

---

[72] Cualquier análisis que pretenda profundizar en estas cuestiones debería tener en cuenta el modelo de estudio-encuesta sobre los comportamientos estructurales de la clase obrera. Absentismo, sabotaje, uso obrero de la movilidad, por ejemplo, son elementos sobre los que se asienta un comportamiento de poder, no reducible a la perspectiva socialista, otras veces viva en el movimiento. Sin embargo, el análisis no puede desarrollarse únicamente de manera alusiva y según un método analítico. En realidad, incluso las principales articulaciones de la lucha obrera a escala internacional (luchas obreras en Estados Unidos y Gran Bretaña, Mayo francés, otoño italiano) revelan –en un nivel consolidado de experiencias históricas– el «cambio» experimentado, la transformación de la composición política de la clase. Faltan estudios integrales. Y es nuestra generación de estudiosos quien debe realizarlos.

[73] Sin querer insistir aquí en la nueva mistificación sraffiana de la economía política y atendiendo a la ciencia del Estado en sus propios términos, para profundizar en este tipo de análisis véanse los primeros números de *Kapitalistate* (1973) y la bibliografía publicada en sus páginas y, más en general, las obras de Baran-Sweezy, Habermas, Hirsch, Agnoli, Miliband, Offe, Poulantzas, Preuss y otros autores. Además, sobre la temática más específicamente económica y a título de mera introducción, véanse los dos pequeños volúmenes de F. BOTTA, *Sul capitale monopolistico* e *Il dibattito su Sraffa*, Bari, De Donato, 1971 y 1974, respectivamente. Finalmente, véase mi reseña en *Critica del Diritto* 3 (1974), incluida en *La forma Stato*, Milán, Feltrinelli, 1977, y publicada ahora como «Sobre algunas tendencias de la teoría comunista del Estado más reciente: reseña crítica» [ed. cast.: *La forma-Estado*, Madrid, Cuestiones de Antagonismo 23, Ediciones Akal, 2003].

discurso, será obligatorio tener en cuenta no sólo la transformación de las precondiciones objetivas necesarias para desarrollar una teoría del partido, sino también la transformación de las precondiciones subjetivas, y se profundizará en el análisis del carácter obrero de la organización, que nace del nuevo concepto de vanguardia de masas y está íntimamente ligado a los movimientos de la clase como tal.

El tercer problema que hemos destacado en el marco del paso leninista de la teoría de la organización a la estrategia de la revolución era el contenido comunista del proyecto. La revolución permanente supera todas las etapas y, a través de una inversión paradójica de la necesidad económica, señala la superación de todas las fases intermedias al mismo tiempo que el movimiento revolucionario se articula en torno a las mismas. De la democracia progresiva al socialismo, del socialismo a la dictadura proletaria, y de allí a la cuestión de la extinción del Estado y el comunismo. En el transcurso de la investigación profundizaremos en estos argumentos: nos preguntaremos si el contenido esencial del programa no aparece hoy día transformado, si la revolución permanente no se enfrenta a una más densa y menos paradójica actualidad, si el comunismo no es el programa mínimo de la lucha proletaria, si la cuestión de la extinción del Estado no es identificada automáticamente con la cuestión de la extinción del trabajo, si en la lucha obrera y proletaria de nuestros días el problema de la dictadura obrera y de la destrucción del Estado burgués no se configura automáticamente como problema de la construcción de la sociedad comunista. Pero todo esto forma parte del análisis de *El Estado y la revolución*.

9. LA INSURRECCIÓN COMO ARTE Y PRÁCTICA DE LAS MASAS

Finalizamos con esta lección la primera parte de nuestra discusión no sin antes recordar algunos problemas que no se han presentado hasta el momento y sobre los que volveremos en los debates siguientes. Nos referimos a cuestiones como la práctica política que Lenin adopta en relación a los soviets, es decir, la relación soviet-partido; la metodología dialéctica de Lenin en relación con la tradición marxista; en tercer lugar, la cuestión de la extinción del Estado, una temática que aparece en *El Estado y la revolución* y que es afrontada tanto en esta obra como en los textos preparatorios relativos a la teoría del Estado en el marxismo; finalmente, los problemas derivados de la polémica en torno al extremismo. La primera parte del discurso que finalizamos hoy busca únicamente definir el *frame of reference*, identificar las dimensiones teóricas e históricas generales en las que se sitúa el pensamiento de Lenin y especificar algunas cuestiones más actuales.

En la última conferencia expresamos nuestra crítica a una serie de cuestiones leninistas relativas a la teoría de la organización; de forma más específica, la comparación

entre teoría, forma de organización y composición determinada de clase en el periodo leninista y en el nuestro originaba una neta toma de distancia, en el sentido, tan cierto como banal, de que es inimaginable una formulación de la teoría del partido (dentro de la composición actual de clase) que reproduzca de manera literal la teoría leninista y, consecuentemente, es imposible la recuperación de la estrategia leninista del proceso revolucionario porque todas las condiciones, tanto las de carácter objetivo como las de carácter subjetivo, y los propios contenidos de la fase revolucionaria que hoy día se definen desde el interior de las luchas y a partir de las necesidades obreras se han transformado profundamente. Hay que tener mucho cuidado con los discursos de este tipo porque, a menudo, especialmente en los últimos años, las críticas hacia Lenin caían inmediatamente en el revisionismo y acababan por consolidar posiciones de reflujo, constituyendo una tergiversación completa del objetivo de la lucha obrera y resultando oportunismo puro y simple. Por el contrario, nosotros defendemos una lectura de Lenin que, aun siendo crítica con el pensamiento leninista y aunque lo cuestione cuanto sea necesario, sea capaz de reconquistar un terreno sólido de acción revolucionaria. Una vez tomada distancia de Lenin, verifiquemos algunos momentos que determinan un tejido continuo de la práctica revolucionaria, o, si queréis, de la teoría de la revolución no como ideología sino como ciencia; verifiquemos en qué sentido la defensa del leninismo puede configurar un punto de referencia para el pensamiento obrero.

El aspecto más importante del pensamiento de Lenin que hay que resaltar y recuperar tiene que ver con la relación (absolutamente correcta, desde el punto de vista de la teoría marxiana) entre teoría de la composición, estrategia de la revolución y organización del partido. Pero la dialéctica que Lenin establece entre estos elementos se reduce a la capacidad de transformar radicalmente las condiciones objetivas dentro de las cuales tiene lugar la práctica revolucionaria, a la capacidad de convertirlas en condiciones subjetivas de partido, a la voluntad del partido, a la capacidad de identificar las contradicciones específicas y actuar sobre ellas. Leninismo no significa, pues, colocarse sin más frente al «problema del Estado», sino colocar «el problema de la destrucción del Estado» en un contexto determinado, ponerlo en relación con las necesidades obreras cuando éstas tienen un reflejo en los comportamientos de las masas y se convierten en práctica de las masas. Leninismo significa la capacidad del partido, es decir, la voluntad subjetiva convertida en cerebro colectivo significa asumir estas necesidades y transformarlas, para pasar, a través de los instrumentos organizativos adecuados, de la impotencia de la reivindicación a la fuerza del ataque, de la subversión y la agresión a las estructuras del Estado a la práctica del ejercicio del poder. Esta voluntad de subversión y poder es el principal elemento definitorio del leninismo, el que se convierte en una categoría permanente que determina quién es revolucionario y quién no lo es.

Si partimos de esta característica fundamental del leninismo y consideramos el grado en que éste ha penetrado en la experiencia de las masas, a partir de esta premisa

podemos reconsiderar una serie de elementos que en el leninismo tienen que ver con la composición específica de clase que hemos analizado. Pero veamos en qué sentido. Atendamos, por ejemplo, al discurso de la insurrección como arte: quizá sea una de las cuestiones más provocadoras y, al mismo tiempo, una de las cuestiones que más conecte con la posición específica del partido respecto a las masas, en un contexto en el que la homogeneidad entre los diferentes estratos del proletariado es mínima, en el que la posibilidad de establecer contenidos comunistas inmediatos en la lucha es una perspectiva lejana; de ahí la necesidad de considerar la acción del partido como acción desde arriba de una vanguardia subjetiva, una vanguardia en la que recae (antes que en las masas) la continuidad del proceso revolucionario y que, lógicamente, exigía el poder de delegación, de representación de las masas. Insurrección como arte, como capacidad para identificar el momento oportuno en el que se reactivaba la voluntad subjetiva del partido y que era producida no tanto por la fuerza de la lucha de clases, sino directamente por una serie de elementos compuestos, contradictorios y siempre incontrolables de la clase obrera. Hemos criticado esta concepción a partir de nuestro punto de vista, es decir, desde una perspectiva que presencia la renovación del proceso revolucionario debido a la existencia de una homogeneidad de clase más alta, en el marco de una serie de comportamientos que no admiten la representación del interés obrero, en una situación donde la clase obrera constituye un bloque en sí misma y no sólo utiliza sino que construye directamente las condiciones y contradicciones del desarrollo capitalista. Y, sin embargo, al margen de esta circunstancia, con independencia del hecho de que con esta perspectiva el concepto de insurrección echa por tierra la «trascendencia» del partido en relación con los organismos y movimientos de masas (a pesar de que, como en el caso de los soviets, configuran instancias de poder), debemos ser capaces de leer en Lenin la fuerte tensión que es necesario generar para que el movimiento insurreccional invierta esta relación de representación y decisión, esta relación entre composición y organización: Lenin confía en que, en el momento de la insurrección, verá a la organización, como voluntad subjetiva, actuar sobre los comportamientos objetivos de las masas, identificándolos y modificándolos. La inversión de la relación entre composición y organización transforma el sentido de la teoría del partido y anticipa «tendencialmente» la previsión marxiana de la madurez del comunismo y de las masas respecto al comunismo. Esta esperanza reafirma la concepción leninista de la insurrección como «arte»; neutraliza sus características irracionales; aplaca materialmente su ímpetu subjetivo. Si analizamos el texto de Lenin sobre el *Marxismo y la insurrección*, nos encontramos, por un lado, frente al más claro ejemplo de discurso sobre la insurrección como arte (tened en cuenta que este texto se escribe en septiembre de 1917, entre la primera y la segunda fase revolucionaria, y que se trata de una carta dirigida al Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, en un momento en el que Lenin estaba obligado a vivir en clandestinidad, un momento de lucha extremadamente duro,

con unas fuerzas reaccionarias que tratan de recuperar el terreno perdido). Pero, por otro lado, la propia repercusión del concepto de insurrección sobre la relación entre composición y organización abre la hipótesis de la inversión de esta misma relación. «¡Acusar a los marxistas de blanquismo, porque conciben la insurrección como un arte! ¿Cabe falseamiento más patente de la verdad, cuando ningún marxista niega que fue el propio Marx quien se pronunció del modo más concreto, más claro y más irrefutable sobre la cuestión, definiendo justamente la insurrección como un arte, afirmando que hay que tratarla como tal arte, que es necesario *conquistar* un primer triunfo y seguir luego avanzando de triunfo en triunfo, sin interrumpir la *ofensiva* contra el enemigo, aprovechándose de su confusión, etc.? Para poder triunfar, la insurrección no debe apoyarse en una conjuración, en un partido, sino en la clase de vanguardia. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el auge revolucionario del pueblo. Y en tercer lugar, la insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascensional en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, a medias, indecisos, de la revolución. Estas tres condiciones, previas al planteamiento del problema de la insurrección, son las que precisamente diferencian el marxismo del blanquismo. Pero, si se dan estas condiciones, negarse a tratar la insurrección como un arte equivale a traicionar el marxismo y a traicionar la revolución.»[74]

Podrían ponerse como ejemplo otros muchos fragmentos, pero es suficiente y muy útil detenerse en éste porque se trata de un fragmento que a menudo ha sido recuperado por otras razones y que sonaba a cantinela dentro del comunismo de izquierdas de la década de los veinte, un periodo en el que la llamada «teoría de la ofensiva» comenzaba a chocar con las primeras manifestaciones del poder burocrático soviético. No en vano, esa «teoría» resultó derrotada[75]. Y no sólo por el aventurismo que la caracterizaba, y mucho menos por su defensa de un proyecto político ciertamente inadecuado: probablemente éstos eran elementos contradictorios en sí mismos y, por lo tanto, precarios y criticables, y por ende mutables. Lo que era realmente inmutable y, por consiguiente, estaba condenado a la derrota era la concepción irracional, no materialista, del proceso revolucionario en general y de la insurrección en particular. ¿Cómo no entender que el concepto de «insurrección como arte», en una teoría como la de Lenin, era completamente dialéctico respecto a la relación crucial existente entre composición y organización? Volvamos ahora al pasaje citado. En él, Lenin basa su concepción de

---

[74] V. I. Lenin, *Opere scelte*, cit., II, p. 108.

[75] Podemos encontrar comentarios bastante actuales sobre la «teoría de la ofensiva» en los dos ensayos de G. Daghini y G. Piana sobre el tema aparecidos en *Aut Aut* 107 (1968). Y una extensa información sobre la teoría del comunismo de izquierdas en Alemania en G. E. RUSCONI, *La teoria critica della società*, Bolonia, Il Mulino, 1970.

insurrección en la relación dinámica existente entre el movimiento de la organización y el movimiento revolucionario del conjunto de las masas oprimidas. ¡Únicamente profundizando en esta relación estallará el momento revolucionario, no a través de elementos voluntaristas o planteamientos ideales! La inversión de la relación entre composición y organización es una función totalmente concreta y material. Para conseguirla, la revolución no puede asentarse sobre un complot ni sobre un partido (¡que quede claro!), sino sobre la clase de vanguardia: entonces la inversión de la relación entre composición de clase y proceso organizativo será un hecho. Y se definirá también su nueva forma material: la clase obrera, cuando llega a esta fase del proceso revolucionario, ya ha transformado su composición y su relación con el partido. La inversión producida actúa como señal de un tipo de incertidumbre –inmediatamente identificada y transformada en teoría– que Lenin experimenta cuando la continuidad de su proyecto se encuentra frente a esta fuerza innovadora, frente a la invención general determinada del proceso revolucionario, de clase. Entonces, más que la insurrección como arte, ¡quien gana es la materialidad del proceso de masas y de clase!

Una vez dicho esto, retomemos el discurso sobre el tipo de leninismo que aparece de manera permanente en el comportamiento político de las vanguardias revolucionarias. Leninismo como método, hemos afirmado, como método definido por los dos elementos que hemos subrayado: por un lado, la relación entre teoría de la composición, estrategia y organización; por otro, la posibilidad de invertir esta relación dentro de una práctica subjetiva. En este sentido entendemos el leninismo como método: «Nuestra teoría no es un dogma, sino una *guía para la acción* –afirmaron Marx y Engels– (éstos son fragmentos de *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*), el mayor delito de los marxistas "redomados" como Karl Kautsky, Otto Bauer, etc., es no haber entendido esto, no haber sabido utilizarlo en los momentos más importantes de la revolución del proletariado». «La acción política no se parece en nada a la acera de la avenida Nevski (la acera limpia, ancha y lisa de la calle principal de Petersburgo, absolutamente recta), decía ya N. G. Chernishevski, el gran socialista ruso del periodo premarxista. Desde la época de Chernishevski, los revolucionarios rusos han pagado con innumerables víctimas el hacer caso omiso u olvidar esta verdad. Hay que conseguir a toda costa que los comunistas de izquierda y los revolucionarios de Europa occidental y de América fieles a la clase obrera paguen menos cara que los atrasados rusos la asimilación de esta verdad.»[76] Realmente, hemos pagado con creces la falta de asimilación de este concepto tan importante y elemental, es decir, el marxismo como método sensato, como método de la destrucción del Estado con los medios que sean necesarios, como método que avanza desde la composición de clase a la organización y de allí a la inversión de esta relación mediante la destrucción del Estado (con la destrucción del mismo trabajo).

[76] *Ibid.*, p. 587.

Pero vayamos al fondo de la cuestión del método. El método marxista es un método práctico y revolucionario. La teoría es práctica de masas. No es cosa de intelectuales, sino un método de masas, un método siempre político. «Lo importante ahora es que los comunistas de cada país tengan plena conciencia tanto de las tareas fundamentales, de principio, de la lucha contra el oportunismo y el doctrinarismo "de izquierda", como de las *particularidades concretas* que esta lucha adquiere y debe adquirir inevitablemente en cada país, conforme a los rasgos originales de su economía, de su política, de su cultura, de su composición nacional (Irlanda, etc.), de sus colonias, de la diversidad de religiones, etc. Por todas partes se deja sentir, se extiende y se crece el descontento contra la Segunda Internacional por su oportunismo y por su torpeza o incapacidad para crear un órgano realmente centralizado y dirigente, apto para orientar la táctica internacional del proletariado revolucionario en su lucha por la república soviética universal. Hay que darse perfecta cuenta de que dicho centro dirigente no puede, en ningún caso, ser formado con arreglo a normas tácticas de lucha estereotipadas, igualadas mecánicamente e idénticas. Mientras subsistan diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países –y estas diferencias subsistirán incluso mucho después de la instauración universal de la dictadura del proletariado–, la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países no exigirá la supresión de la variedad ni la supresión de las particularidades nacionales (lo cual es, en la actualidad, un sueño absurdo), sino una aplicación tal de los principios *fundamentales* del comunismo (poder de los soviets y dictadura del proletariado) que *modifique acertadamente* estos principios *en sus detalles*, que los adapte, que los aplique acertadamente a las particularidades nacionales y nacional-estatales. Investigar, estudiar, descubrir, adivinar, captar lo que hay de particular y de específico, desde el punto de vista nacional, en la manera en que cada país aborda concretamente la solución del problema internacional común, del problema del triunfo sobre el oportunismo y el doctrinarismo de izquierda en el seno del movimiento obrero, el derrocamiento de la burguesía, la instauración de la república soviética y la dictadura proletaria, es la principal tarea del periodo histórico que atraviesan actualmente todos los países adelantados (y no sólo los adelantados). Se ha hecho ya lo principal, obviamente no todo, ni mucho menos, pero sí lo principal. Para ganar a la vanguardia de la clase obrera, para ponerla al lado del poder de los soviets contra el parlamentarismo, al lado de la dictadura del proletariado contra la democracia burguesa. Ahora hay que concentrar todas las fuerzas y toda la atención en el paso *siguiente*, que parece ser –y desde cierto punto de vista lo es, en efecto– menos fundamental, pero que, en cambio, está prácticamente más cerca de la solución efectiva del problema, a saber: buscar las formas de *transición* a la revolución proletaria y las formas de abordarla. La vanguardia proletaria está conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia el triunfo. Pero de esto al triunfo dista todavía un buen trecho. Con la vanguardia sola es imposible

triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esa vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella y han demostrado ser incapaces por completo de apoyar al adversario, sería no sólo una estupidez, sino, además, un crimen. Y *para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a asumir esa posición, la propaganda y la agitación por sí solas son insuficientes. Para ello se precisa la propia experiencia política de las masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones*[77], confirmada hoy con fuerza y realce sorprendentes tanto por Rusia como por Alemania. No sólo las masas incultas, en muchos casos analfabetas, de Rusia, sino también las masas de Alemania, muy cultas, sin un solo analfabeto, necesitaron experimentar en su propia carne la importancia, toda la veleidad, toda la flaqueza, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la Segunda Internacional, toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios (Kornílov en Rusia, Kapp y Cía. en Alemania), única alternativa frente a la dictadura del proletariado, para orientarse decididamente hacia el comunismo.»[78]

Una vez más el método de masas: uno de los elementos donde el leninismo despliega su mayor contenido innovador. El leninismo es un método, un método de masas, una práctica de masas en la medida en que éste considera que el destino revolucionario depende de la capacidad de las masas para convertirse en agentes revolucionarios. A partir de esta nueva orientación recuperamos la complejidad del proceso y se comprende mejor el concepto preliminar de la insurrección como arte. «La historia en general, y la de las revoluciones en particular, es siempre más rica de contenido, más variada de formas y aspectos, más viva y más "astuta" de lo que se imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más avanzadas. Y esto es comprensible, pues las mejores vanguardias expresan la conciencia, la voluntad, la pasión y la imaginación de decenas de miles de hombres, mientras que la revolución la hacen, en momentos de exaltación y de tensión especiales de todas las facultades humanas, la conciencia, la voluntad, la pasión y la imaginación de decenas de miles de millones de hombres aguijoneados por la más aguda lucha de clases. De aquí se derivan dos conclusiones prácticas muy importantes: la primera, que la clase revolucionaria, para realizar su misión, debe saber utilizar todas las formas o aspectos, sin la más mínima excepción, de la actividad social (terminando después de la conquista del poder político, a veces con gran riesgo e inmenso peligro, lo que no se ha terminado antes de esta conquista); la segunda, que la clase revolucionaria debe esta preparada para sustituir una forma por otra del modo más rápido posible e inesperado.»[79]

---

[77] La cursiva es mía.

[78] V. I. Lenin, *Opere scelte*, cit., II, pp. 603-604.

[79] *Ibid.*, p. 606.

Este discurso, aunque aparece en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, enlaza directamente con los escritos sobre la insurrección de 1905 en torno al III Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso, enlaza con el planteamiento del paso de la lucha legal a la lucha armada, que es uno de los elementos fundamentales del análisis leninista sobre la situación inmediatamente posterior a la revolución de 1905 y durante el periodo de la represión; y teoriza, en otro momento, en otra situación, sus contenidos políticos fundamentales. A la represión, por ejemplo, se responde únicamente con la lucha armada, poniendo en marcha instrumentos y procesos de justicia proletaria que atacan allí donde el capital no se presenta ya como avance, sino como crisis y destrucción. Pero a nosotros no nos interesa la postura política de Lenin sobre lo particular: nos interesa su postura sobre lo general, la propuesta metodológica que ésta contiene. Lo que nos interesa una vez más es esta capacidad de sustituir una forma de lucha por otra, la capacidad de desarrollar (por parte de la vanguardia), teniendo en cuenta la tensión propia del proceso revolucionario, una articulación amplia de los instrumentos más adecuados y de saber utilizar el marxismo como método que es capaz de considerar todas las alternativas posibles: he aquí la importancia de la innovación del discurso de Lenin.

Una vez dicho esto, es necesario hacer una última observación. Hemos comprobado el gran interés que muestra Lenin por la forma específica de la organización; y lo podríamos comprobar de manera más profunda si nos pusiéramos a estudiar la figura de Lenin como organizador del partido[80]. En este caso podríamos comprobar cómo el discurso leninista encuentra siempre una específica mediación práctica a través de las formas de organización que se adecuan en cada caso al proceso revolucionario, un proceso que en cada momento, por así decir, es seguido, definido, guiado. Es curioso que sobre esta base el leninismo haya sido presentado a menudo como un reglamento, una especie de llave maestra capaz de resolver todos los problemas (una llave falsa, si puede abrir todas las puertas): es decir, ha sido presentado como un formalismo, en términos completamente opuestos a como hemos oído hablar a Lenin. En este sentido, ha sido característico del periodo de bolchevización que se produjo en el seno de la Tercera Internacional el intento de imponer al conjunto de partidos que se reclamaban seguidores de la revolución bolchevique una serie de aspectos inamovibles: algo tal vez necesario en el sentido de que, a partir de estas puntos inamovibles, era posible discriminar las fuerzas verdaderamente revolucionarias de aquellas que no lo eran o que, de todas las maneras, desde el punto de vista ideológico tendían a introducir en el movimiento una serie de posturas erróneas y caducas. En realidad, esta bolchevización actuó como un rigorismo formal y

[80] A este respecto véanse las biografías de Lenin: en concreto, los trabajos de L. Fischer, Adam B. Ulam, Stephen F. Cohen (su libro sobre Bujarin es muy importante [ed. cast.: *Bujarin y la revolución bolchevique*, Madrid, Siglo XXI, 1976) y las memorias de Trostki, Gorki y Krupskya.

preceptivo que cortó alas e imposibilitó la adaptación de algunas vanguardias a las situaciones particulares sobre las que debían intervenir. El caso extremo lo representa sin duda el proceso del partido comunista de los Estados Unidos, donde una fuerza impresionante de comunistas procedentes de una experiencia de clase tan extraordinaria como la de las International Workers of the World, con unos cuadros capacitados y una larguísima experiencia de lucha, resultó castrada por la campaña de bolchevización, por una repetición increíblemente literal del modelo, hasta el punto de provocar, por ejemplo, la exclusión de los afroamericanos de la organización (en nombre de una política sobre la nación que repetía un esquema válido quizás en Rusia, mientras que en Estados Unidos la unificación de clase era ya un hecho y blancos y negros trabajaban en la misma cadena)[81]. Pues bien, todo esto deriva precisamente de la interpretación del leninismo como formalismo preceptivo. Nuestra recriminación no es una recriminación de intelectuales. Este absurdo planteamiento preceptivo ha funcionado, de hecho, como fuerza material, castrando fuerzas revolucionarias activas, suprimiendo la posibilidad de expresarse, de interpretar las necesidades de la clase en los momentos más avanzados del desarrollo capitalista. Y ésta no es una recriminación, se trata, de nuevo, de una indicación metodológica, una dirección esta vez absolutamente leninista. Primero se produce la práctica de las masas y después todo lo demás. O la teoría se demuestra con la práctica de las masas o deja de existir. No existe ningún fetiche, aunque se denomine Lenin, al cual sacrificar. Lenin es para nosotros útil, básico y fundamental, y vive en la historia del movimiento obrero en la medida en que se relaciona con las necesidades y la práctica de las masas. Esto es leninismo.

Y, si queréis, es precisamente el propio concepto de la insurrección como arte, este límite ambiguo, por un lado, del partido y, por otro, de la actividad y la práctica de las masas (incluso contra el propio partido, si es necesario), quien nos lo señala. Y nos muestra que para Lenin no existe situación alguna en la que los contenidos reales de la práctica de las masas y de las necesidades proletarias aparezcan subordinados a las exigencias del partido: sucede siempre lo contrario. La ambigüedad del concepto refleja también la tensión. El partido leninista logra fundirse con las masas y, por lo tanto, provocar la inversión de la relación entre composición y organización sólo en ciertos momentos: más allá de estos momentos desaparece la ilusión de que esta fusión deba producirse y sólo existe la consideración de la tendencia y, junto a ella, la conciencia de los límites de la acción del partido. El partido es necesario pero insuficiente: por el contrario, la que es sin duda necesaria y autosuficiente es la práctica revolucionaria de las masas. Si consideramos estos elementos, esto es, por un lado, la relación entre teoría de la composición de clase, estrategia y organización dentro del proceso que va desde la

[81] Cfr. en particular T. DRAPER, *American Communism and soviet Russia*, Nueva York, Viking Press, 1960.

identificación de la situación hasta la organización del partido y, por otro, la posibilidad de invertir esta relación dentro de la práctica de las masas, con la emergencia de los contenidos revolucionarios más importantes, de esta forma aseguramos la permanencia del método leninista como experiencia orgánica del movimiento, como elemento indestructible de la composición política de la clase obrera de nuestros días. Lenin vive la transición hacia una fase superior de recomposición proletaria como una esperanza, como un proyecto, un riesgo. La ambigüedad que se deriva de todo esto es aún preocupante. Pero, si asumimos como dirección de esta ambigüedad la dualidad «insurrección como arte-práctica de las masas», no podemos tener dudas sobre el sentido de la tremenda solución leninista.

II

Lenin y los soviets en la Revolución Rusa y algunas consideraciones sobre el sovietismo*

10. LOS SOVIETS, ENTRE LA ESPONTANEIDAD Y LA TEORÍA

Un análisis histórico sobre la opinión –sustancialmente unitaria, a pesar de que se articula en función de las diferentes etapas de la revolución rusa– de Lenin respecto a los soviets debe, de forma preliminar, hacer referencia a la singularidad del método leninista. Éste se caracteriza por la preeminencia de la dimensión práctico-política sobre el resto de los elementos del análisis: en particular sobre la dimensión doctrinal de la tradición marxista y sobre el planteamiento teórico del desarrollo específico del movimiento real –tanto del capital como de la clase– en Rusia. Lenin examina, redimensiona y redefine estos elementos del análisis, que se encuentran subordinados en todo momento al sectarismo de la praxis, a los cuales responde y a partir de los cuales se articula la propia concepción leninista del partido. La utilidad de este método, su continua flexibilidad para afrontar las situaciones particulares, las razones política y teóricamente creativas con las cuales siempre se enriquece la ciencia obrera de la revolución, quedan ampliamente demostradas en el análisis leninista de los soviets y en la instrumentación de este análisis en virtud de la agitación y la organización revolucionaria.

---

* De las seis lecciones que forman esta parte, las tres primeras (10, 11 y 12) retoman el hilo de un artículo mío publicado en parte en *Classe operaia* 1 II (1965,) pp. 26 ss. y de forma íntegra en *Crisi dello Stato-piano. Comunismo e organizzazione rivoluzionaria*, Florencia, Clusf, 1972, pp. 93-128 (Milán, Feltrinelli, 1974, reed.). Ahora en *I libri del rogo*, Roma, DeriveApprodi, 1997 [ed. cast.: *Los libros de la autonomía obrera*, Madrid, Cuestiones de Antagonismo 25, Ediciones Akal, 2004]. Las lecciones 13, 14 y 15 son nuevas).

La tradición histórica de la lucha proletaria que Lenin interpreta políticamente posee un gran número de experiencias consejistas: generados directamente por la clase explotada, radicados en ella y organizados con formas radicalmente democráticas, y fruto de la lucha revolucionaria, los consejos señalaron la fase más avanzada de la organización obrera en el período más duro de la lucha revolucionaria. Concretamente, la tradición ofrecía al menos tres modelos característicos de organización soviética: el consejo como órgano de dirección de la lucha revolucionaria (los consejos de soldados de la revolución inglesa); el consejo como representante, dentro de la estructura del poder burgués republicano, de los intereses del proletariado (la comisión de Luxemburg de 1848); el consejo de la Comuna como «clase organizada en poder estatal». El análisis y la proyección ideológica de los teóricos socialistas parte de esta casuística: no en vano el populismo anarquista exaltaba la fase consejista de la gestión de las luchas por parte de las masas, hasta el extremo de la utopía del «federalismo de las barricadas»; por su parte, la tradición proudhoniana encontraba en el radicalismo democrático de los consejos el fundamento y el decoro de la ideología del pluralismo.

En cuanto a Marx, éste simplifica automáticamente el problema al ironizar sobre la inutilidad de una institucionalización de los consejos y, en general, de un autogobierno proletario en el mundo de la producción capitalista: la comisión de Luxemburg le parece lo que es, «una sinagoga socialista», el proyecto de una organización democrática del trabajo, el soporte de la organización capitalista del trabajo, toda una prueba de inmadurez e impotencia política[1]. Pero en las mismas páginas llega a la definición de la relación entre la lucha de la clase obrera y el movimiento político del capital: con independencia del efecto mistificador de la institución reformista, está el hecho de que el proletariado le había «arrancado como concesión» a la burguesía la constitución de tal comisión: los obreros «impusieron» la república burguesa y «la república de febrero fue obligada a proclamarse república rodeada de instituciones sociales». El resultado, en el momento mismo en que ha sido impuesto por el proletariado, es suprimido y se convierte poco a poco en sustancia del reformismo del capital. Para el proletariado no es otra cosa que el terreno desde el que impulsar de nuevo, hacia un nivel más avanzado, la lucha obrera. «Forma parte de nuestro interés y nuestro deber convertir en permanente la revolución hasta que todas las clases más o menos poderosas sean expulsadas del poder, hasta que el proletariado no haya conquistado el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios no sólo en un país, sino en todos los países dominantes del mundo, se haya desarrollado hasta tal punto que se reduzca la competencia entre los proletarios de estos países, y hasta que las fuerzas productivas más importantes, como mínimo, no estén concentradas en las manos de los proleta-

[1] K. MARX, *Le lotte di classe in Francia dal 1848 al 1850*; K. MARX y F. ENGELS, *Il 1848 in Germania e in Francia*, Roma, Rinascita, pp. 150-152 [ed. cast.: *Obras escogidas*, cit.].

rios.»[2] Sólo a partir de esta perspectiva podrá justificarse un redescubrimiento marxiano del poder consejista. Y la historia de la Comuna sirve para verificar esta hipótesis: «Éste fue su verdadero secreto: que se trató esencialmente de un gobierno de la clase obrera, el producto de la lucha de la clase de los productores contra la clase apropiadora, la forma política, descubierta finalmente, en la que podía conseguirse la emancipación económica del trabajo»[3]. El poder de la clase obrera se configura en la continuidad de la lucha y sólo en ésta, como producto suyo: por lo tanto, ninguna condescendencia con las posiciones utopistas, pero defensa de los consejos como elementos que organizan la lucha en el proceso permanente de la revolución obrera y se perfilan como una primera aproximación al gobierno revolucionario de la clase.

La interpretación leninista de la tradición consejista reproduce, unifica y verifica el discurso marxiano. Pero Lenin no asume la verdad de la interpretación marxiana con una postura doctrinaria: su validez teórica debe ser reafirmada y probada a la luz de ese singular pragmatismo revolucionario que quiere ver –una vez presupuesta la investigación científica de las condiciones específicas del movimiento revolucionario en Rusia– la lección teórica de los clásicos ilustrada por una serie de determinaciones estratégicas y tácticas.

Por lo tanto, y son palabras de Lenin posteriores a 1905, «la singularidad de la revolución rusa se encuentra en el siguiente hecho: en relación a su contenido social, era una revolución democrático-burguesa, pero en relación a los medios de lucha era una revolución proletaria. Era democrático-burguesa porque el objetivo por el que combatía, sin unos medios adecuados e incapaz de conseguirlo con sus propias fuerzas, era la república democrática, con su jornada laboral de ocho horas y la confiscación de los vastos latifundios en posesión de la nobleza: medidas que en gran parte ya habían sido conseguidas por la revolución burguesa en la Francia de 1792 y 1798. Por otro lado, la revolución rusa era al mismo tiempo proletaria, no sólo porque el proletariado fue la fuerza activa y de vanguardia del movimiento, sino porque se utilizó un método característico de lucha proletario, la huelga, que constituía el instrumento principal de sublevación de las masas y el medio de lucha más utilizado en el desarrollo fluctuante de los acontecimientos». Así pues, por un lado, tenemos una situación económica extraordinariamente atrasada que «hace inevitable una revolución burguesa»; por otro, un no menos extraordinario grado de madurez política y de combatividad del proletariado que le otorga una función hegemónica en el transcurso de la revolución. En torno a estos dos hechos se mueve continuamente la postura leninista sobre la revolución en

---

[2] K. MARX y F. ENGELS, *Indirizzo del Comitato Centrale della Lega dei Comunisti*; K. MARX y F. ENGELS, *Il Partito e l'Internazionale*, Roma, Rinascita, 1948, pp. 91-92 [ed. cast.: *La Internacional*, México DF, FCE, 1983].

[3] K. Marx, *La guerra civile in Francia*, en K. Marx y F. Engels, *Il Partito e l'Internazionale*, cit., p. 181.

Rusia y, consecuentemente, sobre la organización revolucionaria de la socialdemocracia. Los objetivos revolucionarios (dado el grado de desarrollo del capital ruso) de una gestión radicalmente democrática del capital sólo pueden ser conseguidos por el proletariado y dirigidos por la clase obrera con la condición de que el partido tenga un carácter «independiente» y su dirección sea «hegemónica». Esta condición transfigura el carácter de la premisa analítica plejanoviana y elimina los residuos economicistas de la misma. La postura menchevique sobre el carácter necesariamente burgués de la fase revolucionaria en curso, las inciertas suposiciones programáticas sobre el tipo de organización política del proletariado ruso, las implicaciones sobre la función democrática que, en la república burguesa recién conquistada, corresponderían a las organizaciones proletarias, todo esto es barrido por la definición leninista de la relación entre la revolución democrática y la lucha obrera, y por la consecuente definición de la estructura y las tareas del partido. El interés de la clase obrera, de hecho, sólo aparece ligado ocasionalmente –y por necesidad– al objetivo de una revolución democrático-burguesa: por eso debe garantizarse que la asumida función «sustitutiva» pueda ser superada inmediatamente en las siguientes etapas de su camino hacia el comunismo. Como ya ocurriera en Marx, la relación entre la determinación objetiva del movimiento y el significado general de la lucha revolucionaria se resuelve totalmente a favor del segundo elemento. Y la lucha teórica y práctica de Lenin por destacar e imponer a la socialdemocracia rusa en la práctica estos objetivos y sus consecuentes condiciones organizativas tiene este mismo sentido. En ella reaparecen íntegras las directrices contenidas en el discurso del Comité Central de la Liga de los Comunistas[4].

Esta formulación del problema estratégico y organizativo del movimiento en Rusia genera unas consecuencias directas cuando Lenin afronta la cuestión de las organizaciones de masas, es decir, los problemas relativos a esas formas de organización de las alianzas que, según el proyecto de la revolución democrática, actúan como premisas indispensables del desarrollo del movimiento, siempre y cuando no cuestionen, sino que faciliten, el desarrollo permanente de la lucha hacia objetivos más elevados. De este modo, las organizaciones de masas, al igual que el conjunto del movimiento, deberán ser dirigidas por la socialdemocracia revolucionaria y serán sustituidas por ésta en la medida en que –en el movimiento– los objetivos democráticos de la revolución sean a su vez realizados y superados. Allá donde esto no sea posible, la socialdemocracia renegará de la función que tales organismos, ya sean de masas o popula-

[4] V. I. Lenin, «Prefazione alla seconda edizione de *Lo sviluppo del capitalismo in Rusia*», *Opere complete*, vol. III, cit., pero también véase especialmente los escritos polémicos y las intervenciones realizadas en el contexto de la lucha interna del partido antes de la explosión de la primera revolución rusa: *Los deberes de los socialdemócratas rusos*, 1898; *¿Qué hacer? Problemas candentes en nuestro movimiento*, 1902; *Un paso adelante, dos pasos atrás (La crisis de nuestro partido)*, 1904.

res, desarrollen: su inevitable destino será, una vez apartados de la acción permanente de la lucha obrera y de la dirección de su vanguardia, integrarse en el desarrollo del capital, convertirse, en el mejor de los casos, en útiles instrumentos de su reformismo. De ahí la actitud que Lenin muestra desde el principio, en ocasiones de sospecha, en ocasiones ferozmente polémica, de ahí la áspera denuncia de todas las formas de organización de masas que tienden a institucionalizarse al margen del proceso revolucionario, que subordinan, por lo tanto, los fines reales y permanentes del movimiento de clase a los fines revolucionarios que la socialdemocracia asume tan sólo de manera provisional.

Ni siquiera los soviets son una excepción. Éstos, desde su primera aparición son calificados justamente por Lenin como organizaciones de masas, democráticas, «mil veces más democráticas que la democracia burguesa», y su función será valorada a tenor de los criterios generales de la estrategia y la táctica de la socialdemocracia revolucionaria. El soviet podrá defenderse como instrumento de lucha proletaria: el discurso teórico leninista lo concibirá paulatinamente como la organización de la dictadura del proletariado, en la medida al menos en que los soviets puedan ser hegemonizados por la organización independiente de la clase obrera. Pero, si estos instrumentos, original y radicalmente democráticos, se salen del proyecto de la «revolución hasta el final», si fuerzas revisionistas tratan de hacerlos funcionar dentro de la dialéctica política del capital –al menos en la medida en que estas fuerzas lo intenten– se desencadena entonces la crítica de Lenin, que trata de desmitificar estos organismos, proponiendo la sacrosanta alternativa sectaria: o liquidación del soviet como instrumento reformista o su reconquista para el movimiento como elemento de la organización revolucionaria[5].

La clase obrera en lucha inventa los soviets durante la revolución de 1905

En realidad, respecto a su forma de organización, podemos encontrar muchos antecedentes en la historia de la clase obrera rusa. Debido a su carácter fragmentario e inorgánico y a la dura y permanente represión autocrática, los movimientos de la clase obrera rusa hasta la primera fase de la industrialización, en la década de los setenta del siglo XIX, fueron de hecho fundamentalmente espontáneos; ni siquiera la masificación de las luchas durante la segunda fase industrial a partir de 1895 modifica sustancialmente estos rasgos espontáneos del movimiento: la masificación únicamente lo reestructura, imponiendo las formas necesarias de autoorganización. De hecho, en esta fase son frecuentes los nacimientos de comités de huelga o cajas obreras de resistencia; ya en 1885

[5] V. I. Lenin, *La rivoluzione proletaria e il rinnegato Kautsky*, en V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. II, cit., pp. 342 ss. y 394 ss.

se recuerda en Tver, en la fábrica textil Morozov, la existencia de un comité estable de huelga organizado; posteriormente, en 1895, se produce la primera aparición del consejo de Ivanovo-Voznesensk en la zona textil de la periferia de Moscú: su nueva formación se produce en 1905, año que será considerado como la fecha oficial del nacimiento oficial de los soviets. Los soviets de 1905 hunden sus raíces por lo tanto en una larga tradición de luchas y experiencias de la clase obrera rusa, que los define intrínsecamente: si «la historia de la revolución rusa es la historia de las huelgas rusas de masas»[6], la génesis de los soviets se halla también dentro de este tipo de lucha, de la cual toma –además de la indistinción de elementos económicos y políticos, a través de la circulación y sucesión de formas siempre nuevas de gestión, en una estructura política que se va definiendo poco a poco– la eficacia unificadora del proceso continuo de la lucha obrera revolucionaria. Esto no significa que 1905 no represente el momento del verdadero nacimiento del sovietismo ruso, pero sólo ahora la generalización de la lucha en un periodo breve, su carácter inmediatamente político (al menos a partir de octubre), las formas insurreccionales que asume liberan al soviet del carácter extraordinario de las experiencias precedentes y le dan, a través de un dinamismo fundamentalmente expansivo, una figura definitiva.

Es inútil recordar aquí las diferentes etapas de una lucha revolucionaria que crece de forma ininterrumpida desde enero hasta octubre-diciembre. La acción insurreccional, que toma cuerpo sobre todo en Moscú y en su periferia donde precisamente nacen, entre mayo y junio, los soviets de Ivanovo-Voznesensk, Kostroma y el de los tipógrafos de Moscú, se extiende al resto de las zonas del país hasta llegar en octubre a San Petersburgo, donde el día 13 de ese mes se constituye el soviet local. «El consejo de diputados obreros fue formado con el objeto de responder a una necesidad objetiva derivada del conjunto de las circunstancias de aquel entonces: era necesario dotarse de una organización que gozase de una autoridad indiscutible, libre de cualquier tipo de tradición, que agrupase de buenas a primeras las masas desperdigadas y sin unión; esta organización debía ser el primer espacio de confluencia de todas las corrientes revolucionaras del proletariado; debía tener iniciativa y al mismo tiempo la capacidad de controlarse a sí misma de forma automática; lo esencial era poder ponerla en marcha en veinticuatro horas.»[7] Reconocido por la clase obrera de San Petersburgo, que se adhiere a la huelga proclamada inmediatamente, el soviet de esta ciudad asume la dirección del movimiento revolucionario. En San Petersburgo se extiende a todos los delegados de las fábricas de la capital, es reconocido por los sindicatos no obreros y los diferentes sectores de la socialdemocracia; el ejemplo de San Petersburgo provoca en el país la consti-

[6] R. LUXEMBURG, *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften*, Hamburgo, E. Dubber, 1906, p. 32.

[7] L. TROTSKI, *Milenovecentocinque*, Milán, Istituto Italiano, 1948, p. 131 [ed. cast.: *1905*, París, Ruedo Ibérico, 1971].

tución de soviets en las principales ciudades, expande y unifica el movimiento por todas partes. En Siberia nacen los primeros soviets de soldados[8].

Los soviets, organismos obreros de masas, formados por delegados responsables y revocables, constituyen, de esta forma, en la última fase de la insurrección, el centro de la organización revolucionaria. Asumen como propias las consignas de la socialdemocracia: «Jornada laboral de ocho horas y asamblea constituyente», y combaten utilizando instrumentos proletarios en su batalla democrática. El soviet representa, de forma típica, la ambigüedad de la relación –que la espontaneidad obrera lleva siempre en su interior– entre los objetivos inmediatos de reforma democrática y el radical rechazo revolucionario, al ser un producto directo de la espontaneidad obrera: no podía ser de otra manera, dados los objetivos democráticos –no siempre radicalmente democráticos– que imponía el nivel de desarrollo capitalista. Por otra parte, la forma que asume el autogobierno proletario es necesariamente ambigua, aunque ésta sea insurreccional, dada la persistencia de las instituciones y del poder de la burguesía, la cual –algo inevitable en la situación de desarrollo atrasada del capitalismo ruso– aún conserva amplios márgenes de maniobra para jugar la baza del reformismo. La forma insurreccional no puede garantizar por sí sola la eficacia del instrumento organizativo si el contenido de las reivindicaciones se sitúa dentro de los márgenes no ya de las posibilidades inmediatas que le permite el poder burgués, sino de su necesario y propio desarrollo. La ambigüedad de los soviets desaparecía de modo ejemplar cuando éstos actuaban, como órganos de lucha insurreccional y al mismo tiempo como órganos del autogobierno interno del proletariado: a este respecto, las iniciativas y resoluciones del soviet de San Petersburgo son muy significativas. Sin embargo, el destino de los soviets dependerá de la salida que en cada caso se dé a esta ambigüedad. De hecho, la preeminencia que se conceda a uno u otro elemento determinará los diferentes programas revolucionarios; por el contrario, la defensa de uno u otro aspecto de la estructura y funciones de los soviets sigue premisas analíticas distintas.

No está nada claro que en la formación de los soviets, incluido el de San Petersburgo, haya influido, aunque haya sido de un modo secundario, la consigna menchevique de la «autogestión revolucionaria»: es cierto que tal consigna, dado que se ajustaba a la definición de los objetivos estratégicos y tácticos de esa facción, llevaba tiempo siendo explicada y se hallaba consecuentemente muy difundida (conferencia menchevique de abril de 1905). El carácter atrasado del capitalismo ruso debía alejar al proletariado de la conquista inmediata, total o parcial, del poder: éste es el argumento de fondo. Sólo

[8] El estudio más reciente y riguroso que existe sobre los soviets es sin duda: C. ANWEILER, «Die Rätebewegung in Russland 1905-1931», en E. J. BRILL, *Studien zur Geschichte Osteuropas*, vol. V, 1958. Este trabajo ha estado presente para nosotros de manera permanente [ed. it.: *Il movimento dei consigli in Russia, 1905-1931*, Bari, 1972].

hacía falta desarrollar la situación para «construir y reforzar el partido de la clase», conseguir unas condiciones que le permitiesen su libre desarrollo, es decir, construir –dentro de las articulaciones de las estructuras sociales y estatales del capital– una articulación análoga de instancias de lucha revolucionaria[9].

Es evidente el papel predominante que jugaba en este esquema la idealización de la estrategia de la socialdemocracia alemana, así como su influencia teórica sobre el menchevismo; pero aparte de esto en la definición de la estrategia menchevique era determinante el tipo de relación –asumida en términos de identificación casi mecánica– entre el crecimiento de los elementos subjetivos y objetivos del proceso revolucionario, entre la dilucidación, indudablemente correcta, de sus condiciones materiales y la verificación de los movimientos de clase, totalmente subordinada a esa primera dilucidación y también demasiado desencantada. Desde este punto de vista, la maduración de las condiciones materiales económicas necesarias para acometer el paso hacia el socialismo comportaba la maduración paralela y mecánica de las fuerzas subjetivas: la socialdemocracia debía interiorizar y seguir este proceso. Si había que hablar de «dictadura del proletariado», se debería hablar de «dictadura de la mayoría», de la «enorme mayoría del pueblo». Se debía esperar la llegada de este momento: prepararlo significaba únicamente asegurarse de que, tras el derribo de la autocracia zarista, se hallasen garantizadas las condiciones para que se produjera un crecimiento político autónomo del proletariado y de sus organizaciones autónomas sindicales y de partido, el cual apuntaba a provocar el paso al socialismo: se trataba, pues, de una evolución democrática y mayoritaria; que fuese pacífica o no, era secundario en esos momentos. Los soviets encajan a la perfección –en opinión de los mencheviques– en este diseño. Prefiguran, precisamente, un proceso difuso de organización democrática de base y lo instituyen en el momento de máxima tensión revolucionaria, en la lucha contra la autocracia; de este modo, más allá de este límite, los soviets pueden dar por buena una hipótesis asumida con todo el prestigio y la fuerza que les da el haber protagonizado la primera fase revolucionaria. La exaltación de la Comuna como «dictadura de la mayoría», como instrumento de «autogestión democrática», es propia de los mencheviques durante estos años.

La organización de base bolchevique también considera que el nacimiento y la generalización de la experiencia de los soviets es un triunfo del programa menchevique. Existe el temor difuso de que los soviets reproduzcan formas de organización obrera irresponsables, caóticas, irrecuperables y siempre diferentes a la organización del partido, y es común su infravaloración polémica y el deseo de verlos reducidos a meras organizaciones sindicales. En San Petersburgo, donde el recuerdo de las organizaciones obreras de Gapon está reciente, se llega incluso a proponer el boicot del soviet: sólo la intervención de Trotski contra Krassin logra frenarlo. Esta actitud se extiende del cen-

[9] J. MARTOW y T. DAN, *Geschichte der russischen Sozialdemokratie*, Berlín, 1926, pp. 110 ss.

tro a la periferia. Los bolcheviques permanecen, a excepción de raros casos aislados, ajenos a la formación de los soviets.

En realidad, los comités revolucionarios que Lenin había propuesto como instrumentos para imponer la insurrección y alcanzar el objetivo del «gobierno revolucionario provisional» tenían pocos rasgos en común con los soviets. En los primeros, la función dirigente del partido es completamente evidente. Dada la influencia directa del partido sobre ellos, éstos pueden garantizar a la vez los dos objetivos principales de la insurrección: el avance de la revolución permanente y, con ella, el avance del movimiento hacia la conquista inmediata de posiciones de poder. Pero, aun así, Lenin no interpreta el surgimiento y generalización de los soviets como algo contradictorio con la línea bolchevique: los soviets son «organizaciones de masas originales», formas y organizaciones espontáneas de la insurrección[10]; son fruto de la espontaneidad obrera y la espontaneidad no es un problema: es una condición normal de la existencia y expresión de la clase y por ello debe ser tenida en cuenta, practicada, defendida y superada. Lo que es realmente contradictorio, sin embargo, es considerar a los soviets, como hace la postura menchevique, como órganos de autogobierno revolucionario: esto implica elevar la espontaneidad a elemento principal de la insurrección, caer en el peor utopismo democrático, eliminar la función del partido. «Condenando de forma correcta el boicot pasivo, *Iskra* defiende la idea de una "organización del autogobierno revolucionario" inmediata como "posible prólogo de la insurrección".» Los nuevos editores de *Iskra* pretendían, de esta manera, cubrir el país con una red de órganos de autogobierno revolucionario. «Un planteamiento de estas características no sirve para nada. Desde el punto de vista de los objetivos políticos en general es una chapuza y desde el punto de vista de la situación política actual sirve para llevar agua al molino de los *ozvobozdentsos*. La organización del autogobierno revolucionario, la elección de sus representantes por parte del pueblo, no puede ser el prólogo sino el epílogo de la insurrección. Asignarse ahora el objetivo de dar vida a esta organización, antes de la insurrección, implica centrarse en un objetivo absurdo y crear confusión en la conciencia del proletariado revolucionario. Es necesario antes que nada vencer en la insurrección (incluso en una sola ciudad) e instituir el gobierno revolucionario provisional para que este último, como órgano de la insurrección, como jefe reconocido del pueblo revolucionario, pueda prepararse para organizar el gobierno revolucionario. Callar o, incluso, tan sólo disentir de la consigna de la insurrección sustituyéndola por la consigna de la organiza-

[10] V. I. LENIN, «Rapporto sulla rivoluzione del 1905» [1917], *La rivoluzione del 1905, I. La tattica dei bolscevichi nella rivoluzione democratica*, Roma, Rinascita, 1949, pp. 22 ss. Respecto a la preparación y los lemas elaborados por los bolcheviques en el III Congreso del POSDR, así como en cuanto a los escritos de Lenin hasta la etapa crucial de la revolución, véase V. I. LENIN, *Opere complete*, vols. VIII-IX, Roma, Editori Riuniti, 1960-1961.

ción del autogobierno revolucionario es algo así como sugerir coger una mosca para rociarla después con insecticida.» El oportunismo rompe la continuidad del proceso insurreccional, lo bloquea con el proyecto absurdo de la construcción del autogobierno, algo que resulta imposible sin el derrocamiento preventivo de la autocracia[11]. Al margen del utópico y peligroso programa menchevique, frente a los intentos de arrastrar al conjunto del movimiento de liberación a un torrente único de democratismo, permanece, sin embargo, el valor de la experiencia espontánea del sovietismo: una espontaneidad que es conquistada y superada por las reglas de la organización política del proletariado. En diciembre de 1905, cuando el comité ejecutivo del soviet de los diputados obreros rechaza admitir a los anarquistas, Lenin aprovecha la ocasión para dejar clara la posición de los bolcheviques: «Cierto es que, si consideráse mos el soviet de los diputados obreros como un parlamento de obreros o como un órgano de autogobierno del proletariado, no sería justo el rechazo a admitir a los anarquistas», pero esto no es el soviet: éste constituye «una organización de lucha para la obtención de unos fines determinados [...], una vasta alianza combativa de socialistas y demócratas revolucionarios informalmente establecida». Y como tal debe remitirse a los criterios de la organización internacional socialista, rechazando en este caso concreto la exclusión de los anarquistas. Su único fin es la insurrección[12].

11. LENIN Y LOS SOVIETS ENTRE 1905 Y 1917

El rechazo de Lenin a aceptar la disyuntiva soviet o partido, su afirmación de que el soviet es un organismo instrumental propio de la insurrección mientras que al partido se le confían los objetivos permanentes y finales del movimiento revolucionario; la exigencia de resolver, en confrontación con el programa menchevique, desmitificándolo, la citada ambigüedad de la naturaleza del soviet, todo esto es aclarado posteriormente en los escritos de Lenin del periodo 1906-1907, años de recuperación de la burguesía. Si durante el periodo más duro de la lucha, cuando los soviets eran creados y configurados a través de la lucha obrera, el peligro de su caída en el mecanismo institucional de la democracia burguesa podía considerarse meramente teórico, ahora en una fase de reflujo de la lucha y de recuperación de la burguesía este peligro se convertía en algo real, anticipando esta esterilización del soviet como preludio de su propia eliminación, no sólo como instrumento de lucha, sino como instrumento de representación política

[11] V. I. Lenin, «Il boicotaggio della Duma di Bulyghin e l'insurrezione», *Opere complete*, vol. IX, cit., pp. 167 ss.

[12] V. I. Lenin, «Socialismo e anarchia», *Opere complete*, vol. X, Roma, Editori Riuniti, 1961, pp. 61 ss.

de la democracia. Pensar que el proceso podía ser distinto era caer en las peores ilusiones constitucionales, concebir una vez más –hablando en términos proudhonianos– el soviet como elemento constitutivo de una democracia pluralista. Esto era ilusorio por partida doble: en primer lugar, respecto al carácter del capital ruso, incapaz de imaginar formas de autogestión popular funcionales al desarrollo democrático; en segundo lugar, de forma más general, porque un constitucionalismo semejante, en el caso de que fuese posible, no tendría visos de transformarse, sino que reforzaría en realidad el poder de la burguesía. En definitiva, los soviets son producto y órganos de la lucha obrera y no pueden ser otra cosa: más allá de esta consideración sólo existe utopismo, traición de la lucha, cuando no puro y simple oportunismo. «Los mencheviques impulsan la elección de los diputados a la Duma, pero quieren elegir los delegados electorales y los electores. ¿Con qué fin? ¿Para crear, a través de ellos, una Duma popular o una libre representación ilegal, algo similar a un soviet panruso de diputados obreros (e incluso de campesinos)? Ante esto nosotros objetamos: si son necesarios unos libres representantes, ¿por qué tener en cuenta para elegirlos la citada Duma? ¿Por qué dar a la policía las listas de nuestros delegados electorales? Y, de la misma manera, ¿por qué crear nuevos soviets de diputados obreros con un nuevo sistema cuando aún se mantienen (por ejemplo, en San Petersburgo) sus viejos soviets? Esto es inútil o incluso perjudicial, porque generará la absurda ilusión de que será posible reactivar los soviets que están en declive y se están disgregando, a través de nuevas elecciones y no a través de una nueva preparación y extensión de la insurrección.»[13]

En noviembre de 1905 Lenin se había referido, por cierto, a la posibilidad de que los soviets asumieran funciones de gobierno revolucionario provisional[14]. En la medida en que éstos hubieran extendido su representatividad y se hubieran arraigado en la lucha, siendo reconocidos como guía por la mayoría del pueblo –como de hecho sucedía–, Lenin sugería la posibilidad de colocar a los soviets ampliamente representativos en la base del gobierno provisional, en sustitución de la Duma, esta última, fruto también en todo caso de la lucha revolucionaria. Semejante consideración del soviet, como embrión del gobierno provisional revolucionario, aún encajaba perfectamente en el esquema leninista: la equivocidad del carácter espontáneo de la génesis del soviet y de los elementos democráticos de su forma actual, de base y de masas, puede disolverse de hecho por la nueva función asumida. Mejor aún: en el momento mismo en que el soviet asumiera funciones de gobierno provisional revolucionario, todo esto habría quedado resuelto. Anticipando una conclusión relativa a la visión leninista del soviet en 1917,

[13] V. I. Lenin, «Bisogna boicottare la "duma" di Stato? Piattaforma della maggioranza», *Opere complete*, vol. X, cit., pp. 85 ss.

[14] V. I. Lenin, «I nostri compiti e i soviet dei diputati operai. Lettera alla redazione», *Opere complete*, vol. X, cit., pp. 11-19. Véase también V. I. LENIN, «La rivoluzione del 1905», *Opere scelte*, cit., I, p. 23.

podemos afirmar que Lenin comienza aquí a definir el soviet como instrumento de la dictadura del proletariado. Hemos recordado esta postura leninista sobre el soviet de noviembre de 1905 porque viene a corroborar, dentro del paralelismo y el carácter fungible que puede establecerse entre el soviet y los instrumentos de representación democrática en general, el concepto de soviet como órgano de la lucha revolucionaria y nada más. Desde este punto de vista también la Duma, si quiere seguir existiendo, paradójicamente, debe sovietizarse; tampoco ella puede escapar a las leyes de la lucha revolucionaria, que la convierten en un simple órgano suyo: «La causa objetiva del fin de la Duma de los cadetes no ha sido su incapacidad para dar expresión a las demandas del pueblo, sino su incapacidad para cumplir el deber *revolucionario* de luchar por el *poder*. La Duma de los cadetes pretendía ser un órgano constitucional, pero *era* de hecho un órgano revolucionario (los cadetes nos recriminaban por considerar la Duma como una etapa o un instrumento de la revolución, pero la historia ha dado la razón a nuestra forma de ver las cosas). La Duma de los cadetes pretendía ser un órgano de lucha contra el *ministro*, pero en la práctica era un órgano de lucha para *derribar* el viejo poder en su totalidad»[15]. ¡Y ni siquiera la Duma era un instrumento de «poder obrero»! En realidad, cualquier organización, formada y mantenida por la lucha obrera, es apta para cumplir el deber revolucionario si es capaz de emanciparse del contenido democrático burgués de la revolución; los elementos fundamentales son la lucha de clases, la extensión de su especificidad revolucionaria, de su oposición; todo lo demás es secundario y se encuentra –nos guste o no– condicionado. El «poder obrero» es poder de lucha, un elemento específico, una etapa en la conquista del «poder del Estado»: no puede concebirse de forma diferente al resto del movimiento y mucho menos ser institucionalizado al margen de éste. Si posteriormente se eligen los soviets en lugar de otros instrumentos de lucha, esto será el resultado de un juicio pragmático sobre su eficacia.

Llegados a este punto, la ambigüedad de la relación «soviet como autogobierno» o «soviet como órgano de lucha» del proletariado que aparece dentro de la relación lucha democrática-lucha socialista resulta totalmente superada. Como conclusión del discurso sobre los soviets de la primera revolución rusa, Lenin puede, por un lado, defender la espontánea capacidad de los soviets para organizar la lucha y, por otro, alertar sobre los peligros de su fetichización y sobrevaloración: «La labor desempeñada por los soviets de diputados obreros en las grandes jornadas de octubre y diciembre ha generado semejante fascinación en torno a tales organismos que ahora son contemplados casi con fetichismo. Se tiende a imaginar que estos órganos son, en todo momento y bajo cualquier condición, "necesarios y suficientes" para el movimiento revolucionario de masas: de donde se deriva una actitud acrítica respecto a la elección del momento de su consti-

[15] V. I. Lenin, «Lo sciolglimento della "duma" e i compiti del proletariato», *Opere complete*, vol. XI, Roma, Editori Riuniti, 1962, pp. 104-105.

tución, respecto a las cuestiones que tienen que ver con las condiciones reales del éxito de su actividad. La experiencia de los sucesos de octubre-diciembre ha aportado las más instructivas enseñanzas respecto a esta visión. Los soviets de los diputados obreros son los *órganos de la lucha de masas inmediata*. Surgieron como órganos de la lucha a través de la *huelga*. La necesidad les ha llevado a convertirse con suma rapidez en órganos de la lucha *revolucionaria generalizada* contra el gobierno. *Inevitablemente*, se han transformado –por la fuerza del desarrollo de los acontecimientos y del paso de la huelga a la insurrección– en órganos de la *insurrección* [...]. Ninguna teoría específica, ningún llamamiento, ninguna táctica inventada, ni siquiera la doctrina de un partido, sino la fuerza de las cosas, ha llevado a estos órganos apartidistas de masas a la convicción de que la insurrección es necesaria, convirtiéndolos en los instrumentos de la insurrección. Si constituir semejantes instrumentos implica crear los órganos de la insurrección, incitar a su constitución implica hacer un llamamiento a la insurrección. Olvidar esto o suavizarlo ante las grandes masas del pueblo sería fruto de la peor de las políticas y de una miopía imperdonable. Porque esto es así –y no cabe duda de que lo es– llegamos claramente a la conclusión de que los soviets y organismos similares de masas, por sí solos, *no* son *suficientes* para organizar la insurrección. Son indispensables para agrupar a las masas, para unirlas en la lucha, para transmitir las consignas de dirección política del partido (o difundirlas con el consenso del partido), para generar interés, despertar, atraer a las masas. Pero resultan insuficientes para organizar *las fuerzas que deberán dirigir la lucha de manera directa*, para *organizar la insurrección* en el más estrecho significado de la palabra»[16].

Que el soviet sea elegido progresivamente por encima de otros órganos de la lucha revolucionaria dependerá simplemente –como ya se ha afirmado– de un planteamiento eminentemente pragmático. En general, el problema se considera cerrado. En los años posteriores a 1905, dentro del proceso de profundización general sobre la táctica y la teoría de los bolcheviques, el debate sobre los soviets reaparece en raras ocasiones: lo que viene a reafirmar la defendida suficiencia del criterio pragmático, que une la teoría a las contingencias tácticas de la insurrección, unas contingencias que –en plena fase contrarrevolucionaria– no pueden ser obviamente previstas. Aun así, todavía se tenían en cuenta, dada la experiencia más reciente, algunas premisas relativas a la eficacia del soviet. Ante todo, el hecho de que los soviets eran organizaciones de masas que no habían sido contaminadas aún por la tradición burguesa. Así, sin demasiados prejuicios, se podía establecer una analogía entre las funciones del soviet y las de la Duma, como base y órgano del gobierno provisional revolucionario: pero al margen de esta analogía de funciones más bien teórica, no se podía obviar en la génesis, en la naturaleza organizativa, en la propia realidad de los soviets, la existencia de una originali-

[16] *Ibid.*, pp. 111-112.

dad profunda e indiscutible y susceptible quizá de volver a ser utilizada cuando se reanude la lucha abierta[17]. Esto no se le escapa a Lenin: pero prefiere ocultar esta originalidad del sovietismo, porque le parece invalidada al tener un carácter «anarco-sindicalista»[18]. Por otro lado, en las raras e informales ocasiones en las que Lenin afronta el problema durante estos años, en virtud de estos hechos, se pregunta de manera explícita si y de qué forma los soviets podrían convertirse en centros del poder socialista revolucionario[19].

De todas formas, después de 1905, la cuestión no gira en torno a definir la relación entre el soviet y el partido. El problema en estos momentos se centra en mantener abierta la lucha, en impulsarla incesantemente, de forma permanente. La revolución permanente, pues, se mantiene como línea estratégica de los bolcheviques, al igual que ocurría en 1905, cuando Lenin, en repetidas ocasiones, identificó en ella el fin de la agitación bolchevique: «Después de la revolución democrática combatiremos por llegar hasta la revolución socialista. Defendemos la revolución permanente. No nos detendremos a medio camino»: con la esperanza, hoy como en aquel entonces, de que «la revolución en Rusia sea la señal del inicio de la revolución socialista en Europa»[20]. Pero sólo el partido es útil para este fin: y Lenin defiende insistentemente la necesidad de mantener la «autonomía» y la «independencia» del partido del proletariado.

Sin embargo, al margen de los problemas *prácticos* de la relación con los soviets durante la fase insurreccional, la defensa leninista de la concepción bolchevique del partido volvía a abrir el problema *teórico* de esta relación, y lo hacía de forma implícita si se quiere, pero continua, como elemento del debate, más genérico, sobre la relación entre la dirección política y los organismos de masas y sobre las alianzas del proletariado durante el proceso de la revolución democrática y, más allá de ésta, hacia el socialismo. Esta cuestión, de nuevo planteada, era inevitable, ya que se trata de un problema realmente central, el más importante y a la vez ambiguo que la realidad concreta impone una y otra vez a la ciencia obrera en ese nivel de desarrollo del capitalismo. El carácter específico del debate aparece determinado por la marea de textos que la Segunda Internacional genera sobre el 1905 ruso. La cuestión de los soviets es introducida en el debate internacional del movimiento obrero y se convierte, incluso más

---

[17] V. I. Lenin, «Piataforma tattica per il congresso di unificazione del POSDR. Mozione sui "soviet"», *Opere complete*, vol. X, cit., p. 152.

[18] V. I. Lenin, «Über die parteilosen Arbeiterorganisation im Zusammenhang mit den anarcho-syndakalistischen Störmungen im Proletariat», *Sämtliche Werke*, vol. X, Moscú, 1927-1941, pp. 522 ss. Encontramos también interesantes aproximaciones sobre este conjunto de cuestiones en A. G. Meyer, *Leninism*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1957.

[19] V. I. Lenin, «Alcune tesi. Nota alla rèdazione», *La guerra imperialistica*, Roma, Rinascita, 1950, p. 42.

[20] V. I. Lenin, *Sämtliche Werke*, vol. VIII, cit., pp. 248 y 572.

que en el interior de la socialdemocracia rusa, en elemento de análisis temático y de enfrentamiento político. No nos interesa en esta sede seguir la polémica que se abre en su vertiente más reformista. Nos basta con referenciar dos posturas, similares en cierta medida pero antitéticas en algunos aspectos: las de Rosa Luxemburg y Trostki; la confrontación con éstas servirá para clarificar el pensamiento de Lenin.

Para Luxemburg, los soviets son pruebas prácticas de la validez de las tesis defendidas con motivo de la polémica sobre la *Massenstreik* [huelga de masas] en Bélgica. Que «el proceso dialéctico vivo provoca el nacimiento de la organización como producto de la lucha»[21] resultaba más evidente en la experiencia sovietista que en cualquier otro ejemplo posible. El proletariado ruso, aunque políticamente inmaduro y formado recientemente, había sido capaz de imponer su propia existencia política en la lucha y de llegar a un altísimo nivel de «organización concreta». Todas las fuerzas de la lucha circulaban en el interior de ésta y eran impulsadas en un intercambio permanente: el nexo entre la lucha sindical y la lucha política se desarrolla dentro de ella plenamente. Respecto a los soviets, aparecen representados como elementos motores de esta procesualidad revolucionaria: el hecho de estar asentados sobre la vida de las masas conduce al conjunto de éstas al movimiento. Órganos de la insurrección por un lado, motores del desarrollo ininterrumpido de la lucha obrera del radicalismo democrático al socialismo por otro, los soviets son la verdadera encarnación del marxismo en las masas. También Trostki pone mucho énfasis a la hora de analizar la espontaneidad en la formación de los soviets, su radicalismo democrático en la vida de las masas: esto configura al soviet como la «organización tipo de la revolución», ya que «la propia organización del proletariado será su órgano de poder»[22]. Este concepto de la dictadura del proletariado, directamente ejercitada por los soviets sin la intermediación del partido, supone el corolario de la defensa de la espontaneidad y es consecuencia de la experiencia de Trotski en el soviet de San Petersburgo, órgano directivo, centralizador de la lucha revolucionaria y al mismo tiempo instrumento de autoadministración democrática y socialista de las masas[23].

Las concepciones de Rosa Luxemburg y de Trotski, como se ha dicho, comparten algunos elementos y discrepan en otros que resultan casi antitéticos. Entre estos últimos hay que destacar especialmente la relevancia que Luxemburg concede al componente *difusivo* que se encuentra en la naturaleza del soviet, mientras que Trotski centra su atención en la fase de centralización de las funciones revolucionarias en los soviets.

---

[21] R. Luxemburg, *Massenstreik, Partei und Gewerschaften*, cit., p. 42.

[22] L. TROTSKI, «Discorso davanti al tribunale, 19 settembre 1906», en P. BROUÉ, *Le parti bolchevique*, París, Ed. de Minuit, 1963, p. 74 [ed. cast.: *El partido bolchevique*, Madrid, Ayuso, 1973].

[23] L. TROTSKI, «Der Arbeiterdeputiertenrat und die Revolution», *Die Neue Zeit* XXV (1906-1907), vol. 2, pp. 76-86.

Trotski, en virtud del esquema del centralismo democrático, ve prefigurado en el lema «todo el poder a los soviets» tanto el sucesivo movimiento revolucionario –también en sus ritmos tácticos– como la estructura fundamental del Estado socialista. Otros aspectos, por el contrario, son comunes a ambos, como la defensa de la espontaneidad en la génesis y desarrollo de los soviets y, por lo tanto, su radical asentamiento democrático en la vida de las masas y, consecuentemente, la relevancia teórica de la continuidad entre la lucha democrática y la lucha socialista, que sería expresada tanto por la estructura como por las funciones de los soviets.

Lenin rechaza ambas posturas. Tiene presente las condiciones del movimiento en Rusia y toda la ambigüedad que presenta la lucha revolucionaria en un entorno definido por un capitalismo atrasado: no se entusiasma por las formas que la lucha pueda asumir, subordina la consideración de esto a las determinaciones concretas que para la ciencia obrera resultan de la situación específica. ¿Qué significa entonces, dentro de la situación rusa, la teoría de la organización-proceso? Simplemente el reflujo del movimiento sobre posiciones populares genéricas, un peligro y un obstáculo a la irresistible voluntad de crear una organización autónoma y revolucionaria de clase, que en ese momento sólo puede ser *minoritaria*: únicamente esta organización puede garantizar, como si se tratase de un objetivo institucional, con independencia de los ritmos determinados por la actual fase democrática del movimiento, la conquista y la destrucción del poder burgués, ya sea éste autocrático o democrático. Y, en la defensa del democratismo del soviet, ¿no existe el peligro de reducir a una simple predicción de futuro el duro trabajo de organización del partido, de neutralizar su imprescindible función de *vanguardia* en la ilusión de una unanimidad revolucionaria absolutamente utópica? Evidentemente, ni Rosa Luxemburg ni Trotski habrían aceptado ni aceptaban tales críticas: en los escritos de una y otro la defensa de la función dirigente de la socialdemocracia no parece ignorarse en ningún momento. Por otra parte, en lo más vivo de la polémica, disponían de un fácil contraataque, al acusar a Lenin de «ultracentralismo» en la concepción del partido, sosteniendo que este punto de vista le llevaba a infravalorar programáticamente cualquier elemento, aunque fuese potencial, de vida democrática y de base de las organizaciones revolucionarias. En lo que respecta a Rosa Luxemburg tales acusaciones asumirán después de 1917 un fuerte vigor polémico. Sin embargo, es indudable que el discurso leninista ponía en evidencia la sustancia de la descripción y de la consecuente teoría de los soviets de Rosa Luxemburg y de Trotski: y la polémica leninista, más pertinente que nunca, destacaba, tanto en el modelo difuso de la primera como en el modelo intensivo del segundo, una sobrevaloración teórica y un error fundamental de estrategia. La sobrevaloración consistía, en opinión de Lenin, en atribuir a la espontaneidad funciones que no le corresponden: es posible que en ocasiones la espontaneidad juegue, efectivamente, un papel fundamental (en muchas ocasiones el «romántico», el «anarquista» Lenin lo había reconocido y defendido), pero esto no es siempre

así, no de forma automática. Si existe una racionalidad de la historia espontánea de las luchas, será determinada o por el capital o por la clase en su componente más consciente, más político. Y aquí aparece el partido con toda su contundencia: un partido de clase que recupera de la espontaneidad de las luchas la nostalgia obrera de la organización alternativa, que estructura la autonomía de clase y planifica conscientemente sus expresiones; un partido de vanguardia, *siempre* de vanguardia, porque supera permanentemente los límites materiales que la estructura capitalista impone al movimiento de clase. Y aquí –tras la sobrevaloración, sin duda motivada, de la espontaneidad– se encuentra el genuino error de Rosa Luxemburg y de Trotski, quienes consideran el proceso revolucionario dentro de una continuidad que no encuentra soluciones de ningún tipo, que no encuentra, en particular, soluciones de unidad entre la reivindicación económica y la reivindicación política, entre la reivindicación democrática y la lucha socialista. Sí, Rosa Luxemburg y Trotski habían combatido y derrotado, de forma clásica, al reformismo del movimiento obrero, de la socialdemocracia internacional, y lo habían desmitificado en todos sus aspectos: pero ahora, tanto más dado que la situación y las oportunidades de lucha habían retrocedido, era también necesario derrotar el reformismo de los movimientos de la clase. El partido había nacido y actuaba con este objetivo. Por eso, el binomio *autonomía-organización* de clase no podía ser roto en ningún momento: por autonomía entendemos, negativamente, aislar a la clase del pueblo, aislar la lucha de la clase obrera en su permanente necesidad de superar los límites materiales existentes de las determinaciones tácticas concretas del movimiento; positivamente, imponer el problema de su organización. Sin autonomía no existe organización: y esto lo utilizaba Lenin contra cualquier teoría de la organización democrática; sin organización, la autonomía de clase sólo es episódica, corre el riesgo de ser asimilada –especialmente en un nivel atrasado de desarrollo del capital– por el reformismo del capital, dentro de los extensos límites de los que dispone: corre el riesgo, por lo tanto, de ser derrotada en cuanto lucha obrera. Y esto era utilizado por Lenin contra cualquier hipótesis de la organización proceso.

¿Y los soviets? Sólo el partido podrá decidir su uso. No se trata de infravalorar el instrumento característico que la espontaneidad ha dado a la revolución, sino de situarlo y defenderlo dentro de la táctica y estrategia del partido.

12. LOS SOVIETS Y LA INVERSIÓN LENINISTA DE LA PRAXIS

Valoremos el juicio teórico y táctico de Lenin sobre los soviets de 1917 teniendo en cuenta estas premisas. Ignorarlas implica a menudo caer en la tentación de criticar la existencia de contradicciones o, cuando menos, soluciones de continuidad en una teoría que, fiel a un método, desarrolla una singular coherencia y unidad: en el caso de

Lenin, se trata de la fidelidad al método del sectarismo de la praxis subversiva, en el que cada afirmación teórica conecta con su verificación proletaria, que se halla siempre dentro del proyecto de la revolución permanente.

Así pues, la primera cuestión que hay que señalar sobre la valoración leninista de la propagación inmediata de los soviets en 1917 es el enorme énfasis que se concede a la espontaneidad de este fenómeno. «Los soviets surgieron sin constitución alguna y durante más de un año (de la primavera de 1917 al verano de 1918) subsistieron sin ningún tipo de constitución»[24]. Debemos indicar de inmediato que esta defensa de la espontaneidad es todo menos genérica y populista: desde el principio Lenin define el desarrollo espontáneo de la organización proletaria como un elemento específico y característico de la situación de clase, y aprovecha su defensa para definir la naturaleza y dinámica de la revolución. «Para nosotros, los soviets no son importantes por sus formas: lo que nos interesa realmente es la clase de la que son expresión»[25]. Tampoco le interesa, como a Plejanov, aprehender el movimiento de «creación popular de la revolución»[26], sino identificar a los soviets como expresión y forma política de la insubordinación de clase, como respuesta a la experiencia genérica de la explotación. «La guerra imperialista debía, por pura necesidad objetiva, acelerar extraordinariamente y avivar de modo increíble la lucha de clases del proletariado contra la burguesía: debía convertirse en guerra civil entre las clases enemigas»; y el soviet aparece como el producto espontáneo de esta situación, «un embrión de gobierno obrero que representa los intereses del conjunto de las masas empobrecidas de la población, es decir, nueve de cada diez personas de la población; el soviet aspira a conseguir paz, pan y libertad»[27]. Desde el comienzo de la guerra Lenin había previsto esta agudización de la lucha de clases, de ahí su comportamiento en la Segunda Internacional. Durante la guerra, aduciendo estas previsiones, había criticado ferozmente los intentos de corresponsabilizar a la clase obrera, en la fábrica, de la producción bélica, rechazando consecuentemente el «constitucionalismo de fábrica» que prometían los oportunistas de la Duma[28]. Llega el momento de verificar el análisis: la previsión se verifica en el altísimo grado de insubordinación revolucionaria. La construcción de los soviets como centros de la insubordinación militante del proletariado frente a la explotación del capital, que en la guerra imperialista alcanzó su apoteosis, es sin duda espontánea, al mismo tiempo que repre-

[24] V. I. Lenin, «La rivoluzione proletaria e il rinnegato Kautsky», en V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. II, cit., p. 372.

[25] V. I. Lenin, *Sämtliche Werke*, cit., vol. XX, I, p. 322.

[26] V. I. LENIN, «Piano del cap. VII: l'esperienza delle rivoluzioni russe del 1905 e del 1917, di "*Stato e rivoluzione*"», *Stato e rivoluzione e lo studio preparatorio: Il marxismo sullo Stato*, Roma, Terzo Mondo, 1963, p. 142.

[27] V. I. Lenin, «Prima lettera da lontano», en V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. I, cit., pp. 717-720.

[28] V. I. Lenin, «Alcune tesi, Nota alla redazione», *La guerra imperialista*, cit., pp. 41-44.

senta el límite de su expresión. La valoración y la consecuente defensa de la espontaneidad ofrecen la base para explicar del altísimo grado de desarrollo de la conciencia revolucionaria de la clase obrera rusa y delimitar las condiciones materiales del programa político del paso de la primera a la segunda fase de la revolución[29].

No es de extrañar esta definición de la espontaneidad que rechaza su carácter contradictorio y la reconoce como elemento necesario aunque insuficiente en el diseño político de la revolución proletaria: este método, como hemos visto, es característicamente leninista. Lo único que cambia es la intensidad de la definición: la espontaneidad ha crecido aquí hasta tal punto que aparece como *embrión* del gobierno revolucionario, y es tan *consciente* de su función que permitirá el avance hacia la construcción del poder socialista. Desde 1902[30], Lenin había descrito el proceso de la espontaneidad obrera en términos de un crecimiento cada vez más elevado de la conciencia revolucionaria de las masas: ahora el proceso alcanza su ápice, la espontaneidad define toda una situación, condicionando materialmente procesos muy avanzados.

Del mismo modo, aquí desaparece respecto a las valoraciones anteriores, el supuesto carácter contradictorio del planteamiento y de las tareas que Lenin asigna a los soviets en 1917. La nueva configuración de la naturaleza y de las funciones de los soviets deriva aún de la definición del nivel alcanzado por la espontaneidad, como expresión del grado de antagonismo de clase logrado, y de la correspondiente programación del *salto* más allá de la primera fase de la revolución. En las *Tesis de abril*[31], al desarrollar los planteamientos recogidos en *Cartas desde lejos*, considera el soviet de diputados obreros como «la única forma posible de gobierno revolucionario»: «Nada de república parlamentaria (volver a ésta después de la instauración de los soviets de diputados obreros sería dar un paso hacia atrás), sino república de los soviets de diputados obreros, asalariados agrícolas y campesinos, por todo el país y de abajo a arriba». De «órgano de la insurrección» a «órgano de la insurrección y del poder del proletariado»: esta transformación de la función de los soviets deriva del desarrollo real, material, de los objetivos revolucionarios. «Las viejas *fórmulas*, como las creadas por el bolchevismo, deben ser complementadas y corregidas adecuadamente, ya que se han demostrado acertadas en general, pero su plasmación en la práctica ha dado resultados diferentes»[32]. La realidad es que el mecanismo de la revolución permanente ha encontrado un nuevo terreno, una perspectiva a seguir más avanzada. Lenin responde los viejos bolcheviques que se agarran a las fórmulas de 1906 con el análisis de la nueva situación, de 1917. El partido debe ser capaz de afrontar con pragmatismo el nuevo contexto: no existe contra-

[29] Este programa aparece definido ya en la *Prima lettera da lontano*, cit.

[30] V. I. Lenin, *Che fare?* en *Opere complete*, vol. V, cit., 1958, pp. 345 ss.

[31] V. I. Lenin, *Opere suelte*, vol. II, cit., pp. 7-11.

[32] V. I. Lenin, *Del dualismo de potere*, en V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. II, cit., p. 12.

dicción alguna en modificar las directrices tácticas del partido, es más, esto representa una demostración continua de la validez de la línea estratégica, y dentro de ésta la imprescindible adecuación de la forma de intervención. De esta forma, la correcta relación entre espontaneidad y conciencia, entre clase y movimiento organizado de la clase, que el partido está obligado a redefinir en cada nueva situación, encuentra su expresión –a partir de febrero de 1917– en la defensa de la función revolucionaria del soviet y, por encima de ésta, en su definición teórica, de fundamento de un nuevo tipo de Estado.

El análisis leninista interpretó con gran exactitud la nueva realidad de los soviets: al éxito de masas de su nacimiento y propagación, durante la primera semana de insurrección de febrero, a la demostración de su formidable capacidad de organización, que tuvo su máxima expresión en la constitución de un «comité ejecutivo» con funciones de dirección respecto al conjunto del movimiento, había que añadir una serie de condiciones políticas específicas que configuraban los soviets de un modo totalmente distinto a aquéllos de 1905, cuyo recuerdo aún influía con extraordinaria eficacia en la génesis del movimiento. Estas condiciones políticas nuevas eran esencialmente las siguientes: el carácter político, sin duda socialista, del conjunto del movimiento y la forma particular de su carácter de masas. A diferencia de lo sucedido en 1905, los soviets nacen con la victoria de la insurrección: y delante no tienen ya el viejo aparato autocrático al que derrotar, sino el nuevo gobierno de la burguesía; sus objetivos pasan a ser inmediatamente objetivos socialistas; los soviets se definen como «órganos de democracia radical», de clase y de masas, cuya principal función –independientemente del objetivo estratégico de las fuerzas que operan en su interior– es desarrollar un potencial político alternativo al poder de la burguesía. Y también aparece transformado su carácter de masas respecto a la situación de 1905: no sólo por la enorme dimensión cuantitativa del fenómeno, ni por la importante extensión del soviet en el interior del ejército –que arma a los soviets y unifica la organización política y militar del proletariado–, sino por la radicalización política de las masas. Este rasgo, que durante los meses siguientes se hará visible fundamentalmente en el enfrentamiento entre el soviet de San Petersburgo –condicionado, desde un punto de vista políticamente formal, por su función de «control» del gobierno burgués– y los soviets periféricos, absolutamente permeables y dirigidos cada vez más hacia movimientos revolucionarios futuros por el radicalismo de las masas, atraerá toda la atención de Lenin, quien se valdrá de él para impulsar el proceso hasta sus últimas consecuencias.

Como consecuencia de estas condiciones, los soviets configuran uno de los polos del llamado «dualismo de poder», rasgo a partir del cual se ha querido caracterizar a la primera etapa de la revolución rusa. Pero hay maneras y maneras de considerar el «dualismo de poder»: puede ser considerado como un sistema de reparto del poder en una fase revolucionaria *democrática* o como una primera consecuencia del avance de la

revolución permanente hacia objetivos socialistas. En el primer caso el soviet será definido como «órgano de control de la democracia revolucionaria» y en consecuencia valorado simplemente como garantía, en negativo, frente a involuciones contrarrevolucionarias, y como garante, en positivo, del desarrollo democrático de las instituciones y la política del ejecutivo. Ésta es la posición menchevique y socialrevolucionaria, que se basa en las tesis fundamentales de la naturaleza de la revolución en Rusia: a ésta no escapan, al menos respecto a la consideración sobre los soviets, ni siquiera los viejos bolcheviques, que antes del regreso de Lenin, aun con muchas ambigüedades, parecen aceptar este tipo de fórmulas[33]. Sólo después del inicio de la crisis de abril, del regreso de Lenin y del enfrentamiento en torno a las «tesis» se produce una primera aclaración de la situación. La relación personal que mantenían los jefes de los soviets con el ministerio revela, en la práctica, la dirección de clase a través de la cual la burguesía pretende decantar el «dualismo de poder»: y, por lo tanto, su carácter necesariamente contingente. Resulta evidente que el «dualismo de poder» no es una relación jurídica susceptible de ser institucionalizada, sino una simple relación de fuerza entre clases contrapuestas: «No es un hecho constitucional, sino un hecho revolucionario». Por eso, sólo puede concluir con la victoria de uno de los contendientes: «Realmente es imposible convertir la guerra civil en una característica del régimen del Estado». Llegados a este punto, las posiciones conciliadoras son imposibles y meramente oportunistas desde la perspectiva de clase. La ambigüedad del dualismo de poder, desde la perspectiva obrera, deber ser, por consiguiente, afrontada y superada: debe proponerse ante todo la acentuación y la prolongación del momento proletario de la antítesis hasta la fundación de la dictadura del proletariado en su forma sovietista[34].

La estrategia bolchevique, que prevé la disolución del «dualismo de poder» en una primera fase, se articula en torno a tres líneas: el fortalecimiento y extensión del poder de los soviets, su conquista por parte del partido y la transformación socialista del Estado a través de los soviets. Los bolcheviques se dedican a la primera tarea con toda la fuerza de su capacidad organizativa. En las ciudades, unen la actividad de los soviets a la lucha por las ocho horas, acentuando de esta forma, en las consignas, el carácter proletario de la organización sovietista. Pero sobre todo en el campo, donde difunden consignas extremas, contribuyen a la extensión del sovietismo y la radicalización del movimiento[35]. Los resultados de esta acción no se hacen esperar: en mayo, obreros y marineros

---

[33] En relación a la polémica entre Lenin y Kamenev en abril de 1917 pueden encontrarse datos interesantes en O. Anweiler, *Die Rätebewegung in Russland 1905-1931*, cit., pp. 193 ss.

[34] L. Trotski, *Storia della rivoluzione russa*, Milán, Sugar, 1964, pp. 232 ss. y V. I. Lenin, «Gli insegnamenti della rivoluzione», en V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. II, cit., pp. 62-73.

[35] Sobre las recomendaciones de Lenin para la lucha en el campo en este periodo, véase V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. II, cit., pp. 25-27, 39-41 y 44-45.

proclaman en Kronstadt la república proletaria. Pero paralelamente a estas señales de radicalización, durante el mismo periodo, el proceso tiende a entrar en una situación de reflujo: el «dualismo de poder» asume el rostro del poder burgués en la misma medida en que mencheviques y socialistas revolucionarios aceptan responsabilidades gubernamentales. En este momento, la consigna misma de «todo el poder a los soviets» comienza a parecer superada y la «vía pacífica», que desde el inicio de la consolidación de los soviets podía imaginarse practicable, se convierte en algo totalmente ilusorio. «En estas condiciones, la consigna del paso del poder a los soviets parecería una quijotada o burla. Mantener esta consigna equivaldría, objetivamente, a engañar al pueblo, a infundirle la ilusión de que bastaba, aun *en las condiciones actuales*, con que los soviets se limitasen a querer o a acordar hacerse cargo del poder para que éste fuese a parar a sus manos, la ilusión de que en el soviet seguían actuando unos partidos no manchados todavía por su complicidad con los verdugos, la ilusión de que lo ocurrido podía borrarse de un plumazo [...]. Y la esencia del problema está en que hoy es ya imposible adueñarse del poder por vía pacífica. Hoy, para llegar a él hay que derrotar, luchando resueltamente, a los verdaderos detentadores del poder [...]. La esencia del problema consiste en que estos nuevos detentadores del poder sólo pueden ser vencidos por las masas revolucionarias del pueblo, para cuyo movimiento es condición previa que se hallen dirigidas por el proletariado, y no sólo eso, sino que vuelvan la espalda a los partidos eserista y menchevique, que han traicionado la causa de la revolución [...]. En esta nueva revolución los soviets podrán y deberán intervenir, pero no serán los soviets *actuales*, órganos de una política de pactos con la burguesía, sino los órganos de una lucha revolucionaria contra ella.»[36] La crisis de junio comporta entonces la necesidad inmediata de la bolchevización de los soviets. Aquí emerge uno de los puntos más característicos del método leninista. Ni siquiera ahora la relación teórica entre el soviet y el partido se modifica. Es más, se reafirma de nuevo: en el momento en que los soviets se alejan del movimiento revolucionario y reducen su fuerza de choque en el desarrollo democrático, el partido tiene la obligación de intervenir y reconquistarles para la función de clase. Después de junio, en una fase de recuperación de la burguesía, los soviets vuelven a configurarse de nuevo como «órganos de la insurrección» y nada más: ésta es la función que deben realizar, el objetivo del momento. «1905» parece renovarse, como lo renueva la ciencia obrera siempre que lo exige la urgencia del enfrentamiento de clase. Llegados a este punto, el partido, la organización subjetiva, se convierte en un elemento primario: dado que ha perdido fuerza la relación entre la clase revolucionara y el soviet como su expresión organizada, el partido interviene con el objeto de restablecer una relación adecuada. La bolchevización de los soviets no constituye simplemente el intento de hacerse con la mayoría interna (mayoría que de todas

[36] V. I. Lenin, *Sulle parole d'ordine*, en V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. II, cit., pp. 58 y 61.

formas, entre julio y octubre, es conseguida): consiste sobre todo en la necesidad de impulsar –tanto en los soviets como en las masas– la lucha revolucionaria, y radicalizarla en virtud de objetivos de poder inmediato. La acción bolchevique, en el verano de 1917 consigue esto: ésta es de la premisa necesaria y suficiente de octubre[37].

La aportación teórica leninista a la definición del soviet en estos años no es menos relevante. Las posiciones defendidas en *El Estado y la revolución*[38], donde el soviet es considerado, por un lado, como un órgano de la dictadura del proletariado y, por otro, como un instrumento comunista de la extinción del Estado, son universalmente conocidas. No importa repetir de nuevo los argumentos fundamentales de la obra en cuestión: será realmente útil analizar la relación que la une a la praxis revolucionaria leninista, particularmente de 1917, que los estudios sobre la naturaleza del Estado burgués, la Comuna y la extinción comunista del Estado contrapuntean de manera continua. Por otra parte quizá sea lícito lanzar la hipótesis de que sin este análisis preliminar del problema, las *Cartas desde lejos* y, más aún, las *Tesis de abril* jamás se hubiesen escrito. Pero también conjeturar que si la guerra imperialista no hubiera impulsado de forma tan profunda, por un lado, la lucha de clases en los diferentes países y el proceso de racionalización y centralización del poder ejecutivo de la burguesía y, por otro, el estudio intensivo que Lenin inicia en 1916 de los textos de Marx y Engels (además de Pannekoek, Kautsky y Bujarin) sobre la cuestión del Estado no habría recuperado de una forma tan radical las enseñanzas de los clásicos sobre la naturaleza del Estado[39]. Porque de hecho, Lenin considera la extinción del Estado como un deber de la revolución proletaria y como una posibilidad material, una vez que la lucha de clases ha alcanzado un cierto grado de desarrollo.

Al margen de las suposiciones es indudable, sin embargo, que el análisis leninista de una cuestión tan compleja deriva del juicio político sobre los efectos actuales y futuros de la guerra imperialista. En esta fase, la concentración y racionalización de las competencias del poder ejecutivo, su funcionalidad inmediata, al margen de cualquier tipo de mistificación, respecto a fines capitalistas «puros» de predominio mercantil, incentivan y desarrollan al máximo el perfeccionamiento de la máquina estatal burguesa que, dado su propio fundamento clasista, constituye un mero instrumento de acumulación y

---

[37] Sobre la bolchevización de los soviets en este periodo, véase V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. II, cit., pp. 108-112, 121-122, 123 y 127-128.

[38] V.I. Lenin, *Stato e rivoluzione. La dottrina del marxismo sullo Stato e i compiti del proletariato nella rivoluzione*, en *Opere scelte*, cit., vol. II, cit., pp. 129-209.

[39] Véanse los apuntes de Lenin «Il marxismo sullo stato», en *Stato e rivoluzione e lo studio preparatorio: Il marxismo sullo Stato*, cit. Respecto a los textos de Kautsky estudiados por Lenin véanse las indicaciones recogidas en el mismo volumen. De A. PANNEKOEK, «Massenaktion und Revolution», *Die Neue Zeit* XXX, vol. 2 (1911-1912), pp. 541-550, 585-593 y 609-616. De N. BUJARIN, «Der imperialistiche Raubstaat», *Die Jugendinternationale* 6 (1 de diciembre de 1916).

explotación. La guerra imperialista es como el retrato y la muestra macroscópica, además del motor de una aceleración extraordinaria, del desarrollo capitalista en su forma política. Frente a este desarrollo material de la estructura del poder burgués, el programa leninista de transformación de la guerra imperialista en guerra civil se abre al análisis de los problemas del Estado y de la relación entre la lucha de la clase obrera victoriosa y el Estado. El análisis de la evolución del capital realizado en *El imperialismo, fase superior del capitalismo* debe encontrar ahora su equivalente en el ámbito de la ciencia de la clase. Por todo esto, la parte central de *El Estado y la revolución* es un comentario a las célebres páginas donde Marx analiza la relación existente entre el reformismo y la reestructuración interna del poder del capital y su máquina política, por un lado, y la revolución obrera, por otro, hasta concluir lo siguiente: «Todos los cambios políticos producidos no hicieron otra cosa que perfeccionar esta máquina en vez de destruirla»[40]. Por consiguiente, la reestructuración interna del poder que la guerra impone a la burguesía lleva hasta el límite las capacidades actuales de reforma interna. En Rusia, el último paso de la reforma del orden capitalista del poder es provocado por la revolución de febrero[41].

---

[40] K. Marx, «El 18 brumario de Luigi Bonaparte», en K. Marx y F. Engels, *Il 1848 in Germania e in Francia*, cit., pp. 346-347. Lenin los cita de la siguiente manera: «Pero la revolución llega hasta el fondo de las cosas. Todavía se encuentra atravesando el purgatorio. Trabaja con método su obra. Hasta el 2 de diciembre de 1851 [fecha del golpe de Estado de Luis Bonaparte] "no completó más que la primera mitad de su preparación; ahora está completando la otra mitad. Hasta la fecha, ha constituido a la perfección el poder parlamentario para poderlo transformar. Ahora, una vez obtenido este resultado, hasta empujar a la perfección el *poder ejecutivo*, lo reduce a su expresión más pura, lo aísla, se alza frente a él, considerándolo como el único obstáculo *para concentrar en su contra todas las fuerzas de destrucción*" (la cursiva es nuestra). "Y una vez que haya concluido la segunda parte de su trabajo preparatorio, Europa se levantará de su poltrona y gritará: '¡bien excavado, viejo topo!'" Este poder ejecutivo, con su enorme organización burocrática y militar, con su artificial y complejo mecanismo estatal, con un ejército de medio millón de asalariados junto a otro ejército de medio millón de soldados, este escandaloso cuerpo de parásitos que cubre y envuelve como una segunda piel el cuerpo de la sociedad francesa y obstruye todos sus poros, se formó en el periodo de la monarquía absoluta, tras caer el sistema feudal, contribuyendo a que esta caída fuese más rápida». La primera Revolución Francesa desarrolló la centralización «y en poco tiempo acrecentó la amplitud, los atributos del poder gubernamental, así como el número de sus auxiliares. Napoleón desarrolló a la perfección este mecanismo del Estado. La monarquía legítima y la de junio no aportaron nada más, excepto una mayor división del trabajo [...]. Finalmente, la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, se vio obligada a reforzar, junto con las medidas represivas, los instrumentos y la centralización del poder del Estado. *Todos los cambios producidos no hicieron otra cosa que perfeccionar esta máquina en vez de destruirla*» (la cursiva es nuestra). «Los partidos que, uno tras otro, lucharon por el poder consideraron la posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal de los vencedores.»

[41] V. I. Lenin, «Intervento al primo congresso dei "soviet"», en V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. II, cit., pp. 46-47.

ésta propone a la lucha obrera un adversario por fin reunificado. Al margen de este límite, sencillamente se abre el problema de la destrucción de la máquina estatal burguesa; por ello, más allá de este límite, la relación ambigua entre la revolución democrática y la revolución socialista, descubierta y definida con anterioridad desde un punto de vista teórico por Lenin, se disuelve. La dictadura del «proletariado organizado como clase dominante» no reproduce el desarrollo reformista de la modernización de las funciones estatales, sino que inicia «automáticamente» el proceso de su extinción.

El análisis de Lenin funciona siempre como premisa directa de la consigna revolucionaria. De este modo, los soviets encajan en este marco teórico como la «forma superior del Estado» que reedita la experiencia de la Comuna parisina. Los soviets no representan simplemente la destrucción de la máquina *burguesa* del Estado: representan además la primera condición y la primera fase del proceso de extinción del Estado. Esta valoración de los soviets y su programa, con referencias explícitas a la experiencia de la Comuna, ya aparece recogida en la *Tercera carta desde lejos*[42], de marzo de 1917. Las *Tesis de abril*, el artículo *Sobre el dualismo de poder*, así como las sucesivas resoluciones que se producen hasta octubre, impulsan continuamente este programa[43]. Del mismo modo, parece que esta teoría articula la praxis bolchevique en las jornadas de octubre, en las que el partido elimina todo tipo de consignas democráticas residuales con el objeto de conceder al Congreso de los soviets todo el poder.

Llegados a este punto nos preguntamos: ¿qué tipo de relación une al partido con el soviet? La relación correcta, definida y demostrada por Lenin en el transcurso de su dilatada batalla política, era de subordinación del soviet al partido, del movimiento de masas –incluso después de haber alcanzado un alto nivel de desarrollo– a la dirección consciente de su vanguardia. Ahora bien, este tipo de relación, independientemente de la apariencia que adopte, es impuesta y desarrollada en el periodo más duro de la lucha revolucionaria: entre los meses de febrero y octubre el partido, poco a poco, se hace con la dirección del movimiento. La propia conquista del poder y no –o únicamente de manera formal– de los soviets es obra del partido. Pero, entonces, ¿el gran interés de Lenin por los soviets y la propuesta de la temática de la Comuna sólo tiene una explicación *ideológica* y no científica? ¿Por qué dejar sobrevivir entonces, desde un punto de vista teórico, una utopía semejante, por qué no reconocer la inconveniencia de los soviets a la hora de determinar –en ese nivel de desarrollo– la base material de la propia dictadura del proletariado y del mismísimo proceso de la extinción comunista del Estado?

Efectivamente, hay que reconocer que el análisis teórico leninista había sobrevalorado excesivamente el nivel real de desarrollo del capital y el grado de formación polí-

---

[42] V. I. Lenin, *Sämtliche Werke*, vol. XX, I, cit., p. 43.

[43] V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. II, cit., pp. 9, 12-14, 23-25, 46-55, etcétera.

tica de la clase obrera rusa. No es casualidad, por lo tanto, que desde la crisis de junio de 1917, la enorme ilusión teórica que había llevado a Lenin a ver, en la última guerra imperialista, el último acto de la reforma interna del capital, a vislumbrar –al margen de este límite– el comienzo del proceso de reunificación de la clase obrera y de su vanguardia (con la consecuente disolución del ambiguo mecanismo del crecimiento dualista de la lucha obrera), esté obligada a apagarse frente a una realidad tan diversa, frente a un capital que posee todavía amplios márgenes de resistencia y recuperación; y que por ello está en condiciones de contraatacar, dentro de las fronteras rusas y a escala internacional, a la primera revolución obrera. Pero al margen de esto, la propia continua evolución del movimiento revolucionario en Rusia se encarga de revelar, de forma más contundente y en el marco de la hipótesis teórica leninista, los elementos políticamente inadecuados que la configuran. Si, de hecho, el soviet comienza a funcionar como «órgano de la dictadura proletaria», sigue siendo el partido el que, en la práctica, ejecuta el poder, a través de la forma y sólo a través de la forma del soviet. El soviet tiende a reducirse a mero instrumento democrático de «organización del consenso»: y como tal, es perfectamente intercambiable por otros instrumentos de democracia avanzada. Lejos de configurarse como una fase del proceso de extinción del Estado, el soviet se reduce a ser, en la mejor de las hipótesis, un «órgano de la administración del Estado». Queda claro que hay que reconstruirlo; y aún más, es necesario impulsar la acumulación hasta el punto de que sea posible, materialmente, la existencia de una clase obrera unificada, que pueda y sepa gestionar la producción social. En esta situación, Lenin sitúa a los soviets dentro del proceso de la producción social: éstos deben organizar la producción, impulsar la emulación, incentivar la productividad. Son, antes que nada, órganos de la gestión democrática de la producción[44]. Surge la duda de que tenga cierta validez la postura de algunos ideólogos burgueses que consideran el sovietismo simplemente como un modelo de parlamentarismo ampliado y extremadamente avanzado[45]. Por supuesto, es evidente la adhesión de los oportunistas de nuestros días a esta interpretación.

Todo esto fue deseado por Lenin en la medida en que era necesario. Lenin no mistifica la realidad que se encuentra ante sí: reconoce el carácter *democrático* de la forma soviética de gestión de la producción y del poder y sobre ello habla únicamente en los términos del «inicio de la forma socialista de democracia»[46]. Totalmente consciente de

---

[44] V. I. Lenin, «I compiti inmediati del potere sovietico», en V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. II, cit., pp. 295-323. Posteriormente véase V. I. LENIN, *La costruzione del socialismo*, Roma, Rinascita, 1956, pp. 48-49, 53 y 70-72.

[45] Por todos ellos, Hans KELSEN, «Intorno alla natura e al valore della democrazia», *Lineamenti di una teoria generale dello Stato*, Roma, ARE, 1932, pp. 71 ss.

[46] V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. II, cit., pp. 320 ss.

las descomunales tareas que esperan a la revolución, atribuye a los soviets unos objetivos mínimos: el poder de los soviets se identifica con «un aparato constituido para que las masas puedan empezar inmediatamente a aprender a administrar el Estado y a organizar la producción a escala nacional»[47]. Pero si ésta es la realidad, se trata de una realidad forzada, ya que ésta sigue estando impulsada por la vanguardia de clase. Aún hay que conquistar la identificación del partido con la clase, la transformación de la relación partido-soviet. Hasta que el partido no lo consiga, necesitará del Estado: Estado y partido son por igual hijos de la división capitalista del trabajo; sólo un alto nivel de unificación obrera, de recomposición de clase, podrá permitir, por consiguiente, superación de esto, y restituir la función originaria del soviet, y poner en marcha el proceso de destrucción comunista del Estado. Es necesario llegar a este nivel: el proletariado revolucionario no lo ha heredado del capitalismo en la medida en que no lo ha impuesto al capital su lucha más reciente. Paradójicamente, la situación viene a confirmar la proposición marxiana de que «todos los cambios políticos producidos no hicieron otra cosa que perfeccionar esta máquina en vez de destruida»: el sovietismo, en este nivel de desarrollo, la perfecciona aún más. «Pero la revolución llega hasta el fondo de las cosas. Todavía se encuentra atravesando el purgatorio. Ejecuta con método su obra.» Para que el proceso revolucionario no se detenga debe ser mantenido en un alto clima moral y político: a partir de 1918, toda la obra de Lenin se concibe para conseguir este fin[48].

Desde este punto de vista, la propaganda leninista de la experiencia sovietista en el mundo es enormemente significativa. Lenin comprende perfectamente que el éxito de la revolución en Rusia está condicionado por la extensión internacional del movimiento. Pero no se trata simplemente de las condiciones materiales de resistencia del experimento sovietista en Rusia, no se trata simplemente de la cuestión de la defensa de la Revolución de Octubre. Se trata también del problema del avance de la revolución rusa hacia unos objetivos más avanzados. Dentro de esta perspectiva, la actividad de Lenin en la Tercera Internacional no se centra tanto en defender la generalización de la figura específica del soviet en tanto que forma práctica de la dictadura proletaria como en unificar las diferentes, en ocasiones autónomas, experiencias consejistas, en un único diseño político, en una única tensión revolucionaria que supere ampliamente el condicionamiento actual del movimiento[49]. Sólo de este modo se podrá combatir el reflujo democrático que amenaza, tanto en Rusia como en otros lugares, a las instituciones revolucionarias de la clase obrera. Punta de diamante de la contrarrevolución, la socialdemocracia europea trata, por ejemplo, de bloquear el movimiento con la introducción

---

[47] V. I. LENIN, «Rapporto sulla revisione del programma e sulla modificazione del nome del partito», *La comuna di Parigi*, Roma, Rinascita, 1950, p. 73.

[48] Véase especialmente V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. II, cit., pp. 320 ss.

[49] V. I. LENIN, *L'Internazionale comunista*, Roma, Rinascita, 1950, pp. 42-43, 51 ss. y 61-63.

de su reformismo democrático. De este modo, vacía a la forma consejista de su contenido revolucionario para tratar de institucionalizarla, convirtiéndola en base del poder burgués, un poder que se renueva de forma ilustrada. Y por ello Lenin lanza su crítica contra cualquier tipo de teorización del «dualismo de poder», constitucionalmente convertido en una momia (y por lo tanto derrotado), al margen de la lucha revolucionaria de clase: contra las propuestas de la internacional «amarilla» de «legalizar los soviets, de concederles derechos estatales» y de introducir sistemas de democracia directa; contra las propuestas de Hilferding y Kautsky de conceder importancia y una función constitucional a los *Räte* [«consejos»] como organizaciones para el control de la producción; contra cualquier propuesta en definitiva que considere a los soviets como órganos de representación democrática y no de dictadura de clase, integrados en el proceso internacional de la revolución. Contra todo esto los comunistas siempre deben responder no; el movimiento debe avanzar, debe superarse[50].

Todo lo anteriormente dicho sirve para definir negativamente la cuestión propuesta acerca del carácter *ideológico* de la teoría leninista del soviet. Si en Rusia el soviet no cumple sus tareas, esto sucede porque se halla asentado y condicionado por una realidad demasiado atrasada. Pero el proyecto teórico leninista tiene un valor que va más allá de su específica aplicación en Rusia: allí había funcionado, por así decir, únicamente como utopía, como motor ideal de una gran transformación. Hasta el momento, Lenin no se ha servido jamás de la teoría para mistificar la realidad, y es este esfuerzo leninista por no ideologizar el soviet lo que restituye científicamente como hipótesis resolutiva de la ambigüedad de la lucha obrera, como proyección de una relación definitivamente estrecha, inquebrantable, entre la clase y su movimiento. A nosotros nos corresponde devolver a la teoría del soviet su utilidad política: y esto se producirá en la medida en que sepamos introducir en la fase más avanzada del desarrollo del capital la respuesta más poderosa de clase. Desde este punto de vista el discurso leninista sobre el soviet es todavía hoy una de las grandes hipótesis de la ciencia obrera.

13. LA TRANSFORMACIÓN REFORMISTA DE LA PRAXIS: ¿SOVIETS EN NUESTROS DÍAS?

Por más que se diga que la concepción leninista del soviet no es ideológica, que el nexo que existe entre el partido y los organismos de masa es abierto, que la relación entre la capacidad de influencia del partido y la fuerza de innovación de las masas puede invertirse, la realidad es que los soviets se institucionalizaron al término de la Revolución de Octubre y su evolución quedo subordinada a las necesidades del desarrollo del capitalismo ruso (tanto en su forma popular como estatal). En vez de con-

[50] V. I. Lenin, *L'Internazionale comunista*, cit., pp. 53-60 y 72 ss.

vertirse en fuerza innovadora de las masas en su lucha por la transformación permanente hacia al comunismo, los soviets se constituyeron como la sede de la movilización de masas por la producción, por el socialismo. Se dirá que es necesario, que era necesario atravesar las etapas de una «revolución desde arriba» con el objeto de solucionar el problema del subdesarrollo y construir una «base» adecuada, pero lo cierto es que una vez superadas estas etapas, el soviet emerge desvalorizado, incapaz de redefinirse como órgano y expresión del poder de la clase.

La discusión entre comunistas sobre *cómo* y *por qué* sucedió esto debe partir, evidentemente, del *hecho* de que tuvo lugar. Para el materialismo histórico, la irreversibilidad de la praxis constituida es un principio tan esencial como el de la reversibilidad de la praxis constitutiva, un principio sobre el que hemos insistido a menudo[51]. Por eso, no serán las lacrimógenas lamentaciones sobre el «culto a la personalidad» ni las cuasi metafísicas disertaciones sobre la «desviación estalinista» (en el sentido de una reproducción de relaciones sociales *subjetivistas*)[52] las que podrán darnos la solución a nuestro problema. El camino para resolverlo podemos encontrarlo, en realidad, en la polémica desatada por el maoísmo en su crítica a la rigidez del proceso de construcción del socialismo y de la transición al comunismo, en la identificación de un error mucho más profundo: el haber escindido la construcción de la base material de la permanente transformación revolucionaria de las fuerzas productivas. La dictadura del proletariado, en esa situación, institucionalizó las relaciones recuperadas en la fase revolucionaria, encerrándolas herméticamente en una perspectiva en la que la base material pasó a ser el elemento determinante, la única variable del proceso: una enorme fuerza de transformación fue bloqueada, la dictadura del proletariado no se configuró como sujeto de la revolución permanente. El economicismo más siniestro, gestionado no por casualidad por los ex mencheviques, convertidos ahora en tecnócratas de la planificación, hacía su entrada triunfal en el Estado de los soviets. El carácter *dominante* de la lucha de clases –hasta que cada periodo de transición no sea superado– aparece despreciado o mistificado[53].

Ahora bien, en virtud del bloqueo de la experiencia revolucionaria de los soviets en Rusia y de su proceso de asimilación dentro de las estructuras de una planificación rígida, a partir de esta certeza, la práctica reformista del capital se toma su revancha con

---

[51] Mis referencias ideológicas apuntan en este caso a la obra de Krahl, *Costituzione e lotta di classe*, citada profusamente con anterioridad.

[52] Véase en Louis ALTHUSSER, *Respuesta a John Lewis*, México DF, Siglo XXI, 1978 algunas referencias a estas cuestiones desde una perspectiva más bien oblicua (De Donato, Bari).

[53] Al respecto, puede verse el trabajo de Charles BETTELHEIM, *Les luttes de classes en URSS. 1917-1923*, París, Mapero-Seuil, 1974 [ed. cast.: *La lucha de clases en la URSS. 1917-1923*, 2 vols., Madrid, Siglo XXI, 1976 y 1977].

el soviet. Entiéndase bien, no es que a través del conocimiento de la *simple institucionalización* del soviet la práctica capitalista busque su control (el ataque a la institucionalización como tal es prerrogativa de los planteamientos anarquistas y tiene poco que ver con el análisis de la complejidad dialéctica de la afirmación del poder revolucionario); se trata, por el contrario, de que el capital obtiene valiosas enseñanzas de la *forma de la institucionalización*. El soviet es institucionalizado como elemento de la organización de la producción, como sostén de la ideología del trabajo, como instrumento de la planificación. Desde este punto de vista, el soviet ofrece, por primera vez en la historia del capital, un ejemplo de cómo –desde una perspectiva de masas, de la gran producción industrial (y consecuentemente al margen por completo de cualquier tipo de experiencia cooperativa, artesanal o campesina)– la variable obrera puede ser encerrada en su viscosa figura de mercancía y, como mercancía, socializada y dominada. De este modo, el capital recupera progresivamente la forma dinámica y participativa de la institucionalización de la variable obrera dentro de la necesidad de la organización del trabajo y de los objetivos capitalistas de la producción. Las primeras señales e indicaciones las encontramos, de forma todavía fragmentada, en las teorías sobre la empresa, al menos en la forma socializante y fuertemente ideológica, que desarrolló sobre todo –en primer lugar, pero no por última vez– el constitucionalismo de Weimar[54]. Podemos identificar una segunda etapa, mucho menos ideológica, que coincide con el triunfo de las políticas de planificación inspiradas en el keynesianismo tras la crisis de 1929. Aquí la participación se configura en términos de grandes proporciones en el reparto de la renta. El Estado planificado capitalista se inclina de este modo ante la necesidad de volver a confrontarse con las dimensiones asumidas por las relaciones de fuerza entre las clases, pero siempre con el objeto de inmovilizarlas, paralizarlas dentro de su estructura y de sus finalidades. No es casual que los instrumentos monetarios y fiscales sean el contrapunto exacto –tanto para Keynes como para el resto de economistas y políticos planificadores– de la maniobra sobre las fuerzas obreras y, por consiguiente, constituyan los niveles específicos de mediación y participación[55]. Hoy día, en la historia de la transformación reformista de la praxis, asistimos a una tercera etapa de reajuste y redimensionamiento de la participación obrera. La cuestión es que –de todas las maneras– la lucha obrera ha destruido la posibilidad de una inclusión de la instancia de poder y

[54] Véanse algunas aproximaciones al tema en el trabajo de Cavazzutti sobre *La teoria dell'impresa*, Bolonia, Il Mulino.

[55] He dejado explicado el pensamiento de esta corriente de política económica en mis ensayos «John Maynard Keynes y la teoría capitalista del Estado en 1929» y «Marx sobre el ciclo y la crisis» en S. BOLOGNA, L. FERRARI BRAVO, F. GAMBINO, M. GOBBINI, A. NEGRI y G. P. RAWICK, *Operai e Stato. Lotte operaie e riforma dello stato capitalistico tra rivoluzione d'Ottobre e New Deal*, Milán, Feltrinelli, 1972, y ahora incluidos en *La forma-Estado*, cit.

comunismo en las redes de la planificación capitalista. Únicamente una relación que se desarrolle en el interior de la vida de las masas, sólo una interpretación profunda de la relación-capital –que la defina, a través de la propia dialéctica de la perspectiva capitalista, precisamente como *relación*–, sólo esta intencionalidad puede llegar a vencer. Las intuiciones económicas de Sraffa, por ejemplo, proclives a eliminar toda base sustancial y toda necesidad del concepto de capital y, por lo tanto, a permitir una contratación de su función y figura, constituyen la condición para una interiorización profunda de la clase obrera por parte del desarrollo capitalista (incluso a beneficio cero)[56]. Desde esta perspectiva, el consejismo ha logrado una nueva e inesperada actualidad: la necesidad capitalista de una interiorización efectiva de la relación de control, la manía ideológica burguesa del pluralismo y la participación, las digresiones reformistas de la socialdemocracia y el cinismo residual tercerinternacionalista se relamen de gusto con la posibilidad de fundar un equilibrado Estado del trabajo. No olvidando los unos, olvidando los otros que trabajo significa de cualquier manera explotación. Pero ¿qué hacemos cuando las teorías de la empresa se tiñen de amarillo, cuando los instrumentos keynesianos de control monetario y fiscal fracasan? El único camino a seguir es el Estado del trabajo y/o corporativo de nuestros días.

Volvamos a nuestros soviets. Por un lado, fueron clausurados debido al agotamiento del potencial revolucionario en los países socialistas. Por otro, la forma de su inclusión en las relaciones capitalistas (socialistas) de producción acabó por representar una forma superior de organización del trabajo y del dominio capitalista sobre el trabajo. ¿Qué sentido tiene, pues, preocuparse por el problema de la existencia de los soviets en nuestros días? ¿Qué sentido tiene afirmar, tal y como nosotros hacíamos al final de la última lección, que el soviet –y el discurso *leninista* sobre el soviet– representa una hipótesis de la ciencia obrera todavía viva? ¿Qué sentido tiene, finalmente y sobre todo, volver a proponer continuamente los temas consejistas, por parte de los obreros, en el contexto de las luchas?

Vayamos por partes. Hemos afirmado que el soviet, en la experiencia revolucionaria rusa, representa, por un lado, una forma espontánea de organización obrera del control de la producción, es decir, una forma *constitucional*. Por otro, se trataba de un órgano de lucha contra la autocracia y el capital, es decir, de un órgano de la *insurrección*. Estos dos aspectos se hallan íntimamente unidos en la especificidad de la composición política de la clase obrera y el proletariado rusos en la época revolucionaria. El esfuerzo de Lenin se adecua, progresivamente, a esta realidad. En una primera fase, se acentúa la diferencia entre la dimensión participativa (y mencheviquemente reformista) del soviet y su dimensión insurreccional: pero, entiéndase bien, a costa de una recesión del objetivo revolucionario y de una acentuación de las características radicalmente democrá-

[56] Sobre Piero Sraffa, véase *Produzione di merci a mezzo di merci*, Turín, Einaudi, 1960.

ticas y socialistas del proceso. Sin embargo, cuando la perspectiva del comunismo –unida a la catástrofe del imperialismo– parece cercana, encontramos en Lenin una consideración más comprensiva y unitaria de la realidad revolucionaria del soviet: es el momento de la delegación que se ha concedido a las masas, desde el punto de vista de la propia vanguardia, para llevar a cabo el gran salto adelante de la insurrección. Bien, de este planteamiento se deriva que la concepción del soviet es obsoleta: sin lugar a dudas lo es en la primera figura, dado el carácter formal de la función sovietista insurreccional y dado que sus eventuales contenidos sólo pueden ser democrático-socialistas. Pero esto también en la segunda figura, porque el mecanismo de la integración constitucional, en términos socialistas primero y progresivamente en términos del reformismo capitalista después, ha influido sobre ella de la forma más determinante.

En cuanto al segundo aspecto hay que recordar que la dictadura democrático burguesa, traducida hoy día en las formas del plan y gobierno de la empresa multinacional, no sólo engloba la participación socialista de las masas, sino que trata de eliminar cualquier punto débil, cualquier determinación y coágulo posible de una fuerza de masa insurreccional. El Estado autocrático –y a partir de éste, cualquier forma de Estado que lo suceda, incluido el Estado keynesiano– se presentaba con ciertos elementos de control basados en la *generalidad* de las relaciones de fuerza existentes entre las clases: estos elementos de control podían convertirse, y se convertían ante la ofensiva obrera, en elementos y puntos de ruptura. El Estado poskeynesiano, sindical, corporativo, de empresa, tiende, sin embargo, a definir determinadas funciones de control que se basan, tras ser interiorizadas, en la *individualidad* de los grupos y las relaciones de fuerza. El soviet ataca al Estado a través de alineamientos horizontales, transforma su fuerza de masas en fuerza insurreccional, impulsando la masificación de la acción de clase contra la generalidad de las dimensiones de las relaciones capitalistas. Actúa *a través de alineamientos horizontales* de masas contra el Estado. Pero, actualmente, ¿qué significa esto? ¿No se ha visto obligado el Estado para responder a la última ola de luchas obreras, que se han comunicado a través de alineamientos horizontales de masas contra los puntos débiles de la planificación capitalista, a transformarse de manera sustancial? Por lo tanto, la clase obrera no puede esperar la llegada del momento determinante del proceso insurreccional a partir de la generalización y circulación de las luchas, tan característica de la experiencia soviética y de su repetición, sino que deberá construir la acción insurreccional a partir del reconocimiento de los nuevos mecanismos de poder. A *través de alineamientos verticales*, teniendo la capacidad de crear en su acción ofensiva los elementos de unión y concentración, de acumulación y multiplicación de la acción de la clase, con la seguridad de que la dictadura democrático-burguesa no deja talones de Aquiles ni cabos sueltos, y que asegura la perpetuación de su poder con el fortalecimiento del vértice del Estado y la anticipación represiva. La integración socialista y reformista del soviet tendrá un carácter constitucional en la medida en que –y con la

profundidad e intensidad con las cuales– nosotros reconocemos el carácter estructural de las transformaciones producidas. El espectro de la acción soviética ha aparecido con posterioridad en numerosas ocasiones. El Estado contemporáneo se ha organizado como consecuencia de ello. Como siempre, la acción del capital se produce después de las luchas: reconocerlo no tiene ningún mérito, se trata de la clara evidencia de la fuerza adecuada que el capital acciona en la evolución de esta dramática percepción de la modificación estructural del Estado.

El discurso sobre el soviet y la fascinación que genera este tipo de organización de lucha es, desde muchos puntos de vista, obsoleto. El entusiasmo estudiantil por el consejismo es, cuanto menos, ridículo y banal. Pero ¿reconocer este hecho es suficiente para abandonar la pregunta sobre el sentido del soviet en nuestros días? Nosotros no lo creemos.

En primer lugar por una consideración de carácter general. Independientemente de sus ambigüedades, el soviet, al igual que la Comuna, representa una «forma descubierta» de acción de la clase obrera. Y esto significa que en esos casos la inversión marxista de la praxis ha llegado al máximo de la tensión posible, haciendo explícitas las características fundamentales del comunismo. Instituciones de la clase, para la clase, dentro de la clase. Esto significa: institucionalización contra el capital de lo que el capitalismo sólo quiere institucionalizar para su dominio, consolidación de la lucha en función del poder, irreversibilidad de la lucha desde el punto de vista de la propia lucha, del proceso de destrucción de lo existente. Todos los problemas que la acción revolucionaria contra el trabajo asalariado ha planteado siempre están presentes en estas formidables experiencias del proletariado. Se trata de la solución, momentánea si queréis (se asegura que Lenin bebió *champagne* después de contar los días que habían pasado desde la toma del poder, al ver que habían superado los 72 días que duró la Comuna), pero completa, de la relación entre clase y poder. A partir de esta perspectiva, por consiguiente, vemos la necesidad de estudiar y de volver a estudiar los soviets.

Hay que hacer, sin embargo, otra consideración de carácter más específico. Una consideración que hace referencia al discurso sobre la composición política de la clase obrera en nuestros días. Como hemos recordado en numerosas ocasiones, el concepto de composición de clase se encuentra atravesado por una serie de elementos relacionados tanto con la forma del proceso productivo como con la experiencia política de la clase. Conviene detenerse en este segundo aspecto, para tratar de demostrar la hipótesis de que cuanto *más* crece la *masificación* de la clase y *más* se determina su «individualidad social», más importantes son los elementos políticos de la composición de clase, lo cual deriva de la continuidad del proceso de desarrollo subjetivo de la clase, del asentamiento de una relación de clase cada vez más favorable, pero también –en estas condiciones– de la reforma capitalista del orden global de la sociedad, dado que ésta se produce como consecuencia de las luchas y de la constricción a reabsorber de

forma ciertamente compromisoria, pero no por ello de forma menos real, parte de la fuerza de choque de las mismas. De la misma forma que el mecanismo de circulación del capital a menudo se transforma en mecanismo de circulación de las luchas, el propio mecanismo de estabilización reformista siempre está obligado a transformarse (siempre de forma contradictoria, a menudo antagonista, pero real) en mecanismo de crecimiento político de la composición de clase. Así pues, desde este punto de vista, hay que decir que una serie de características de la lucha sovietista aparecen encarnadas, como elementos irreversibles, en los comportamientos actuales de la clase obrera y, por lo tanto, en su composición. Una asamblea autónoma de la Fiat, de la Alfa, de la Renault o de la Ford reproduce espontáneamente la voluntad revolucionaria del soviet de San Petersburgo. Es más, la extiende, la individualiza, la reproduce enriquecida, la reafirma en el rechazo a la delegación, en la militancia, en el proyecto integral que la organiza. De la grande a la pequeña fábrica, allá donde el proletariado lucha, visible o invisiblemente, el proyecto sovietista experimenta su ingenua potencia multiplicada. No existe esperanza proletaria que no comprenda conscientemente un comportamiento sovietista.

¿Cómo se puede defender entonces que el modelo de la revolución sovietista impulse, en su obsolescencia, la totalidad de los discursos sovietistas e imponga una respuesta necesariamente negativa a la cuestión de si tienen sentido los soviets en nuestros días? ¿No habrá un sovietismo de las masas sobre el que replantear la pregunta? Cuando la transformación reformista de la praxis haya intervenido con tanta fuerza como para destruir la actualidad de las funciones desarrolladas por los soviets –según su modelo clásico–, ¿no existirá, no obstante, la necesidad de recuperar y redefinir estas mismas funciones en la composición actual de la clase obrera?

En las dos próximas clases volveremos sobre estos temas, considerando el soviet como «órgano de lucha» y como «órgano de poder» en relación con la composición de clase actual.

14. LA VERIFICACIÓN DE UNA PREGUNTA RETÓRICA: ¿EL SOVIET COMO ÓRGANO DE PODER?

Lenin consideraba el soviet antes que nada como órgano de poder. A través de una larga polémica, que parte directamente del análisis de las revoluciones rusas y se nutre una y otra vez de las referencias a la teoría de la Comuna de París[57], Lenin reestructura progresivamente la figura del soviet, el contenido específico de su poder, la forma de gestionar el poder que le es propia, relacionando estos diferentes aspectos con la temá-

[57] Véase para este propósito el esquema del capítulo 7 de *Stato e rivoluzione*.

tica global de la organización y la estrategia. De ahí emerge un concepto adecuado a la definición de la composición política de la clase, y un concepto muy abierto y cualificado, dotado de un gran dinamismo respecto a la generalidad del problema político. La dialéctica específica del soviet y el partido se forma y se resuelve dentro de este dinamismo: se ha dicho «Lenin, de la espontaneidad a la espontaneidad», de la apreciación del origen espontáneo de las luchas a la inversión de la relación partido-actividad de las masas: el concepto de soviet media en este proceso leninista y lo convierte en algo coherente con todas las directrices generales que se derivan de su propio pensamiento. En este marco, la toma del poder es entendida como conquista del poder del Estado, resultado de la expansión horizontal de puntos de contestación, de reivindicaciones que, al acumularse, definen una necesidad de poder contra el poder central, un poder este último que desciende del vértice de la autocracia y se llama represión y violencia. Tomar el poder significa, de esta manera, destruir su imagen centralizada y fetichista y lograr, a través de la dictadura proletaria, extender la práctica del poder entre las masas organizadas.

Pero ¿y hoy día? ¿Cuál es la nueva realidad del poder frente a la lucha de clases obrera?

Permitidme una imagen para tratar de definir las diferencias que surgen cuando analiza el concepto de soviet y se confronta con las exigencias de la lucha de clases de nuestros días. Lenin (al igual que todos los que participan en la discusión marxista sobre el Estado entre la Segunda y la Tercera Internacional) concibe el poder como «poder del Estado». Se concibe como *un vértice* contra la sociedad civil. Desde este vértice descienden las líneas de poder mando sobre la sociedad civil, contra la clase obrera. Actualmente, sin embargo, la imagen del poder se perfila diferente, de modo no tan simple. Actualmente, y desde el Estado planificado, el poder, más que un *vértice* es *un todo*, una extensión de mando igual y masiva, no sólo desde arriba sino a través de la sociedad civil. Las dos hipótesis marxianas, la maduración del capital como forma exclusiva de organización de la sociedad, por un lado, y la convergencia tendencial del capital y el Estado (como organización y poder de mando unidos orgánicamente), por otro, parecen alcanzar su maduración. Pero –aquí es importante hacer uso de todo el potencial dialéctico de las enseñanzas marxianas– este todo de poder es *al mismo tiempo* un todo de poder capitalista y un todo potencial de poder obrero: porque la unificación capitalista de la sociedad y su organización totalizante reproducen en el conjunto del tejido social toda la potencia del antagonismo de clase, esencial a la definición del capital.

Si pasamos de la imagen abstracta a la verificación histórica de los conceptos citados, encontramos una demostración positiva. De hecho, la acentuación del dominio capita-

lista sobre la sociedad, la sobreposición tendencial de la esfera de la organización capitalista y de la esfera estatal aparecen históricamente marcadas por el movimiento obrero, como fuerza que extiende y determina una cualidad cada vez mayor de poder obrero en la sociedad. El poder se ha convertido en un todo, pero se trata de un todo de control sobre una realidad impuesta, en gran medida, por la lucha de clases obrera, un todo de reformas, de cantidad de renta arrebatada a los patrones. Y el proceso se encuentra tan avanzado, su potencia tiene un carácter tan irreversible, que muchas de las determinaciones del poder no pueden hoy día dejar de ser definidas de manera original. ¡Pensad sólo en el hecho de que incluso los instrumentos más drásticos y radicales del capital para golpear el poder obrero y combatir sus espacios de influencia se han vuelto hoy inutilizables! ¡La crisis, en su versión más catastrófica, por ejemplo! Ni siquiera el repliegue del capital sobre un uso radical de la reestructuración parece haber tenido un éxito mucho mayor. Y, aunque lo tuviera, la permanencia de la lucha obrera en el transcurso de la propia reestructuración amenazaría con producir una situación final en la que el poder de la clase obrera aparecería en todo caso fortalecido. Pero esto no es suficiente: la propia calidad del poder es la que, desde la perspectiva obrera, tiende a presentarse transformada. Este todo de poder puede convertirse en un todo de posibilidades que forzosamente tenemos que explotar reapropiándonos directamente de todo lo que pueda ofrecer un nivel determinado de la composición técnica y política de la clase obrera. Es cierto, este proceso aparece de forma antagonista, pero ello refuerza, puede reforzar, la presencia obrera en la sociedad del capital, precisamente contra esta sucia sociedad, en la medida en que las fuerzas enfrentadas organizan su panoplia de luchas a partir del antagonismo de intereses y tendencias.

Todo esto no existía en la concepción del soviet de Lenin ni podía ser previsto. La teoría del dualismo de poder es, como hemos visto, una teoría de breve duración: de forma inevitable debe ser resuelta porque su objetivo es directamente *ese* poder del Estado, el vértice del poder de mando. Mientras que hoy día el dualismo de poder ha sido impuesto por las mismas estructuras constitucionales –materiales y a menudo, de forma oscura, también formales[58]–, vive en los procesos legales del trabajo y en otras cien situaciones distintas: el dualismo de poder se define como situación histórica en general. Actualmente existe un sovietismo de las masas que si logra alcanzar sus pretensiones más ambiciosas a través del desarrollo de acciones de apropiación directa, se colocará como antagonismo permanente dentro del movimiento cotidiano. Este contexto nos separa inevitablemente de Lenin y de su hipótesis sovietista. En esta situación, dos composiciones políticas diferentes de la clase obrera y el proletariado se encuentran alejadas y cualitativamente diferenciadas, en términos radicales.

---

[58] Respecto al concepto de «Constitución», véase su definición en *Stato e politica (Scienze politiche, 1)*, Enciclopedia Feltrinelli-Fischer, a cargo de A. Negri, Milán, 1970.

Y, sin embargo, a pesar de estas consideraciones, la sugestión del sovietismo leninista sigue viviendo entre nosotros. ¿Por qué? Retornemos al discurso desde otro punto de vista. Hemos visto el carácter irreducible de las composiciones políticas de clase a las que hacía referencia Lenin y a las que nos referimos nosotros. Pero la hipótesis leninista no es simplemente una referencia, una adaptación, un reflejo dinámico de la composición de clase; es también –y fundamentalmente– un intento de inversión revolucionaria de la praxis. Todas las aporías que la composición de clase regala a Lenin, todas las escisiones que impone la miseria del proletariado aparecen recogidas y sobre todo refundidas en la transformación radical de la praxis. El pensamiento de Lenin constituye un enorme esfuerzo por mediar dialécticamente, desde el punto de vista obrero, una serie de cuestiones que aparecen dentro de un proceso gradual (menchevique, reformista) que él considera traición y mistificación: lo mismo ocurre con la cuestión del Estado, del partido, de la revolución, de la transición (y las correspondientes cuestiones del desarrollo, de la relación vanguardia-masas, de la insurrección y del dualismo de poder, del socialismo, etc.). Ahora bien, ¿no busca Lenin la solución revolucionaria de estas aporías precisamente en el propio sovietismo? ¿No busca Lenin la *contemporaneidad* precisamente en su confianza en la práctica de las masas organizadas en los soviets, en la solución del problema del Estado, de la relación vanguardia-masa, de la permanencia del proceso revolucionario, del inicio del proceso de la transición comunista, una contemporaneidad, por otro lado, capaz de liberar, mediar y superar por sí sola las aporías y retrasos que derivan de la composición de clase? ¿No es de esta esperanza y de este proyecto, a partir de la reducción tendenciosa de la crisis capitalista a mero «momento fatal» –como sucede en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*–, de donde parten las *Cartas desde lejos* y se desarrolla *El Estado y la revolución*?

Esto es tan cierto que toda la polémica contra el leninismo no se ha dirigido ciertamente contra la definición leninista de la composición de clase, sino –de manera feroz– contra esta formidable fuerza de radical transformación dialéctica de la praxis. En realidad, la pertinencia del análisis de la composición de clase se ha concedido con el objeto de que éste concluya en la imposibilidad del salto revolucionario. Esta polémica adquiere su punto culminante en la sociología burguesa (una herejía marxista creada y profusamente utilizada en clave antileninista) cuando arteramente intenta una definición del Estado y de la transformación en términos similares a los propuestos en el ideario leninista, desde la teoría de la organización a la estrategia de la revolución, pero con el objeto de fijarlos mecánicamente, de excluir su figura de medios e instrumentos, de eliminar cualquier tipo de *ilusión* sobre la transformación radical de la praxis. Para Max Weber, para este De Maistre de la contrarrevolución contemporánea, la opacidad sectaria del punto de vista reaccionario llega hasta sus últimas consecuencias, al mismo tiempo que lleva al extremo de la deformación ideológica del leninismo. El objetivo buscado es remitir el modelo de la revolución bolchevique al modelo de la revolución

burguesa, transformando el problema del poder en el problema técnico de su gestión racional. En este plano, se defiende el concepto de partido (una tecnocracia del proletariado), mientras se arroja el concepto de la legitimidad revolucionaria a las ortigas de la irracionalidad y del carisma. La forma burguesa de la gestión racional del poder se sobrepone –y de esta forma se separa– al tumulto irracional de los contenidos proletarios. La instrumentación leninista es adherida a ella como proyecto, tranquilizando de tal modo a la burguesía allí donde esto se produce que las leyes del poder –del poder *tout court*– no podrán sino permanecer vigentes de manera inalterable. No podemos afirmar que semejante imagen artificial no haya tenido fortuna: dentro de las propias filas de la vanguardia del movimiento obrero se ha ido abriendo camino el fetichismo de la *forma* «partido», la ilusión de que el problema del Estado debe ser afrontado partiendo de las posibilidades que se producen en el ámbito de la composición: entre Lenin y Weber, en definitiva, la diferencia no es tan enorme. El instrumental leninista es weberiano: hasta tal punto ha llegado la falsificación.

Pero es precisamente en la lucha contra estas falsificaciones donde nosotros encontramos la actualidad de Lenin. El realismo de Lenin no consiste de hecho –como hemos demostrado con anterioridad– en definir los instrumentos adecuados a una composición de clase dada, sino en su capacidad para fundir estos instrumentos en la determinación del proceso revolucionario. El aspecto en el que se enaltece el leninismo es la actualidad de la respuesta al problema de la insurrección, de la toma del poder y de la transición. Todo lo contrario que la sociología burguesa. La hipótesis sovietista es el punto central de esta centralidad, es decir, de la actualidad y de la totalidad de la revolución comunista. La hipótesis del soviet como órgano de poder aparece como algo totalmente actual. Actual porque señala a las masas cualquier fuente posible de legitimación del poder, porque reconduce forma y contenidos del proceso revolucionario a la unidad de la actividad de las masas, porque funda la esperanza de transformación y la fuerza de destrucción del Estado en la permanencia del movimiento de masas.

En definitiva, es actual porque, dada la nueva composición de clase, con la extensión histórica del dualismo de poder, se ha asentado un sovietismo orgánico en las masas y en su comportamiento.

Nuestra discusión vuelve de esta forma a sus orígenes, al plantear de nuevo la cuestión del significado exacto de la calificación de «órgano de poder» atribuida al soviet. Volvemos a ella después de, por un lado, haber percibido la distancia que revela la propia concepción del poder cuando la afrontamos hoy y la comparamos con la composición de clase analizada por Lenin; por otro, tras haber hallado analogías y directrices fundamentales en la definición leninista del soviet, concebido como momento privilegiado y de síntesis de los instrumentos y las finalidades del proceso de la revolución comunista. En definitiva, por una parte nos hemos alejado, pero por otra nos hemos acercado a Lenin y a su concepción del soviet. A partir de este momento, el discurso

puede continuar, si no para encontrar soluciones, al menos para ofrecer nuevos elementos a la discusión.

De lo visto hasta ahora se deriva otra consecuencia relevante y es que la realidad actual del poder, si la confrontamos con la teoría de Lenin, presenta unas características de una complejidad enorme. Ante esta complejidad, la figura actual del poder obrero, entendida como un sovietismo que habita dentro de las masas, se halla en una posición en la que se ve obligada a resolver una serie de aporías particulares, completamente novedosas. La aporía principal parece nacer del hecho, contradictorio, de que, por un lado, la extensión del sovietismo entre las masas deja menos espacio a la concepción tradicional de la función del partido y, por otro, cada vez es más demandada y necesaria una función de ruptura de las relaciones de poder que operan en el centro de la integración capitalista; todo esto si no se considera inevitable el reformismo y se estima la intensidad del antagonismo que determina el desarrollo del capital social y la dictadura capitalista. Una aporía, ésta, totalmente nueva, como ya se ha indicado, porque según la teoría leninista, el partido dirige el proceso de la generalización del antagonismo, mientras las masas, organizadas en los soviets, son las responsables de la singularidad del proceso insurreccional y ofensivo. Por el contrario, hoy día asistimos a una situación inversa: sin lugar a dudas, el elemento determinante en la actualidad es que la estrategia se halla en manos de las masas. Aquí y ahora, la generalización del antagonismo se encuentra implantada en las masas. Pero en el caso de que la situación no sea considerada como irresoluble –lo que entra en contradicción con la propia imagen del sovietismo de las masas, de las instancias de apropiación y de la necesidad del comunismo– en el caso de que la totalidad del poder no se convierta, como reclama el capital, en un pantano para la acción de las masas; bien, entonces, habrá que identificar las leyes del poder obrero, las leyes que determinan el paso de la gestión del poder a la lucha por el poder.

Para resolver estas cuestiones no disponemos de recetas, a pesar de que el problema podría formularse en términos leninistas, a través de la relación entre el soviet como «órgano de poder» y el soviet como «órgano de lucha». Pero a Lenin el análisis de la composición de clase le había llevadó a identificar las leyes de la mediación, que se encuentra personificada en la figura del partido. Sin embargo, nuestro análisis de las leyes del poder obrero, que se asientan en la realidad de la composición de clase actual, nos ha conducido hasta el momento a una solución negativa: la figura tradicional del partido no resulta adecuada para resolver el problema. La aporía sigue vigente, el «¿Qué hacer?» está lejos de encontrar una respuesta, la práctica apremia una respuesta y la indeterminación resulta ofensiva e insoportable. No nos queda otro remedio que volver a afrontar la segunda dimensión del problema, regresar al discurso sobre el soviet como «órgano de lucha» y reconquistar la unidad del proyecto estratégico de la lucha proletaria. Hasta el momento la discusión nos ha situado frente a un tejido de poder obrero irreversible y orientado de forma irreversible hacia objetivos comunistas. Pero

¿qué quiere decir esto? ¿Han logrado romper la burguesía y el reformismo la eficacia resolutiva de este poder proletario en el campo de ataque? Y si el contraataque burgués, realizado a costa de eliminar el desarrollo económico del conjunto de razones de legitimidad del poder burgués, no resulta irresistible, sino que, por el contrario, cede espacios de poder obrero cada vez mayores –como realmente parece ocurrir–, entonces, ¿cuáles son las nuevas leyes que permiten a la clase desarrollar la lucha y concentrarse tácticamente en la acción sobre el centro del poder? ¿Qué significado tiene, por lo tanto, el sovietismo en nuestros días?

Antes de pasar a abordar directamente estas cuestiones, una última apreciación. A raíz de la consideración de la cualidad y dimensión del poder obrero, del convencimiento de la centralidad del problema de la transición y, consecuentemente, de la insistencia en la necesidad de encontrar una solución actual a estos problemas, hay quien ha llegado a pensar que la inversión leninista de la praxis se está convirtiendo en un elemento obsoleto. El esfuerzo de hablar en términos de insurrección, la atención a los mecanismos que generan el rechazo del trabajo, la permanencia del proceso revolucionario hacen que parezca inútil detenerse en la temática de la toma del poder. Esto es falso y mistificante. Y lo es porque no se verificaría un ápice de la expresión actual del poder obrero, como tejido irreversible de la actividad de las masas, si no fuera impulsado y arrastrado por la voluntad de la dictadura, por la solución del antagonismo que la clase experimenta en la relación-capital.

15. EL SOVIETISMO DE LAS MASAS Y LAS URGENCIAS DE LA LUCHA OBRERA

«Todo el poder a los soviets.» La difusión de esta consigna significó la llegada de la insurrección. El paso del dualismo de poder al asalto del Estado, a la dictadura del proletariado. La organización de los soviets como órganos de poder no sólo domina el antagonismo de la relación-capital desde su interior, sino que ésta llega a ser destruida por la propia iniciativa de los soviets como órganos de lucha e insurrección. Ésta es la línea roja de la enseñanza de Lenin. Pero ¿qué significa esto para nosotros, teniendo en cuenta la composición política de la clase obrera de nuestros días? ¿De qué estamos hablando cuando hablamos de insurrección?

En todo lo visto hasta el momento nos hemos topado con dos aporías. La primera hace referencia a la naturaleza del poder. Y parece como si la extensión y la socialización del poder dificulte su propia definición. Las masas obreras han conquistado márgenes de poder enormes, pero esto, por sí solo, no las ayuda a resolver el problema del poder. La primera aporía fundamental es la que se establece entre los términos difusión-extensión-*socialización del poder* e *insurrección*. La relación-capital, precisamente porque se ha extendido, de manera totalitaria, al conjunto de la sociedad, hace difícil la pers-

pectiva de su destrucción como relación. La segunda aporía surge cuando, aun admitiendo la posibilidad de identificar una relación clásica de ruptura, disminuye la posibilidad de determinar la mediación clave de la ruptura. El sovietismo de las masas no admite delegaciones mediadoras del proceso revolucionario. La segunda aporía fundamental se sitúa, por lo tanto, entre los términos *sovietismo de las masas*, socialización del poder obrero y órgano-*mediación de la insurrección*.

De este modo, si nos atenemos a la formulación leninista de la cuestión de la insurrección, a la teoría que aparece implícita en el «todo el poder a los soviets», estos problemas y aporías resultan irresolubles. En nuestra opinión, la consigna sobre la toma de poder en Lenin está estrechamente ligada a una concepción ideológica del concepto de «poder». Para Lenin, el poder es un *absoluto no dialéctico*, no dialectizable, algo natural. Su definición de poder se acerca a la de las teorías burguesas sobre el poder[59]. El hecho de que el dualismo de poder sólo pueda existir en periodos muy breves es para Lenin consecuencia neta de la concepción del poder. También Trotski, habiendo aceptado la concepción burguesa de éste y tomando como ejemplos las revoluciones burguesas inglesa y francesa, acepta la concepción del dualismo de poder[60]. Con esta concepción del poder es imposible resolver las aporías que hemos presentado. La experiencia del poder propia de la actividad obrera de nuestros días es completamente diferente. Se trata de una experiencia de poder que actúa como *absoluto dialéctico*, desarrollándose sobre un amplio periodo del dualismo del poder, como lucha que transforma la relación-capital al introducir la variable obrera como voluntad consciente de destrucción. Desconozco si Mao-Tse Tung reflexionó alguna vez sobre todo esto, pero estoy seguro de que buena parte del éxito de su pensamiento es atribuible a una lectura similar por parte de las vanguardias obreras.

Una de las consecuencias de lo afirmado hasta el momento es que el concepto de insurrección, en su acepción clásica, resulta cada vez menos útil para la clase obrera, lo que no significa que desaparezca la conciencia del poder, la voluntad de conquistarlo y utilizarlo hasta sus últimas y destructivas consecuencias. La primera aporía se resuelve precisamente a partir de la concepción del poder como absoluto dialéctico, siguiendo el modo en que Marx definía al capital: dialéctico porque se identifica con una relación de fuerzas, una positiva y otra negativa, y a la vez absoluto porque el conflicto despliega su propia solución interna, identificando a lo largo de su proceso «quién decide la guerra»[61]. La naturalidad y la historicidad, cada una en su concepción absoluta, encuentran aquí su verdadero lugar. Las consecuencias de una concepción realista y obrera del

[59] Véase especialmente la obra del fascista (pero no sólo) Carl SCHMITT, actualmente recopilada en *Le categorie del «politico»*, Bolonia, Il Mulino, 1972.

[60] Véase especialmente la introducción de Trotski a la *Storia della rivoluzione russa*, Milán, Sugar.

[61] En los términos schmittianos de la definición de poder.

poder (del dualismo de poder) pueden resultar actualmente de gran importancia. Desde este punto de vista, la acción revolucionaria puede ser considerada al margen tanto de ilusiones de tipo insurreccionalista como gradual-reformistas: la dialéctica de las masas, el sovietismo de las masas, acierta cuando critica la rigidez naturalista y formal de ambas perspectivas. Existe una progresión del poder, de la conquista y gestión del poder, que se debe identificar con la progresión de la destrucción del poder capitalista, de la relación-capital.

La solución de la primera aporía aporta también algunas indicaciones útiles para descifrar la segunda, la que hace referencia al sovietismo de las masas y a la mediación general del proceso. Debemos comenzar a ser conscientes de esto: tampoco esta aporía podrá resolverse utilizando los conceptos clásicos. No sólo no existe una clase obrera capaz de desarrollar una mediación general, sino que tan siquiera existe la posibilidad de una mediación global. Cualquier ensayo de mediación global representa el intento de restaurar una imagen del poder como poder absoluto no dialéctico. Esta imagen debe ser rechazada a la par que se rechaza la imagen capitalista del poder. Porque la clase, en su lucha por el poder, no necesita *un* instrumento de mediación general, sino *muchas* funciones puntuales y continuas para gestionar adecuadamente su guerra civil. De este modo, también podrá ser superada la segunda aporía y los problemas implícitos en la misma encarrilados hacia su solución, si comenzamos a comprender que la figura actual de las relaciones de fuerza existentes entre las clases nos lleva a transformar el concepto de *insurrección* en el de *guerra civil* permanente.

Después de todo podría parecer que esto nos aleja completa y definitivamente del pensamiento de Lenin. A algún lector le puede parecer quizá que se encuentra ante la típica posición de izquierdas que se identifica con la llamada «ideología italiana» del comunismo, que ha insistido tanto –con mayor o menor fidelidad gramsciana– en el concepto de hegemonía, *and so on*. Pero no es cierto. Una vez más, y como primera premisa, volvemos a mostrar nuestra firme y consciente adhesión a la concepción de la centralidad determinante de la acción de la clase obrera, la conciencia de los mecanismos prácticos de la recomposición del proletariado en clase obrera, la urgencia del comunismo: todo ello nos mantiene lejos de las hipótesis dulcificadas de la hegemonía, que hasta el momento, por lo que sabemos, se encuentran necesariamente en la base del reformismo (necesariamente porque el elemento de referencia no era la clase obrera sino la «sociedad civil»)[62]. En realidad, todavía seguimos estando decididamente en el terreno de Lenin, ya que seguimos remitiéndonos a su método y a su teoría, al margen de las interpretaciones de contenido y de las adaptaciones necesarias que se desprenden de nuestra relación con la actual composición de clase. Basten dos ejemplos

[62] Véase a este respecto el texto de N. BOBBIO, *Gramsci e la concezione della società civile*, reeditado, después de la primera edición de 1967 en «Opuscoli Marxisti», Feltrinelli, 1976.

para demostrarlo. El primero hace referencia a la forma en que, tras la derrota de la revolución de 1905, Lenin analiza la gestión de los espacios de poder conquistados, *a falta* de un horizonte insurreccional inmediato[63]. Junto a la lucha contra el *liquidacionismo* y por la permanencia del partido, nosotros encontramos una alusión constante a la transformación de la perspectiva insurreccional en perspectiva de guerra civil. La guerra civil es un elemento de poder, ya que impide la capacidad de recuperación del adversario y asume como proyecto principal la destrucción. La organización de la guerra civil es, además, una actividad de masas: los soviets, las vanguardias que los componen, son recuperados para esta función destructiva de masas y no para intentos imposibles de rehabilitación democrática. En este periodo, se alude claramente a la teoría de la guerra civil como práctica de clase y de masas (e insistimos en esta práctica de masas frente a los desvaríos o delirios individuales sobre la violencia). Se trata, hay que reconocerlo, de un planteamiento menor dentro del pensamiento de Lenin, concebido *a falta* de un objetivo insurreccional inmediato (a este respecto podemos encontrar de nuevo apuntes más interesantes en Mao). Pero resulta útil recordarlo porque de todas formas nos muestra una corriente de pensamiento presente en el leninismo, naturalmente vinculada al análisis de la composición de clase (por muy débil que sea ésta).

Pero el leninismo resulta sobre todo actual si aludimos a otro elemento, mucho más importante. Nos referimos de nuevo al concepto dialéctico de inversión revolucionaria de la praxis, que ya –en más de una ocasión– hemos señalado como fundamental. La evolución del dualismo de poder a largo plazo, el paso del sovietismo de las masas a la guerra civil, es el elemento específico en el que se produce una inversión de la praxis leninista. Podemos denominar a este proceso profundización de la «conciencia de clase», teniendo en cuenta que en la vaguedad del término se unifican algunos elementos materiales: la composición determinada de la clase, la estructura de las relaciones de fuerza, así como la necesidad de darles la vuelta, de *comenzar* a darles la vuelta y empezar a reabrir un ciclo general de luchas. Desde el interior de la composición la voluntad puntual de guerra civil se convierte en la clave leninista de la solución del problema. Únicamente la recuperada contradicción entre el sovietismo de las masas y las funciones ofensivas permite el salto hacia adelante: inversión de la praxis significa asumir la contradicción, no como aporía irresoluble, sino como función práctica de ataque, transformación de la realidad por parte de las masas.

El proceso de la teoría de la insurrección a la práctica de la guerra civil es leninista, en función de la composición de nuestros días. Reconquistemos, pues, las determinaciones de nuestra situación. ¿Respecto a qué se produce esa inversión de la praxis? En las articulaciones verticales del todo del poder capitalista, ante todo, respecto a los nuevos cuerpos escindidos del poder capitalista, respecto a la anticipación represiva y, en

[63] Consideramos a este respecto los textos de Lenin de 1907 en adelante.

resumen, respecto a la totalidad de los instrumentos de la guerra civil de los patrones contra la clase. Esto en cuanto a lo relacionado con los objetivos tácticos. Pero serán los objetivos estratégicos los que determinen la acción y la forma idónea de la organización. Aquí el discurso da completamente en el clavo, remitiendo directamente a la lucha contra el trabajo, a la destrucción de la organización capitalista del trabajo y, consecuentemente, a la forma de masas en la que vive el proyecto comunista, como objetivo mínimo, dentro de la clase. La desarticulación del poder de mando y la lucha contra el trabajo constituyen el contenido específico de la guerra civil en nuestro días, representan la clave leninista de la inversión de la praxis.

Volveremos sobre estos aspectos de manera más extensa en otras lecciones, especialmente cuando analicemos el discurso sobre *El Estado y la revolución*. Ahora, para terminar este grupo de lecciones sobre los soviets en Lenin, volvamos un momento hacia atrás para tratar de reconstruir de forma general el discurso. En Lenin, hemos afirmado, encontramos un camino rectilíneo que va de la espontaneidad al sovietismo, a través del partido y de la insurrección, contra la autocracia. Para nosotros, el camino va del sovietismo de las masas a la autoorganización proletaria de la extinción del trabajo, a través de la guerra civil, contra la forma actual de la dictadura burguesa. Aquí se encuentra la demostración de nuestro leninismo y la actualidad de Lenin. Las traducciones y transformaciones que experimentan sufren una serie de conceptos que se basan en una red de instrumentos metodológicos que tuvieron en Lenin una consagración definitiva. La composición de clase, su determinación, el concepto de revolución permanente, la inversión de la praxis: todos éstos son los parámetros que determinan nuestras acciones. Y hoy, cuando la interiorización de la lucha de clases en el sistema del capital se ha convertido en algo tan profundo e implacable, la lucha contra la organización capitalista del trabajo social pasa a ser central. Pasa a ser el punto axial político y teórico de todos los procesos. Del concepto de insurrección al de guerra civil contra el trabajo: he aquí un ejemplo de la aplicación del método leninista en nuestra época. Incluso después de conquistar formalmente el poder. Sí, porque éste no sería el hecho definitivo. Lo que a la clase le interesa es gestionar el proceso de la extinción del trabajo. Consecuentemente, dictadura obrera y proletaria contra el trabajo. Una dictadura que no se construye simplemente con decretos –aunque la fuerza de invención obrera produciría inmediatamente algunos decisivos–, una dictadura que se desarrolla con el mantenimiento de una guerra implacable, dentro del todo social del capital. Los patrones, como respuesta a la lucha obrera, han convertido su Estado en una máquina móvil y poderosa, han construido una serie de instrumentos de reabsorción e integración destinados a eliminar la posibilidad de una desintegración global y la construcción obrera de una fuerza similar. El concepto de dominio y de poder tiende aquí a traducirse en su totalidad, sin instancias últimas, en la objetividad de la organización capitalista del trabajo social. Pues bien, es aquí precisamente donde la clase obrera en su tota-

lidad interioriza el concepto de insurrección, no en espera de explosiones determinantes, sino a través de la propuesta continua de rebelión. Es necesario rebelarse, es necesario ir contra corriente, es necesario destruir: éstos no son eslóganes individualistas, la lucha los ha convertido en consignas proletarias cada vez más repetidas.

¿Y los soviets? De nuevo esta «forma recuperada» de lucha obrera se ha mostrado en toda su plenitud de virtualidades teóricas y prácticas. El soviet es, en el movimiento de masas, en el movimiento de la lucha, un órgano práctico de poder. Y se convertirá en órgano de la guerra civil en la medida en que la lucha de poder se abra hacia los grandes objetivos estratégicos del comunismo. Toda la realidad obrera gira hoy día en torno a estos elementos de organización, es una realidad de organización. La potencia obrera está creciendo. El sovietismo de las masas como conjunto de bases rojas e iniciativas de lucha contra el trabajo está agrupándose y poniendo en marcha sus terribles funciones de ataque. El leninismo no sólo vive en él: renace. ¡Qué fantástico es observar las cosas que crecen en vez de regresar sin más al estudio de nuestros antepasados!

III

Intermezzo sobre la dialéctica: los cuadernos de 1914-1916

16. LA DIALÉCTICA COMO FORMA RECUPERADA DEL PENSAMIENTO DE LENIN

Comencemos a estudiar un grupo de textos de Lenin que fueron elaborados entre los años 1914 y 1916. Se trata de dos importantes compendios de lecturas: los *Cuadernos filosóficos*[1] y los *Cuadernos sobre el imperialismo*[2]. Los *Cuadernos filosóficos* contienen apuntes sobre lecturas que aparecen reproducidas en fragmentos, con comentarios a los lados, y opiniones de carácter general, comparaciones y valoraciones. En concreto, la parte más interesante de estos *Cuadernos filosóficos* es la central que está dedicada a la lectura de la *Ciencia de la lógica* de Hegel. Se trata de una lectura que Lenin realiza entre septiembre de 1914 y el 17 de diciembre de ese año. Posteriormente, de diciembre a mayo del año siguiente, se centra en la lectura de las *Lecciones de historia de la filosofía* y de la *Filosofía de la historia* de Hegel, obras que también comenta. En mayo de 1915, comienza un segundo grupo de lecturas que hacen referencia a todo el material relacionado con el imperialismo que Lenin puede conseguir en esos momentos, material que es recopilado en otra serie de cuadernos de los que hablaremos en breve, los *Cuadernos sobre el imperialismo*. Este trabajo se desarrolla hasta la mitad de 1916, momento en que Lenin comienza a escribir el «ensayo popular» sobre *El imperialismo, fase superior del capitalismo*[3], que se publicará en 1917[4].

---

[1] V. I. LENIN, *Quaderni filosofici*, Milán, Feltrinelli, 1958

[2] V. I. LENIN, *Quaderni sull'imperialismo*, Roma, Riuniti, 1971.

[3] V. I. LENIN, *L'imperialismo, fase suprema del capitalismo. Saggio popolare*, Roma, Rinascita, 1948.

[4] Las cronologías de los estudios de Lenin sobre la obra de Hegel han sido establecidas por Lucio Colletti en la «Introduzione» de los *Quaderni filosofici*, cit., pp. CLXVII-VIII, y las relativas a sus estudios sobre el imperialismo corresponden a G. Garritano en la «Introducción» a los *Quaderni sull'imperialismo*, cit., p. VIII. Respecto a los trabajos precedentes de Lenin sobre el imperialismo, véase Garritano, pp. V-VI.

Tratemos, antes de nada, de comprender por qué y en qué contexto Lenin afronta un tipo de estudio (sobre todo el relativo a la «ciencia de la lógica») tan aparentemente alejado de su interés principal e inmediato de dirigente revolucionario. En los comienzos de la primera gran guerra imperialista Lenin vivía en Cracovia, en la parte polaca del Imperio austro-húngaro: allí padece grandes dificultades, dada su condición de exiliado, aunque decide permanece allí porque ello le permite mantener la posibilidad de estar en contacto directo con Rusia. Obligado después a trasladarse a Suiza, tras varias peregrinaciones se establece definitivamente en Zúrich. En Zúrich tiene a su disposición una gran cantidad de material, ya que puede trabajar en las grandes bibliotecas de este centro cultural. Está completamente aislado políticamente. En esta situación, sin posibilidad alguna de influir directamente en el movimiento y en la organización del movimiento, opta por volcarse en el estudio. Por otra parte, durante la primera fase de la guerra, en Rusia la organización bolchevique es disuelta sin contemplaciones, mientras fracasaban todos los esfuerzos para ponerla de nuevo en pie que se realizan: la práctica totalidad del cuadro bolchevique es dispersada, sin capacidad ni posibilidad de volver a poner en marcha una organización central. En el primer volumen de la *Historia de la revolución rusa* de Carr encontramos una descripción sumaria, por un lado, de las condiciones en las que trabaja Lenin y, por otro, de las condiciones extremadamente precarias en las que se encuentra en ese periodo la organización bolchevique[5]. Son, por lo tanto, una serie de circunstancias externas –el aislamiento debido al hecho de que los frentes de guerra resultan impenetrables a la propaganda y a la agitación, la destrucción de la organización bolchevique– las que ofrecen a Lenin la oportunidad de centrarse en el estudio teórico, primero, esencialmente de Hegel y, después, de las cuestiones relacionadas con el imperialismo.

Sin embargo, esta oportunidad provocada por el alejamiento se convierte en un momento extremadamente importante en la evolución general del pensamiento de Lenin. Ya hemos visto la primera fase del desarrollo del pensamiento de Lenin y una de las conclusiones a las que hemos llegado es que quizá Lenin fue una de las pocas personas que, en aquellos años, había sido capaz de leer la obra de Marx de una manera viva, y original, sin dejar de ser absolutamente fiel a la misma, sacando conclusiones y determinaciones, programáticas y estratégicas, extremadamente precisas. De manera específica, hemos insistido en la definición del nexo existente entre composición de clase-organización-insurrección como definición de un recorrido que la teoría revolucionaria tenía en cada momento la obligación de renovar. Hemos visto además algunas articulaciones metodológicas y sustanciales, como las que aparecen en el discurso sobre los soviets, que sirven precisamente para ilustrar el mecanismo creativo de la teoría leni-

[5] Edward H. CARR, *La rivoluzione bolscevica, 1917-1923*, Turín, Einaudi, 1964, pp. 66-71 [ed. cast.: t.: *La revolución bolchevique*, 15 vols., Madrid, Alianza Editorial, 1979].

nista. También hemos visto cómo, antes del año 1905, la relación establecida entre composición, organización e insurrección era bastante rígida y cómo únicamente con el fuego de la lucha habría recibido una primera sacudida, abriéndose de esta forma la otra vía, opuesta pero de igual forma complementaria, de la reflexión teórica, la vía que establecía un orden del proceso diferente: insurrección, organización, composición. En definitiva, en la fase revolucionaria aguda la organización proletaria puede, afirma Lenin a partir de 1905, desarrollar en el marco el proceso insurreccional una fuerza de choque y una capacidad de ruptura tales que lleguen a condicionar la propia composición de la clase obrera: la organización, como organización de la insurrección armada, como capacidad de destrucción del poder del adversario de clase, puede configurar una situación en la cual la composición de clase del proletariado se libere de sus miserias, para definirse a sí misma como elemento innovador, creativo, como fuerza que prepara, en la lucha, el proceso hacia la sociedad comunista. Ya en 1905 comienza, por lo tanto, a aludirse la posibilidad de que la dictadura del proletariado pueda, como hecho organizativo, como hecho de poder, transformar la propia composición de clase y de este modo generar una figura de proletariado liberado, capaz de la construcción del comunismo, capaz de la revolución permanente, que es el objetivo teórico del discurso comunista. Lo que la organización se ocupa de *mediar* puede convertirse en algo *inmediato* en el comportamiento de la clase obrera a partir del momento del derrocamiento del poder del adversario de clase, a partir del momento en el que la clase obrera y el proletariado como tales asumen íntegramente la tarea y el peso de la construcción de una sociedad revolucionaria.

Comprobaremos ahora la importancia de este proceso dialéctico. Se trata de un proceso típicamente dialéctico, de negación específica de la composición proletaria tal y como era, que debía, por consiguiente, ser impulsada «desde arriba» hacia el momento insurreccional, y hacerlo «con arte» para que el proceso insurreccional pudiera abrirse: la negación transforma, a través del momento insurreccional, la precaria realidad del proletariado en fuerza material capaz de construir un proceso revolucionario continuo. Pues bien, Lenin toma plena conciencia teórica de este proceso dialéctico a través del estudio de la lógica hegeliana por un lado, y del estudio de la teoría del imperialismo por otro.

Hay un hecho que no ha dejado de sorprenderme desde que tuve conocimiento de él: existen dos escritos de Mao de 1937, el primero «sobre la contradicción», el otro «sobre la práctica», escritos que se encuentran en el primer volumen de los *Textos escogidos* de Mao Tse-Tung[6], en los que las únicas citas reproducidas corresponden a frag-

[6] Mao TSE-TUNG, «Sulla pratica» y «Sulla contraddizione», *Scritti scelti*, vol. I [1926-1936], Roma, Rinascita, 1955, pp. 363-384 y 385-434 [ed. cast.: *Obras escogidas*, 5 vols., Madrid, Fundamentos, 19771.

mentos de los *Cuadernos filosóficos* de Lenin. Esto es algo sumamente interesante si tenemos en cuenta que los *Cuadernos filosóficos* de Lenin fueron publicados en 1934-1935, e inmediatamente cayeron en las manos de Mao, que se encontraba todavía en Yenan, encerrado entre las montañas. El gran dirigente revolucionario chino captó de inmediato la extraordinaria importancia que la convicción teórica del salto dialéctico tuvo en Lenin. No es casual que se haya producido esta consonancia teórica inmediata y extraordinaria si es cierto, como veremos en la última parte de estas lecciones, que es prácticamente imposible leer *El Estado y la revolución* sin tener en cuenta el estudio de Lenin sobre el pensamiento de Hegel, y que es imposible afrontar el problema dialéctico de la transición sin conocer la dialéctica maoísta. No es casual, y sí sumamente interesante, sobre todo si se tiene en cuenta que, en la historia del marxismo, tanto las relaciones entre Marx y Hegel como, ante todo, las relaciones entre los marxistas y Hegel han sido siempre contradictorias. Como es sabido, Marx y Engels fueron hegelianos, formaron parte de la escuela hegeliana: su formación filosófica tiene lugar en la llamada izquierda hegeliana, una escuela muy plural y difícilmente unificable en términos precisos. Los autores de referencia de Marx y Engels son fundamentalmente dos: uno conocido por todos, Ludwig Feuerbach; el otro, menos conocido, Moses Hess, pero que tuvo una influencia mayor quizá en Marx, dado que había transformado la crítica teológica de Feuerbach en crítica materialista a la estructura del Estado e introducido en la izquierda hegeliana la teoría comunista de la realización del hombre como especie universal[7]. Más allá de esta influencia relativa al periodo de su formación, la relación con la metodología hegeliana reaparece continuamente en Marx. Por esta relación (por haber *cocottè* [flirteado] con Hegel en el capítulo sobre la mercancía de *El capital*) Marx ha llegado incluso a justificarse. Esto no es óbice para que en muchos otros momentos del desarrollo del pensamiento de Marx la recuperación y el uso de los esquemas operativos de la lógica hegeliana sean de una importancia absoluta. Precisamente en estos días, por poner un ejemplo, leía una carta dirigida a Engels de 1958, periodo en el que Marx estaba trabajando en la teoría del beneficio, una carta en la que Marx afirma: «Por pura casualidad ha caído en mis manos la *Lógica* de Hegel, la he ojeado y me ha servido para poner patas arriba todas las teorías sobre el beneficio que han sido desarrolladas hasta la fecha»[8]. Existe, por lo tanto, una relación con Hegel –inicialmente de escuela y siempre profunda– que Marx recupera continuamente y que en el epílogo a la segunda edición del libro primero de *El capital*[9] defiende abiertamente, declarando haber rechazado siempre considerar a Hegel como los ilustrados alemanes considera-

[7] Respecto a la formación del pensamiento de Marx y Engels pueden verse los dos primeros volúmenes de la obra fundamental de Auguste GORNU, *K. Marx et F. Engels*, 4 vols., París, 1955-1970.

[8] K. MARX y F. ENGELS, *Carteggio*, Roma, Rinascita, 1959-1953, vol. III, pp. 154-155.

[9] K. MARX, *Il Capitale*, vol. I, libro 1, Roma, Rinascita, 1956, p. 23.

ban a Spinoza, es decir, «como a un perro muerto». Así pues, la relación entre Marx y Hegel existe: no nos detendremos aquí a discutirla. Hay que decir, eso sí, que se trata de una relación tan estrecha como instrumental. En realidad, Marx recupera de Hegel algunos instrumentos importantes y el sentido lógico de la dialéctica. Decir que Marx ha invertido el hegelismo, que ha puesto sobre sus pies la razón, etc., son afirmaciones que no explican absolutamente nada. Lo importante es la continuidad de una transformación teórica profundísima dentro de la cual siguen siendo válidos algunos instrumentos metodológicos fundamentales (y veremos cuáles son al profundizar en la lectura que Lenin hace de Hegel, una lectura extraordinariamente parecida a la que realizó Marx). Algunos instrumentos metodológicos, por lo tanto, son asumidos, absorbidos y desarrollados en un marco que difiere por la materialidad del referente teórico: el espíritu burgués en Hegel, el sujeto clase obrera en Marx y Engels. No es, pues, una transformación abstracta e ilusoria de la dimensión *humana* lo que diferencia el uso metodológico de la dialéctica en Hegel y en Marx, sino la radical e histórica diferencia del *sujeto* al que hacen referencia: el universal burgués en Hegel, la clase obrera en Marx. La dialéctica une a Hegel y a Marx, el año 1848 los separa. Ahora bien, el hecho de que la Segunda Internacional al completo –es decir, todo el desarrollo teórico del socialismo científico que tiene lugar en Europa durante los últimos años del siglo XIX– considere a Hegel como un elemento extraño privado de interés teórico para los marxistas, y que lo haga en términos profundamente incorrectos dominados por una *Weltanschauung* [«cosmovisión»] mecanicista realmente implausible, y el hecho de que el propio Lenin conozca a Hegel tan sólo de forma sumaria y tradicional hasta que no estudia estos textos sobre la ciencia de la lógica[10] a una edad madura, cuando era ya un marxista experimentado, hace que su descubrimiento de Hegel destile un formidable sabor de originalidad al tiempo que muestra una extraordinaria capacidad para superar los fetiches culturales que la tradición del socialismo científico había construido y arrojado sobre el propio Lenin a través de una valoración destructiva de este autor, que había acarreado su expulsión del contexto teórico del marxismo.

El siguiente fenómeno también es extraño, pero significativo: después de estos *Cuadernos* leninianos sobre Hegel, el pensamiento teórico comunista (salvo el pequeñísimo paréntesis del comunismo de izquierdas en Alemania, el heroico paréntesis que representan los nombres de Lukács, Korsch y algún otro, y la anteriormente citada interpretación maoísta) vuelve a excluir a éste del desarrollo filosófico. En la Unión Soviética, el estudio sobre Hegel se retoma únicamente en un periodo de desestalinización ya avanzado, al igual que sucede en el resto de países donde las fuerzas comunistas desarrollan un trabajo teórico. Y será sólo en este último periodo cuando el interés por la

[10] En concreto, el texto leniniano *Materialismo y empirocriticismo*, de 1908, da muestras de un conocimiento escaso del pensamiento de Hegel.

relación entre Hegel y Marx y sobre todo, llegados a este punto, el interés por la relación entre Hegel y Lenin comiencen a emerger de nuevo.

Una vez dicho esto, retomemos el hilo de la argumentación principal y formulemos la hipótesis teórica que podría guiar la lectura que estamos haciendo de estos *Cuadernos* sobre Hegel. La hipótesis es que a través de la lectura y el comentario de la *Ciencia de la lógica*, con la apropiación de algunos de sus instrumentos lógico-dialécticos, Lenin se encuentra en la posición teórica de dotar de figura científica a una intuición precedente, es decir, a la posibilidad de transformar el proceso definido por la serie composición, organización, insurrección, en el proceso opuesto y paralelo: insurrección, organización, composición. Por otra parte, se encuentra en condiciones de actuar de forma más consecuente en la práctica, de mantener *a través de esta actitud teórica*, adquirida en esa especie de purgatorio que para él es el aislamiento de la lucha de clases, *una relación con la práctica*, con una previsión anticipatoria del desarrollo revolucionario. Sería difícil llegar a comprender el paso que Lenin da cuando hace públicas las *Tesis de abril*, o el cambio político que impone entre abril y octubre, o la totalidad del desarrollo de la interpretación que él aporta sobre el proceso revolucionario ruso, si no se tuviera en cuenta la postura teórica que ha venido asumiendo a través de estos estudios, en el aislamiento más profundo. Una postura teórica que mostrará (en abril de 1917, contra todos los bolcheviques, en una situación de clara minoría dentro del partido y dentro del propio buró político bolchevique)[11] a Lenin insistir continuamente en la liquidación de la fase democrática, en la insurrección como momento fundamental, en la importancia de la determinación insurreccional sobre la composición de clase, en la dictadura proletaria como primera fase del desarrollo social, echando por tierra la propia ortodoxia bolchevique, que defendía por el contrario el proceso opuesto: organización, revolución democrática y organización por el socialismo y, *consecuentemente*, insurrección. La capacidad de aceleración y anticipación de los tiempos que ya Lenin había defendido en 1905 aparece ahora de una forma más consciente y explícita, respecto a lo que no es irrelevante el hecho de que posea estos instrumentos metodológicos de lectura. Aquello que Lenin no había logrado expresar teóricamente, lo que simplemente había aludido en la práctica revolucionaria en 1905, logra expresarlo con plena conciencia y fuerza de anticipación en 1917. Lenin logra convertir la dialéctica en un instrumento de lectura de la historia real, en un instrumento científico que posee la misma entidad que un microscopio o un fusil.

Una teoría que relaciona determinadas causas objetivas con determinados efectos subjetivos. Porque Lenin entiende la dialéctica en estos términos, como ley de los comportamientos históricos de las masas, que resultan paradigmáticos en el comporta-

[11] Véase E. H. Carr, *La rivoluzione bolscevica, 1917-1923*, cit., pp. 75-79; L. CORTESI, «Intorno a o a Stato e rivoluzione di Lenin», *Rivista Storica del Socialismo* 21 (enero-abril de 1964) pp. 181 ss.

miento de la clase obrera, y consecuentemente como capacidad de interpretar, penetrar y anticipar los comportamientos de la clase y de las masas siguiendo un criterio científico. ¿Implica esto un abandono de la fundamentación materialista del marxismo en el interior del proyecto leninista? Por supuesto que no. En realidad, o el materialismo es considerado como horizonte general de nuestro conocimiento, dado que se basa en la praxis humana, colectiva, obrera, que transformando la naturaleza y las relaciones de fuerza construye la historia, o de otro modo, si lo consideramos como una vieja postura mecanicista, no sabremos qué hacer con él. El materialismo es la teoría que remite la totalidad del horizonte humano al mundo real, a lo concreto que tenemos ante nosotros, a la fuerza material de las relaciones de producción: y lo reduce a esto en la medida en que el hombre, entendido como praxis colectiva, como conjunto de las fuerzas productivas, remodela continuamente este mundo, lo transforma, lo revoluciona, en el marco de la relación práctica. La dialéctica es la ley de esta relación, es la regla fundamental de la ciencia que indaga en la relación entre colectividad humana productiva y transformación de la naturaleza y la sociedad, presentando las relaciones de poder como intento de bloquear (por parte del poder constituido, a través de la explotación y de todas las reglas del poder de mando) esta creatividad infinita, inmensa, que se encuentra en la praxis colectiva. He aquí la importancia de este «extraño» capítulo del pensamiento de Lenin, una emergencia a la que se da un valor universal en una circunstancia excepcional de aislamiento político y derrota, en un purgatorio que este gran dirigente político tiene que atravesar.

Muy pronto, en estos mismos años, Lenin tiene la oportunidad de realizar un primer experimento sobre el uso de las leyes dialécticas en los *Cuadernos sobre el imperialismo* que siguen inmediatamente a la lectura y comentario de la *Ciencia de la lógica*. El segundo gran experimento será la práctica de abril de 1917 y el tercero el escrito sobre *El Estado y la revolución*. Pero ¿por qué los *Cuadernos sobre el imperialismo*, y en general todo lo escrito sobre el imperialismo, representan un elemento fundamental de esta práctica? Son conocidas las tesis principales que se defienden en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. En sus páginas se sostiene que el desarrollo capitalista produce formas de concentración económica cada vez más altas dentro de los países metropolitanos, lo que consecuentemente determina la necesidad de exportar mercancías y capitales, *sobre todo capitales*, en unas cantidades tales que provocan la inevitable competencia entre las potencias imperialistas en el mercado mundial, y el consecuente estallido de enfrentamientos bélicos. ¿Por qué el capital metropolitano se ve obligado a exportar? Se ve obligado a exportar porque la tasa de beneficio en cada uno de los países disminuye en la medida en que crecen la concentración, la mecanización extrema y la industrialización. Recordemos cómo se enuncia la ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio: si el valor de una mercancía es determinado por la relación existente entre el trabajo necesario –es decir, el trabajo empleado para reproducir al obrero por

la fuerza de trabajo que debe aportar –y el plustrabajo, entonces esta relación, cuanto más aumenta la productividad del trabajo y aumenta el capital fijo– es decir, la maquinaria, el nivel general de preparación técnico-científica de la sociedad y, por consiguiente, del obrero en general –cuanto más economías a escala haya–, es decir, grandes concentraciones y, por lo tanto economía, del proceso productivo, etc., etc.–, esta relación presentará entonces una descompensación por el incremento del plustrabajo respecto al trabajo necesario. ¿Qué significa esto? Significa que las mercancías se devalúan, estando su valor unido al trabajo vivo, a la parte correspondiente al trabajo necesario, que es explotada: si aumenta de manera desproporcionada el plustrabajo, y por ende el plusvalor, y –a través de ciertas mediaciones– el beneficio como masa, cae la relación con la parte del trabajo vivo que ha sido aportada a la mercancía, y al caer esta relación cae la tasa de beneficio, es decir, la proporción relativa al trabajo arrebatado[12]. El capital debe superar esta situación; y para superarla necesita irremediablemente agrandar su mercado, es decir, encontrar trabajo al que aplicar su capacidad de extracción de plustrabajo. Cuando alcanza un cierto grado de concentración, y por lo tanto un cierto grado de productividad del trabajo y socialización de las fuerzas productivas, el capital está obligado a buscar nuevos mercados, y no solo mercados de productos, sino también mercados de capital, con el objeto de seguir absorbiendo cada vez más, y cuanto más mejor, plustrabajo, siendo esto lo que determina los fenómenos de colonización que Lenin estudia en los *Cuadernos*.

Así pues, ¿en qué consiste el proceso dialéctico en este estudio? El proceso dialéctico se identifica con el convencimiento de la dramática transformación a la que el capital está obligado al cumplir su función civilizadora; y aquí aparece Marx, con su continua insistencia en el signo de destrucción que es intrínseco al desarrollo capitalista y que produce y reproduce con la riqueza misma («desde este punto de vista, la ley tendencial de la caída de la tasa de beneficio es, en términos generales, la norma más importante de la economía política»)[13]. En segundo lugar, el proceso dialéctico consiste en la convicción –expresada por Lenin– de que las contradicciones determinadas en este tipo de proceso, aun siendo antes que nada contradicciones interimperialistas, pueden ser utilizadas inmediatamente desde un punto de vista de clase, como verificación y signo de la inevitable caída del capitalismo. En tercer lugar, y éste es el aspecto más importante, para Lenin, la evidencia determinada tanto por la enorme concentración

[12] Respecto a la caída tendencial de la tasa de beneficio véase mi artículo «Partito operario contro il lavoro», cit., en S. Bologna, P. Carpignano y A. Negri, *Crisi e organizzazione operaia*, cit., ahora incluido en *I libri del rogo*, cit. [ed. cast.: *Los libros de la autonomía obrera*, cit.], y los fragmentos marxianos en él citados. Además, véase R. ROSDOLSKY, *Genesi e struttura del Capitale di Marx*, Bari, Laterza, 1971, pp. 434 ss.

[13] K. Marx, *Il Capitale*, cit., III, 1, p. 213.

del poder capitalista en la figura de los Estados imperialistas como por la enorme fuerza de destrucción que genera la confrontación interimperialista se convierte en determinación del horizonte revolucionario, en consigna no contra la guerra, sino a favor del uso obrero y revolucionario de la guerra; contra el imperialismo, por el comunismo[14].

Es evidente que todo esto hace referencia a un contexto específico: hoy día *El imperialismo, fase superior del capitalismo* de Lenin es una obra que presenta grandes límites. En concreto, hemos visto cómo el capital se ha renovado dialécticamente y ha superado algunas de las citadas contradicciones: en consecuencia, la teoría sobre el imperialismo hoy día debe renovarse[15]. Pero hay que afirmar que la lectura que Lenin realizó del imperialismo en su época es una lectura absolutamente correcta y adecuada de la realidad y lo es porque hace referencia a la definición del proceso dialéctico que hemos denominado proceso insurreccional. La convicción de la incapacidad del imperialismo ruso para mantener, en el grado de relativo desarrollo que había alcanzado, el enorme esfuerzo provocado por la guerra, la incapacidad de mantener las relaciones de poder dentro de Rusia, se convierte para Lenin en previsión determinada del proceso revolucionario.

Dicho esto, y para dar mayor concreción a cuanto se ha afirmado en esta lección, sólo nos queda comenzar a leer algunas aspectos importantes fundamentales de los *Cuadernos filosóficos* y de los *Cuadernos sobre el imperialismo*.

17. LENIN LEE A HEGEL

Hemos tratado de definir el contexto en el que se gestaron los cuadernos de Lenin sobre la dialéctica y el imperialismo. Comencemos ahora a estudiar el núcleo central de los *Cuadernos filosóficos*, que son los cuadernos específicos de Lenin sobre la dialéctica. De hecho, el núcleo central de estos cuadernos consiste en el comentario a la *Ciencia de la lógica* de Hegel. La condición particular en la que Lenin está obligado a realizar su estudio –en ocasiones parece que estos estudios son fruto de una necesidad de evasión de la miseria del contexto más que de una necesidad teórica– reacciona de forma afortunada y dramática gracias al empeño general de nuestro autor. El estudio de la dialéc-

[14] Sobre la obra de Lenin en los años de recuperación del movimiento revolucionario en la vigilia o en el transcurso de la primera guerra imperialista, véanse los textos publicados en V. I. Lenin, *Opere scelte*, vol. I, cit., pp. 507 ss.

[15] Recomendamos a este respecto el trabajo de L. FERRARI-BRAVO, *Imperialismo e classe operaia multinazionale*, Milán, Feltrinelli, 1974. El volumen de Ferrari-Bravo incluye extensos párrafos de autores de nuestro tiempo interesados en el estudio de las nuevas dimensiones de la teoría del imperialismo (Vernon, Altvater, Neusüss, Hymer, Poulantzas, Emmanuel, etcétera).

tica asume un papel absolutamente fundamental; la dialéctica da finalmente una forma teórica a la capacidad leninista de transformación, de inversión política, de dirección adecuada a las exigencias del momento, asentándose siempre sobre una base teórica consecuente. Aquí aparece y adquiere una forma específica la paradoja del pensamiento de Lenin: en él, ninguno de los cambios, ninguna de las profundas modificaciones de su línea política, tiene jamás un carácter oportunista ni representan la simple reducción de la voluntad política a las necesidades derivadas de los acontecimientos que van emergiendo, y esto sucede porque dentro de su discurso existe una continuidad construida que permanece unida en todo momento a la composición de clase específica; y será siempre dentro de ésta donde el discurso de Lenin produzca soluciones de tipo organizativo y político. Bien, todo esto no es suficiente: en realidad, el objetivo político de Lenin carece de un sustrato teórico adecuado hasta que no se produce esta lectura de Hegel. Lenin interpreta de este modo una exigencia general del pensamiento revolucionario: no es casualidad que, tal y como hemos recordado, la situación se repita posteriormente y que estos escritos (publicados a principios de la década de los treinta) fueran ya utilizados en 1937 por otro gran dirigente del movimiento obrero, Mao Tse-Tung, en algunas reflexiones y críticas fundamentales relativas a cuestiones de método (en el texto sobre la práctica y en el texto sobre la contradicción) que encuentran en este tipo de análisis de Hegel un fundamento esencial del discurso teórico marxista.

Así pues, la obra que Lenin comenta es la *Ciencia de la lógica* de Hegel; es decir, la principal obra (junto con la *Fenomenología del espíritu*, que constituye el culmen y la conclusión del primer periodo de la filosofía hegeliana) del filósofo alemán[16]. La ciencia de la lógica se basa, en el marco de la evolución del pensamiento de Hegel, en una serie de conceptos que trataremos de explicar y que Lenin resalta de forma precisa en sus comentarios. Hegel es un filósofo idealista. Una filosofía idealista se caracteriza por sostener que la verdad (el ser, la existencia de la verdad) se halla en la idea y que el pensamiento encuentra formas de realización que a su vez son más o menos puras, más o menos reales. En el idealismo, el mundo verdadero y la verdad existen fuera de las cosas que nos ofrece la experiencia: según el mecanismo platónico y especialmente neoplatónico, es decir, según la tradición del idealismo, del idealismo religioso, el mundo real es una simple proyección del mundo ideal y el primero puede participar en mayor o menor medida en el segundo; de todas formas la verdad no desaparece (ni puede desaparecer) de forma total. En Hegel se reafirma el principio de que la verdad se halla en la idea: pero Hegel se diferencia de todo el idealismo precedente al sostener que, si bien es cier-

[16] La *Ciencia de la lógica* puede leerse en italiano en la vieja pero siempre útil traducción de A. MONI, 3 vols., Bari, Laterza, 1925; para la *Fenomenología del espíritu* utilizamos la traducción italiana de E. de NEGRI, vols. 1-2, Florencia, La Nuova Italia, ²1960 [eds. casts.: *Ciencia de la lógica*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1975 y *Fenomenología del Espíritu*, Madrid, FCE, 1981].

to que cualquier aparición de la verdad en el mundo es transitoria, parcial, también lo es que el movimiento de la idea, del pensamiento, alcanza (como movimiento, como producción) la totalidad. Por lo tanto, ontológicamente, si desde el punto de vista del ser concreto, determinado, todo hecho es un hecho particular, una representación limitada de la idea, desde el punto de vista de la totalidad del movimiento, es decir, desde el punto de vista de la fenomenología dialéctica, el mundo es la totalidad de la idea. El idealismo, de esta forma, en la medida en que la dialéctica significa (para Hegel y los hegelianos) el desarrollo del pensamiento hasta constituir su totalidad real, se convierte en idealismo *dialéctico*. Si el ser y el pensamiento no coinciden en el inicio del proceso, si el ser y lo verdadero inicialmente no se complementan, aun así el todo se constituye; tanto en sus formas naturales como en sus formas históricas, tanto en la relación con la realidad tal y como viene dada como en la realidad tal y como se va construyendo a través de la acción, la voluntad y la libertad: la totalidad se construye a través del movimiento. De esto se deriva una consecuencia posterior, que es la propia definición del mecanismo dialéctico. Si es cierto que cualquier aparición del ser es al mismo tiempo verdadera y no verdadera (verdadera en cuanto a que participa en la totalidad, no verdadera en cuanto a que no es la totalidad de la verdad), todo el mecanismo de construcción de lo verdadero, y de reconstrucción del mundo, será al mismo tiempo un mecanismo de afirmación y negación: de afirmación de aquella parte del ser que insiste en tener alguna apariencia de realidad; de negación de esta particularidad si tenemos en cuenta que toda determinación del ser que aparece deberá a su vez ser rechazada para alcanzar la totalidad. Solo la *Totalidad* es lo Verdadero, pero la totalidad debe conquistarse dentro del proceso dialéctico. Desde este punto de vista, la lógica como ciencia no es otra cosa que la metodología de relectura de todos los procesos, por la cual, a partir de una afirmación específica, se llega a la verdad del todo. De este modo, si se tiene en cuenta que esta afirmación determinada es a la vez la representación de un ser particular (al igual que toda afirmación debe ser determinada e insistir en un objeto del que afirma y/o niega alguna cosa), entonces la ciencia de la lógica no será una ciencia formal, es decir, una ciencia que simplemente estudie las relaciones entre los predicados de las cosas, sino que será una ciencia sustancial, ontológica, será una ciencia que estudie la realidad del proceso a través del cual los objetos se constituyen en totalidad[17].

Éste es el marco general en el que se desarrolla la lógica de Hegel. Coger esta lógica de Hegel y ponerla sobre sus pies, transformarla radicalmente, parece ser el objetivo

[17] Quienes deseen tomar contacto con el pensamiento de Hegel pueden hacerlo principalmente a través de la lectura de G. LUKÁCS, *Il giovane Hegel*, Turín, Einaudi, 1960; K. ROSENKRANZ, *Vita di Hegel*, Florencia, Vallecchi, 1966; E. WEIL, *Filosofía y política*, Florencia, Vallecchi, 1965; T. W. ADORNO, *Tre studi su Hegel*, Bolonia, Il Mulino, 1971 y también B. de GIOVANNI, *Hegel e il tempo storico della società borghese*, Bari, De Donato, 1970.

de los marxistas. Veamos. La lógica de Hegel, si atendemos a las palabras de Marx, es un instrumento perfecto desde el punto de vista del rigor interno, pero tiene el defecto de hundir sus raíces en la mente, de basarse en la idea del carácter absoluto del pensamiento y de su hegemonía sobre la realidad. Poner esa lógica sobre sus pies, no tomar como fundamento la verdad abstracta e ideal, sino optar por la verdad de los intereses humanos, individuales y colectivos; estudiar cómo la dialéctica es capaz de atravesar los intereses y las necesidades inmediatas de los hombres para determinar un mecanismo de recomposición; analizar, por un lado, los momentos en los que estos intereses se afirman como intereses colectivos, como reconstrucción de una entidad de *género* de hombre, de *género humano*, y, por otro, los momentos en los que se descubren contradicciones profundísimas dentro de este movimiento de los intereses humanos, antagonismos fundamentales y bloqueos de esta perspectiva antropológica: éste fue el camino seguido por el joven Marx, y la lectura de los manuscritos del 1844 nos muestra el intento de transformar en estos términos la ciencia de la lógica y el hegelismo en general[18]. En Lenin, sin embargo, podemos encontrar algo más, y en definitiva más de cuanto pueda extraerse de la lectura de los textos juveniles de Marx, los cuales, es inútil recordarlo, no eran conocidos en los tiempos de Lenin, ya que fueron publicados casi un siglo después, en 1932, por el Instituto Marx y Engels de Leningrado.

Así pues, ¿qué principios obtiene Lenin, de forma continua, precisa, contundente, de la lectura de la *Ciencia de la lógica*? ¿Qué hay de innovador en su lectura de Hegel, que también lo diferencia de Marx? ¿Qué importancia tiene esta lectura dentro de la evolución específica del pensamiento revolucionario de Lenin? Los aspectos que debemos afrontar con el objeto de responder a estos interrogantes son múltiples. Pero vayamos por partes.

En primer lugar, un elemento fundamental en la lectura de Lenin es la recuperación de la proposición de que en el proceso del conocimiento la forma no puede ser diferente al contenido del conocimiento: no existe una lógica abstracta que pueda aplicarse a contenidos diferentes, en fases históricas diferentes. La lógica, los criterios de verdad que utilizamos, están completamente condicionados por la realidad histórica general, por la totalidad en la que nos hallamos inmersos. Esta hipótesis, que podemos encontrar desde el principio del comentario («Sólo puede ser la naturaleza del contenido la que se mueva en el conocimiento científico, puesto que es al mismo tiempo la propia reflexión del contenido la que genera y produce su propia determinación»)[19], y que verificaremos y veremos ratificada continuamente en el discurso de Lenin, constituye

---

[18] Cfr. K. MARX, en N. BOBBIO (trad.), *Manoscritti economico-filosofici del 1844*, Turín, Einaudi, 1971, nueva ed. [ed. cast.: *Manuscritos de París. Anuarios franco-alemanes. 1844*, OME-5, Barcelona, Crítica, 1978].

[19] V. I. Lenin, *Quaderni filosofici*, cit., p. 75.

también uno de los elementos fundamentales del discurso de Hegel. Es el elemento antikantiano de la obra de Hegel, algo que hay que destacar con toda claridad, ya que se trata del componente que representa, por decirlo de alguna manera, el hilo rojo de la relectura filosófica leninista, el elemento que permite mantener una postura coherente con los fundamentos materialistas de su pensamiento marxista. De este modo, la cuestión de la unidad de la forma y la materia del conocimiento y del desarrollo conceptual es afrontada en el comentario leninista desde varios aspectos: identidad de forma y materia, de lógica y gnoseología, unidad de lo objetivo y lo subjetivo en el proceso cognoscitivo, de libertad y necesidad en el proceso volitivo. Junto a esta temática, de una manera particularmente vigorosa, se retoma de la obra de Hegel el ataque contra todas las variantes de la teoría subjetivista y formalista del conocer[20]. En conclusión: «*En esencia*, Hegel tiene toda la razón frente a Kant. El pensamiento que se eleva de lo concreto a lo abstracto –siempre que sea *correcto* (NB) (y Kant, como todos los filósofos, habla del pensamiento correcto)– no se aleja *de la* verdad, sino que se acerca a ella. La abstracción de la *materia*, de una *ley* de la naturaleza, la abstracción del *valor*, etc.; en una palabra, *todas* las abstracciones científicas (correctas, serias, no absurdas) reflejan la naturaleza de forma más profunda, más veraz y más completa. De la intuición viva al pensamiento abstracto, y *de éste a la práctica*: tal es el camino dialéctico del conocimiento de la *verdad*, del conocimiento de la realidad objetiva. Kant menosprecia el saber para abrir el camino a la fe: Hegel exalta el saber, afirma que el conocimiento es el conocimiento de Dios. El materialista exalta el conocimiento de la materia, de la naturaleza, y relega a Dios, y a la morralla filosófica que defiende a Dios, al depósito de los desperdicios»[21].

Tan sólo dos palabras sobre este primer aspecto de la relectura leninista de Hegel. De alguna manera, tal y como señalamos al tratar la polémica contra los neokantianos rusos desarrollada por Lenin en *Materialismo y empirocriticismo*, puede pensarse que Lenin se encontraba especialmente predispuesto a aceptar la crítica hegeliana contra Kant. Pero el descubrimiento leninista de la «genialidad» de Hegel va más allá. Es la reivindicación, contra el propio materialismo tradicional, de un concepto de *materia* que, por un lado, tiende a confundirse y se aproxima mucho al concepto de *vida* y, por otro, asume como connotación propia un profundo fundamento ontológico, omnicomprensivo y sensible a la intervención de la praxis. Veremos cómo se desarrollan estos elementos. Pero de entrada hay que destacar que Lenin utiliza la lección hegeliana para ajustar las cuentas con el materialismo mecanicista, para excluir –o más exactamente para controlar y recomponer en una nueva figura– el componente mecanicista de la revolución materialista burguesa. En esta aproximación primitiva, podemos observar ya

[20] *Ibid.*, pp. 77-84, 85-90, 97, 159-165, 171, 177, 184-185, 197-202, 204 y 229.
[21] *Ibid.*, pp. 161-162.

el problema que Hegel provoca en Lenin al proponerle la figura filosófica de definición: el problema de la inversión dialéctica de la relación objeto-sujeto, sin perder la hegemonía radical del concepto de realidad.

A partir de esta innovadora base material para Lenin se abre un segundo orden temático. Se trata del problema de la definición de la dialéctica como ciencia de la esencia y la conexión. Lenin toma de Hegel la proposición de que el camino del conocimiento pasa por la negación de lo simple e inmediato, para recomponerlos después en el proceso que conduce a la construcción de lo real en su conjunto. La verdad es una vía que se desarrolla descubriendo la esencia como conexión real, profundizando en los niveles del ser que son poco a poco tocados. «Negación de lo *simple* [...] "movimiento espiritual" [...]. "Sólo a través de esta vía que ella misma construye [...] la filosofía puede ser ciencia objetiva, verificada" [...] la "vía que ella misma construye" = la vía (aquí se halla desde mi punto de vista el quid de la cuestión) del conocimiento real, del conocimiento del movimiento»[22]. Una red operativa de alusiones a la inmediatez se desprende de sus rasgos concretos, se vuelve abstracta y grande como el conjunto de elementos que debe contener: en este punto la dialéctica provoca la transformación, descubriendo la aprensión abstracta de la gran cantidad de elementos conectados como unidad de la conexión y concreción de la esencia. «Entonces la lógica suministra "la esencia de esta riqueza (*la riqueza de la representación del mundo*), la naturaleza íntima del espíritu y del mundo" [...], "no sólo lo universal abstracto, sino lo universal que encierra la riqueza de lo particular" [...]. Magnífica fórmula: ¡¡"No sólo lo universal abstracto, sino un universal que encierra la riqueza de lo particular, de lo individual y de lo singular" (¡toda la riqueza de lo particular y lo singular!)!! *Très bien!*»[23] Al lado Lenin anota: «Cfr. *El capital*». Efectivamente, el principio de la abstracción determinada, que Lenin utiliza *instintivamente* ya desde sus escritos de la década de los noventa del siglo XIX, ¡es descubierto aquí con su estructura lógica! Pero no sólo eso: una especie de pasión empuja a Lenin a profundizar en esta tensión dialéctica. «La totalidad del proceso del mundo» debe quedar incluida en este proceso. Materialísticamente, de una manera rigurosamente materialista («Idioteces sobre el absoluto. Yo me esfuerzo por leer a Hegel de forma materialista. Hegel [según Engels] es el materialismo al revés, es decir, elimino en su mayor parte al Dios bondadoso, el absoluto, la Idea pura, etc.»)[24]: «La conexión necesaria del mundo entero» [...]. «Nexo de determinación recíproca de la totalidad», Lenin vuelve una y otra vez sobre estos temas[25]. «*If I'm not mistaken, there is much mysticism and* pedantería hueca en estas conclusiones de Hegel, pero la idea fun-

[22] *Ibid.*, pp. 76.
[23] *Ibid.*, pp. 89.
[24] *Ibid.*, pp. 92.
[25] *Ibid.*, pp. 77-84, 85-89, 91-92, pero también 195.

damental es genial: la idea del vínculo universal, multilateral, *vital*, de todo con todo, y del reflejo de esa conexión –Hegel materialistamente invertido– en los conceptos del hombre, que también deben ser tallados, trabajados, flexibles, móviles, relativos, relacionados entre sí, unidos en oposiciones, a fin de abarcar el mundo. La continuación de la obra de Hegel y de Marx debe consistir en la elaboración *dialéctica* de la historia del pensamiento humano, de la ciencia y de la técnica.» E inmediatamente: «¿Y la elaboración "puramente lógica"? Esto coincide. Esto *debe* coincidir como inclusión y deducción en *El capital*"»[26]. A continuación Lenin afronta en particular una larga discusión sobre la lógica de los fenómenos, reconociendo el carácter correcto de la relación defendida por Hegel entre la definición de esencia y la conexión entre los fenómenos (su unidad) y, por lo tanto, de la relación esencia-ley[27]. En la discusión sucesiva trata de reconducir los conceptos de causa y efecto y el propio concepto de mediación a las categorías de la conexión[28]. «La explicación de la totalidad de los elementos de la realidad NB = la esencia del conocimiento dialéctico»[29]. Llegamos de este modo al umbral de la definición de un relacionismo universal, donde la multilateralidad del concepto de verdad, la interdependencia universal de los conceptos y la operatividad mediadora y transactiva de los elementos constituyen los parámetros de identificación[30].

Y aquí hay que abrir un paréntesis. Es el propio Lenin quien lo hace. Llevado por el entusiasmo de una lógica que le parece traducir el concepto materialista de relación (natural, histórica, siempre real) en el concepto de dialéctica, Lenin advierte aún la insuficiencia, el carácter inconcluso y preliminar de esta operación. Y sufre algo así como la desilusión de no hallarse frente al Hegel que se esperaba: «Aquí el jugo está en que tanto el mundo de los fenómenos como el mundo en sí son *momentos* del conocimiento de la naturaleza por parte del hombre, estadios, *transformaciones* o profundizaciones (del conocimiento). La separación cada vez mayor del mundo en sí *del* mundo de los fenómenos: hasta el momento nada hemos visto en Hegel sobre esto»[31]. De acuerdo, el mundo no se escapa, pero hay mucho que explicar. Y es que la dialéctica, si quiere realmente explicar el conjunto de la realidad, no puede limitarse a señalar el hecho de que «cada concepto se halla en una cierta *relación*, en un cierta conexión con *todos* los demás»: pero, entonces, «¿en qué consiste la dialéctica?»[32]. En realidad, esta

[26] *Ibid.*, p. 136.
[27] *Ibid.*, pp. 141-146.
[28] *Ibid.*, pp. 147-156.
[29] *Ibid.*, p. 149.
[30] *Ibid.*, pp. 188-189 y 191.
[31] *Ibid.*, p. 144.
[32] *Ibid.*, p. 189.

primera operación dialéctica, aunque enriquecía la base materialista del proyecto y descartaba y superaba el rígido mecanicismo de la tradición, no lograba aún llegar al fondo de la nueva definición del concepto de materia. Tampoco la reducción de todas las categorías de la mutación a las de la relación explicaba las transformaciones, la novedad productiva, la síntesis dialéctica, especialmente en comparación con la praxis. Una especie de *spinozismo*, innovador en el concepto de realidad pero incompleto y unilateral, parecía ser el resultado de esta *tranche* de la lectura de Hegel[33]. El problema es ante todo lógico, en el sentido propio de la palabra. Para el Lenin estudioso de Marx (y en estas páginas escribe: «*Aforismo*: no se puede comprender perfectamente *El capital* de Marx, y en particular el primer capítulo, si no se ha comprendido y estudiado atentamente *toda* la Lógica de Hegel. Como consecuencia, medio siglo después, ¡ningún marxista ha comprendido a Marx!»)[34], la clave consiste en explicar el proceso lógico –que se identifica con el salto productivo del conocimiento, que va de la abstracción determinada al método de la tendencia–. «NB. A propósito del verdadero significado de la Lógica de Hegel.» «La formación de conceptos (abstractos) y las operaciones con ellos incluyen en sí *ya* la representación, las persuasiones, la *conciencia* de las leyes objetivas y de la objetiva conexión del mundo. Situar la causalidad al margen de esta conexión no tiene sentido. Negar la objetividad de lo universal en lo individual y en lo particular es imposible. Por consiguiente, Hegel es mucho más profundo que Kant y otros autores cuando estudia el reflejo del movimiento objetivo en el movimiento de los conceptos. Así como la forma simple del valor, el acto individual de intercambio de una mercancía por otra, incluye ya, en forma no desarrollada, *todas* las contradicciones principales del capitalismo, así la *generalización* más simple, la primera y más sencilla formación de *conceptos* (juicios, silogismos, etc.), denota ya el conocimiento cada vez más profundo del hombre de la conexión *objetiva* del mundo. Aquí es preciso buscar el verdadero sentido, la significación y el papel de la *Lógica* de Hegel. NB esto.»[35] Éste era el problema. El retraso respecto al relacionismo dialéctico maduraba y era superado hasta llegar a descubrir la clave de la transformación dinámica de la conexión lógica y real. La serie esencia-conexión-movimiento se traducía en la serie esencia-movimiento-producción, ya que ésta, por sí sola, podía representar la dialéctica a un nivel superior y convertirse directamente no sólo en un instrumento materialista, sino en un instrumento proletario. «La verdad del ser es la esencia. He aquí la primera proposición que suena de arriba a abajo mística e idealista. Pero inmediatamente, por decirlo de alguna manera, empieza a soplar un viento fresco. El ser es lo inmediato.»[36] Aquí, las dos

[33] *Ibid.*, pp. 157-158.
[34] *Ibid.*, p. 171.
[35] *Ibid.*, pp. 169-170.
[36] *Ibid.*, p. 115.

secuencias mencionadas son todavía indistintas, pero lo inmediato se sitúa ya en condición de triunfar en la mediación (como simple relación) y de mostrarse como «autopropulsión interna», «automovimiento y vitalidad». Y esto es lo que inmediatamente sucede cuando se pasa a abordar el análisis hegeliano del «principio de contradicción». Aquí el marco dialéctico aparece en toda su extensión, con la frescura y el calor de una realidad que ha recuperado para sí la clave de su autodeterminación como movimiento cualitativo. «Movimiento y "automovimiento" (¡NB esto!, un movimiento con impulso propio [autónomo], espontáneo, *necesario-interno*), "transformación", "movimiento y vitalidad", "principio de cada movimiento", "impulso" (*Trieb*) al "movimiento" y a la "actividad" –opuesto al "*ser* muerto"– ¿¿quién creería que aquí se encuentra la clave del "hegelismo", del abstracto e incomprensible (¿pesado, absurdo?) hegelianismo?? Esta clave se debe descubrir, aferrar, *salvar superándola*, liberar del caparazón, pulir, algo que Marx y Engels también realizaron.»[37]

Así pues, el primer orden de problemas que Lenin afronta en la lectura de Hegel se centra en la definición del tejido unitario del conocimiento dialéctico de lo real. El segundo orden de problemas se centra en la definición del instrumento dialéctico como instrumento de reducción de la complejidad real a la conexión. Y dentro de este análisis nace el tercer orden de problemas: el que hace referencia a la definición dialéctica de lo verdadero como movimiento, como producción. Acompañado por una cuarta serie de temas –la crítica y transformación radical del fundamento espiritual de la lógica hegeliana–, el *análisis leninista* alcanza en el tercer orden de problemas su punto álgido. Sobre esto nos detendremos en la siguiente lección. Ahora, para concluir, basta recordar de nuevo la extraordinaria originalidad de esta lectura hegeliana. Por su frescura, por su calor, por su profundidad no tiene parangón. Especialmente cuando, como veremos en la siguiente lección, una paradójica traducción *práctica* de la dialéctica permitirá a Lenin (y más tarde a Mao) considerarla como un arma del proletariado. En este proceso posterior que nos preparamos para estudiar, el desarrollo interpretativo leniniano alcanza con toda probabilidad, respecto a la dialéctica, una intensidad superior a la lectura y uso de la dialéctica realizado por el propio Marx.

18. ENTRE FILOSOFÍA Y POLÍTICA: EL ARMA DIALÉCTICA

Hemos visto cómo, por exigencias internas al razonamiento materialista y marxista, la teoría sobre la dialéctica –cargada en un primer momento de un contenido relacional, *spinoziano* si no directamente mecanicista– poco a poco se ha ido liberando. Pero el camino no es rectilíneo. Se podría decir que Lenin se vio obligado a forzar la origi-

[37] *Ibid.*, p. 129.

nalidad de su aproximación a la dialéctica, tras haberse sentido repelido por la formidable fuerza del punto de vista productivo de la dialéctica hegeliana. Y, de hecho, en la primera parte del comentario leninista, cada vez que el relacionismo se autosupera como razonamiento productivo, con el impulso de un adecuado sustrato ontológico, busca una cobertura, que es al mismo tiempo mistificación o juicio incompleto del proceso.

Veamos algunos aspectos. Al estudiar «el concepto general de la lógica», Lenin se topa con el problema del «nexo necesario interno». Para explicarlo, «Hegel formula dos postulados fundamentales: 1) la necesidad del nexo y 2) el nacimiento inmanente de las diferencias». Lenin comenta: «¡Muy importante! Esto significa, a mi juicio: 1) Nexo *necesario*, nexo objetivo de todos los aspectos, fuerzas, tendencias, etc., en la esfera de los fenómenos. 2) "*Nacimiento* inmanente de las diferencias": la lógica objetiva interna de la evolución y de la lucha entre las diferencias polarizadas»[38]. Se ha tocado el terreno adecuado sobre el que avanzar, pero el desarrollo del discurso leninista se detiene aquí. También la crítica leninista a la doctrina hegeliana del ser[39] llega a *impasses* análogos: la fuerza del ser, que se autoproduce, modifica el nexo esencia-conexión, transformándolo en fuerza productiva. Pero Lenin llega a estas reflexiones con dificultad, el ser vuelve a emerger con el carácter compacto propio de Spinoza, concediéndose más importancia a conceptos como *vida, vitalidad* –que no son desde luego sinónimos de producción– que al elemento productivo. Y es que la producción comprende el salto cualitativo y la inversión productiva de la relación existente entre inmediatez y mediación. E incluso cuando, al final del libro I de la *Ciencia de la Lógica*, Lenin se topa con la crítica hegeliana del concepto de gradualidad y con un intento específico de explicar la dialéctica de cantidad y cualidad[40], su reflexión se queda en un énfasis genérico sobre la discontinuidad del proceso dialéctico. *Natura facit saltus:* pero la proposición –y el énfasis sobre ésta– no generan ningún avance en el análisis general.

Es importante constatar estas dificultades iniciales, porque a partir de ellas se ha querido identificar en el pensamiento filosófico de Lenin una especie de irreducible dualismo que se configura entre el materialismo dialéctico y la iniciativa política, de tal forma que al primero se le atribuye la función de ser mero reflejo teórico de las concatenaciones de los fenómenos (la *Teoría* enfatizada), lejos de la capacidad de reconducir la realidad a un sujeto creativo. Este dualismo (que identifica un Lenin *spinoziano* en filosofía diferente del Lenin pragmático de la política) parte de la convicción de que en el materialismo –y en Lenin– no puede darse una concepción unificadora, que cualquier concepción que tienda a comprender el proceso de forma unitaria es tendencialmente idealista, que cualquier noción de subjetividad (si por subjetividad entendemos la atribución de la conexión a un

[38] *Ibid.*, pp. 87-88.
[39] *Ibid.*, pp. 91 ss.
[40] *Ibid.*, pp. 109-114.

sustrato productivo) debe ser eliminada de la Teoría. Althusser[41] –y algún que otro autor de nuestro país–[42] ha defendido intensamente estos puntos de vista. Éste no es lugar para verificar las consecuencias de estas posturas: pero Althusser, en concreto, ha podido comprobar cómo el citado punto de vista, a la par que no permite un avance de la teoría, confía la valoración política al oportunismo más ciego, a la autonomía e independencia preconcebidas del partido; como sucede, lógicamente, cuando el dualismo interviene para separar el juicio político del movimiento de las masas[43]. En esta sede, sin embargo, nos interesa demostrar cómo este dualismo representa una dificultad absolutamente inicial en el desarrollo de la lectura de Lenin, cómo –al contrario de lo defendido por Althusser– precisamente en estos *Cuadernos filosóficos* Lenin reconquista la unidad de su perspectiva, y lo hace a través de la definición de la dialéctica como arma del sujeto revolucionario.

No es, por lo tanto, casual que las ambigüedades iniciales empiecen a despejarse cuando Lenin afronta el estudio de la *subjetividad* en el marco de la «Doctrina del concepto» hegeliana. Entonces, el ataque al subjetivismo kantiano y a las teorías formalistas del conocimiento, la reivindicación de la validez de la postura unitaria hegeliana sobre los problemas relativos de la relación existente entre contenido y forma del conocimiento experimentan un avance decisivo: no sólo la relación esencia-conexión-movimiento se presenta completamente dinámica, sino que dentro de la circularidad relacional del proceso comienza a evidenciarse –con un carácter materialista– el carácter primordial del sujeto que produce el conocimiento. «Las leyes de la lógica son el reflejo de lo objetivo en la conciencia subjetiva del hombre», donde «subjetividad y objetividad son absolutamente dialécticas»[44]. Se trata únicamente de una aproximación, pero enseguida –en el comentario a la parte central de la «Doctrina del concepto: III. La Idea»– el argumento se afianza y gana solidez. «Eterna vitalidad = dialéctica»[45]: se retoma el discurso de esta forma, que parece ser un pequeño paréntesis al margen del relacionismo universal, del *spinozismo* del que hemos hablado. Pero éste no es el sentido principal que se le atribuye al término dialéctica. Es más, en casi todo el texto, desde este punto en adelante, la dialéctica aparece más bien como *proceso*, con todo lo que esto significa de añadido a la originalidad de la esencia. La «muerta quietud del objeto», de la esencia, aparece aquí arrollada por el proceso del conocimiento, por el desarrollo del conocimiento humano, como actividad subjetiva, como obra[46]. Y es entonces cuando

---

[41] Por último, véase L. Althusser, *Lenin et la Philisophie*, cit. y *Reponse à John Lewis*, cit.

[42] B. de Giovanni, *Hegel e il tempo storico della società borghese*, cit., pero también otros (como Luporini, Vacca, etcétera).

[43] Véanse los artículos de P. A. Rovatti y J. Ranciere, en *Aut-Aut* 138 (noviembre-diciembre de 1973).

[44] *Ibid.*, p. 175.

[45] *Ibid.*, p. 192.

[46] *Ibid.*, pp. 186-193

la unión productiva entre sujeto y objeto comienza a encontrar su verdadero carácter, a descubrir la especificidad material de su propia naturaleza dialéctica. «La verdad es un proceso. De la idea subjetiva el hombre llega hasta la verdad objetiva *a través* de la praxis (y la técnica).»[47] La praxis emerge como plasmación práctica de la dialéctica al superar ésta –integrándola– la concepción de la esencia como conexión y mediación: la praxis es el motor y la verificación (mediación) del proceso dialéctico.

Hemos llegado a uno de los aspectos más importantes de la lectura leniniana de Hegel. El significado de la praxis pasa a ser ahora central, como descubrimiento de la radicalidad material, si bien la dinámica y productiva, de la mediación entre la actividad constitutiva del sujeto y la emergencia de la realidad inmediata. La dialéctica deja de ser circular, su continuidad se identifica con la conexión de elementos constituidos por la praxis e intelectualmente correlativos. Continuidad y discontinuidad dialéctica encuentran su motor constitutivo en la praxis. En estas páginas, la insistencia y el énfasis leninista en la misma definición hegeliana de la praxis, en los rasgos *materialistas* que establece esta definición, en la importancia de la inmediatez (como irreductibilidad objetiva) que está presente en la descripción hegeliana de la praxis, son enormes. Lenin concluye: «La praxis es superior al conocimiento (teórico), porque posee no sólo la dignidad de la universalidad, sino también la de la realidad inmediata»[48]. Y en otro movimiento: «El conocimiento teórico debería presentar el objeto de su necesidad, en sus relaciones multilaterales, en sus movimientos contradictorios, en sí y para sí. Pero el concepto humano aprehende *definitivamente* esa verdad objetiva del conocimiento, se apodera de ella y la domina, sólo cuando el concepto se convierte en "ser para sí" en el sentido de la praxis, es decir, la praxis del hombre y de la humanidad es la prueba, el criterio de la objetividad del conocimiento. ¿Ésta es la idea de Hegel? Es necesario volver a esto»[49]. Y regresa inmediatamente: «Por consiguiente, Marx se ubica claramente al lado de Hegel cuando introduce el criterio de la práctica en la teoría del conocimiento: ver las *Tesis sobre Feuerbach*»[50]. En definitiva, se trata del mismo concepto de silogismo de la acción que hemos extraído como conclusión. «El conocimiento [...] se encuentra frente a lo que en verdad existe como realidad presente con independencia de las opiniones (*Setzen*) subjetivas. (¡Esto es materialismo puro!) La voluntad del hombre, su praxis, impiden la consecución de sus fines [...] en la medida en que se separan del conocimiento y no reconocen la realidad exterior como lo que verdaderamente es (verdad objetiva). Lo que hace falta es *la unión del conocimiento*

[47] *Ibid.*, p. 193.
[48] *Ibid.*, p. 207.
[49] *Ibid.*, pp. 204-205.
[50] *Ibid.*, p. 205.

y la praxis»[51]. «El "silogismo de la acción" [...]. Para Hegel la acción, la praxis, es un "silogismo" lógico, una figura de la lógica. ¡Y eso es verdad! No, por supuesto, en el sentido de que la figura de la lógica tenga su otro ser en la praxis del hombre (= idealismo absoluto), sino a la inversa: la praxis del hombre, que se repite cien millones de veces, se consolida en la conciencia del hombre por medio de figuras de la lógica. Precisamente (y sólo) debido a esta repetición de cien millones de veces, estas figuras tienen la estabilidad de un prejuicio, un carácter axiomático.

»Primera premisa: El *buen fin* (fin subjetivo) *versus* la *realidad* ("realidad exterior").

»Segunda premisa: El *medio* exterior (instrumento) (lo objetivo) y

»Tercera premisa y conclusión: La coincidencia de sujeto y objeto, la prueba de las Ideas subjetivas, el criterio de la verdad objetiva.»[52]

Llegados a este punto, el subjetivismo dialéctico y productivo de Lenin da un paso más. Lenin afronta la «teoría del reflejo» como una teoría materialista del conocimiento, al interpretarla coherentemente en términos de una *teoría constitutiva* del objeto, en el sentido materialista. En estas páginas se describe la teoría del reflejo de esta forma, como teoría constitutiva. Lenin pasa poco a poco de un momento *objetual* y pasivo, basado en la subordinación del mundo de las ideas al mundo de las cosas («La dialéctica de las *cosas* produce la dialéctica de las *ideas* y no a la inversa»)[53], a ver realizarse el reflejo dentro del proceso dialéctico como motor productivo, constitutivo. El concepto de praxis destruye, en el marco dialéctico, el carácter físico y objetivo del reflejo, subordinando éste a la verificación y a la técnica hasta determinar su función constitutiva. «La vida produce el cerebro. La naturaleza se refleja en el cerebro humano. Mediante la verificación y la aplicación de la exactitud de esos reflejos en su práctica y su técnica, el hombre llega a la verdad objetiva.»[54] «La actividad del hombre, que ha construido para sí una imagen objetiva del mundo, *transforma* la realidad exterior, suprime su determinación (= este o aquel aspecto o cualidad suya) y de tal modo le elimina las características de apariencia, exterioridad y nulidad, y la torna existente en y por sí (= objetivamente verdadera.)»[55] «El resultado de la actividad es la prueba del conocimiento subjetivo y el criterio de la objetividad verdaderamente existente.»[56]

Nadie se escandalizará, imagino, excepto los que defienden una «teoría sin sujeto», si como conclusión de lo dicho hasta el momento damos lectura a este último trocito

---

[51] *Ibid.*, p. 210.
[52] *Ibid.*, p. 211.
[53] *Ibid.*, p. 188.
[54] *Ibid.*, pp. 193-194.
[55] *Ibid.*, pp. 212-213.
[56] *Ibid.*, p. 213.

del comentario leninista, que resume las características de la dialéctica tal y como es interpretada en la «Ciencia de la lógica» y será asumida definitivamente por el leninismo: «Aquí es importante: 1) la caracterización de la dialéctica: automovimiento, fuente de actividad, movimiento de la vida y del espíritu; la coincidencia de los conceptos del sujeto (el hombre) con la realidad; 2) objetivismo en el más alto grado (*el "movimiento más objetivo"*)»[57]. En definitiva, y como *observación general*, Lenin añade: «Es digno de mención el hecho de que en todo el capítulo sobre la "Idea Absoluta" apenas se dice una palabra sobre Dios (casi nunca se ha escapado por accidente un *concepto divino*), y además el capítulo *–eso NB–* tiene en escasísima medida por contenido específico el idealismo, concentrándose por el contrario fundamentalmente en el *método dialéctico*. La suma, la última palabra y la esencia de la lógica de Hegel es el *método dialéctico* (esto es sumamente importante). Y una cosa más: en esta obra Hegel, la *más idealista* de todas, hay *menos* idealismo y *más* materialismo que en ninguna otra. ¡Es *contradictorio*, pero es un hecho!»[58].

Para completar nuestro análisis de los *Cuadernos filosóficos* sólo nos quedaría volver a detenernos en las partes en las que Lenin retoma la crítica de los elementos de idealismo que atraviesan la *Ciencia de la lógica*, ratificando la necesidad de su eliminación: «Engels tenía razón cuando decía que el sistema de Hegel era materialismo con la cabeza en los pies»[59]. No queda más que la molestia de la elección: a lo largo de todo el contenido del comentario, junto a la identificación de las insoportables *rarezas* de Hegel, aparece la denuncia puntual de todos los aspectos de exaltación idealista. «Mística», «juegos dialécticos», «vanidades teológicas», «idioteces sobre el absoluto», «objetivismo + mística y traición del concepto de desarrollo», etc.: éstos son sólo algunos de los epítetos que ilustran la certeza leniniana de que la *Ciencia de la lógica* representa la «vigilia de la transformación radical de la dialéctica»[60]. Pero no vale la pena profundizar mucho más en este cuarto orden de temas leninianos sobre la lectura de Hegel: es de uno de los aspectos más tratados de la tradición marxista.

Llegados a este punto, reviste mayor importancia tratar de dilucidar cuanto antes el extraordinario significado que tiene para Lenin esta lectura dialéctica. Lo hemos señalado: con la dialéctica, el desarrollo de pensamiento de Lenin adquiere carácter propio, un desarrollo que, desde la teoría de la composición de clase, estaba llegando de manera prepotente a los temas de la inversión de la relación composición-organización y de la insurrección por el comunismo. Pero hay algo más. La lectura hegeliana de Lenin añade a la mejor interpretación marxista de Hegel (la de Marx) un

[57] *Ibid.*, p. 225.
[58] *Ibid.*, p. 232.
[59] *Ibid.*, p. 231.
[60] *Ibid.*, por ejemplo y pp. 91-92, 159-166, 181-183 y 196-197.

aspecto nuevo y superior: la convicción del papel ontológicamente dominante de la praxis colectiva, de la praxis obrera y revolucionaria. Llegados a este punto podemos considerar definitivamente al materialismo como ciencia obrera de la revolución, al margen de la tradición mecanicista, encarnación de un realismo obrero revolucionario. Llegados a este punto, la dialéctica se convierte en un *arma del proletariado*, concebida definitivamente para dar cobertura a las experiencias. La transformación de la praxis bolchevique entre los meses de abril y octubre no habría alcanzado una lucidez tan alta si no se hubiese pasado por esta experiencia teórica. La profundización maoísta, dentro de la tendencia leninista, de la problemática de la insurrección y de la dictadura del proletariado y su transformación en la práctica de la revolución permanente, todo esto se nutre de la formidable lección teórica que representa la *Ciencia de la lógica* reinterpretada por Lenin. Sin la convicción del poder radicalmente innovador de la praxis el gradualismo y el reformismo son invencibles. Sin la capacidad de conducir la abstracción determinada y el método de la tendencia a la fuerza resolutiva de la praxis colectiva, el universo humano se representa como una ley implacablemente contraria a los oprimidos. Sin la fuerza de un proyecto teórico que ilumine los procesos de la praxis, la reapropiación de las masas de la alegría de gestionar el poder se convierte en algo imposible. Bien, todo esto aparece brevemente en la praxis leninista de la lectura de Hegel, en este redescubrimiento formidable de la metodología marxista, con una diferencia respecto a Marx: el arma teórica está a punto de convertirse en arma práctica y material.

Cuando Lenin sube al tren blindado que lo llevará de Suiza a Rusia, lleva consigo tres series de apuntes: sobre la dialéctica, sobre el imperialismo y sobre el Estado[61]. ¡Desde luego, no habrá sido el contenido de estos *cuadernos* lo que haya ocupado su atención![62] Y sin embargo Lenin había construido con estos tres grandes temas de estudio su «Enciclopedia de la praxis colectiva». En el grupo de argumentos sobre la dialéctica había redescubierto la fuerza innovadora de las masas como elemento originario y pulsión principal del movimiento; en el grupo de apuntes sobre el imperialismo había definido la antítesis, la negatividad del proceso capitalista con toda la rigidez de su composición y tendencialidad material: la negación capitalista se había exasperado hasta llegar al límite de tensión posible en la contención del movimiento de clase, originando en su interior un mecanismo autodestructivo; en el grupo de notas sobre la teoría del Estado de Marx, Lenin finalmente había aplicado la dialéctica a la relación conclusiva, había visto la destrucción revolucionaria articularse en el movimiento de las masas como ansia y exigencia de comunismo. La unificación del

[61] Lleva consigo «idealmente»... ¡porque había olvidado uno de los cuadernos! Véase L. Coletti, «Introducción» a *Quaderni filosofici*, cit.

[62] La descripción del viaje de Suiza a Rusia se halla en la biografía de Lenin de Fischer.

análisis en torno al concepto más alto de productividad de la acción de clase y de masas constituye el fundamento de esta evolución del pensamiento de Lenin. El concepto de organización también resultaba modificado por todo ello respecto a los conceptos bolcheviques precedentes, respecto al *¿Qué hacer?*, porque organización significaba ahora dialéctica general del movimiento revolucionario. El concepto de momento propicio también había sido renovado porque ahora dependía de la síntesis de los elementos destructivos y generados por el mecanismo imperialista y determinados por la actividad de las masas. La síntesis comunista se operaba al más alto nivel, el de la comprensión del movimiento en su totalidad creativa.

Si regresamos por un momento a las posturas de los estudiosos contemporáneos de los *Cuadernos filosóficos* de Lenin, y en particular a Althusser, hay que reconocer que Lenin reproduce un rasgo de la actitud teórica que en la actualidad estos reivindican como característico de la *teoría*, y es la total apertura del punto de vista obrero, la ausencia de hipótesis totalmente definidas, la tendencia a abrir la concepción de un futuro estructurado en límites inalcanzables para la praxis actual. Pero –y esto debe subrayarse de nuevo con fuerza– en la Teoría contemporánea este carácter ilimitado y este objetivismo estructurales se encuentran *vacíos* (¡y tan grande es el vacío de la teoría que el Partido se ve obligado a intervenir para eliminar la sensación de vértigo!), mientras que en Lenin esta apertura es estructurada subjetivamente gracias a la praxis colectiva de las masas, y el carácter ilimitado y el objetivismo estructurales son *superados* por el ímpetu autoproductivo y siempre renovador del movimiento. También en el plano rigurosamente lógico el proceso es el mismo: de la abstracción determinada a la tendencia a realizarse del momento propicio, el proceso se renueva y se rellena con una actividad concreta y específica que de ninguna manera puede ser evitada, que en realidad –por sí sola– da sentido al proceso. El concepto de organización y el programa comunista viven esta tensión y esta continuidad de masas.

Para finalizar, pongamos un ejemplo. El contenido del análisis leninista del «Imperialismo» es conocido, porque muchas veces nos hemos referido a él. Ahora bien, ¿qué hace que estos escritos estén relacionados de manera tan inmediata con la práctica de las masas? ¿Tal vez el corte teórico estructural, objetivista? ¿Quizá la especificidad de la posición contraria a las *aristocracias obreras* y a sus componentes social chovinistas? (Y, por lo tanto, en las palabras de Althusser, ¿el «estructuralismo» de la Teoría y la «lucha de clases» en filosofía?) Ciertamente no. Estos textos llegan a ser fundamentales para la preparación de la Revolución de Octubre porque identifican una tendencia objetiva –la crisis capitalista a partir del perfeccionamiento máximo de la máquina de represión antiobrera en el marco de la guerra entre imperialistas– y la remiten al sujeto obrero, indicando el momento propicio y el objetivo. La referencia al sujeto obrero da sentido al mismo tiempo a la teoría y a la crítica teórica. Porque el sujeto obrero es el sujeto de la teoría. Si no fuera por esto, si no fuera porque gracias a la teoría

podemos –sin disimulo– decir *por quién, para quién, por qué motivo*, si no fuera por esto, todo sería inútil. «La inevitabilidad de la crisis revolucionaria que irrumpe por el desarrollo del imperialismo»: esta afirmación teórica es al mismo tiempo la afirmación del sujeto obrero.

Así pues, el intermedio dialéctico de los años 1914-1916 concluye muy positivamente. Lenin dotó de un *corpus* teórico a una línea de investigación en el filón de la revolución que siempre había perseguido, dando una nueva arma, una nueva visión teórica al movimiento. La dialéctica leninista sigue siendo para nosotros una enseñanza fundamental.

IV

Los fundamentos económicos de la extinción del Estado. Introducción a la lectura de *El Estado y la revolución*

19. «¿QUIÉN EMPEZARÁ?»

Comencemos la lectura de *El Estado y la revolución*. Las cosas que se han dicho hasta ahora sirven en buena medida de introducción al discurso sobre *El Estado y la revolución*: auténtico corazón del pensamiento de Lenin y razón por la que los obreros revolucionarios serán siempre leninistas. Nuestro discurso se centrará en el capítulo V, que lleva por título «Las bases económicas de la extinción del Estado». Naturalmente, antes leeremos los otros capítulos, para ver de qué manera se justifica y toma forma el discurso sobre la extinción del Estado, que es central en este trabajo.

Utilizaré la edición de Samonà y Savelli[1] porque tiene la ventaja de que incluye, junto a *El Estado y la revolución*, los cuadernos de preparación *El marxismo sobre el Estado*, unos apuntes de Lenin en los que interpreta textos de Marx, de Engels, de Kautsky. Estas notas resultan interesantes porque permiten reconstruir la génesis del discurso leninista. En *El Estado y la revolución*, que ha escrito entre agosto y septiembre de 1917 (justo después del primer intento insurreccional fallido de julio, cuando Lenin se vio obligado a huir de Moscú)[2], Lenin utiliza las notas sobre *El marxismo y el Estado* que había redactado en Suiza en el periodo inmediatamente anterior a su retorno a Rusia. En Suiza, después de haber sido obligado a abandonar Cracovia, localizada en la Polonia austriaca de entonces, Lenin redacta una triple serie de textos: el primer grupo se corresponde con los estudios filosóficos, que fueron recopilados en los cuadernos de

[1] V. I. LENIN, *Stato e rivoluzione e lo studio preparatorio. Il marxismo sullo Stato*, a cargo de P. MARCONI, Roma, Samonà e Savelli, 1963.

[2] Sobre la clandestinidad de Lenin, véanse las mencionadas obras de Carr y Fischer.

Lenin sobre Hegel; el segundo grupo está dedicado al estudio (los cuadernos) del imperialismo y por consiguiente a la redacción del ensayo popular sobre el imperialismo y, por último, aparecen estos escritos sobre *El marxismo y el Estado* que constituyen el antecedente inmediato de la obra de agosto de 1917. Veremos cómo estos tres bloques, es decir, el redescubrimiento y renovación del método dialéctico, el análisis sobre el imperialismo y el análisis específico del Estado y el comportamiento de la revolución obrera frente al Estado, se encuentran íntimamente relacionados. Respecto a este manuscrito, *El marxismo sobre el Estado*, hay que decir que tiene una historia particular: parece ser que Lenin tenía la intención de escribir *El Estado y la revolución* en Suiza, o nada más llegar a Rusia, pero que no pudo hacerlo porque los apuntes se perdieron durante el viaje de regreso a Rusia; cuando por fin Lenin recupera los apuntes de manera fortuita (lo cual sucede en el momento en que pasa a la clandestinidad como consecuencia de una orden búsqueda y captura), el escrito es finalmente redactado en agosto-septiembre.

El texto se detiene en el capítulo VI. Los capítulos precedentes son los siguientes: el I está dedicado a la sociedad clasista y el Estado en general; el II es una reconstrucción de los escritos de Marx sobre la revolución de 1848; el tercero está dedicado a la experiencia de la Comuna de París de 1871 y por extensión al análisis de Marx sobre la Comuna; el capítulo IV comprende explicaciones complementarias y recorre los escritos de Marx, y sobre todo de Engels, redactado en polémica con la socialdemocracia, ya sea para apoyarla o para criticarla (en concreto son muy relevantes las críticas al programa de Erfurt y de Gotha); el capítulo V afronta directamente la cuestión de la extinción del Estado y de las bases materiales de esa extinción; el capítulo VI es un ataque despiadado contra Plejanov y Kautsky; del capítulo VII sólo se conserva el apartado titulado la «Experiencia de la revolución rusa de 1905 a 1917». El esquema sobre el que se levanta *El Estado y la revolución* es el siguiente: se parte del discurso marxista sobre la génesis del Estado para llegar al discurso sobre la lucha de la clase obrera y sobre la experiencia de la lucha que se desarrolla entre los años 1848 y 1871; a partir de aquí se propone el discurso sobre el programa comunista –que hace referencia tanto al análisis de las posiciones del partido como al discurso sobre la extinción del Estado– para descender de nuevo a la crítica contra los oportunistas, contra Kautsky y Plejánov. De acuerdo con el plan original, se habría debido abordar el análisis de la experiencia de la revolución rusa de 1905 y de 1917, para defender la actualidad del programa comunista y mostrar la madurez de masas del mismo, siguiendo la estela de las indicaciones que emergen del análisis de 1848 y de 1871. Se trata de un esquema (el del capítulo VII) en el que teoría, historia, crítica y programa tendrían que haberse unido y verificado: realmente, con la obra acabada, se echa mucho en falta este último discurso.

Veamos el esquema del capítulo VII: «1) Nueva "creación popular" en la revolución. *¿Quid est?* (Plejánov, 1906). 2) Lecciones de 1905 (resoluciones de los menchevi-

ques y de los bolcheviques, 1906). 3) Vísperas de la Revolución de 1917: tesis de octubre de 1905. 4) Experiencia del 1917. Ascenso del movimiento de masas, soviet (su extensión y debilidad; dependencia de la pequeña burguesía). 5) Prostitución de los soviets por parte de los socialistas revolucionarios y los mencheviques: milicia, pueblo armado; sección militar, las "secciones"; sección económica; exploración sobre el 3-5 de julio; "independencia" del poder de las organizaciones de los partidos. 6) El episodio de Kornilov: degeneración de los mencheviques y los socialistas revolucionarios; la falsificación del 14-19 de septiembre. 7) El "mesianismo". ¿Quién empezará?»[3]. Habría sido un resumen coherente del conjunto de la actividad teórica de Lenin, desde un punto de vista específico: la preparación de la insurrección. «¿Quién empezará?» cierra el esquema del capítulo VII. A este respecto, Lenin cita en sus apuntes los siguientes fragmentos de la introducción de Engels a la *Miseria de la filosofía*: «Algo que es formalmente erróneo desde el punto de vista de la ciencia económica puede ser totalmente válido desde el punto de vista de la historia universal» [...] «en un error económico formal puede esconderse un contenido económico totalmente real»[4]. «¿Quién empezará?» es, por lo tanto, la demostración de lo que, en otro lugar, hemos denominado inversión de la relación "existente" entre composición y organización. «¿Mesianismo?» Es la respuesta irónica a todos aquellos que, en el marxismo *occidental* de la Segunda Internacional, insistían en el carácter *oriental*, mesiánico, etc., del pensamiento leninista. De hecho Lenin reconduce aquí la fuerza de la transformación dialéctica de la praxis determinada (de la composición de clase) en virtud de los objetivos del proyecto organizativo: extinción del Estado, felicidad de los hombres, subjetividad en la gestión del proceso, asentamiento de la organización en las necesidades políticas principales del proletariado. Lenin asume, de manera polémica, el término «mesianismo» poniéndolo entre comillas: «quien empezará», es evidentemente el proletariado ruso, precisamente allí donde el «mesianismo» de la organización ha logrado, por una parte, desencadenar el movimiento de masas y, por otra, regularlo, dirigirlo y conducirlo hacia su objetivo político esencial y consciente. Con esta base el proletariado ruso será capaz de afrontar los problemas de la extinción del Estado.

Para nosotros, resultaría sencillo a día de hoy, tomando como base la experiencia rusa, la experiencia del socialismo real, realizar duras críticas al contenido del discurso leninista, renovando, quizá, la acusación de utopismo. Pero ¿qué sentido tendría? La acusación de utopismo, la crisis de la finalidad subjetiva, no podría de ninguna manera eliminar el hecho de que esta tensión subjetiva del odio contra el Estado constituye la matriz operativa de cualquier movimiento revolucionario de masas. Quien abandona el terreno de una utopía entrelazada con la capacidad subjetiva de las masas abandona no

[3] *Ibid.*, pp. 142-143.

[4] *Ibid.*, p. 143, n. 6.

sólo a Lenin, no sólo a Marx, sino todo fundamento materialista de la acción revolucionaria, toda posibilidad de comprender la tendencialidad madura actual.

Pero veamos, entre tanto, el «Prólogo a la primera edición» de *El Estado y la revolución*: tiene fecha de agosto de 1917. Y el «Epílogo a la primera edición», que está fechado el 30 de noviembre de 1917: «Este folleto fue escrito en los meses de agosto y septiembre de 1917. Tenía ya trazado el plan del capítulo siguiente, el VII: "La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917". Pero, aparte del título, no me fue posible escribir ni una sola línea de este capítulo: vino a *impedirlo* la crisis política, la víspera de la Revolución de Octubre de 1917. De *impedimentos* como éste no tiene uno más que alegrarse. Pero la redacción de la segunda parte del folleto (dedicada a la "experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917") habrá que aplazarla seguramente por mucho tiempo: es más agradable y más provechoso vivir la experiencia de la revolución que escribir acerca de ella»[5].

Un epílogo como éste cumple todos los requisitos para ser famoso. Ubica de modo justo el libro, que constituye precisamente el núcleo teórico de la experiencia práctico-política que Lenin vive en esos días, y lo dota de una intensidad que sólo el proceso revolucionario podía determinar.

Así pues, prólogo a la primera edición: «La cuestión del Estado adquiere actualmente una importancia singular, tanto en el aspecto teórico como en el aspecto político práctico»[6]. ¿Por qué? Porque en torno a esta cuestión giran todos los problemas, que se basan en la convicción que Lenin tiene desde los inicios de la revolución de que ésta puede explotar la crisis bélica con las dramáticas consecuencias de desarrollo capitalista que genera: la guerra es la última fase de un ciclo de desarrollo capitalista. «La guerra imperialista ha acelerado y agudizado extraordinariamente el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado.»[7] Ésta es la primera tesis fundamental que se encuentra en la base de todo el discurso de Lenin. La identificación es correcta: en la etapa que está atravesando el capital se produce el perfeccionamiento de las estructuras monopolistas del capital y la configuración de su completa simbiosis –acelerada extraordinariamente por los sucesos bélicos– con las estructuras del Estado. Nos encontramos en la parte final del proceso que se inicia con la gran etapa de luchas obreras posteriores a 1870 y la formación de los partidos socialdemócratas, y que provoca el proceso de reestructuración capitalista que continúa y se desarrolla durante todo el siglo XIX, hasta su final no sólo cronológico sino «real», que viene marcado por la primera gran guerra imperialista. La reestructuración capitalista posterior al ataque *communard* ya había sido descrita en dos obras fundamentales, pro-

[5] *Ibid.*, p. 141.
[6] *Ibid.*, p. 3.
[7] *Ibid.*

ducidas dentro de la socialdemocracia: *El capital financiero* de Hilferding y *La acumulación del capital* de Rosa Luxemburg. Este proceso había sido reflejado en ellas: en la medida en que los obreros, como sucede desde la década de los setenta del siglo XIX, atacan las bases de la producción capitalista de manera directa y masiva y lo hacen a través de su figura social específica de proletario mísero y masificado, que es la primera composición técnica que el capital produce, y que está destinada a la producción manufacturera, en la medida en que esto sucede, entre 1848 y 1870, el capital eleva enormemente el grado de composición orgánica, es decir, aumenta enormemente la separación entre maquinaria y trabajo consumido, entre capital constante y variable. ¿Con qué objetivo? Con el objetivo de dividir nuevamente a la clase obrera unificada por la lucha, y configurar la figura del obrero profesional, un obrero capaz de generar un grado de productividad altísimo respecto al pasado, un obrero que a través de la dignidad del trabajo, con una conciencia del trabajo mayor, conquista una posición específica en el conjunto del proletariado. La posibilidad de este salto capitalista se produce gracias a un proceso gigantesco de concentración y a la garantía de unas condiciones de monopolio seguras (la capacidad de fijar, de forma masiva y unilateral, el precio de la mercancía). Pero, por otro lado, esto provoca la necesidad de desarrollar en el campo imperialista la construcción de un mercado que sea capaz de responder a la capacidad productiva determinada por este nivel superior de composición orgánica. Éste es el proceso descrito con exactitud por Hilferding y Rosa Luxemburg primero y retomado por Lenin después, en la teoría del imperialismo, con algunas correcciones específicas que aquí no nos interesan. Lo que nos interesa en estos momentos es describir el marco general: la iniciativa de la lucha obrera en la fase que media entre 1848 y 1870; el avance del conjunto de la estructura capitalista con el objeto de frenar este nivel de luchas obreras; la reestructuración de la producción y de la fuerza de trabajo con el objeto de provocar la ruptura de la unidad que se había configurado en el interior de la clase obrera. Esta ruptura interna y vertical, que aparece a finales del siglo XIX, permanecerá como rasgo específico de la fuerza de trabajo europea hasta la gran crisis de 1929 y las transformaciones subsiguientes.

La revolución rusa se desarrolla a partir de esta figura, como revolución del obrero profesional en toda su dimensión. Se trata de la revolución del obrero que está unido a una determinada ideología del trabajo, a una específica ideología del socialismo. Y que transforma el sometimiento capitalista en fuerza revolucionaria. Esto sucede siempre, y siempre debe suceder, si es cierto que el obrero, antes de convertirse en revolucionario, es capital variable, es decir, parte del propio capital. Los límites de la revolución soviética van mucho más allá del mero hecho de haber sido dirigida de forma burocrática; Éstos fueron determinados en realidad por una historia particular del capital y están relacionados con un tipo específico de composición de la clase obrera. Pero esta convicción es precisamente lo que nos ha llevado, en la etapa más reciente de la experien-

cia revolucionaria, a valorar como algo fundamental la permanencia del proceso revolucionario, la necesidad de imponer, por encima de la continua estratificación de determinados niveles de composición obrera, la ruptura permanente de estos niveles: permanencia del proceso revolucionario como tal, revolución cultural como elemento fundamental del proyecto y del programa. Volveremos más adelante y de manera más detenida a analizar estos aspectos.

Consideremos ahora la fase descrita por Lenin. El proceso fundamental es el financiero. El avance capitalista tuvo lugar gracias a la concentración financiera y a la función de intermediación productiva desarrollada directamente por los bancos. Por otro lado, el capital incide directamente en la extensión del mercado a través de dos fases que Lenin describe de manera acertada: una primera fase dominada por la exportación de mercancías y una segunda en la que prevalece la exportación de capitales, y en la que, en consecuencia, se busca el crecimiento del mercado capitalista en el sentido propio de la palabra, de la circulación de capital como tal. «La guerra imperialista ha acelerado y agudizado de manera extraordinaria el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado.» Tercer aspecto o, si queréis, perfeccionamiento ulterior del modelo imperialista. La realidad del poder de mando, como concreción y fuerza de la concentración, sale a la luz completamente. La necesidad capitalista de presentarse en la forma Estado para desarrollar estos procesos será ahora impulsada con fuerza por la guerra imperialista. La guerra aparece como un enfrentamiento en el campo de la división de mercados y, por lo tanto, como consecuencia necesaria del proceso que se había iniciado para reestructurar el poder de mando sobre la clase y que había llevado a configurar una nueva forma de dominio sobre la clase obrera como parte del capital. De este modo, la guerra intensifica de manera extraordinaria en la *racionalidad* general del sistema. El salto hacia adelante del capital se convierte en un salto mortal, ya que el capital, para derrotar al enemigo interno –la clase obrera– está obligado a lanzarse a través de la construcción del capital financiero a la conquista imperialista de los mercados, lo cual conduce a su vez al enfrentamiento y a las guerras imperialistas. La guerra imperialista, que es una guerra de repartición de los mercados, deriva inevitablemente de la necesidad de dominar al enemigo obrero interno.

Resulta inútil cuestionar la validez del esquema de Lenin y su conveniencia respecto a la realidad concreta de la lucha de clases, la composición del capital y la clase obrera; por otro lado, resulta igualmente inútil subrayar la nula validez del esquema si lo

---

[8] Véase a este respecto los ensayos recogidos en S. Bologna, P. Carpignano y A. Negri, *Crisi e organizzazione operaia*, cit., además de los que aparecen en L. FERRARI-BRAVO (ed.), *Imperialismo e classe operaria*, Milán, Feltrinelli, 1975 y en A. SERAFINI, Y. MOULIER BOUTANG, M. Rosa DALLA COSTA *et al.*, *L'operaio multinazionale in Europa*, Milán, Feltrinelli, 1974.

aplicamos a la situación actual. De hecho, hoy día la crisis se confirma dentro de unas dimensiones específicas de planificación que son irreductibles al análisis leninista[8]. Pero no nos interesa remarcarlo.

Lo que realmente nos interesa destacar de Lenin es este proceso dialéctico fundamental: la aceleración de los procesos imperialistas y la agudización de sus contradicciones chocan directamente con sus fundamentos de clase. Las contradicciones externas estallan para convertirse de nuevo en lo que realmente son: representaciones generales de las contradicciones internas, de clase. La guerra es impuesta al Estado por la necesidad de legitimar y garantizar de forma directa el tipo de operación monopolista desplegada, pero con ello revela su finalidad primaria: el dominio interno de la clase obrera. La guerra imperialista ha acelerado extraordinariamente el proceso de transformación, decíamos hace un instante: «La opresión monstruosa de las masas trabajadoras por el Estado, que se va fundiendo cada vez más estrechamente con las asociaciones omnipotentes de los capitalistas, cobra proporciones cada vez más monstruosas. Los países avanzados se convierten –y al decir esto nos referimos a sus "retaguardias"– en presidios militares para los obreros. Los inauditos horrores y calamidades de esta guerra interminable hacen insoportable la situación de las masas, aumentando su indignación. La *madurez* de la revolución proletaria internacional es más que evidente. La cuestión de su *actitud frente al Estado adquiere una importancia práctica*»[9]. Es decir, el propio hecho de que el capitalismo haya entrado en una contradicción, provocada por las concentraciones, el imperialismo, la guerra, la agudización del carácter violento de la opresión antiobrera, genera la posibilidad de desenmascarar la naturaleza de este proceso. En el mismo momento en que surge la citada contradicción, la crisis es inevitable. Marx lo escribe miles de veces: la crisis es desvelada por el punto de vista obrero porque sólo éste conoce la verdadera naturaleza del proceso capitalista. El hecho de que la crisis bélica fortalezca al Estado no muestra otra cosa que la profunda insostenibilidad obrera de la situación. La revolución aparece desde el principio como toma de conciencia de lo insoportable que es la situación desde el punto de vista de las masas.

¡La «maduración» de la revolución proletaria internacional»! ¡Qué *aventurero* resultaría nuestro viejo compañero si nos parásemos a escuchar a todos aquellos que hoy día glorifican sus enseñanzas! Y aun así la distancia del objeto no es real: la cuestión de la revolución proletaria internacional sí que es real y cercana, porque Lenin la interpreta como producto del sujeto vivo que tiene delante.

Así pues, este sujeto vivo, concreto, determinado, ¿cómo se sitúa frente al Estado? La cuestión pasa a ser fundamental. Y esto es así porque la actitud frente al Estado constituye el aspecto fundamental de la cuestión del programa. ¿Qué hace la revolución con este Estado? La revolución asume el poder en la forma más evidente en la que el poder se presenta,

[9] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., p. 3.

es decir, como estructura, como máquina legítimamente predispuesta para gestionar una violencia que se ejercita con unos fines determinados. Pero ¿cuáles son esos fines? ¿Por qué nos apoderamos del Estado? ¿Cuál es el avance que aporta la revolución y cuál es la actitud que debe tener el proletariado frente al Estado? ¿Por qué el proletariado quiere hacerse con el Estado, por qué se apodera de él? ¿Qué uso inmediato y concreto hará de él? Lo que es fundamental es que este sujeto vivo, portador de la revolución mundial que se aproxima, tenga claro cuál es su deber, con todo lo que eso implica y con la resuelta voluntad que exige la esperanza de liberación del dominio imperialista, de su miseria y desesperación.

Desde este punto de vista, la finalidad esencial del folleto aparece ya en su prólogo, donde Lenin ataca desde el principio a «los oportunistas que se han desarrollado durante décadas de desarrollo relativamente pacífico»: unos individuos que «crearon la corriente de socialchovinismo imperante en los partidos socialistas oficiales del mundo entero. Esta corriente, socialismo de palabra y chovinismo de hecho, se distingue por la subordinación rastrera y mísera de los "jefes del socialismo" no sólo a los intereses de *su* burguesía nacional, sino, precisamente, a los intereses de *su* Estado, pues la mayoría de las llamadas grandes potencias hace ya largo tiempo que explotan y esclavizan a muchas nacionalidades pequeñas y débiles. Y la guerra imperialista es precisamente una guerra por la partición y el reparto de esta clase de botín»[10]. La necesidad de desmitificar la teoría del Estado deriva del hecho de que los jefes socialdemócratas estuvieron tan implicados en el mecanismo de la concentración capitalista, en esa primera forma colectiva del Estado creada con el objeto de mantener el desarrollo del capital en el marco de una perspectiva imperialista; estuvieron, por lo tanto, tan implicados que únicamente la liberación de esta subordinación ideológica podrá permitir el libre desarrollo de la lucha obrera revolucionaria y la consecución de sus objetivos. Capital y Estado alcanzaron una compenetración tan grande que cualquier comportamiento subalterno respecto al Estado derivó en posiciones de apoyo incondicional al imperialismo, al punto de vista capitalista contra los obreros. Por ello, «la lucha por arrancar a las masas trabajadoras de la influencia de la burguesía en general y de la burguesía imperialista en particular sólo es posible si se lucha contra los prejuicios oportunistas sobre el Estado»[11]. El discurso de Lenin, a través de la reconstrucción de los planteamientos marxianos sobre el Estado, trata de desenmascarar la falsa teoría sobre el Estado que por aquel entonces se había desarrollado en virtud de la participación imperialista y con anterioridad en virtud de la defensa del Estado nacional. «Comenzaremos examinando la doctrina de Marx y Engels sobre el Estado, deteniéndonos de manera especialmente minuciosa en los aspectos de esta doctrina olvidados o tergiversados de un modo oportunista. Luego, analizaremos especialmente la posición del principal representante de estas tergiversaciones, Karl Kautsky, el líder más conocido de la Segunda Internacional,

[10] *Ibid.*, pp. 3-4.
[11] *Ibid.*, p. 4.

que tan lamentablemente ha fracasado durante la guerra actual. Finalmente, haremos el balance fundamental de la experiencia de la revolución rusa de 1905 y, sobre todo, de la de 1917.»[12] «La cuestión de la actitud de la revolución socialista del proletariado ante el Estado adquiere así no sólo una importancia política práctica, sino la más candente actualidad en el sentido de que sirve para explicar a las masas qué deberán hacer para liberarse, en un futuro inmediato, del yugo del capital.»[13]

Llegados a este punto vuelve a ser tan evidente como dolorosa la ausencia del capítulo VII en el libro de Lenin, es decir, la reconstrucción de las luchas, algo que en Lenin habría tenido sin lugar a dudas la misma intensidad, la misma extraordinaria capacidad propositiva (además de analítica), que tuvieron los textos de Marx sobre las luchas obreras en 1848 y 1870. El riesgo de que esta carencia provoque efectos generales y determine una visión distorsionada de la obra es grande. Su carácter *doctrinario* (en el sentido de que alude a los principios del marxismo y a la teoría marxiana y engelsiana) parece ser exclusivo de esta obra, mientras que, como hemos visto, no lo es en absoluto. Esto puede legitimar de manera ilusoria interpretaciones *teóricas* que no tienen en cuenta a las necesidades del sujeto revolucionario como tal. Por lo demás, la falta del discurso sobre las revoluciones de 1905 y 1917 se aprecia también en las consecuencias internas que tiene en el análisis, por el hecho de que las categorías definidas carecen de una suficiente concreción. Veremos cómo esto es aplicable en particular a la categoría de la «extinción del Estado». Pero será necesario que nuestro análisis ignore estas carencias. Y sólo hay dos modos de hacerlo: por un lado, tratar de acercar nuestra lectura a la metodología general de Lenin, al programa político que defiende en este periodo la obra; por otro, tratar de adaptar el análisis a la situación actual, preguntándonos «qué significa *El Estado y la revolución* para nosotros hoy día» y, en definitiva, si esta teoría, construida a partir de la experiencia específica de las revoluciones de 1848 y de 1871, de la experiencia implícita del proceso revolucionario ruso de 1905 y de 1917, si, por lo tanto, esta teoría puede ser inmediatamente adoptada en la actualidad por el marxismo revolucionario.

Con este propósito, es probable que lleguemos a una serie de conclusiones que choquen con la tradición del movimiento obrero. De hecho, esta extraordinaria propuesta teórica de Lenin (extraordinaria sobre todo si la comparamos con experiencias análogas de su tiempo) es una propuesta totalmente concreta. Constituye el intento de teorizar sobre una fase específica del discurso del movimiento obrero sobre el Estado, determinando y situando históricamente el discurso sobre las bases económicas del Estado, a partir del análisis de Marx y Engels: de esta determinación económica del proceso revolucionario nace la indicación de lo concreto que a su vez será destruido en el transcurso del propio proceso. Pero entonces y una vez más podremos confirmar el hecho de que esta obra está relacionada con una etapa

[12] *Ibid.*
[13] *Ibid.*

específica, la etapa revolucionaria del obrero profesional, de la propuesta revolucionaria del socialismo. Analizar *El Estado y la revolución* implicará tomar ciertas distancias, implicará también empezar a preguntarse qué significa en la actualidad la extinción del Estado, qué significa en la actualidad la etapa transitoria de la dictadura del proletariado, qué relación existe entre la toma del poder y la extinción de la máquina de dominio del capital, qué función tiene la fuerza obrera organizada en todo este proceso. Y, por consiguiente, preguntarse qué nos dicen las luchas sobre este proyecto. Porque si es cierto que en la actualidad las luchas, en el territorio continental europeo y americano, han alcanzado unos niveles que ya anticipan el ataque directo contra el poder de mando capitalista, que ya prevén el rechazo de todas las fórmulas estatales intermedias del dominio capitalista sobre la clase; si es cierto que los movimientos proletarios rechazan radicalmente la organización del trabajo –toda la mejora de la misma– y tienden a apropiarse directamente de la riqueza existente, si es cierto que la riqueza existente es vista cada vez más como posibilidad de expansión de las facultades humanas; bien, si esto es así, ¿qué significa dictadura del proletariado hoy día? Este *acto* de toma de poder en general, ¿qué significado tiene respecto a las luchas que ya prefiguran en su interior (y la única prefiguración posible son las luchas) el rechazo a toda delegación y un proyecto de reapropiación directa de la riqueza, así como un desarrollo nuevo de la energía humana colectiva que la clase obrera representa? Llegados a este punto, ¿qué es la dictadura del proletariado? Como sabemos, Lenin establece una fase intermedia que es definida precisamente como dictadura del proletariado, una fase intermedia que se identifica principalmente con la construcción de la sociedad planificada, con la construcción del socialismo: en un periodo de sociedad planificada del capital, ¿qué quiere decir transición? Para Lenin, la fase intermedia implica también identificar los instrumentos automáticos del control de la producción social; en una situación donde éstos son generados por el propio capital, ¿qué significa dictadura del proletariado? La cuestión también puede plantearse, si queréis, desde una perspectiva mucho más radical: podemos preguntarnos si es posible hoy día hablar de dictadura, de revolución *socialista*, o si por el contrario en la actualidad cualquier proyecto *realista* de revolución que se precie debe situarse en el terreno del *comunismo*; si, en consecuencia, el proyecto marxista de la extinción del Estado no implica defender precisamente el comunismo como programa mínimo, es decir, tratar de poner en marcha desde el principio la salida de la humanidad de la prehistoria de la que hablaba Marx.

20. EL CONCEPTO DE ESTADO EN GENERAL. SE PUEDE, SE DEBE DESTRUIR

«El Estado es el producto y la manifestación del carácter *irreconciliable* de las contradicciones de clase.»[14] La existencia misma del Estado demuestra que las contradic-

[14] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., p. 9.

ciones entre las clases son irreconciliables, es decir, la existencia misma del Estado implica la revelación de una relación dialéctica, en sentido antagonista, que se da en cualquier situación en la que exista el Estado. Lenin se propone como tarea inicial verificar esta tesis: o, mejor dicho, «*restaurar* la verdadera doctrina del Estado de Marx».

Así pues, ¿qué significa esta definición? En primer lugar, en Lenin encontramos referencias a las teorías de Engels incluidas en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. De acuerdo con las enseñanzas de Engels, el origen del Estado está necesariamente relacionado con la superación del comunismo primitivo, es decir, la inmediatez de la relación social y su forma comunitaria: sólo cuando esta inmediatez se rompe, aparece el Estado, como mediación de la ruptura, es decir, surge una potencia externa a la comunidad, a las fuerzas y tensiones comunistas que definen la sociedad primitiva. Por lo tanto, el Estado es una potencia externa a la sociedad, fruto del carácter irreconciliable de los conflictos que emergen y definen la formación de cualquier sociedad madura, que surge tras la superación de una primera etapa de evolución social, caracterizada por una especie de comunismo primitivo. El armazón antropológico (a la vez romántico y positivista) de Engels, la mítica y fabulosa –y fuerte y necesaria– imagen del comunismo primitivo, puede ser verdadera o falsa[15]: no nos corresponde a nosotros confirmar o negar esto. Únicamente señalar que, en realidad, no necesitamos acudir a los orígenes del Estado *en general* para definir con precisión qué es el Estado en la sociedad capitalista. Lo que realmente nos interesa es que el Estado se configura de forma antagonista en la sociedad capitalista, como producto del carácter irreconciliable de las clases de la sociedad capitalista. Éste se constituye como el fruto del carácter irreconciliable no tanto de las clases, sino de dos clases contrapuestas (es decir, el proletariado y la clase capitalista, que a su vez aparece representada por la burguesía y por cualquier otro estrato político, empresarial o burocrático, etc.). El proletariado no se encuentra tan unido a las leyes de la dialéctica como a las leyes de la dialéctica de la sociedad capitalista, es decir, a la dialéctica del valor; la obtención del máximo de riqueza a partir de la explotación, ésta es la ley del valor, que automáticamente se transforma en ley de la reproducción y la repartición del valor general acumulado en un modo de producción que mantiene, por un lado, a aquellos que generan este valor y, por otro, a aquellos que se lo apropian a través de la organización de la producción como organización. Para restaurar la verdadera doctrina marxista del Estado no es necesario remontarse a los grandes problemas antropológicos, ni acudir a la pregunta del significado del Estado cuando el hombre sale del citado mítico estado de comunismo primitivo (que es dudoso que haya existido alguna vez: algunos consideran más verosímil pensar que la prime-

[15] Sólo un ejemplo en defensa de las tesis antropológicas de Engels: los dos tomos, fantásticos, de George THOMSON, *Esquilo y Atenas* y *Los primeros filósofos*. Ambos retoman el planteamiento engelsiano en el marco de un desarrollo histórico particularmente rico y fascinante.

ra etapa de la vida del hombre fue mucho más violenta y tuvo un carácter quizá mucho más irreconciliable). De todas formas, hay que señalar que Lenin no se para, ni siquiera mínimamente, a demostrar lo correcto del planteamiento engelsiano y la validez de los presupuestos antropológicos. Lo realmente interesente es la base del análisis, de la definición de Estado, más que la rehabilitación de la doctrina en general. La referencia a la obra engelsiana es un homenaje a su extraordinaria difusión y al mismo tiempo, quizás, una elegante ficción iusnaturalista para abordar el análisis de la realidad. (De todas formas, hay que indicar que en los *excerpta* leninianos de la obra de Engels[16] no se hace referencia alguna a las partes de contenido antropológico, mientras que se subraya intensamente la parte central, donde aparece la definición teórica del Estado.)

Lo importante, pues, es que la definición de Estado sea una definición que se puede adaptar a la realidad que Lenin tiene delante y, en este sentido, el texto de Engels es muy correcto: «El Estado –dice Engels, resumiendo su análisis histórico– no es, en modo alguno, un poder impuesto desde el exterior a la sociedad; ni es tampoco "la realidad de la idea moral", "la imagen y la realidad de la razón", como afirma Hegel. El Estado es, por el contrario, un producto de la sociedad cuando ésta llega a una determinada fase de desarrollo; es la confesión de que esta sociedad se ha enredado en una contradicción irresoluble consigo misma, se ha dividido en antagonismos irreconciliables, que ella es incapaz de eliminar. Y para que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna, no se devoren a sí mismos y no devoren a la sociedad en una lucha estéril, para eso se hizo necesario un poder situado, aparentemente, por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el conflicto, a mantenerlo dentro de los límites del "orden". Y este poder, que emana de la sociedad, pero que se coloca por encima de ella y que se divorcia cada vez más de ella, es el Estado»[17].

Hay que indicar que Marx y Engels utilizan el mismo tipo de fórmula para definir los procesos de reificación, formación y consolidación de las categorías económicas de la explotación capitalista, como mercancía y dinero, valor y plusvalor, beneficio, etc. Esta definición de Estado, tal y como la recoge Lenin, tiene poco que ver con la teoría antropológica de los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado; brota de manera directa de la crítica de la economía política de Marx. Por lo tanto, se basa en categorías materialistas, histórico-políticas, y no en categorías abstractamente naturalistas, antropológicas, etc. Y, de hecho, el carácter irreconciliable de las clases, representado aparentemente por el Estado, es un elemento dinámico, de tal forma que a medida que se agudiza, el antagonismo resulta cada vez más explosivo. En este punto surgen una serie de mistificaciones, añade Lenin, las mistificaciones de la socialdemocracia. Lenin recuer-

[16] V. I. Lenin, *Il marxismo sullo stato*, cit., pp. 215-219.

[17] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., pp. 8-9.

da dos mistificaciones en particular, ambas basadas en el intento de convertir en real la mediación aparente desarrollada por el Estado, en general el interés particular defendido por el Estado, en interna (y, por lo tanto, mediadora) la función externa del poder de mando del Estado. A partir de este presupuesto común podemos distinguir dos líneas de mistificación. Por un lado, la de los ideólogos burgueses y pequeñoburgueses que, en opinión de Lenin, «obligados por la presión de hechos históricos indiscutibles a reconocer que el Estado sólo existe allí donde existen las contradicciones de clase y la lucha de clases, "corrigen" a Marx de tal manera que el Estado resulta ser el órgano de la *conciliación* de las clases»[18]. De esta forma, se da un carácter de realidad a la apariencia de la generalidad y se niega la verdad incontestable de que el Estado es un instrumento de dominio de clase. La tosquedad del planteamiento resulta, no obstante, en cierto sentido eficaz. Lo demostró su victoria en febrero de 1917, en el ámbito de la revolución rusa; además, todas las posturas socialdemócratas revisionistas y demócratas parten de este nuevo *conciliarismo*: la apología del Estado *conciliador* se ha convertido en el arma de los oportunistas y en la organización del rechazo al proceso revolucionario.

«Por otra parte –continúa Lenin–, la tergiversación "kautskiana" del marxismo es bastante más sutil. "Teóricamente", no niega ni que el Estado sea el órgano de dominación de clase ni que las contradicciones de clase sean irreconciliables. Pero pasa por alto u oculta lo siguiente: si el Estado es un producto del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase, si es una fuerza que está por encima de la sociedad y que "se divorcia cada vez más de la sociedad", es evidente que la liberación de la clase oprimida es imposible, no sólo sin una revolución violenta, sino también sin la destrucción del aparato del poder estatal que ha sido creado por la clase dominante y en el que toma cuerpo aquel "divorcio". Como veremos más adelante, Marx llegó a esta conclusión, teóricamente obvia por sí misma, con la precisión más completa, a partir del análisis histórico concreto de las tareas de la revolución. Y esta conclusión es precisamente –como expondremos con todo detalle en las páginas siguientes– la que Kautsky ha... "olvidado" y falseado»[19]. Kaustky no olvida, aparentemente, la verdad del análisis marxiano, es decir, que el Estado no sólo no concilia, sino que tampoco es un espacio neutral en el que se configura el carácter irreconciliable de los intereses antagonistas de las clases, olvida, sin embargo, que el Estado es una máquina unida *necesariamente* a la excelencia de un poder que se opone a la sociedad, que trasciende a la sociedad en el momento mismo en que aparenta representar el interés general de la propia sociedad, olvida, en definitiva, que esta contradicción inevitable crece cada vez más.

Esta dialéctica del Estado sólo puede ser explicada a partir de la teoría marxista del valor y de la explotación: es imposible llegar a una definición marxista del Estado sin

[18] *Ibid.*, p. 9.
[19] *Ibid.*, p. 10.

tener en cuenta *El capital*, en cuyas páginas se describe la relación existente entre la organización del trabajo y el despotismo sobre el trabajo[20]. Pero, si queremos consolidar el análisis del antagonismo estatal, también será necesario abordar la historia del capital *directamente* desde el punto de vista del proletariado y de la lucha de clases. Éste es el camino seguido por Lenin, quien desde un principio había resaltado el crecimiento de la explotación y la fuerza de destrucción que el capital despliega en esta etapa de su desarrollo. Pero esto también significa, automáticamente, el aumento y la intensificación de la naturaleza antagonista del Estado. Y, por consiguiente, agudización de la lucha de clases y asignación al sujeto proletario de una función radicalmente subversiva. Cuando leemos los apuntes de Lenin sobre la teoría marxista del Estado podemos comprender perfectamente este segundo aspecto: aquí, pues, la deformación, filosófica o antropológica, que aparece como el punto de partida engelsiano de la argumentación de Lenin es sólo ocasional; en realidad, tanto para Lenin como antes para Marx, la agudización del carácter irreconciliable no deriva únicamente de la evolución de la ley general, sino sobre todo de su concreción en la lucha de clases. De acuerdo con Marx es la propia lucha de clases obrera, como sujeto activo del desarrollo, la que incrementa el carácter irreconciliable de la función estatal. Por ello, no es casualidad que Lenin, para la preparación de estos escritos repase y subraye de modo particular las páginas de *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. «La revolución llega hasta el fondo de las cosas. Todavía se encuentra atravesando el purgatorio. Trabaja con método. Hasta el 2 de diciembre de 1851 no completó más que la primera mitad de su preparación; ahora está completando la otra mitad. Hasta la fecha, ha constituido a la perfección el poder parlamentario para poderlo transformar. Ahora, una vez obtenido este resultado, presiona a la perfección al *poder ejecutivo*, lo reduce a su expresión más pura, lo aísla, se alza frente a él, considerándolo como el único obstáculo (Lenin lo traduce en el texto ruso: "lo contrapone a sí misma como único objeto") para concentrar todas las fuerzas de destrucción contra él. Y, una vez que la revolución haya concluido la segunda parte de su trabajo preparatorio, Europa se levantará de su poltrona y gritará: "¡Bien cavado, viejo topo!"»[21]

El mecanismo que Lenin observa y que analizará posteriormente como elemento totalmente consustancial a la teoría del carácter irreconciliable de las clases en el marco del Estado en general y a su propia línea política es precisamente aquel que aparece con claridad en el texto de Marx, que es originado por la especificidad de la función de la lucha obrera dentro y contra el Estado. La propia extrañeza del Estado llega

---

[20] He tratado de analizar esta relación de manera extensa en mi artículo sobre Pashukanis recogido en *Critica del diritto* 1974/1, incluida en *La forma Stato*, cit., y publicada ahora como «Sobre algunas tendencias de la teoría comunista del Estado más reciente: reseña crítica» [ed. cast.: *La forma-Estado*, cit.].

[21] *Il marxismo sullo stato*, cit., p. 152.

a ser aquí el producto de una función de la lucha obrera, que a su vez la exalta, aísla y golpea. Repasemos: «La revolución trabaja con método [...] hasta la fecha, ha constituido a la perfección el poder parlamentario para poderlo derribar», es decir, las transformaciones políticas, la manera en que el Estado se ha ido organizando, son siempre consecuencia directa de la lucha de clases, de la combinación de la ofensiva obrera y la respuesta correspondiente del Estado. Pero ni siquiera este proceso tiene un carácter genérico, indeterminado: el ataque obrero se produce en virtud de una finalidad específica. De ahí la capacidad de la lucha de clases para considerar esenciales, para valorar de una manera cada vez más central, determinada y específica, a sus adversarios. No se trata de ningún tipo de «astucia de la razón»», de providencialismo o de teologismo; se trata de la determinación de un sujeto colectivo, de la praxis colectiva que determina la dialéctica de la lucha y transforma su espacio y el conjunto de las relaciones de fuerza. Cada vez que realizamos un discurso sobre la reestructuración capitalista, incluso cuando hacemos referencia a las características técnicas de la reestructuración de los mecanismos de obtención de valor, reproducimos exactamente este tipo de discurso. Esto puede apreciarse en *El capital*, en los *Grundrisse* el planteamiento aparece desarrollado en gran medida y, en general, esta perspectiva se encuentra en la base de todos los textos políticos de Marx (y/o Engels). Retomemos ahora el discurso haciendo también referencia a la dimensión institucional.

La composición de clase se va transformando –ésta es la línea del marxismo revolucionario– en el interior de las luchas, a través de comportamientos subjetivos y objetivos; este hecho tiene su encarnación en el ámbito del salario, entendiendo por tal todas las condiciones que convierten el intercambio dialéctico entre la clase obrera y el capital en algo histórico, determinado, efectivo. La clase obrera se comporta subjetivamente a través y en virtud de los diversos niveles de salario y en función de tal comportamiento nosotros podemos verificar la existencia de un tipo de dialéctica que hace posible que las diferentes fases progresivas de la composición técnica y política de la clase obrera, determinadas por las luchas y por sus resultados históricos (*salariales*), se correspondan con unos niveles diferentes, cada vez más avanzados, cada vez más perfeccionados, de la composición del capital, es decir, de la forma de extraer el valor y de organizar general y socialmente la explotación. Este proceso puede ser proyectado también en las formas institucionales. Desde este punto de vista, las formas institucionales no son otra cosa que una gran cobertura funcional, que corresponde a los diferentes grados y formas de explotación que han sido establecidas dinámicamente para posibilitar el control, la contención y la represión de las luchas, dado que ahora somos conscientes de que las instituciones no consideran a la clase obrera un sujeto pasivo: el carácter irreconciliable conduce al sujeto que posee este rasgo, es decir, a la clase obrera. La dialéctica nos muestra que mientras, por un lado, existe una clase obrera que hace funcionar el proceso capitalista, por otro, existe un capital que trata de recuperar

este proceso, con el objeto de transformarse a sí mismo como mecanismo de explotación directo y –al mismo tiempo– como estructura institucional y general de este mecanismo. Olvidar este hecho es obviar el *abc* del marxismo y Kautsky parece haberlo olvidado por completo, y el kautskismo actual lo ignora todavía más. Porque si Marx podía realizar este discurso en el análisis de *El 18 brumario de Luis Bonaparte* y Lenin podía renovar la descripción de un proceso de estas características, hoy día todo esto encuentra su exaltación teórica más elevada y nuestra práctica, afortunadamente, está obligada, no de forma ocasional, a seguir este camino.

Pero volvamos a Lenin. Imaginaos el entusiasmo que tuvo que sentir Lenin al descubrir la existencia de estas leyes marxianas en la práctica revolucionaria, en el momento en el que advierte que a partir de la teoría de la revolución permanente recogida en las *Tesis de abril*, que es puesta en marcha en la primera fase de la revolución, se podía descubrir no sólo el espíritu de Marx, sino sus propias palabras: la primera fase de la revolución, la insurrección de febrero, derrotó a la burguesía, constituyó el poder parlamentario, pero hizo esto para tratar de mostrar a este poder parlamentario como poder burgués, sustancialmente ineficaz, y obligarlo, en el momento mismo en que aparentaba ser representativo, a transformarse en ejecutivo, es decir, en elemento represivo. Realmente, la acción del proletariado estuvo dirigida a aislar el poder, a presentarlo en su forma más pura, a mostrarlo en su forma más esencial y acabada, *para derribarlo*: he aquí el momento de la segunda fase revolucionaria. La teoría de la revolución permanente nace de la percepción dialéctica de los efectos producidos por el movimiento revolucionario, tanto de sus éxitos como de las nuevas dificultades que encuentra en el camino. La revolución de febrero fue una revolución democrática: generada por la lucha proletaria, pero democrática. Ahora se trata de actuar nuevo, de avanzar, para no estar obligados a repetir: «Todos los cambios políticos no hicieron otra cosa que perfeccionar esta máquina, en vez de destruirla»[22]. Ahora, por lo tanto, en virtud del contenido de *El Estado y la revolución*, sólo podemos dar el salto definitivo para destruir esta máquina, ¡éste es el discurso de Lenin!

Pensemos qué es el reformismo: en la actualidad, el reformismo reproduce tal cual (a través de distintas fórmulas) la primera de las alternativas leninistas, que hace referencia al oportunismo en la teoría del Estado: el Estado es concebido como órgano de conciliación. En la práctica, hoy día, la conciliación opera sobre un tejido social cada vez más integrado; de este modo, conciliación y organización parecen unirse cada vez más, hasta casi superponerse. Se podría decir que el Estado capitalista, el Estado que posee la apariencia de la mediación y la conciliación social, tiene esta apariencia por el hecho de que es capaz de vertebrar la propia organización social; de este modo, no podrá existir un Estado capitalista que no sea reformista. La segunda alternativa revi-

[22] *Ibid.*, p. 153.

sionista descrita por Lenin es la alternativa comunista de nuestros días, que actúa en una dirección reformista: se trata de una versión de la que hemos tachado como deformación kautskiana del marxismo. Indudablemente más sutil, defiende una neutralidad en la relación de fuerzas, un área estatal neutral dentro de la cual la acción de las fuerzas proletarias podría desarrollarse y determinar transformaciones estructurales en el conjunto de la organización del poder. Se trata de una deformación sutil porque, por un lado, representa indudablemente una experiencia histórica de la lucha de la clase obrera –que es la de determinar las modificaciones reales de la estructura del Estado– y, por otro, mistifica el hecho de que el Estado, como tal, es siempre el órgano de dominio de una clase sobre otra, es siempre el resultado de un mecanismo general de producción, es siempre una figura de la relación de dominio general. El conjunto de la temática reformista, tanto en su acepción vulgar como en su acepción más refinada, sigue siendo blanco de la crítica leninista, una crítica que hoy día resulta más necesaria que antaño, dado el grado de integración social sobre el que actúan los mecanismos estatales, que es mucho más intenso que el existente en las etapas en las que Marx y Lenin especularon sobre estas cuestiones.

El segundo epígrafe del capítulo I de *El Estado y la revolución*, que lleva por título «Los destacamentos especiales de fuerzas armadas, las cárceles, etc.», no es más que un ejemplo práctico del discurso realizado hasta el momento. ¿En qué consiste la fuerza del Estado, ese poder que emana de la sociedad, pero que es extraño a la sociedad, que en última instancia está compuesto por una organización social sólo en la medida en que actúa de manera despótica sobre la sociedad, que sólo puede presentarse como interés general en la medida en que aparece como poder de mando, como poder, como fuerza, como violencia contra la clase obrera? Y Lenin, tomando siempre como referente la obra de Engels, se remonta a la descripción de las agrupaciones militares y burocráticas, que se presentan como representación física del concepto de Estado, como realidad última y determinante del poder estatal. Poco nos queda por añadir en esta sede sobre este asunto. Retomaremos la reflexión leninista en otro lugar para demostrar que los *destacamentos especiales* hoy día, con el nivel de integración social del capitalismo avanzado, han dejado de ser simples lugares de hombres armados: a medida que el control se extiende y se separa de la forma de la representación democrática, empiezan a constituirse *cuerpos especiales* en todos los sectores del poder estatal (banca, entidades financieras, planificación, etc.)[23]. La tesis leninista sobre los cuerpos especiales se perfila cada vez más real.

Pero, si nos detenemos en el parágrafo que estamos leyendo, lo que resulta realmente interesante es una vez más la profundización de un concepto fundamental del

[23] A este respecto son particularmente importantes los análisis realizados por las corrientes marxistas de la ciencia de las finanzas. Cfr., por todos, los trabajos de J. O'Connor en *Kapitalistate* y las obras allí citadas.

Lenin de este periodo: la tesis teórica general sobre la agudización de la contradicción estatal en la etapa que gira en torno a la década de los noventa del siglo XIX, en la etapa inmediatamente precedente a la revolución que se prepara, a la guerra imperialista que aparece como presagio suyo, al giro económico hacia el imperialismo que actúa como su condición esencial. Lenin retoma el discurso de manera particularmente insistente. «Ya en 1891, Engels supo señalar la "rivalidad en las conquistas" como uno de los rasgos distintivos de la política exterior de las grandes potencias: ¡y, mientras, los canallas socialchovinistas, en los años 1914-1917, precisamente cuando esta rivalidad, siendo cada vez más fuerte, ha engendrado la guerra imperialista, encubren la defensa de los intereses rapaces de "su" burguesía con frases sobre la "defensa de la patria", sobre la "defensa de la república y de la revolución", etc.!»[24]

¡Todo esto es realmente fantástico, aunque sólo lo consideremos desde el punto de vista del estilo! Pero ¿es correcta esta definición de Estado, formulada principalmente en términos de fuerza especial armada? Es correcta pero ciertamente insuficiente. Como hemos indicado desde el principio, el Estado es algo más, una estructura particular de la organización capitalista del trabajo. De hecho, el tercer epígrafe propone el estudio del Estado como instrumento de explotación y, por lo tanto, como organización de la explotación. La explotación no es un acto, sino una máquina compleja donde intervienen y se sitúan de manera diferente (en virtud de las estructuras económicas y políticas, en virtud de la composición de clase y en los diferentes periodos históricos) los componentes del poder de mando y de la organización, de la ejecución y de la participación, de la autoridad jurídica y de la autoridad de facto, etc. De este modo, la teoría de Lenin hace referencia a una etapa específica de la evolución del Estado como elemento organizador de la explotación, una etapa que presenta las características generales que hemos señalado en más de una ocasión. Lenin se centra, sin embargo, en lo concreto: y observa que la diferente proporción en la que se combinan el momento represivo y el momento organizativo, el elemento ejecutivo y el momento de la participación, la variedad de la cualidad de la mistificación del interés no sólo depende de la estructura general, sino también de la intensidad de la lucha de clases. Pero aquí y ahora nos hallamos en una fase en la que la lucha de clases adquiere tintes insurreccionales. Dadas las condiciones específicas de su trabajo político, para Lenin el elemento de la violencia directa resulta fundamental. Pero no sólo. El tipo de Estado que Lenin tiene delante es un Estado imperialista y monopolista, algo que condiciona el discurso de Lenin. Este tipo de Estado se configura, por momentos, como excelencia pura y simple de la violencia. Este rasgo no sólo es propio de la guerra que sirve de conclusión de la etapa del imperialismo clásico. Pensemos en la práctica imperialista, recuperemos la descripción de la violencia del Estado imperial y colonial que se encuentra en

[24] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., p. 14.

las páginas de Rosa Luxemburg en *La acumulación de capital*: efectivamente, éste es el contexto que vive Lenin. Teniendo en cuenta estas condiciones ¡no se podrá acusar a Lenin de habérsele ido la mano en su análisis! Por otra parte, tampoco podemos olvidar que, en la medida en que el capital se desarrolla, los elementos organizativos adquieren cada vez más peso frente a los elementos de participación coactiva y la función de mistificación del interés general resulta cada vez más importante. El Estado capitalista, en la medida en que se desarrolla, determina una integración de la clase obrera cada vez mayor: y esto es así por una serie de razones materiales, ya que el desarrollo implica unos niveles de socialización de la fuerza productiva cada vez mayores, unos grados de participación de la sociedad en la producción cada vez más elevados. La sociedad se transforma en fábrica, se afirma, las complejas interrelaciones de lo social se estructuran en términos productivos. Desde este punto de vista, la función del Estado es cada vez más organizativa y cuanto más integración social genera, el dispositivo pasa cada vez más a través de los mecanismos convencionales del desarrollo social. Esto no quiere decir que la violencia desaparezca y que su expresión pura y simple no se cuente entre las herramientas del poder. Ella es el ingrediente imprescindible, ahora como siempre, consustancial a la propia existencia del Estado. Lo que cambia es la forma en la que se despliega la violencia estatal. Por ello, no cabe duda de que si queremos aceptar como algo fundamental la integración de estos dos parágrafos de *El Estado y la revolución* (por un lado, el Estado como destacamento especial de hombres armados y cárceles y, por otro, el Estado como órgano de explotación y, por consiguiente, como instrumento para la organización de la explotación), debemos tener en cuenta el diferente peso que tienen estos elementos en las diferentes etapas del desarrollo; y, por lo tanto, el hecho de que progresivamente el poder de mando tiende a convertirse en un aspecto interno del proyecto, de la realidad social en general. Todas las transformaciones que tuvieron lugar con la gran reforma capitalista del Estado posterior a 1929 estuvieron dirigidas a unir el poder de mando a la necesidad de socializar la producción.

Pero volvamos a la lectura del texto. En el tercer parágrafo Lenin repite su durísimo ataque contra la democracia burguesa. Ésta es «la mejor cobertura política posible del capitalismo». No vale la pena detenerse de nuevo en este juicio, definitivo en el pensamiento de Lenin. Desde nuestro punto de vista es más interesante retomar el discurso sobre la relación dialéctica entre las luchas proletarias y la forma del Estado. El análisis de la relación va tomando forma poco a poco en la mitad del tercer parágrafo. A este respecto Lenin retoma un pasaje engelsiano: «Como el Estado nació de la necesidad de tener a raya los antagonismos de clase, y como, al mismo tiempo, nació en medio del conflicto de estas clases, el Estado lo es, por regla general, de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que con ayuda de él se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo así nuevos medios para la represión y explotación de la clase oprimida [...]. No sólo el Estado antiguo y el Estado

feudal fueron órganos de explotación de los esclavos y de los campesinos siervos y vasallos: también el moderno Estado representativo es instrumento de explotación del trabajo asalariado por el capital. Sin embargo, excepcionalmente, hay periodos donde las clases en pugna se equilibran hasta tal punto que el poder estatal adquiere momentáneamente, como aparente mediador, una cierta independencia respecto a ambas [...]. Esto sucede, por ejemplo, en la monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII, en el bonapartismo del primer y segundo Imperio en Francia, en el Estado de Bismarck en Alemania. Y lo mismo ha sucedido también –agregamos nosotros– en el gobierno de Kerenski, en la Rusia republicana, después del paso a las persecuciones del proletariado revolucionario, en un momento en que los soviets, dirigidos por demócratas pequeñoburgueses, son ya impotentes y la burguesía no es todavía lo bastante fuerte para disolverlos simple y llanamente»[25]. El análisis de la relación entre las luchas y la forma del Estado no podía alcanzar una descripción más completa.

Pero tengamos cuidado porque precisamente a partir de estos planteamientos tratan de abrirse camino una serie de teorías neokaustkianas, las cuales sostienen que la democracia burguesa puede representar una forma neutral de Estado donde los conflictos y las fuerzas de clase pueden desarrollarse con eficacia con el objeto de transformar las estructuras. De este modo no se afirma que la naturaleza del Estado sea diferente a la definida por los clásicos marxistas, sino más bien que la fuerza organizada de las grandes masas populares habría impuesto al capital y conquistado para sí espacios de poder real. Nos encontraríamos, *en el plano institucional*, ante una especie de dualismo de poder, histórico, permanente. El Estado se ha transformado en algo diferente no porque haya variado su esencia, sino porque el movimiento obrero ha transformado la realidad. Una postura de estas características no tiene nada que ver con el leninismo, y mucho menos con la posición defendida en *El Estado y la revolución*. Es más, Lenin rechaza completamente este tipo de perspectiva. Cuando Lenin afronta la teoría del dualismo de poder, no define, no quiere definir, un modelo de Estado: sólo hay un tipo de Estado, y se identifica siempre con monopolio de poder y dictadura. Las situaciones descritas por Engels aluden a unas etapas totalmente transitorias; se trata de situaciones en las cuales se produce una modificación momentánea del poder respecto a su figura única. En estas situaciones, el único riesgo que se corre es cortar el hilo que todavía mantiene unida a la contradicción. Frente a las teorías del Estado, que consideran la posibilidad de que en un momento determinado pueda darse una relación de fuerza tal que el Estado llegue a convertirse en un espacio donde sean capaces de convivir fuerzas iguales y opuestas, la respuesta leninista es clara: estas situaciones no son posibles. No lo son porque si se dan fuerzas iguales y opuestas, éstas únicamente pueden configurar un momento estático. Pero ¿cuándo se ha visto un hecho de estas características

[25] *Ibid.*, p. 15.

en la lucha de clases? Sólo es posible si los términos «igual» y «opuesto» reintroducen la categoría de la conciliación estática, es decir, lo contrario de la dinámica de la lucha de clases, y se cae de esta forma en la primera alternativa del revisionismo. En realidad, detrás de este concepto descubrimos la mistificación del acuerdo, de la colaboración, del intento de transformar el Estado en un representante no aparente sino *real* del interés general, y, por lo tanto, la negación de los intereses contrapuestos de clase. El dualismo de poder es siempre una fase totalmente momentánea, transitoria; no puede darse (sino mistificando completamente la naturaleza dialéctica de la sociedad) una concepción del Estado que se rija por una dialéctica estática de fuerzas contrapuestas. De acuerdo, los espacios conquistados por la clase obrera pueden ser cada vez mayores, la concesión del sufragio universal puede ser indicativo de la madurez de la clase obrera y de sus condiciones generales de vida y de lucha, pero todo esto simplemente es consecuencia de la capacidad de ataque de la clase y el resultado indirecto de una lucha que no persigue la conciliación.

Así pues, no es casual que el tercer epígrafe concluya introduciendo la teoría de la extinción del Estado con esta cita de Engels: «Por lo tanto, el Estado no ha existido eternamente. Ha habido sociedades que se las arreglaron sin él, que no tuvieron la menor noción de Estado ni de poder estatal. Al llegar a una determinada fase del desarrollo económico, ligada necesariamente a la división de la sociedad en clases, precisamente esta división hizo que el Estado se convirtiese en una necesidad. Ahora nos acercamos con paso veloz a una fase de desarrollo de la producción en la que la existencia de estas clases no sólo deja de ser una necesidad, sino que se convierte en un obstáculo directo para la producción. Las clases desaparecerán de un modo tan inevitable como surgieron en su día. Con la desaparición de las clases, desaparecerá inevitablemente el Estado. La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado al lugar que le corresponde: al museo de antigüedades, junto a la rueca y al hacha de bronce»[26]. Al respecto Lenin comenta: «No se encuentra con frecuencia esta cita en las obras de propaganda y agitación de la socialdemocracia contemporánea. Pero, incluso cuando nos encontramos con ella, es, casi siempre, como si se hicieran reverencias ante un icono, es decir, para rendir un homenaje oficial a Engels, sin el menor intento de analizar qué amplitud y profundidad revolucionarias supone esto de "enviar toda la máquina del Estado al museo de antigüedades". En la mayoría de los casos, no se ve siquiera que se haya comprendido lo que Engels llama la máquina del Estado»[27].

---

[26] *Ibid.*, pp. 17-18.

[27] *Ibid.*, p. 18.

21. CONCEPCIÓN OPORTUNISTA Y CONCEPCIÓN REVOLUCIONARIA DE LA «EXTINCIÓN» DEL ESTADO: ODIO OBRERO CONTRA EL SOCIALCHOVINISMO

«El proletariado toma en sus manos el poder del Estado y lo primero que hace es convertir los medios de producción en propiedad del Estado. Pero con este mismo acto se destruye a sí mismo como proletariado y destruye toda diferencia y todo antagonismo de clases y, con ello mismo, el Estado como tal. La sociedad que ha existido hasta el presente, y que se ha desarrollado a través de los antagonismos de clase, ha necesitado del Estado, es decir, de una organización de la correspondiente clase explotadora para mantener las condiciones exteriores de producción, y por lo tanto y especialmente, para mantener por la fuerza a la clase explotada en las condiciones de opresión determinadas por el modo de producción existente (esclavitud, servidumbre o vasallaje y trabajo asalariado). El Estado era el representante oficial de toda la sociedad, su síntesis en un cuerpo social visible; pero lo era sólo como Estado de la clase que en su época representaba a toda la sociedad: en la antigüedad era el Estado de los ciudadanos esclavistas; en la Edad Media, el de la nobleza feudal; en nuestros tiempos, el de la burguesía. Cuando el Estado se convierta finalmente en representante efectivo de toda la sociedad, será por sí mismo superfluo. Cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener en la opresión; cuando desaparezcan, junto con la dominación de clase, junto con la lucha por la existencia individual, engendrada por la actual anarquía de la producción, los enfrentamientos y los excesos resultantes de esta lucha, no habrá ya nada que reprimir ni hará falta, por lo tanto, esa fuerza especial de represión, el Estado. El primer acto donde el Estado se manifiesta efectivamente como representante de toda la sociedad, la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad, es a la par su último acto independiente como Estado. La intervención de la autoridad del Estado en las relaciones sociales se convertirá en algo superfluo en un campo tras otro de la vida social y se irá reduciendo por sí misma. El gobierno sobre las personas será sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no será abolido: se extinguirá. Partiendo de esta perspectiva es como hay que juzgar el valor de la denominación "Estado popular libre", frase que durante cierto tiempo tuvo derecho a la existencia como consigna de agitación, pero que carece de todo fundamento científico; partiendo de esto es también como debe ser considerada la exigencia de los llamados anarquistas de que el Estado sea abolido de la noche a la mañana.»[28]

El comentario de este pasaje de Engels, aparecido en el *Anti-Dühring*, constituye el cuarto epígrafe del capítulo I de *El Estado y la revolución* y lleva por título «La extinción

[28] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., p. 19. El párrafo citado corresponde a F. ENGELS, *Anti-Dühring o Il rovesciamento della scienza del signor Eugenio Düring* [ed. cast: *Anti-Dühring*, México DF, FCE, 1984].

del Estado y la revolución violenta». Nos encontramos en el corazón mismo de la teoría leninista, nos encontramos dentro de una anticipación sintética y formidable de todo el desarrollo de la obra: una anticipación polémica que fuerza los tiempos de la argumentación, pero que al mismo tiempo une el elemento analítico con el relativo a la propuesta política y transforma en forma de tendencia todo el arco de la argumentación. Como hemos subrayado otras veces, el centro del ataque leninista es también ahora, como desde el principio, la concepción gradualista del proceso revolucionario: la extinción, frente al concepto anarquista de la abolición del Estado, ha acabado por ser entendida como una «vaga idea de un cambio lento, igual, gradual, sin saltos ni tempestades...». En la próxima lección trataremos de volver de nuevo sobre los aspectos metodológicos y sustanciales de la concepción leninista de la dialéctica, una concepción que puede apreciarse en estas palabras de manera clarísima. Y se puede apreciar por sus connotaciones *subjetivistas* a través de la insistencia en la relación existente entre la concepción del Estado y la concepción de la política, entre el análisis de la realidad y la fuerza de transformación masiva y revolucionaria de la realidad. Pero antes de detenernos en estos aspectos subjetivistas, veamos la otra dimensión: la analítica y *objetivista*, por decirlo de alguna manera, es decir, la parte donde el análisis de la realidad (del Estado en este caso) se llena de connotaciones sustanciales en virtud precisamente del punto de vista de la dialéctica revolucionaria.

Lenin se detiene en cinco aspectos para comentar el análisis de Engels

El primer aspecto hace referencia al carácter irrecuperable del Estado de la burguesía por parte del proletariado. En el mismo momento de la toma del poder, afirma Engels y repite Lenin, el Estado es destruido por el proletariado. El discurso sobre la extinción hace referencia, por lo tanto, únicamente a los «restos del Estado» que quedan tras la revolución socialista, al llamado «Estado proletario o semiEstado»[29]. Sólo la destrucción del Estado como tal permite poner en marcha el proceso revolucionario de su extinción. Es evidente que este planteamiento leninista enfatiza un dato objetivo de la estructura del Estado burgués, su rigidez, es decir, su totalidad, algo que las fuerzas proletarias son incapaces de plasmar. Todas las concepciones reformistas –anteriores y, con mayor razón, posteriores a Lenin– son rechazadas no en nombre de una afirmación cualquiera de carácter ideológico, sino aludiendo a un uso correcto de la dialéctica de la totalidad: totalidad del dominio burgués, concepción del Estado como conjunto de medios que posibilitan la permanencia del poder de mando. El reformismo sólo puede ser funcional al desarrollo de la totalidad estatal, de la totalidad de clase de la burguesía.

[29] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., pp. 20-21.

No existe espacio estructural que pueda ser concedido al esfuerzo reformador de los buenos socialdemócratas. La destrucción es un concepto que comprende el concepto de extinción, y no al revés, como quisieran los reformistas. La reducción del Estado a *semiEstado*, la ruptura de su totalidad, es un acto sustancial, irrenunciable, un acto que debe atacar la rigidez y la implacable tensión centrípeta del Estado de la burguesía. La visión reformista sólo podría ser válida después de haberse demostrado que *el Estado presente* es ya un *semiEstado*: ¿seremos capaces de hallar un solo reformista tan insensato que sea capaz de considerar esta afirmación digna de consideración? Pero esto no es suficiente.

En el segundo aspecto de su comentario («dictadura»), Lenin especifica el carácter rígido de la estructura estatal, llevando ésta a un punto determinado en torno al cual puede medirse la intensidad de la relación revolucionaria de clase. El Estado «es una forma particular de represión». Se trata de una propiedad, de un uso exclusivo y unilateral de la fuerza para el dominio del capital. Es el resultado inevitable del poder de mando capitalista sobre la sociedad. La revolución incidirá en esta determinación del poder estatal de la burguesía para destruirla. Una vez más, hablamos de extinción y sustitución como momentos dialécticos de la voluntad de destrucción. Los momentos del proceso sustitutivo (la dictadura del proletariado se identifica con la sustitución de la burguesía por el proletariado en la gestión de la fuerza especial represiva) son subordinados de hecho a la destrucción del carácter unilateral y feroz de la centralización capitalista del poder para sus fines de dominio, y lo son, sin ilusiones de ningún tipo, en virtud de la forma más característica y evidente de la destrucción, teniendo en cuenta que por destrucción entendemos una violencia igual y contraria que es necesario desarrollar, una violencia que de ninguna manera podemos eliminar del discurso sobre la extinción. Obsérvese lo siguiente: no existe contradicción alguna entre el primer y el segundo aspecto; destrucción del Estado de la burguesía y dictadura del proletariado, violencia necesaria del proletariado y proceso de conquista del Estado, éstos no son elementos contrapuestos: en realidad, se relacionan entre sí como la sustancia y la forma son funciones absolutamente complementarias. ¡La destrucción del Estado y la dictadura del proletariado constituyen, de esta forma, un proceso!

Y llegamos al tercer aspecto («extinción»). Aquí, la determinación destructiva del proceso revolucionario, su violencia puntual y extrema, se configura en relación con el proceso de la extinción. Y es aquí donde la extinción pierde sus características utópicas y voluntaristas para pasar a ser un horizonte efectivo del proceso revolucionario. La extinción tiene lugar después de la toma del poder, después de la expresión de la voluntad de destruir el Estado: se define como fase que debe ser recorrida tras la destrucción de la función específica del Estado de la burguesía, cuando «el Estado en general, es decir, la democracia más avanzada» ha comenzado ya a funcionar, como consecuencia de la toma del poder, como contenido de la dictadura. De este modo, el proceso de la extinción del

Estado no es una síntesis dialéctica (según la concepción de Hegel) de un proceso triádico, resultado de una tesis abstracta (la destrucción de la totalidad burguesa), ni una antítesis puntual (la violencia actual de la revolución como conquista del poder, como ejercicio de la dictadura): ¡con la dialéctica de Hegel sólo comparte el aparecer en tercer lugar! Y es que cada elemento de este proceso posee una individualidad plena y la eventual continuidad tiene su base en saltos de voluntad política, en la alternancia de las relaciones de fuerza y, en definitiva, como veremos de manera más extensa, en la determinación de las condiciones materiales. Y porque son estas condiciones las que en última instancia son determinantes, más adelante veremos cómo los tiempos y los modos, las etapas del proceso podrán también sufrir cambios, pero siempre dentro de la continuidad del diseño y la línea de los procesos que Lenin define.

Las dos cuestiones que aparecen a continuación en el comentario leninista se sitúan en un plano diferente respecto a las vistas hasta ahora. Se trata siempre de planteamientos que tienden a definir la naturaleza del Estado, por lo que en este sentido son «objetivistas», aunque se identifiquen con una concepción que desaparece más adelante, en la definición del proceso de la destrucción del Estado a la dictadura, a la extinción. Pero se trata de puntos de vista polémicos, en los que la sustancia del razonamiento tiende a surgir a través de la confrontación teórica. Además, implican una reivindicación paradójica de la concepción anarquista, contraria a todas las posturas que, a partir de la polémica contra el anarquismo, han tomado un atajo hacia posiciones reformistas. De este modo –cuarto punto («contra los oportunistas»)– la tesis engelsiana de la extinción del Estado «se configura directamente tanto contra los oportunistas como contra los anarquistas»[30]. «Y además Engels sitúa en un lugar preeminente la conclusión de la tesis de la extinción del Estado que va dirigida directamente contra los oportunistas.» Los socialdemócratas reformistas han teorizado sobre el «Estado popular libre» como caballo de Troya de su participación en el «Estado presente»: bien, pero este Estado de la democracia consecuente, este Estado de las reformas estructurales, no dejará de ser nunca un «Estado». Por lo tanto, esta concepción es «oportunista, porque expresa no sólo las ilusiones de la democracia burguesa, sino también la incomprensión de la crítica socialista contra cualquier Estado en general. Nosotros somos partidarios de la república democrática porque es la mejor forma de Estado para el proletariado bajo el capitalismo, pero no tenemos ningún derecho a olvidar que la esclavitud asalariada es el destino que le espera al pueblo, incluso bajo la república burguesa más democrática. Más aún. Todo Estado es una "fuerza especial para la represión" de la clase oprimida. Por eso, ningún Estado es libre ni popular. Marx y Engels explicaron esto reiteradamente a sus compañeros de partido en la década de 1870-1880»[31]. En definitiva, la extinción del

[30] *Ibid.*, p. 21.
[31] *Ibid.*, p. 22.

Estado es la forma de su abolición, cuando la abolición no sea proclamada milagrosamente como acto inmediato; es fruto de un proceso que parte de la destrucción para liberar, a través de la dictadura, las fuerzas de la extinción, de la abolición histórica y eficaz del Estado, *desde* el Estado.

En relación al último aspecto («la violencia»), Lenin continúa reivindicando el valor de la postura anarquista frente a la oportunista sobre la cuestión de la violencia. De este modo, subraya Lenin, «Engels convierte el análisis histórico de la función (de la violencia) en un auténtico panegírico de la revolución violenta. Esto "nadie lo recuerda". Sobre la importancia de esta idea no se suele hablar, ni siquiera reflexionar, en los partidos socialistas de nuestros días: estas ideas no tienen ningún papel en la propaganda ni en la agitación cotidiana entre las masas. Y, sin embargo, se hallan indisolublemente unidas a la "extinción" del Estado y forman con ella un todo armónico»[32]. El fragmento que Lenin comenta es el siguiente: «[...] que la violencia desempeña en la historia otro papel (además del de causa del mal), un papel revolucionario; que, según la expresión de Marx, es la partera de toda vieja sociedad que lleva en sus entrañas otra nueva; que la violencia es el instrumento con la ayuda del cual el movimiento social se abre camino y rompe las formas políticas muertas y fosilizadas, de todo eso no dice una palabra el señor Dühring. Sólo entre suspiros y gemidos admite la posibilidad de que para derrumbar el sistema de explotación sea necesaria acaso la violencia, desgraciadamente, afirma, pues el empleo de la misma, según él, desmoraliza a quien hace uso de ella. ¡Y esto se dice a pesar del gran avance moral e intelectual resultante de toda revolución victoriosa! Y esto se dice en Alemania, donde la colisión violenta que puede ser impuesta al pueblo tendría, cuando menos, la ventaja de extirpar el espíritu de servilismo que ha penetrado en la conciencia nacional como consecuencia de la humillación de la guerra de los Treinta Años. ¿Y esta mentalidad turbia, anodina e impotente, propia de un párroco rural, pretende imponerse al partido más revolucionario de la historia?»[33].

Si probamos ahora a realizar una valoración general de todo lo que hemos dicho o acerca de la concepción leniniana del Estado, del Estado en general, tanto en esta como en las lecciones precedentes, podremos comprobar hasta que punto ésta es realmente completa y se encuentra muy articulada. En efecto, estamos acostumbrados a las absurdas y mistificadoras concepciones del Estado y el derecho que nos ofrece la ciencia burguesa (actualmente, pero aún más en los tiempos de Lenin): por su causa, el derecho y el Estado son continuamente diseccionados y analizados en virtud de dos límites extremos, el consenso puro y el poder de mando puro. Realismo jurídico y normativismo, concepciones pluralistas y monistas protagonizan una efímera batalla a lo largo de toda la historia de la doctrina del Estado burgués. Efímera porque la ideología, en este caso,

[32] *Ibid.*, p. 23

[33] *Ibid.*, p.23. Todavía de F. Engels, *Antidühring*, cit.

es totalmente mistificadora; porque el Estado de la burguesía, el Estado de la organización capitalista del trabajo, desarrolla su existencia a través de la síntesis permanente de elementos de organización o de poder de mando. La primera es funcional al segundo, la primera existe gracias al segundo, y viceversa. En la figura del Estado capitalista se desarrolla por completo la dialéctica de la organización y del poder de mando, de la cooperación y la explotación, que es característica de todo el proceso de valorización del capital. El Estado es la forma que adopta el proceso capitalista general, es la gigantesca proyección del carácter dualista del fetiche mercancía. Es, sobre todo, la aceleración centrípeta de todas las exigencias capitalistas de poder de mando en el proceso general de producción y circulación del valor. Es la forma acabada del poder de mando del capitalista colectivo sobre la sociedad del capital. Este carácter acabado y esta articulación centrípeta de la organización estatal se desarrollan por completo en la teoría de Lenin. La concepción leninista del Estado representa un capítulo de la teoría marxiana del capital, un capítulo coherente con las enseñanzas de Marx y con el análisis de *El capital*.

Y, sin embargo, esta teoría del Estado de Lenin ha sido muy poco comprendida. Muchos han interpretado que la insistencia leninista en la concepción del Estado como violencia y poder de mando totalitario sobre la sociedad tenía que ver con un planteamiento normativista e imperativista. Por otro lado, la capacidad leninista de considerar la fuerza obrera de asalto al Estado como elemento teórico relevante en el marco del análisis del propio Estado y elemento clave en la proyección de su destrucción ha llevado a exaltar los aspectos organizativos, instituciones y sociológicos de la concepción leninista del Estado. De este modo, la teoría marxista del derecho ha acabado por reproducir en su interior el dualismo de la tradición burguesa, así como su capacidad de mistificación. Pocos autores –Pasukanis en primer lugar–[34] han tenido el coraje de abordar la concepción leninista del Estado en toda su complejidad. Con escaso reconocimiento por parte del movimiento obrero, todo hay que decirlo. Es necesario, pues, regresar a la teoría leninista del Estado, y hacerlo con ardiente determinación: es necesario aprender a leer la teoría del Estado a través de las categorías de la mercancía, a través de las categorías de *El capital*.

Dicho esto, debemos señalar algunas consecuencias y, entre éstas, las más importantes tienen que ver con la transformación de las condiciones generales del desarrollo capitalista acaecidas posteriormente por causa de la Revolución de Octubre. Está fuera de toda duda que el Estado reformado del capital exalta el elemento de la organización y la continuidad de su poder de mando con más fuerza si cabe que en la autocracia zarista, y que, además, la socialización del modo de producción capitalista hace infinitamente más

[34] Cfr. mi artículo sobre Pasukanis en *Critica del diritto* 1 (1974); publicado posteriormente en *La forma-Stato*, cit. [ed. cast.: *La forma-Estado*, cit.].

vastas, móviles y eficaces las expresiones del poder de mando en la sociedad. Pero, una vez reconocida esta circunstancia, nos queda la certeza de que, de todas formas, el Estado aparece como forma específica de la síntesis de la organización y del poder de mando: ambos aspectos son imprescindibles allá donde se desplieguen, allí, donde y cuando determine su síntesis. La violencia es orgánica y sustancial a la organización social y lo será mientras dure la explotación. Asumirla y atacarla, ésta es la enseñanza de Lenin. Aislarla y perfeccionarla hasta que se muestre en toda su plenitud, para poderla destruir mejor. El hecho de que el poder de mando capitalista se diluya en el desarrollo no cambia la dura realidad: es más, la generaliza, la fortalece, hasta el punto de confundirla con un hecho natural. Hoy día, una concepción revolucionaria del Estado que utilice las enseñanzas leninistas tendrá que hacer frente al problema de la destrucción antes que ser obligada a definir la realidad formal del Estado: esto nos diferencia de Lenin, la difusión del poder de mando que hemos de destruir, no la voluntad o necesidad de destruir.

Después de atravesar las paradojas de la ciencia jurídica y política del capital, concluyamos nosotros también con una paradoja[35]. Supongamos que la voluntad capitalista de mistificación y la capacidad capitalista de organización alcanzan un nivel donde la función del poder de mando en la sociedad del poder de mando capitalista sobre la sociedad sea invisible, invisible por su carácter total e inherente a la organización social general. ¿Quién será capaz de identificar el momento de la destrucción? Bien, el odio obrero será suficiente, porque la paradoja capitalista muestra su reverso íntegro y completo: en el marco de la relación de producción será posible todavía encontrar, totalmente desplegada, la potencia del Estado del capital, para, allí mismo, atacarla y destruirla. Y esta actitud *obrerista* es hoy día mucho más leninista que la de muchos que van tratan de encontrar, incluso en el «Estado presente», el «Estado de aquel entonces».

22. LA PROBLEMÁTICA DE LA «EXTINCIÓN» DEL ESTADO: CONTRA LA IGUALDAD

La última parte del cuarto epígrafe del capítulo I es un resumen de las tesis que hemos presentado hasta ahora, interesante desde dos puntos de vista. En primer lugar, ante todo, desde el punto de vista metodológico. Lenin insiste en el hecho de que sólo la dialéctica puede permitir la comprensión correcta de los procesos previstos por el proyecto revolucionario. El papel que cumple la dialéctica en Lenin es conocido: por un lado, permite comprender la relación continua que existe entre estructura y superestructura, entre el momento institucional y la materialidad de la lucha política, es la

[35] Véase la definición de la paradoja en la *Enciclopedia Feltrinelli-Fischer*, núm. 27, *Ciencias Políticas I (Estado y Política)*, a cargo de A. Negri, «Introduzione», Milán, 1971.

capacidad de interpretar los elementos de la lucha de clases en términos de la teoría de la composición política de la clase obrera. Por otro lado, la dialéctica, para Lenin, es la capacidad de convertir esta continuidad en *discontinua*, de invertir la relación entre composición y organización, entre materialidad y voluntad revolucionaria. Retomemos, a partir de esta perspectiva, algunos aspectos que ya fueron expuestos de manera sumaria cuando abordamos los *Cuadernos* de Lenin sobre la dialéctica: la instrumentación operativa de la dialéctica, realizada por Lenin, permite intervenir en la continuidad y discontinuidad del proceso revolucionario, al mismo tiempo que unifica esta dualidad en el proceso de la tendencia. Es difícil encontrar una acusación tan dura como la que Lenin realiza en este texto contra los autores y políticos de la Segunda Internacional: «La dialéctica es suplantada por el eclecticismo: es la actitud más usual y más generalizada ante el marxismo en la literatura socialdemócrata oficial de nuestros días. Esta suplantación no tiene, ciertamente, nada de nuevo; puede observarse incluso en la historia de la filosofía clásica griega. Cuando se falsifica el marxismo de un modo oportunista, el eclecticismo, presentado como dialéctica, es la vía más fácil para engañar a las masas; da una aparente satisfacción, parece tener en cuenta todos los aspectos del proceso, todas las tendencias del desarrollo, todas las influencias contradictorias, etc., cuando en realidad no da ninguna noción completa y revolucionaria del proceso de desarrollo social.»[36] Para comprender plenamente este fragmento es necesario recordar los elementos fundamentales que configuran el proceso de formación de la metodología de Lenin y –como ya hemos visto– recordar cómo estos elementos se han ido unificando. El primer elemento apareció durante la década de los noventa del siglo XIX, en torno a *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, y se refiere a la definición del concepto de formación social, es decir, a la composición política de la clase obrera. El segundo surge en los años previos y a caballo de la primera guerra imperialista y es la dialéctica del salto revolucionario, la definición de la discontinuidad radical del proceso, determinada por el incremento de las contradicciones del desarrollo capitalista. Su síntesis no puede ser reducida a un fenómeno de armonización ecléctica. Por el contrario, estos elementos diferentes se unen dentro de un mecanismo tan eficaz en la interpretación del proceso revolucionario de masas como dependiente de la voluntad colectiva del sujeto revolucionario. Se trata de una función en caliente, de la explicitación –una de las más elevadas– del punto de vista obrero dentro de la historia del marxismo revolucionario. Por el contrario, la falsificación ecléctica es el método característico de la argumentación política de los reformistas. La realidad es compleja, afirman éstos, ¡hay que considerar todas las tendencias y contratendencias que existen! ¡Esta realidad no se agota ni puede reducirse a la «unilateralidad» determinada de la perspectiva obrera! Eclecticismo como oportunismo. Cierto, la realidad es inagotable en sí misma, pero la

[36] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., p. 24.

perspectiva obrera actúa sobre ella, haciéndola comprensible. Para Marx y Lenin, la sociedad está madura para afrontar el proceso revolucionario cuando una fuerza subjetiva la reduce, la simplifica, la subordina a la relación fundamental de clase. La falsificación dialéctica reduce la dialéctica al papel de mera escoba destinada a barrer todo lo que tiene a su alrededor y se sitúa contra el método de Marx y Lenin, que alude al análisis específico del problema, a la solución del antagonismo fundamental inherente al problema, eliminando todos los elementos secundarios o, mejor dicho, subordinándolos a la contradicción principal. «He aquí el significado *teórico* de la afirmación que emerge ante nosotros, la necesidad de educar sistemáticamente a las masas en *esta*, precisamente en esta, idea de la revolución violenta; esto es algo básico en toda la doctrina de Marx y Engels.»[37]

Pero abordemos ahora la segunda razón por la que resulta interesante esta última página del capítulo I de *El Estado y la revolución*, y asumamos a este respecto otro rasgo fundamental del pensamiento de Lenin. Éste se identifica con el hecho de convertir inmediatamente en algo práctico y determinado todo lo que ha sido presentado como tesis teórica en la tradición marxista. Aquí aparece el método de la tendencia, que capta la contradicción en su punto más alto y describe la realidad del capital en el marco de la exasperación violenta, desde el punto de vista obrero, de un momento particular del desarrollo transformando radicalmente esta determinación en proyecto obrero de ataque: bien, este método, típicamente marxiano, asume en Lenin una forma absolutamente novedosa. La materialidad de la tendencia se transforma en materialidad del proyecto. Desde este punto de vista, la propia teoría se convierte en algo diferente. Y es que la especificidad práctica del discurso de Lenin, la evaluación subjetiva y el proyecto de partido, la capacidad leninista para considerar la realidad en sus momentos «directos» de transformación determinan una profundización que marca la diferencia entre este discurso de Lenin y el discurso de Marx. Althusser[38] ha resaltado este hecho subrayando que mientras que el discurso marxiano se configura esencialmente a través de estructuras históricas (se define, por ejemplo, en función del paso de una fase a otra de la etapa manufacturera, del paso de la cooperación simple a la manufactura y de allí a la gran industria y en esta continuidad describe las etapas de la tendencia general), el pensamiento de Lenin utiliza, por su parte, estructuras inmediatamente científicas. Ahora bien, es importante no considerar esta diferencia como algo absoluto: la coexistencia de estas dos tensiones en el marxismo define la propia dialéctica. Pero no cabe duda de que el carácter operativo de las categorías leninistas constituye un enriquecimiento de la propia dialéctica. La compleja actividad teórico-práctica que constituye la base del pensamiento leninista no utiliza estructuras horizontales

[37] *Ibid.*, p. 24.

[38] Cfr. especialmente L. Althusser, *Lire le Capital* y *Pour Marx*, cit.

consecutivas, sino unas estructuras verticales que a su vez constituyen el corte, el límite determinado de una fase histórica. La insistencia práctica en estos niveles de comprensión sitúa la voluntad revolucionaria en un horizonte eminentemente práctico. La desmitificación se convierte inmediatamente en esquema operativo, la comprensión queda condicionada y subordinada a la operatividad. La voluntad subjetiva del partido debe llegar a interrumpir el proceso histórico en cualquier momento: ésta es la conclusión, uno de los aspectos que parece totalmente original en el pensamiento de Lenin.

Desde este punto de vista nuestro propio marxismo gana en calidad y sería útil desarrollar el análisis a partir de los nuevos elementos adquiridos, verificando su riqueza en los campos de investigación más cercanos a nosotros. Por ejemplo, sería muy interesante iniciar en esta sede el análisis –al igual que sucedió en algún momento durante la década de los sesenta, precisamente en Italia– sobre la evolución del modo de producción capitalista (del proceso de reestructuración), estableciendo al objeto una serie de definiciones científicas nuevas que sirvan para comprender los comportamientos obreros, los comportamientos de masas, tanto en el marco de su transformación histórica como a través de su estructura subversiva puntual, como ruptura, a su vez, de la continuidad del desarrollo[39]. Y sería extremadamente interesante llegar a desarrollar este tipo de análisis teniendo en cuenta especialmente una serie de fenómenos que se están verificando, como por ejemplo el predominio del estancamiento sobre el desarrollo y, por consiguiente, quizás, el predominio de estructuras estables de comportamiento en los comportamientos de la clase obrera más que de un ritmo dialéctico acentuado en la relación entre clase y desarrollo capitalista. Evidentemente, se trata de juicios y puntos de vista relativos, porque todos estos aspectos actúan siempre de manera conjunta, y este cuerpo histórico de la clase obrera que tenemos delante es algo extremadamente compacto y se halla particularmente unido: se trata, sin embargo, de subrayar la aceleración o la deceleración del proceso general, privilegiando cada vez los instrumentos adecuados. Una reutilización del leninismo en este sentido es oportuna y necesaria.

Pero volvamos a las páginas de Lenin. En ellas, la ruptura práctica del *continuum* histórico se configura a través de hechos específicos: específico no sólo es el método, sino el contenido sobre el que se aplica. Lenin concluye y resume su postura de la siguiente manera: «La sustitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta. La abolición del Estado proletario, es decir, la abolición de todo Estado, sólo es posible por medio de un proceso de extinción»[40]. La disertación concluye con la subversión práctica y decisiva de la situación histórica tal y como ha venido desarrollándose (lo hemos visto): el desarrollo imperialista, la guerra imperialis-

[39] Este análisis fue desarrollado en la década de los sesenta por investigadores que trabajaban en las revistas *Quaderni Rossi*, *Classe operaia*, *Contropiano* y *Potere Operaio*.

[40] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, p. 25.

ta fortalecen la figura del Estado en su dimensión de poder de mando y función antiobrera. Aquí la violencia estatal se convierte en el elemento esencial del Estado. El análisis aborda, defiende y delimita esta figura: contra la violencia del Estado no hay otra alternativa que la violencia obrera. No se trata de una simplificación de la realidad, sino de una reducción científica que permite directamente interpretar la forma en función ofensiva. La destrucción del Estado se dibuja, de este modo, como condición de cualquier avance posterior. Abolición del Estado a través del ejercicio del poder, ya que el ejercicio proletario del poder implica primero efectuar un extraordinario traspaso de poder a la clase, a las masas. La destrucción del Estado es la condición de la extinción, el proceso positivo de reapropiación del poder por parte del proletariado, en representación del conjunto de la sociedad.

Llegados a este punto, en vez de seguir el orden de la exposición leninista, pasaré inmediatamente al capítulo V de *El Estado y la revolución*. Los capítulos II, III y IV son análisis e interpretaciones, filológicamente correctas, de los textos de Marx y Engels sobre la cuestión. Lenin reconstruye el discurso sobre el proceso revolucionario y el comunismo siguiendo la evolución de estas temáticas en la teoría de los clásicos. El capítulo II aborda las enseñanzas de Marx y Engels sobre la revolución del 1848-1851, el capítulo III el análisis de Marx sobre la experiencia de la Comuna de París del 1871, y el capítulo IV, finalmente, estudia los textos marxianos y engelsianos de la década de los setenta del siglo XIX y posteriores, es decir, la polémica interna que se vive en la socialdemocracia, especialmente en torno a la cuestión del programa (Erfurt y Gotha). Más adelante volveremos sobre estos capítulos.

Lo que ahora nos interesa es tratar de definir de forma precisa qué significa «extinción» del Estado, no ya desde una perspectiva meramente teórica, aunque sepamos que la teoría depende de una experiencia específica y continua, sino en términos de programa político, tal y como lo quiere precisamente Lenin. De hecho, este texto no surge simplemente para satisfacer una necesidad teórica, se trata de un texto que nace de la necesidad de una teoría que está ligada a una práctica revolucionaria cuyo objetivo es la superación de la etapa democrática de la revolución rusa. Es un texto determinado por la pasión revolucionaria que lo atraviesa y que se cierra de manera incompleta, porque, como afirma Lenin, es más interesante hacer la revolución que escribirla. Veamos ahora cómo se presenta en el discurso de Lenin la cuestión relativa a los fundamentos económicos de la extinción del Estado, y consecuentemente, si se corresponde con la realidad todo lo que hemos mantenido hasta el momento, como la propia cuestión del programa.

Así pues, abordemos el capítulo V de *El Estado y la revolución*, «Las bases económicas de la extinción del Estado».

Antes de leer y seguir la argumentación leninista punto por punto, veamos primero algunos de sus rasgos fundamentales, dado que, si estamos ante la parte central del dis-

curso de Lenin, también estamos ante su parte más problemática, sobre todo para nosotros, que –al abordar *El Estado y la revolución* desde una perspectiva obrera– estamos obligados a comparar nuestras necesidades con las necesidades leninistas. De este modo, el discurso leninista sobre los fundamentos económicos de la extinción del Estado retoma la teoría marxiana a partir del desarrollo de las fuerzas productivas –y de la identificación de la tendencia– que presentan las luchas de clase de la segunda mitad del siglo XIX. Lenin se plantea el problema de la instauración de la dictadura del proletariado como paso previo a una fase socialista, a una fase dominada aún por la necesidad de la organización del trabajo y del salario. A nosotros nos interesa ante todo recuperar la *forma del proceso* revolucionario tal y como Marx y Lenin la definen. Pero si, en torno a este capítulo, estamos interesados antes que nada en comprender la forma del proceso, su realidad dialéctica (y quizá sea aquí donde permanecen las enseñanzas de los clásicos), no nos queda otro remedio que confrontarnos con los hechos y preguntarnos si y en qué medida para nosotros es válido el discurso que Marx y Lenin construyeron en contextos diferentes o si por el contrario estas definiciones son a estas alturas contradictorias e insuficientes. El problema fundamental tiene que ver con *la relación existente entre el poder revolucionario de los obreros* (tal y como se expresa en la fase insurreccional y en la constitución de la dictadura) y *la organización del trabajo social*. Frente a este problema, nosotros podemos preguntarnos hoy día si la madurez general de las fuerzas productivas ha alcanzado los momentos descritos, como veremos más extensamente, en las páginas de los *Grundrisse* de Marx, donde el comunismo, es decir, la destrucción de la organización del trabajo asalariado y no sólo el perfeccionamiento socialista de su organización, se convierte en el objetivo fundamental y la esencia de la dictadura proletaria. Para Lenin, sin embargo, el discurso está totalmente ligado al problema de la organización socialista del trabajo, identificándose de esta forma con toda la tradición marxiana decimonónica, con la parte revolucionaria de ésta, obviamente. Ahora bien, un problema que se propone en contextos tan diferentes (para nosotros y para la ciencia obrera de Lenin) ¿puede ser gestionado dentro de una forma dialéctica análoga? ¿Sigue siendo útil, a este respecto, *El Estado y la revolución*?

Yo creo que sí. Porque, de hecho, Lenin, al igual que hiciera Marx, apunta al corazón del problema. El prefacio del capítulo V ya lo indica: «Podemos encontrar el estudio más completo de esta cuestión en la *Crítica al programa de Gotha* de Marx (carta a Bracke del 5 de mayo de 1875, que no fue publicada hasta 1891, en la revista *Neue Zeit* IX, I, y de la que se publicó una edición específica en ruso). La parte polémica de esta notable obra, consistente en la crítica a las posturas de Lasalle, ha dejado en la sombra, por así decir, su parte positiva, a saber: su análisis de la conexión existente entre el desarrollo del comunismo y la extinción del Estado»[41]. El problema fundamental radica,

[41] *Ibid.*, p. 97.

por lo tanto, en el análisis del nexo existente entre el desarrollo del comunismo y la extinción del Estado. ¿Cuál es la figura de este proceso?

El análisis desmenuza fundamentalmente la *Crítica al programa de Gotha*, que ya fue estudiada de manera extensa en el capítulo IV y ahora es asumida como fundamental. (El programa de Gotha es la propuesta del programa de la socialdemocracia alemana y toma el nombre de la ciudad donde tuvo lugar el congreso)[42]. El discurso de Marx afronta una serie de cuestiones que son introducidas en el texto como parte del debate que se produce en el interior de la socialdemocracia. En concreto, en el programa de Gotha, volvemos a encontrar una fuerte influencia de la corriente socialdemócrata encabezada por Lasalle, la corriente de los socialistas prusianos reformistas que siguen la postura teórica de Lasalle, como elemento esencial de su proyecto[43]. Éstos no descartan la posibilidad de una alianza de la clase obrera con el Estado prusiano, un tipo de alianza que permita el aislamiento de los sectores latifundistas agrícolas, que hasta ese momento habían tenido un peso enorme en la gestión de la máquina estatal prusiana y alemana. A través de esta marginación y de este tipo de alianza la clase obrera podrá actuar y ser reconocida como motor del desarrollo. El elemento central del discurso de Lasalle, que aparece en el programa de Gotha y sobre el que Marx centra sus críticas, es la teoría del «salario justo». Lasalle realiza el siguiente discurso: una alianza entre la clase obrera y las fuerzas estatales progresistas (tened en cuenta la situación particular que vive Alemania, donde la Administración del Estado desempeña un papel importantísimo en el desarrollo acelerado de la industria alemana de la segunda mitad del siglo XIX: Alemania pasa de ser un país excluido del desarrollo capitalista a una potencia que se presentará con «los papeles en regla» junto a las principales potencias en el periodo imperialista, y todo esto se produce a través de una mediación específica, la mediación del Estado; el proceso unitario alemán es un proceso donde el Estado prusiano tiene capacidad para intervenir en el proceso productivo y funcionar directamente como cerebro capitalista del desarrollo)[44], por consiguiente, una alianza entre la clase obrera y las fuerzas estatales progresistas es deseable, una alianza que permitirá la eliminación progresiva de las rentas parasitarias (es decir, de los latifundistas y de las fuerzas políticas que los apoyan) y la constitución de una sociedad altamente productiva donde la renta sea reducida a cero. En consecuencia, nos hallamos frente a la exal-

---

[42] La *Crítica del programa de Gotha* aparece publicada por primera vez en 1891. Actualmente podemos encontrarla traducida en K. Marx, *Il Partito e l'Internazionale*, Roma, 1948, pp. 221-245.

[43] Sobre Lasalle existe una bibliografía amplísima en Alemania y muy escasa en Italia; sería interesante volverlo a estudiar, al menos en parte.

[44] Respecto al desarrollo alemán y las ideologías a él contemporáneas cfr. mi viejo libro (sobre todo la amplia bibliografía que recogen sus páginas) *Studi sullo storicismo tedesco*, Milán, Feltrinelli, 1959.

tación absoluta de la ley del valor. Pero ¿qué es la ley de valor? Es la ley según la cual el producto capitalista, el beneficio, entendido no en términos burgueses, es decir, como cuota de interés sobre el capital dado, sino como *surplus* destinado a la reproducción general del capital, aparece como relación entre tiempo de trabajo necesario y plustrabajo y, por lo tanto, como relación entre cuotas de salario relativo y sus correspondientes cuotas de trabajo suministrado. Desde este punto de vista, el salario se configura «férreamente» como proporción que recibe el trabajador por un trabajo destinado a la reproducción general y difusa del capital: cuando el capital se reproduce en un nivel más avanzado de desarrollo, se renuevan las cantidades y las relaciones salariales, siempre como proporción integral y renta del trabajo dado. Llegados a este punto, el salario se convierte en una función socialista que es un puro reflejo del funcionamiento de la ley del valor. Desde Lasalle en adelante, todas las planificaciones socialistas serán realizadas más o menos en estos términos. La operación lassalleana podrá comprenderse mejor si se analiza en términos políticos. Lassalle hace suya la crítica clásica, en sus orígenes ricardiana, contra las rentas parasitarias y defiende la ley del valor contra las clases que perciben rentas parasitarias. Ciertamente la clase trabajadora sigue estando explotada, y el beneficio, como cantidad global de capital que se renueva e incrementa, se basa en una regla de explotación, es decir, está formado por un plusvalor que se incrementa a sí mismo. Sin embargo, para los socialistas lassalleanos sólo existe un problema, definir un esquema de reproducción dentro del cual la distribución de las rentas (de capital y de trabajo) sea siempre medida en virtud de las leyes del desarrollo y de su carácter necesario: la explotación es considerada una función necesaria; no puede existir desarrollo sin explotación del trabajo, porque no puede existir desarrollo sin trabajo; el problema radica en eliminar la sobreexplotación, que tiene su base en unas cuotas de renta de carácter completamente diferente, es decir, parasitarias[45].

Marx y Lenin atacan con dureza estas posturas. Ellos centran su discurso en la superación de la ley de valor, en la desmitificación del «salario justo», en la construcción de las bases económicas del comunismo: la dialéctica aplicada a estos problemas representa un elemento fundamental al que debe remitirse el pensamiento obrero, es decir, tanto Lenin como Marx sostienen que la igualdad, el funcionamiento de la ley del valor (la exclusión de los superbeneficios particulares de algunas clases) y el salario justo (como renta íntegra del trabajo en una sociedad que funciona de manera socialista) no tienen nada que ver con la extinción del Estado y la transición al comunismo. Lenin precisa la crítica radical al razonamiento lassalleano en su discurso llevándola al terreno de la definición de la fase de transición. Éste es aspecto fundamental que reflejan las

[45] Hemos forzado un poco la exposición del pensamiento de Lasalle y de los socialistas prusianos, pero quizá sea útil actualizar de esta manera su discurso, porque nos permite reforzar el carácter invariable de la ruptura entre revolucionarios y oportunistas.

páginas del capítulo V de *El Estado y la revolución*. Considero que la teoría marxista alcanza aquí uno de los niveles más altos de su desarrollo, quizá sólo alcanzado por algunas páginas de los *Grundrisse*, que Lenin desconocía en 1917. Respecto al ataque comunista contra la regla de la igualdad, a la destrucción definitiva de estas sucias utopías, en términos realmente materialistas (en el caso de que no se quiera volver atrás, a las encendidas alusiones de los escritos juveniles de Marx) únicamente podemos encontrar un adelanto en las páginas de los *Grundrisse*: es la disolución definitiva de cualquier vínculo existente entre la batalla comunista y la lucha radical burguesa, independientemente de la forma que ésta adopte. Es también la definitiva disolución de cualquier relación entre la idea de libertad y la idea de comunismo, de cualquier tipo de continuidad, aunque sólo sea genérica, entre las fuerzas liberales y la definición de la base comunista.

En las siguientes lecciones volveremos sobre estos temas. Ahora, una última observación, que tiene que ver con ciertos límites que podemos observar de todas formas en este texto leninista. Independientemente de la fuerza de la intuición leninista, ésta se explicita en el texto sobre todo a través de un análisis y una crítica de la superestructura estatal del liberalismo y el radicalismo socialista, más que a través de un análisis que interpreta la propia organización material del trabajo, la sociedad basada en el trabajo como elemento central. La razón de esta limitación es evidente; una limitación que también aparece inversamente como fuerza de la intuición leninista, ya que organiza la voluntad subjetiva de echar abajo, de romper, los límites materiales y la organización del trabajo social determinados por el grado de desarrollo. Sin embargo, sólo hoy día podemos comenzar a desarrollar una interpretación y un análisis radical desde el punto de vista obrero de estas tendencias y únicamente a partir de los niveles más altos del desarrollo capitalista, de las consignas más avanzadas lanzadas por los obreros en lucha. Por ello, la necesaria integración de estas páginas de *El Estado y la revolución* reside no tanto en la conclusión formal de los temas abordados como, al igual que sucede cada vez que la teoría da un salto hacia adelante, en la capacidad práctica para recuperar la nueva base de comportamientos de clase y de lucha que se presenta. Por otro lado, el límite del discurso de Lenin quizá sea necesario, si consideramos su contemporánea y formidable capacidad para remitirse, a través de la crítica de la igualdad, a los contenidos más avanzados del comunismo. ¡Cuidado, pues, con los lloriqueos socialistas sobre la igualdad! El problema de la igualdad no es un problema de identidad formal o de una igualdad abstracta entre seres humanos diferentes, el problema verdadero es la construcción de una sociedad comunista. El problema no radica en el reconocimiento de una identidad o una igualdad que no existe y jamás podrá existir si el proceso capitalista continúa, sino con la construcción de una igualdad como actividad constitutiva, igualitaria y liberadora: no se trata de una utopía, sino del proceso de destrucción del Estado como regla jerárquica de la explotación. No es casualidad que esta apoteosis

libertaria del leninismo sea una de las cuestiones que ha escandalizado siempre a la buena tradición socialista y reformista, más incluso de lo que haya podido escandalizar el discurso sobre la violencia, la ideología oriental y blanquista de la que Lenin ha sido siempre acusado; en realidad, se trata de una crítica radical a un concepto de igualdad que corre paralelo al ritmo de la ley del valor.

23. PRIMERA APROXIMACIÓN A LA DEFINICIÓN DE LOS FUNDAMENTOS MATERIALES DE LA «EXTINCIÓN»: CONTRA EL TRABAJO, CONTRA EL SOCIALISMO

En el capítulo V de *El Estado y la revolución*, antes de entrar en la cuestión específica de la extinción del Estado y la primera fase del comunismo, Lenin se detiene extensamente en la crítica del programa de Gotha. Esta larga introducción, a primera vista, parece pesada y ajena a la habitual economía del discurso de Lenin. Pero no lo es. Sirve para introducir el discurso sobre la destrucción del Estado en su dimensión materialista, que establece el ataque y la destrucción de la ley del valor o, mejor aún, su exacerbación y, consecuentemente, su superación. La crítica leninista del Estado es al mismo tiempo una crítica del socialismo.

De este modo, no es casual que Lenin empiece con la posición científica, materialista, del problema que más le preocupa: «Toda la teoría de Marx es una aplicación de la teoría del desarrollo –en su forma más consecuente, más completa, más profunda y más rica de contenido– al capitalismo moderno. Era natural que Marx se plantease, por lo tanto, el problema de aplicar esta teoría también a la inminente bancarrota del capitalismo y al desarrollo de la futura sociedad comunista. Ahora bien, ¿en base a qué datos se puede plantear la cuestión del desarrollo de la futura sociedad comunista? En base al hecho de que el comunismo procede del capitalismo, se desarrolla históricamente a partir del capitalismo; es el resultado de la acción de una fuerza social *engendrada* por el capitalismo»[46]. Así pues, el discurso sobre la transición del capitalismo al comunismo debe ser encuadrado de manera precisa en el análisis sobre los fundamentos materiales de este proceso. Pero, al decir esto, reafirmamos toda la dialéctica de la relación de clase. Reafirmamos, pues, su ambigüedad, es decir, esta dialéctica, mientras funciona, lo hace como mediación entre la capacidad capitalista de producir y reproducir capital y su fuerza de trabajo intrínseca, que es intrínseca dialécticamente: y por lo tanto capaz de presentarse como fuerza antagonista. De este modo, el fundamento material significa también el sujeto revolucionario que el desarrollo capitalista produce como tal y que actúa como estímulo y clave del propio desarrollo capitalista, salvo que expresa la voluntad de hegemonizar de forma antagonista este desarrollo y llevarlo con la lucha al umbral del proceso revolucionario. Hasta que

[46] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., p. 98.

esto no suceda, mientras la fuerza de trabajo viva la relación-capital –independientemente de la relación de fuerza que establezca con el poder de mando y la organización de la acumulación capitalista–, hasta que, por lo tanto, la acumulación no se rompa y la clase obrera no se libere del capital, no existirá comunismo. La hegemonía sobre el desarrollo no significa aún liberarse del desarrollo. Desde este punto de vista, la fase en la que Lenin considera necesaria la dictadura del proletariado se podría definir a partir de ahora como fase de hegemonía sobre el desarrollo por parte de la clase obrera. De aquí se derivan una serie de problemas que deberíamos tratar de afrontar sin demora. La hegemonía de la clase obrera sobre el desarrollo se identifica con el socialismo, es decir, implica que las reglas principales del proceso capitalista de producción y reproducción siguen existiendo, con la novedad de la introducción de un criterio de igualdad y la instauración de las formas políticas del «democratismo» (en palabras de Lenin) como afirmación de la dictadura de la mayoría del pueblo (el proletariado) sobre los demás estratos o clases sociales. Pero lo que es importante resaltar es que cuando se habla de socialismo se está hablando de desarrollo y, por lo tanto, de desarrollo del modo de producción capitalista, se está hablando en términos de ley del valor, se está hablando aún del proletariado como base de la posible, eventual pero futurible sociedad comunista. La consideración de este condicionamiento de la base material induce a Marx y a Lenin a elaborar un discurso específico sobre la transición del capitalismo al comunismo. Este estadio de transición es denominado precisamente socialismo.

El realismo del análisis de Marx y Lenin les lleva a considerar la fase transitoria como una fase necesariamente dominada por la dictadura revolucionaria del proletariado y a la vez como fase socialista. Y es lógico que esto sea así, porque el horizonte histórico de Marx y Lenin está unido a una situación que augura un largo periodo de desarrollo del capitalismo y de afirmación del socialismo como hegemonía sobre el desarrollo y democracia del trabajo. Pero si ni Marx ni Lenin fueron capaces de superar este horizonte teórico desde el punto de vista de la propuesta política, sí lo hicieron desde el punto de vista de la previsión teórica, al establecer una fase posterior donde el comunismo pueda desarrollarse de forma paralela a los tiempos y formas de la lucha, adaptarse a la estructura de las necesidades obreras que emerge de la lucha y revolucionar definitivamente las condiciones de la producción. En definitiva, en las páginas de Marx y Lenin la afirmación y la crítica del socialismo corren parejas, y no puede ser de otra forma. Y también corren parejas (y no pueden presentarse de otra manera) la afirmación y la crítica de la dictadura del proletariado; de la misma forma que cuando se inició el discurso sobre el fundamento material, la defensa del desarrollo y la identificación del sujeto revolucionario que se opone al desarrollo del capital aparecían inseparables. No cabe duda de que este análisis marxiano y leninista de la situación es totalmente correcto. En realidad, la condición general de las relaciones de producción y de las fuerzas productivas, la ausencia de una figura obrera que fuera capaz de superar los límites de

la profesionalidad y, por lo tanto, los límites de una relación específica con el capital fijo impedían un tipo de previsión diferente. Una previsión diferente, y políticamente factible, sólo puede surgir cuando la unificación social del proletariado en términos de trabajo abstracto y el desarrollo de una productividad de masa a través de la praxis colectiva homogénea del proletariado aparezcan como fundamento material de la producción. Más adelante volveremos sobre esta cuestión. Es evidente que Lenin se plantea este problema, que sólo puede aparecer como resultado de la controversia y tensión entre el ansia comunista de liberación y la posibilidad real de construcción de un Estado socialista. Y es importantísimo que esto se produzca. *El Estado y la revolución* es el texto de la exuberancia comunista. El socialismo no es suficiente. Es más, se trata de una etapa necesaria pero que por fuerza debe ser superada. Lenin defiende este planteamiento plenamente y de manera continua, y la teoría proletaria más avanzada lo reproducirá siempre: la transición permanente pasa a ser un elemento de la lucha; en un momento en el que todavía sobrevive este Estado burgués, aunque la burguesía ya no sea el sujeto dominante, y aunque las reglas del Estado burgués hayan sido obligadas a transformarse por completo en reglas de igualdad y normas contra el dominio burgués, todo esto representa una situación absolutamente dramática.

Después de Lenin, tanto Stalin como Mao[47], desde un punto de vista teórico, interpretaron y describieron de manera correcta esta etapa, subrayando incluso la posibilidad (¿la necesidad?) de desarrollar la lucha de clases durante el periodo de transición. Esto se acerca mucho más a la experiencia de la dictadura revolucionaria del proletariado que lo que puedan llegar a acercarse las versiones gradualistas y reformistas de otras teorías y prácticas. La teoría maoísta es la que procede de manera más coherente sobre este terreno. Ésta elabora un cuadro de las contradicciones que aparecen en la fase de transición, tras la toma de poder, desarrolla sus contenidos y los regula; finalmente, en el periodo de la revolución cultural, a través de una subversión genial de los parámetros con los que el estalinismo había afrontado erróneamente la cuestión (agudización de las luchas de clases y, consecuentemente, firmeza del Estado contra los residuos de la clase burguesa y, por lo tanto, distorsiones burocráticas del desarrollo revolucionario, etc.), el Partido Comunista Chino impulsa la lucha de las masas contra el Estado, reabriendo por completo el proceso revolucionario como proceso de reapropiación de las capacidades de dirección por parte del proletariado[48]. Esto no tiene nada

---

[47] Stalin analiza la temática de la agudización de las contradicciones en la fase de la dictadura del proletariado sobre todo en los escritos recogidos en *Cuestiones sobre el leninismo*. El discurso de Stalin fue retomado y corregido en la práctica y en la teoría del Partido Comunista Chino.

[48] Existen muchos textos sobre la revolución cultural en China. Pero aquí no es necesario mencionarlos: nos interesa más hacer referencia al significado político que para el proletariado europeo tuvo el eco de la experiencia china.

que ver con las imágenes dulcificadas de la fase de la dictadura proletaria y de su relación con las primeras experiencias de la extinción del Estado que nos ofrecen otras teorías y prácticas. A este respecto es fundamental citar (en parte por la injusta suerte que corrió) la teoría yugoslava de los consejos. En ella se mistifica el impulso de la lucha entre las clases, se mistifica y del mismo modo se rechaza la función de la clase obrera, que aparece diluida en el pueblo, dando pie a la confusión entre la particularidad de los intereses proletarios y los intereses generales de la sociedad[49]. Pero por todas partes surgen teorías análogas, en un clima de traición del leninismo y de triunfo de prácticas capitalistas renovadas en los llamados países socialistas[50]. La libertad y la espontaneidad del proceso se oponen a la dureza de la lucha de clases. ¿No afirmaba Lenin incluso que «la expresión "el Estado se extingue" es muy acertada, pues señala el carácter gradual del proceso y su espontaneidad»?[51]

Esta proposición es pura mistificación. Cuando Lenin emplea estas expresiones e insiste en la simpleza y sencillez del proceso (y todo el segundo epígrafe del capítulo V se encuentra lleno de este tipo de afirmaciones), hay que tener mucho cuidado, porque estas afirmaciones no sustituyen de ninguna manera la dura necesidad de la dictadura del proletariado y del poder de mando obrero. Cuando Lenin afronta estos temas, lo hace siempre considerando la discontinuidad del proceso que se desarrolla entre la aniquilación de la máquina del Estado burgués, la asunción de su dirección y después, a partir de aquí, la puesta en marcha de las condiciones materiales que permitan la extinción de la propia forma estatal. Lenin insiste siempre y permanentemente en la discontinuidad y esto debe ser subrayado como un rasgo definitivo del análisis leninista. Olvidar esta discontinuidad significa caer en la gran confusión de las teorías que interpretan el surgimiento de la espontaneidad como continuidad y la extinción como algo *que se deriva* de la toma del poder por parte del proletariado. De acuerdo con estas teorías, la continuidad tanto de la lucha como de la toma del poder, la fase de la dictadura y de la extinción del Estado representan un camino ideal y utópico, porque son incapaces de comprender el proceso real de construcción del comunismo, es decir, el hecho de que la extinción del Estado sólo puede lograrse a través de la implantación (y la lucha por la implantación) de condiciones materiales favorables y maduras.

---

[49] La teoría consejista yugoslava y las conjeturas sobre la temática de la transición son algunas de las cosas más vulgares que el pensamiento «socialista» produjo en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

[50] «Socialismo de rostro humano» y otras formulillas parecidas constituyen la ideología revisionista y liberal (en términos burocráticos, obviamente) que podemos encontrar hoy día en las democracias populares y, aunque de forma francamente minoritaria, también en la propia Unión Soviética. La restauración capitalista y la demagogia forman parte igualmente de estos planteamientos.

[51] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., p. 103.

Así pues, ¿cuáles son estas condiciones en el programa de Lenin? En el tercer epígrafe del capítulo V Lenin aclara su punto de vista. Pero, antes de llegar hasta allí, leamos un par de fragmentos que sirven para ratificar algunos de los conceptos que hemos destacado hasta el momento y para impulsar la discusión sobre las bases materiales. De este modo, «el desarrollo hacia el futuro, es decir, el desarrollo hacia el comunismo, pasa a través de la dictadura del proletariado, y no puede ser de otro modo, porque el proletariado es el único que puede, y sólo a través de este camino, romper la resistencia de los explotadores capitalistas. Pero la dictadura del proletariado, es decir, la organización de la vanguardia de los oprimidos en clase dominante para aplastar a los opresores, no puede conducir tan sólo a la simple ampliación de la democracia. A la par con la enorme ampliación de la democracia, que por vez primera se convierte en una democracia para los pobres, en una democracia para el pueblo, y no en un democratismo para los ricos, la dictadura del proletariado implica una serie de restricciones impuestas a la libertad de los opresores, de los explotadores, de los capitalistas»[52]. Y continúa: «Democracia para la mayoría gigantesca del pueblo y represión por la fuerza, es decir, exclusión de la democracia, para los explotadores, para los opresores del pueblo: ésta es la transformación que sufrirá la democracia en la transición del capitalismo al comunismo»[53]. Hasta aquí todo claro: la violencia proletaria discrimina y golpea a sus adversarios, anula los criterios formales de la democracia burguesa. Esto sucede en la primera fase, la fase de la destrucción. Pero esto no es suficiente. El comunismo es difícil, la lucha de clases se agudiza. «Más adelante, durante la *transición* del capitalismo al comunismo, la represión es *todavía* necesaria, ahora se trata de la represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los explotados. Es necesario *todavía* un aparato especial, una máquina especial para la represión, el Estado, pero éste es ahora un Estado de transición, no es ya un Estado en el sentido estricto de la palabra, pues la represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los esclavos asalariados *de ayer* es algo tan relativamente fácil, sencillo y natural, que costará muchísima menos sangre que la represión de las sublevaciones de esclavos, de los siervos y de los obreros asalariados, costará mucho menos a la humanidad.»[54] Nuestra experiencia histórica nos ha mostrado cómo, en realidad, las condiciones represivas de esta etapa pueden resultar en muchos aspectos horribles y trágicas. Pero no podemos olvidar que este escrito se enmarca dentro del gran periodo revolucionario de 1917, como tampoco podemos olvidar que está atravesado por el entusiasmo y la convicción de que la consecución del objetivo está cerca. De todas formas, con estas optimistas palabras de Lenin, nos resulta difícil llegar al tipo de interpretación de la continuidad orgánica del proceso que hemos visto con anterio-

[52] *Ibid.*, p. 102.
[53] *Ibid.*, p. 103.
[54] *Ibid.*, p. 104.

ridad. Siendo realistas, nos conviene recordar los miserables y trágicos resultados de muchas experiencias fracasadas, antes que fingir que resultan irrelevantes para el punto de vista obrero (aunque sólo sea porque el capital nos hace pagar caro cada experiencia fracasada o traición del movimiento obrero internacional).

Pero, entonces, ¿cuáles son las condiciones materiales que permiten el paso al comunismo? ¿De qué manera la hegemonía proletaria sobre el desarrollo determina unas condiciones que permiten el desarrollo de una sociedad comunista? A este respecto, considero que el tercer epígrafe del capítulo V debería leerse casi por completo: «En la *Crítica del programa de Gotha*, Marx refuta minuciosamente la idea de Lassalle de que, bajo el socialismo, el obrero recibirá la "renta íntegra" o la "renta completa del trabajo". Marx demuestra que de todo el trabajo social de toda la sociedad habrá que descontar un fondo de reserva, otro fondo para ampliar la producción, para reponer las máquinas "gastadas", etc., y, además, de los artículos de consumo, un fondo para los gastos de administración, escuelas, hospitales, asilos para ancianos, etc.»[55]. En definitiva, Marx insiste en la necesidad absoluta de obtener un *surplus* del trabajo prestado. Un *surplus* que debería ser destinado a sufragar los gastos de reproducción del capital y de reproducción de la fuerza de trabajo. Sin entrar en otras cuestiones, simplemente desde el punto de vista contable, el discurso de Lassalle sobre el socialismo (como renta integral del trabajo para el obrero) no funciona. Pero éste es sólo un razonamiento inicial que apenas roza la esencia del problema. Mucho más importante es lo siguiente: «Esta sociedad comunista, que acaba de salir de las entrañas del capitalismo y que lleva en cada parte el sello de la sociedad antigua, es la que Marx llama "primera" fase o fase inferior de la sociedad comunista. Los medios de producción han dejado de ser ya propiedad privada de los individuos. Los medios de producción pertenecen a toda la sociedad. Cada miembro de la sociedad, al ejecutar una cierta parte del trabajo socialmente necesario, obtiene de la sociedad un certificado que le acredita haber realizado una cantidad determinada de trabajo. Con este certificado recibe de los almacenes sociales de artículos de consumo una cantidad correspondiente de productos. Deducida la cantidad de trabajo que pasa al fondo social, cada obrero, por lo tanto, recibe de la sociedad lo que entrega a ésta»[56]. «Reinaría, al parecer, la "igualdad". Pero cuando Lassalle, refiriéndose a este orden social (al que se suele dar el nombre de socialismo, pero que Marx denomina primera fase del comunismo), afirma que esto es una "distribución justa", que es "el derecho que tiene cada uno por igual al producto igual del trabajo", Lassalle se equivoca, y Marx pone al descubierto su error. "Aquí –dice Marx– tenemos realmente un 'derecho igualitario', pero esto es todavía 'un derecho burgués', que, como todo derecho, presupone la desigualdad. Cualquier tipo de derecho presupone la aplicación

[55] *Ibid.*, pp. 105-106.
[56] *Ibid.*, p. 106

de un rasero igual a hombres distintos, a hombres que en realidad no son idénticos, no son iguales entre sí; por lo tanto, el 'derecho igualitario' es una violación de la igualdad y una injusticia. En efecto, cada cual obtiene, si ejecuta una parte de trabajo social igual al otro, la misma parte de producción social (después de hacer las deducciones indicadas). Sin embargo, los hombres no son todos iguales, unos son más fuertes y otros más débiles, unos están casados y otros solteros, unos tienen más hijos que otros, etc. A igual trabajo –concluye Marx– y, por consiguiente, a igual participación en el fondo social de consumo, unos obtienen de hecho más que otros, unos son más ricos que otros, etc. Para evitar todos estos inconvenientes, el derecho tendría que ser no igualitario, sino desigual." Consecuentemente, la primera fase del comunismo no puede proporcionar todavía justicia ni igualdad: subsisten aún las diferencias de riqueza, unas diferencias injustas; pero no será posible ya la explotación del hombre por el hombre, puesto que no será posible apoderarse, a título de propiedad privada, de los medios de producción, de las fábricas, de las máquinas, de la tierra, etc. Pulverizando la frase confusa y pequeñoburguesa de Lassalle sobre la "igualdad" y la "justicia" en general, Marx muestra el proceso de desarrollo de la sociedad comunista, que en sus comienzos se verá obligada a destruir solamente aquella "injusticia" que se manifiesta en que los medios de producción sean usurpados por individuos aislados, pero que no estará en condiciones de destruir de golpe también la otra injusticia, consistente en la distribución de los artículos de consumo "en función del trabajo" (y no en función de las necesidades). Los economistas vulgares, incluyendo entre ellos a los profesores burgueses, entre los que se cuenta también "nuestro" Tugan, reprochan constantemente a los socialistas el olvidarse de la desigualdad de los hombres y el "soñar" con destruir esta desigualdad. Este reproche sólo demuestra, como vemos, la extrema ignorancia de los señores ideólogos burgueses. Marx no sólo tiene en cuenta del modo más preciso la inevitable desigualdad de los hombres, sino que considera que el mero paso de los medios de producción a propiedad común de toda la sociedad (el "socialismo", en el sentido corriente de la palabra) no suprime los límites de la distribución y la desigualdad del "derecho burgués", el cual sigue imperando, por cuanto los productos son distribuidos "según el trabajo". "Pero estos defectos –prosigue Marx– son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tras haber nacido de la sociedad capitalista, después de un doloroso parto. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica y al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado." Así pues, en la primera fase de la sociedad comunista (a la que suele darse el nombre de socialismo) el "derecho burgués" no se suprime completamente, sino sólo parcialmente, sólo en la medida de la transformación económica ya alcanzada, es decir, sólo en lo que se refiere a los medios de producción. El "derecho burgués" los reconoce como propiedad colectiva de los individuos sobre los medios de producción. El socialismo los convierte en propiedad común. En este sentido –y sólo en este sentido– desaparece el "derecho burgués". Sin embargo,

este derecho persiste en otro de sus aspectos, persiste como regulador de la distribución de los productos y de la distribución del trabajo entre los miembros de la sociedad. "El que no trabaja, no come": este principio socialista es ya una realidad; "a igual cantidad de trabajo, igual cantidad de productos": también es ya una realidad este principio socialista. Sin embargo, esto no es todavía el comunismo, ni suprime todavía el "derecho burgués", que da una cantidad igual de productos a hombres que no son iguales y por una cantidad desigual (desigual de hecho) de trabajo. Esto es un "defecto", dice Marx, pero un defecto inevitable en la primera fase del comunismo, pues, sin caer en la utopía, no se puede pensar que, al derrocar el capitalismo, los hombres aprenderán a trabajar inmediatamente para la sociedad sin sujeción a ninguna norma de derecho; además, la abolición del capitalismo no sienta tampoco de repente las premisas económicas para este cambio. Otras normas, fuera de las del "derecho burgués", no existen. Por lo tanto, persiste todavía la necesidad del Estado, que, velando por la propiedad colectiva de los medios de producción, vele por la igualdad del trabajo y por la igualdad en la distribución de los productos. El Estado se extinguirá cuando ya no haya capitalistas, no haya clases y, por consiguiente, no sea posible reprimir a ninguna clase. Pero el Estado no se ha extinguido todavía del todo, pues persiste aún la protección del "derecho burgués", que sanciona la desigualdad de hecho. Para que el Estado se extinga completamente, hace falta el comunismo completo.»[57]

Todo esto no necesita de comentarios que ayuden a comprender el texto y dar coherencia a la cuestión[58]. Y, sin embargo, aquí nos topamos con una primera dificultad si queremos interpretar *El Estado y la revolución* en términos actuales, que surge de la propia lectura de los textos marxianos y leninistas, porque nuestro horizonte es completamente diferente del horizonte donde se sitúan las cuestiones planteadas por Marx y Lenin. En concreto, el funcionamiento de la ley del valor o la regla de la igualdad son transformados en la medida en que la socialización de la producción, la transformación de la relación existente entre la fuerza de trabajo general y las máquinas, el surgimiento –ya en el régimen capitalista– de una nueva productividad general del trabajo social, ya no pueden medirse en términos de trabajo realmente prestado. Marx –en los *Grundrisse*–[59] identifica esta situación que se desarrolla en el capitalismo más avanzado y define como «miserable» el cómputo relativo al trabajo prestado frente a un capital que entiende su propia reproducción ya no como una relación determinada con el trabajo individual, sino como una relación con el conjunto de la fuerza social productiva. Si

[57] *Ibid.*, pp. 107-109.

[58] Para una bibliografía sobre la transición y la explicación de los textos marxianos que hacen referencia a esta cuestión véase el volumen de D. Zolo, *La teoria comunista dell' estinzione dello Stato*, Bari, De Donato, 1974.

[59] Para profundizar en esta temática cfr. la lección 24.

consideramos el trabajo abstracto, abstracto en relación con sus especificidades concretas, la visión lassalliana deja de ser incluso verosímil. Pero resulta más interesante descubrir en el texto la idea marxista y leninista del Estado como Estado burgués y, por lo tanto, la hipótesis relativa a la posibilidad de que el proletariado conquiste el Estado burgués y utilice sus leyes y normas para gestionar la dictadura proletaria. En realidad, el Estado burgués del que hablaban Marx y Lenin ha desaparecido, es decir, un Estado que aplica la regla del mercado, la regla salarial –definida materialmente– del intercambio entre fuerza de trabajo y renta. En la medida en que desaparece toda relación entre el trabajo individual y la masa total del producto, se transforma la regla clásica del derecho burgués como derecho basado precisamente en el intercambio de trabajo asalariado, en el intercambio determinado por la ley del valor. De este modo, ¿qué tipo de Estado es el que hoy día tenemos delante? Se trata de un Estado donde la dictadura del capital es infinitamente más poderosa y se encuentra mucho más articulada de lo que podía estar en el Estado burgués clásico. Un Estado donde la regla de la distribución de la renta no se basa ya en el intercambio entre la fuerza de trabajo y el capital, sino en la organización interna de la necesidad de reproducción de este poder de mando, en una jerarquía racional de funciones concebidas para perpetuar el dominio. Pero, si todo esto ha transformado el Estado en algo mucho más fuerte y monstruoso en general, en su interior se podrán desarrollar en idéntica medida algunas condiciones fundamentales para el proceso comunista y la socialización revolucionaria del proletariado.

Analizaremos la siguiente etapa del desarrollo del discurso leninista bajo este punto de vista. Lenin vuelve a insistir en el cuarto epígrafe del capítulo V en el hecho de que «mientras exista el Estado no existe libertad»[60]. Estamos muy lejos de la ideología socialdemócrata, muy lejos de cualquier tipo de mistificación reformista. El comunismo militante y revolucionario hace realidad el anarquismo. «Cuando exista libertad, no habrá más Estado.»[61] La fuerza del programa arrolla y transforma las necesidades obreras, traduciéndolas en un proyecto. «El fundamento económico para acometer la extinción completa del Estado es ese elevado desarrollo del comunismo con el que desaparecerá la división entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, desapareciendo, por consiguiente, una de las fuentes más importantes de la desigualdad social moderna, fuente de desigualdad que no se puede suprimir en modo alguno, de repente, por el solo paso de los medios de producción a propiedad colectiva, por la mera expropiación de los capitalistas.»[62] «Esta expropiación dará la posibilidad de desarrollar en proporciones gigantescas las fuerzas productivas. Y, viendo cómo ya hoy el capitalismo entorpece increíblemente este desarrollo y cuánto podríamos avanzar sobre la base de la técnica moderna ya obte-

[60] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., p. 110.
[61] *Ibid.*
[62] *Ibid.*

nida, tenemos derecho a decir, con la más absoluta convicción, que la expropiación de los capitalistas producirá inevitablemente un desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas de la sociedad humana. Lo que no sabemos ni podemos saber es la rapidez con la que avanzará este desarrollo, la rapidez con la que discurrirá hasta romper con la división del trabajo, hasta suprimir el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, hasta convertir el trabajo "en la primera necesidad de la vida".»[63]

De este modo, la primera condición elemental de la extinción es la eliminación de la división entre trabajo físico y trabajo intelectual. La segunda condición es el desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas, ya que sólo la expropiación podrá posibilitar un gran desarrollo cuantitativo de las fuerzas productivas que el capitalismo frena. La tercera condición material (que aparece implícita tanto en la primera como en la segunda afirmación) es la previsión de una transformación cualitativa del desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas, y, por consiguiente, de una transformación de sus efectos producto del trabajo, en tanto que éste se presente como trabajo colectivo, como trabajo manual, físico, intelectual, socialmente unificado. Únicamente partiendo de esta premisa, el problema de la extinción del Estado llega a ser considerado por Lenin como un problema real. Así pues, ya tenemos una primera definición de los fundamentos materiales que deben construirse para que se produzca la extinción del Estado. Una vez alcanzado este nivel, y sólo entonces, Lenin ve posible proponer la disolución de la dictadura.

Este análisis leninista debe de ser aceptado en nuestro horizonte. Y a partir de este hecho podremos ir más allá. Podremos ver hasta qué punto el desarrollo impuesto por las luchas, la historia de la dictadura obrera sobre el desarrollo que hemos verificado en estos años, antes de la dictadura formal y estatal de los obreros; hasta qué punto todo esto ha podido transformar de manera radical las condiciones del proceso que conduce al comunismo. En qué sentido se plantea en la actualidad el problema de la insurrección y la dictadura para quien estudia el problema de la extinción revolucionaria del Estado.

24. UNA ANTICIPACIÓN DE MARX A PROPÓSITO DE LA CUESTIÓN DE LA «EXTINCIÓN»: CONTRA LA LEY DEL VALOR

Esta lección constituye, por decirlo de alguna manera, un paréntesis en el discurso que venimos desarrollando. Se trata, si me permitís, de un paréntesis un tanto paradójico, porque para comprender a Lenin, para seguir con una lectura que nos aporte herramientas para entender la realidad a través de las obras de Lenin, proponemos ahora dar un paso hacia atrás. Buscamos en Marx una previsión marxista de la contemporaneidad, en consonancia con el pensamiento leninista, confiando, como siem-

[63] *Ibid.*

pre, en la continuidad del diseño de la interpretación marxista de la totalidad del período del poder de mando capitalista, un diseño que es configurado desde el punto de vista obrero y es renovado en función de las luchas.

Marx afronta, especialmente en los *Grundrisse*, en el marco del análisis sobre el desarrollo de las leyes capitalistas, del modo de producción capitalista, un discurso sobre la «extinción». Se trata obviamente de una construcción esquemática del discurso, de una exposición del argumento a través del análisis y la previsión de los aspectos preliminares de la crisis capitalista, es decir, de la relación crítica existente entre el desarrollo del modo de producción capitalista y el control capitalista de las condiciones y fuerzas productivas de este desarrollo. Pero se equivocará quien considere las páginas que vamos a leer sólo como un *futurible*, como una extrapolación objetivista de algunos datos de la realidad: en realidad, el *objetivismo* del discurso marxiano siempre va unido dialécticamente al surgimiento del antagonismo obrero y la tendencia se afirma como resultado de la lucha entre las clases. De la misma forma, se define la objetividad como consecuencia de la lucha y de las relaciones de fuerza reales entre las dos clases.

Así pues, si observamos las cosas desde este punto de vista, el carácter paradójico de la utilización de Marx para comprender la realidad contemporánea se diluye. La combinación del contenido de las páginas de los *Grundrisse* y de las de *El Estado y la revolución* nos puede ayudar a que nos aproximemos posteriormente al problema que nos interesa: la crítica del tema de la «transición» desde el punto de vista de las relaciones de clase en la actualidad.

Hay que señalar otra premisa sobre los *Grundrisse*. En la actualidad disponemos de una magnífica traducción italiana[64] de esta obra que recoge los textos preparatorios de *El capital*, así como algunos buenos comentarios, de igual forma disponibles en italiano[65]. Esta obra es importantísima porque nos desvela las entrañas del pensamiento de Marx, porque nos muestra la dinámica de la teoría: se trata del laboratorio donde se van configurando los elementos de la crítica. Y lo que es más importante, en sus páginas se libera en cada momento el punto de vista de la clase obrera, la *subjetividad* obrera, y lo hace de manera totalmente explícita, lejos de preocupaciones sistemáticas. Quizá sea ésta la razón del prolongadísimo silencio que ha acompañado a esta obra. Y ésta es sin duda la razón por la que –en relación con los problemas que surgen en la actualidad y con la importancia de la emergencia del sujeto obrero– estas páginas de los *Grundrisse* adquieren una importancia excepcional. Y hay que añadir que en ninguna como en esta obra, Marx logra describir de manera tan integral el mecanismo de los elementos que configuran la

---

[64] K. MARX, en E. GRILLO (trad.), *Lineamenti fondamentali della critica dell'economia politica*, 2 vols., Florencia, La Nuova Italia, 1968-1970.

[65] Cfr. especialmente R. ROSDOLSKY, *Genesi e struttura del Capitale di Marx*, Bari, Laterza, 1971; V. S. VYGODSKIJ, *Introduzione ai «Grundisse» de Marx*, Florencia, La Nuova Italia, 1974.

teoría obrera de la crisis, que aparece descrita no en términos de *derrumbe* y *catástrofe*, sino como consecuencia y efecto de la lucha obrera.

Pero, dejando de lado estos preámbulos, vayamos a la esencia del problema. ¿Cómo *anticipa* Marx la cuestión de la *extinción*? ¿Puede ser encuadrado este término en la teoría marxiana de la crisis y el derrumbe? ¿Hasta qué punto se asemejan las posturas de Marx y Lenin?

Creo que para responder a estos interrogantes es oportuno trazar aquí algunos de los elementos de la reflexión marxiana. Marx define la teoría del derrumbe y la superación del sistema capitalista a partir del análisis tendencial de la transformación de las condiciones productivas. El análisis de este proceso considera tanto los elementos objetivos como los subjetivos.

a) Los elementos objetivos. «Cuanto más se desarrolla la gran industria, la creación de riqueza depende menos del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo empleado que de la potencia de los agentes que son activados durante el tiempo de trabajo, y que a su vez –su *powerful effectiveness*– no está relacionada con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología o de la aplicación de esta ciencia a la producción.»[66] La ciencia es incorporada inmediatamente al trabajo productivo en el marco del ritmo de la reducción del tiempo de trabajo: «La invención se convierte en una actividad económica y la aplicación de la ciencia a la producción inmediata en un criterio determinante y que es exigido por la propia producción»[67]. De este modo, tomando como base estas condiciones, «la riqueza real se refleja –y éste es el signo de la gran industria– en la enorme desproporción existente entre el tiempo de trabajo empleado y su producto, así como en la desproporción cualitativa entre el trabajo reducido a pura abstracción y la potencia del proceso de producción que éste supervisa»[68]. En el plano objetivo, en este nivel de desarrollo capitalista de la gran industria aparecen tres contradicciones fundamentales. La primera hace referencia a la relación entre la unidad y difusión del trabajo abstracto y la potencia del proceso productivo supervisado. La segunda se identifica con el hecho de que dentro de este proceso, el capital, por un lado, «tiende a reducir al mínimo el tiempo de trabajo, mientras que, por otro, coloca al tiempo de trabajo como medida única y fuente de la riqueza». En tercer lugar la contradicción señala lo absurdo del poder de mando capitalista cuando el capital «reduce el tiempo de trabajo en la forma de tiempo de trabajo necesario mientras lo aumenta en la forma de trabajo superfluo; convirtiendo –cada vez más– en condición *(question de vie et de mort)* del trabajo necesario el tiempo de trabajo superfluo»[69].

---

[66] K. Marx, *Lineamenti fondamentali della critica dell'economia politica*, vol. II, cit., p. 400.
[67] *Ibid.*, p. 399.
[68] *Ibid.*, p. 401.
[69] *Ibid.*, p. 402.

b) Los elementos subjetivos. Pero aquí, dadas las condiciones críticas citadas, la contradicción crece de tal manera que la clase obrera aparece como sujeto histórico de la tendencia, y se muestra no sólo (no ya) como mera actividad antagonista, como posibilidad de *subversión*: se muestra también y sobre todo como mundo y subjetividad nuevos que –al margen de la revolución capitalista de las condiciones de producción– se construyen de manera social, comunista. *En primer lugar*, por lo tanto, como actividad antagonista: «Por un lado, el capital evoca todas las fuerzas de la ciencia y la naturaleza, como si fueran combinaciones sociales y relaciones sociales, con el objeto de convertir la creación de la riqueza en algo (relativamente) independiente del tiempo de trabajo utilizado para crearla. Por otro, trata de medir las gigantescas fuerzas sociales que se han constituido en virtud del tiempo de trabajo, y encerrarlas dentro de los límites necesarios para conservar como valor el valor ya generado. Para el capital, las fuerzas productivas y las relaciones sociales –dos aspectos diferentes del desarrollo del individuo social– se presentan como meros medios, y por ello son sólo medios para producir sobre su base limitada. Pero en realidad éstos representan las condiciones para hacer volar por los aires esta base»[70]. *En segundo lugar* y fundamentalmente, llegados a este punto, la clase obrera se dibuja como actividad reconstructiva, como posibilidad real y presente de comunismo: «El obrero ya no es aquel que inserta el objeto natural transformado como elemento intermedio entre el objeto y sí mismo; sino que es el sujeto que inserta el proceso natural, que él transforma en un proceso industrial, como medio entre sí mismo y la naturaleza inorgánica, de la cual se adueña. Éste se sitúa junto al proceso de producción, en vez de ser su agente principal. En esta transformación no se incluye ni el trabajo concreto, realizado por el propio hombre, ni su tiempo de trabajo, sino la apropiación de su productividad general, su comprensión de la naturaleza y su dominio sobre ella a través de su existencia como cuerpo social; en una palabra, el desarrollo del individuo social aparece como el gran pilar sobre el que se asientan la producción y la riqueza. El robo del tiempo del trabajo ajeno, base de la riqueza moderna, se presenta como una base miserable respecto a esta nueva base que se ha desarrollado al mismo tiempo que ha sido creada por la propia gran industria. Cuando el trabajo en forma concreta deja de ser fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo debe dejar de ser su medida y el valor de cambio debe dejar de ser la medida del valor de uso. El plusvalor de las masas ha dejado de ser la condición del desarrollo de la riqueza general, de igual forma que el no trabajo de la minoría ha dejado de ser una condición del desarrollo de las fuerzas generales de la mente humana. Con esto la producción basada en el valor de cambio se derrumba, y el proceso de producción material concreto pierde también su forma de miseria y antagonismo. Se introduce el libre desarrollo de las individualidades y, por lo tanto, no la reducción del tiempo de trabajo necesario para crear

[70] *Ibid.*

plustrabajo, sino en general la reducción del trabajo necesario de la sociedad a un mínimo, el correspondiente a la formación y el desarrollo artístico, científico, etc., de los individuos gracias al tiempo convertido en tiempo libre y a los medios creados por todos ellos»[71].

c) Resumiendo. Podríamos añadir muchos otros elementos probatorios a estos fragmentos de los *Grundrisse*. Pero de momento no es necesario[72]. Lo que nos sugieren estos fragmentos de los *Grundrisse* y que nosotros consideramos fundamental se resume en la siguiente premisa: *la teoría del derrumbe de Marx se configura como la teoría de la extinción*, la teoría *objetiva* aparece sólo como teoría *subjetiva*. La contradicción que Marx analiza y define es la contradicción que afecta a la ley del valor. Marx muestra cómo la ley del valor, que en teoría representa la racionalidad de la explotación (y es la clave científica de su lectura) pierde su plausibilidad racionalizadora y legitimante dentro de la propia evolución del modo capitalista de producción. Marx nos muestra al mismo tiempo (y esta contemporaneidad debe ser resaltada) cómo la caída de la función de la ley del valor se corresponde (causa y efecto) con el enorme y extraordinario crecimiento de la potencialidad productiva, libre e innovadora, del proletariado. De ahí la contradicción revolucionaria entre esta nueva realidad de la clase y cualquier representación (por más planificada o socialista que sea) de la ley del valor, y cualquiera que sea su funcionamiento. Llegados a este punto la teoría del derrumbe y la teoría de la extinción son coincidentes. Extinción es extinción de la ley del valor-trabajo como ley de la explotación, allá donde el trabajo se ha –materialmente– emancipado por completo de la racionalidad legitimadora residual del desarrollo capitalista. La caída del funcionamiento de la ley del valor se corresponde, desde el punto de vista capitalista, con un uso subjetivo de ésta en términos de permanencia del mecanismo de apropiación y de alienación. Sin duda, es imprescindible revelarse contra todo esto, es necesario pasar de reconocer que el capital ha dejado de ser la regla del desarrollo en la explotación a luchar contra el capital como puro y simple desarrollo de la explotación. El contenido de la previsión materialista se transforma en voluntad material de subversión de cada sujeto, de todos los explotados por el capital, y al mismo tiempo, directriz materialista –basada de nuevo en los comportamientos, en la realidad histórica de la clase– de los objetivos del comunismo.

Llegados a este punto retomemos la temática de la «extinción» utilizando nuestros propios términos. Para Lenin, y anteriormente para Marx, las condiciones políticas de la extinción prevén una articulación de insurrección, dictadura, socialismo de tales carac-

[71] *Ibid.*, pp. 401-402.

[72] Quien desee profundizar en estos asuntos puede leer A. Negri, *Crisi dello Stato-piano. Comunismo e organizzazione rivoluzionaria*, cit.; ahora reeditados en *I libri del rogo*, cit. [ed. cast.: *Los libros de la autonomía obrera*, cit.].

terísticas que a través de estas fases se determine no sólo una eliminación violenta del privilegio, sino una *espontaneidad* continua del proceso de extinción, cuando la gran mayoría del proletariado se haya reapropiado conscientemente, es decir, materialmente, de las condiciones de producción de la riqueza. Marx prevé exactamente esta espontaneidad en el proceso hacia el comunismo cuando, en el marco de la crítica de la economía política, define las características de ese gran «individuo social» que el propio desarrollo del capital produce en el contexto de la total abstracción del trabajo, de la superación de la división del trabajo y de la caída de las condiciones de subsistencia de la ley del valor. Marx se adelanta a Lenin en las páginas de los *Grundrisse* cuando define los momentos más avanzados de la transición al comunismo. Entre ambos existe, sin embargo, una identificación total de puntos de vista. Lenin no corrige ni modifica las proposiciones marxianas, simplemente las reinventa; y esto es así porque jamás pudo leer los *Grundrisse*. Las reinventa en el marco de la continuidad del método revolucionario del marxismo dialéctico del que es maestro.

Por otro lado, hay que dejar claro que esta estructura implícita del análisis marxista ni siquiera fue olvidada en los años teóricamente oscuros de la Segunda Internacional. Si bien no desde el punto de vista teórico general, sí al menos desde el punto de vista de la teoría del partido sobre el Estado, el propio Engels había abordado y desarrollado una temática análoga. Recordemos que en el marco del tradicionalismo socialdemócrata de la Segunda Internacional, nosotros pasamos de una definición del Estado tomada del *Manifiesto* («El poder político del Estado moderno no es más que un comité que administra los negocios comunes del conjunto de la burguesía», «poder organizado de una clase para la opresión de otra»)[73] a la definición mucho más madura de *La ideología alemana*, que concebía «la síntesis de la sociedad civil en la forma del Estado»[74]. Aun así, quien no hubiese recorrido el camino marxiano de la ley del valor no podía ir más allá. Quien no hubiera entendido la crítica del Estado del mismo modo que la crítica de la economía política (no podemos olvidar que desde esta perspectiva para Marx el Estado constituye un capítulo de *El capital*: «El conjunto se divide en seis libros: 1) el capital (contiene algunos capítulos preliminares); 2) la propiedad de la tierra; 3) el salario; 4) el Estado; 5) el comercio internacional; 6) el mercado mundial»)[75] no podía realmente ir más allá. Engels (dada su privilegiada posición de lector marxiano) es capaz de hacerlo, aludiendo al análisis de Marx, a los aspectos más avanzados de la ciencia obrera. Partiendo de una proposición marxiana (el Estado interviene en el proceso «para mantener la producción privada sin el control de la propiedad privada»)[76],

[73] K. MARX y F. ENGELS, *Il manifesto dei comunisti*, Roma, Riuniti, 1956, pp. 75 y 117.

[74] K. MARX y F. ENGELS, *L'ideologia tedesca*, Roma, Riuniti, 1958, p. 60.

[75] Marx a Lasalle, 22 de febrero de 1858, K. MARX y F. ENGELS, *MEW* XXIX, p. 550.

[76] K. MARX, *Il capitale*, III, 2, Roma, Rinascita, 1957, p. 125.

define una fase en la que la burguesía se revela incapaz de dirigir «posteriormente el desarrollo de las fuerzas productivas». Engels entiende aquí la figura del Estado como «capitalista colectivo ideal» que, «cuanto más se apropia de las fuerzas productivas, tanto más se convierte en un capitalista colectivo, y mayor es el número de ciudadanos a los que explota». Y todo esto se produce porque «ni la transformación en sociedades anónimas ni la transformación en propiedad del Estado suprime la propiedad del capital sobre las fuerzas productivas. En el caso de las sociedades anónimas, la cosa es evidente. Y el Estado moderno, por su parte, no es más que la organización creada por la sociedad capitalista para defender el modo de producción capitalista de los ataques de los trabajadores o de los capitalistas individuales». En las industrias de propiedad estatal «los obreros siguen siendo asalariados, proletarios. No se supera la relación-capital, sino que, por el contrario, se exacerba». No se suprime la ley del valor, sino que, por el contrario, se exacerba hasta el máximo de las mistificaciones. «El Estado, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, un Estado de los capitalistas: el capitalista colectivo ideal.»[77]

Sin embargo, Lenin es el único que, en el contexto de la Segunda Internacional, es capaz de observar esto, de recuperar estas enseñanzas en *El Estado y la revolución*. Era necesario que la revolución se aproximase a la conquista del Estado para descubrir toda la sucia filología del poder. «Mientras exista Estado, no habrá libertad», escribe Lenin. Mientras siga vigente la ley del valor, el proletariado no se liberará. Sólo la praxis revolucionaria podía reinventar a Marx. Es lo que sucede en *El Estado y la revolución*. En sus páginas se afronta y desarrolla en toda su plenitud la base de la crítica a la economía política, de la crítica a la ley del valor. Extraordinaria paradoja marxista: ¡sólo la perspectiva de la lucha de clases obrera puede permitirse inventar un criterio científico de lectura de la realidad para proponerla como objeto de destrucción, como objeto que es preciso destruir para liberarse! Por consiguiente, se debe recorrer el camino que va desde la construcción del socialismo a la destrucción de la ley del valor, cualquiera que sea su funcionamiento y, por lo tanto, a la supresión de cualquier tipo de explotación (incluso socialista). La barbarie anárquica del leninismo se convierte aquí en el punto más elevado y refinado de la crítica marxiana de la economía política: ¡para desgracia de todos los eruditos!

La condición obrera actual permite que la madurez y la expansión de la tendencia descrita por Marx se den en toda su dimensión. Una relectura actualizada de *El Estado y la revolución* deberá considerar y desarrollar estos elementos. Es precisamente lo que trataremos de hacer en las lecciones siguientes.

---

[77] F. ENGELS, *Antidühring*, Roma, Riuniti, 1950, p. 303.

25. POR UNA REVISIÓN DE LA PROBLEMÁTICA DE LA TRANSICIÓN: EL SOCIALISMO IMPOSIBLE, EL COMUNISMO CERCANO

En la lección anterior hemos visto que en los *Grundrisse* de Marx aparecen algunas previsiones importantes relativas al funcionamiento de la ley del valor en el capitalismo desarrollado. Estas previsiones se han hecho realidad hoy día. De este modo, nos hallamos en una situación donde la mistificación (y/o el proceso) del socialismo ha sido recorrido por el propio capital, y donde el funcionamiento de la ley del valor ha sido transformado por el capital; por consiguiente, la llamada «primera fase de la sociedad comunista», o sea (mejor dicho), la fase socialista (donde la ley del valor debe funcionar), actualmente se caracteriza no tanto por la perpetuación de la desigualdad como por su imposibilidad, es decir –en la medida en que desaparece la ley del valor–, *el socialismo es imposible*[78].

El problema al que nos enfrentamos no es simplemente definir de qué manera la dictadura del proletariado y el socialismo constituyen un estado transitorio, una etapa inicial: en realidad, la previsión marxiana y leninista del socialismo, en la medida en que es imposible que funcione la ley del valor, es cada vez más irreal. Marx sostiene que la producción capitalista genera este tipo de contradicción dentro de sí misma, es decir, desarrolla de tal modo las fuerzas productivas como masa de capital fijo que convierte en insignificante la relación con el trabajo vivo. En un momento determinado del desarrollo de la sociedad capitalista nos encontramos con una desproporción absoluta entre la solidez material de esta sociedad, producida por la suma de maquinaria y la socialización de las fuerzas productivas, y el trabajo vivo, trabajo que produce plusvalor al situarse directamente en relación con la maquinaria. El socialismo entendido como apología de la igualdad, como propuesta de realización de la ley del valor según la regla de dar a cada cual según su trabajo, choca con la imposibilidad de determinar cualquier norma cualitativa, incuestionable, científica, como criterio para la repartición de la renta social. La repartición de la renta (llegados a este nivel de superación de la ley del valor) tiene lugar según normas que son únicamente políticas, normas de poder de mando, normas que no tienen nada que ver ni siquiera con la ficción igualitaria que

[78] En la literatura actual sobre la transición apreciamos una total insuficiencia teórica. El problema de la transición casi siempre es considerado en los términos de la problemática «política» marxiana, radicalmente al margen de la crítica de la economía política. De ahí el carácter incompleto de todos los intentos de análisis. La cuestión, sin embargo, consiste en considerar la relación existente entre transición y teoría del valor, como en ocasiones ha tratado de hacer Rosdolsky, siguiendo una tradición que se remite al primer periodo bolchevique. En ella, tanto los teóricos del valor (Rubin, etc.) y del derecho (Pasukanis y otros autores) como los críticos de la planificación (Preobraschenshy y otros estudiosos) y finalmente los teóricos del Estado y el imperialismo (Bujarin, etc.) ya habían identificado este nexo.

genera la ley del valor. Con esto llegamos a lo que podemos considerar el problema principal, es decir, *¿qué significa hoy día transición al comunismo?* ¿Qué contenido tiene actualmente la dictadura del proletariado? ¿Dentro de qué formas y en qué momento empiezan a desarrollarse las condiciones reales de la extinción del Estado?

Tanto para Lenin como antes para Marx (y las páginas de los *Grundrisse* nos lo confirman totalmente) transición significa verificación, realización de la ley del valor hasta que ésta desarrolla todo su contenido ambiguo; un modelo preliminar de justicia formal y, por lo tanto, de injusticia sustantiva. El camino hacia el comunismo tiene dos etapas preparatorias: la primera se identifica con el derribo de la máquina del Estado, la segunda con la puesta en marcha de este socialismo injusto, injusto como socialismo sin más, porque no existe socialismo justo. Actualmente nos hallamos en la imposibilidad material de verificar en la práctica este camino. De hecho, algunos aspectos se han producido en el marco del desarrollo capitalista, dentro de la última fase de desarrollo capitalista, la cual ha subsumido en sí una función propia del socialismo: el desarrollo capitalista ha producido unas condiciones de repartición de la renta tales que prácticamente han eliminado el vigor de la ley del valor, generando una serie de problemas sobre la transición totalmente nuevos sobre los cuales deberá concentrarse la atención crítica de los revolucionarios.

Veamos más de cerca todo esto: Lenin interpreta el contenido de la dictadura del proletariado en un primer momento como la represión de la minoría de explotadores, y después como la preparación de las condiciones que a través de la destrucción de la división del trabajo y el desarrollo unilateral de los individuos deberían llevarnos a un desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas y por consiguiente a las puertas de la libertad comunista y la extinción del Estado. Estos principios son teorizados con rigor en el cuarto epígrafe del capítulo V de *El Estado y la revolución*. «Mientras exista el Estado, no habrá libertad. La base económica para la extinción completa del Estado es ese elevado desarrollo del comunismo en el que desaparecerá la división entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, desapareciendo, por consiguiente, una de las fuentes más importantes de la desigualdad social moderna, fuente de desigualdad que no se puede suprimir en modo alguno, de repente, con el simple paso de los medios de producción a propiedad colectiva, por la mera expropiación de los capitalistas. Esta expropiación dará la posibilidad de desarrollar en proporciones gigantescas las fuerzas productivas.»[79] Sin embargo, actualmente, al abordar el problema de la transición hay que reconocer que las condiciones en las que nos encontramos son diferentes. ¿Por qué? Evidentemente, la represión de la minoría de explotadores sigue siendo fundamental, es más, en la medida en que desaparece la función de la ley del valor, la forma que adquiere el poder de mando es cada vez más terrible y absurda, pero ¿qué significa hoy

[79] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., p. 110.

día preparar las condiciones de la liberación? Desde luego, no sólo que la propiedad de los medios de producción se convierta en propiedad común, no sólo la realización de la ley del valor; dentro de la fase de la dictadura proletaria hoy día «hay algo más»; algo que desde el principio actúa, al margen de la maduración de otras condiciones y no hace referencia a un mayor nivel de desarrollo; ese «algo más» no es la destrucción del tipo de división del trabajo producida por una aplicación injusta de la ley del valor, sino un ataque contra el poder de mando capitalista como tal. En definitiva, hoy día, la expropiación de los expropiadores debe incluir desde el primer momento la posibilidad de destrucción de cualquier forma de poder de mando, la liberación de la clase, la liberación del trabajo (y, por lo tanto, de la ley del valor): el comunismo no sigue a ningún tipo de fase precedente.

Tratemos de ver la cuestión en términos más concretos. Es perfectamente posible, dentro de la sociedad capitalista, una forma de gestión de los medios de producción donde disminuya el interés privado y todas las formas de renta que no se basen en la producción industrial, donde disminuya la propia división del trabajo, como división tradicional entre el trabajo intelectual y el trabajo físico: no existe ninguna dificultad lógica que impida que esta situación se produzca. Todo el reformismo capitalista, a pesar de la crisis en la que se halla inmerso por mor del enfrentamiento entre las clases, implica un perfeccionamiento permanente de este proceso. Entonces, ¿cuál es el único elemento que genera una contradicción inevitable dentro de este tipo de desarrollo que reproduce todas las condiciones de miseria e inhumanidad propias del desarrollo capitalista, y que cuanto más se agudiza la lucha de clases, más las reproduce? Se trata de la regla del poder de mando concebida para asegurar la autoconservación de la producción capitalista, el mantenimiento del sistema de salario. Y ésta es la razón por la que el proceso revolucionario actual no puede atravesar ulteriores fases intermedias en las que se desarrollarían las condiciones en la que el comunismo sería posible: hoy día, destruir el poder de mando del capital y del Estado ya no implica abrir ninguna fase intermedia en la que consolidar unas condiciones favorables al desarrollo del comunismo, implica activar inmediatamente la posibilidad de una existencia comunista. Las precondiciones se hallan construidas dentro de la misma sociedad capitalista por la lucha de clases comunista del proletariado. Es cierto, todo esto se produce «de forma perversa», como señalan tanto Marx como Lenin al analizar la última fase de la construcción del comunismo. La ciencia, la técnica, la maquinaria, todo el trabajo muerto que se ha afianzado en la producción capitalista y ha generado extraordinarias condiciones de producción y un desarrollo enorme del individuo (el desarrollo de una capacidad unilateral de crecimiento del ser humano): todo esto se ha consolidado de manera perversa. Y esto plantea nuevos problemas. Surge la pregunta de qué uso se puede dar a este capital muerto durante la transición. ¿Puede ser «utilizado»? ¿Se puede concebir un proceso de transición dominado por una necesaria relación con el capital fijo

existente? ¿Por una concepción *continua* y *unilateral* del desarrollo de la ciencia y de la técnica? Dudo que una generación de revolucionarios, una vez tomado el poder, pueda considerar hoy día la ciencia, la técnica, la maquinaria, todo el conjunto del trabajo muerto, las fábricas existentes, como elementos automáticamente utilizables para el crecimiento del comunismo. Probablemente el acto de destrucción del Estado, la ruptura leninista deberá considerarse como acto dirigido contra toda la realidad del trabajo muerto. Por otra parte, el comportamiento obrero en la actualidad, cuando se lucha por objetivos muy avanzados, verifica esta perspectiva: la importancia que han adquirido hoy día las formas de lucha no tradicionales como el sabotaje, la destrucción de las instalaciones y el material, de la ciencia y de la técnica utilizadas unilateralmente y subordinadas totalmente no ya a la mítica permanencia de la ley del trabajo, sino simplemente a la irracionalidad del poder de mando; bien, todo esto no es neoluddismo o sencillo anarquismo, es una declaración política de rechazo al desarrollo capitalista en su conjunto. En definitiva, actualmente es inimaginable un proceso revolucionario donde no se asuma no ya la cuestión de la destrucción de la máquina del Estado, sino la cuestión de la destrucción del trabajo muerto tal y como ha ido acumulándose, tal y como ha sido organizado en general para la explotación de los hombres. Ciencia, técnica, maquinaria, todo el trabajo muerto, se han convertido en elementos de una teoría y una práctica unilateral e irreversible del poder de mando capitalista como tal. Aquí la dictadura proletaria debe ser experimentada; aquí se encuentra la clave de un crecimiento posterior de la lucha entre las clases.

Abordemos ahora otro problema consustancial a la teoría de la transición. Hasta el momento hemos visto cómo la disolución de la ley del valor en un nivel específico del desarrollo capitalismo implica la imposibilidad de una etapa intermedia definida por el socialismo; en segundo lugar, hemos visto cómo la consistencia poderosa del trabajo muerto que hace las veces de estructura física material del poder de mando capitalista desarrolla la fase de la dictadura en la necesidad de impulsar la «destrucción» de estos elementos. El tercer problema que debemos plantearnos es la revisión de la *concepción lineal* que tienen tanto Marx como Lenin de ciertos aspectos de la transición del socialismo al comunismo. ¿Cómo se interpreta el proceso? El proceso es descrito en los siguientes términos: primer momento: insurrección y capacidad de derribar la máquina del Estado; segundo: determinación de la etapa intermedia en la que se produce la socialización de los medios de producción, se establece la propiedad común y se impone la ley del valor como ley socialista, una ley injusta pero necesaria; tercero: inicio, a través de esta fase de dictadura, de una fase posterior donde se produce un aumento enorme de las potencialidades productivas, y sobre esta base, por lo tanto, comienzo del comunismo, es decir, la disolución del Estado de derecho y la creación de un Estado donde cada hombre dispondrá según sus necesidades, no según su trabajo: por consiguiente, disolución consciente de la ley del valor y del trabajo en la fase comunista. Hay que destacar que

Marx y Lenin entienden este paso del socialismo al comunismo como un proceso implícitamente continuo: se da una continuidad de acumulación de capacidades productivas, de transformación del ser humano como sujeto de esta acumulación y como sujeto de la transformación objetiva, que procede según un ritmo continuo. Todo esto entra en contradicción tanto con el método de Marx y Lenin, que como hemos visto tiene un carácter fuertemente dialéctico, como con su convicción sobre el auténtico mecanismo de la lucha de clases y del verdadero papel de la subjetividad obrera en la historia futura: «A través de qué etapas, por medio de qué medidas prácticas llegará la humanidad a este elevado objetivo, es algo que no sabemos ni podemos saber. Pero lo importante es comprender claramente cuán infinitamente engañosa es la corriente idea burguesa que presenta al socialismo como algo muerto, rígido e inmutable, cuando en realidad solamente con el socialismo comenzará un movimiento rápido y auténtico de progreso en todos los aspectos de la vida social e individual, un movimiento verdaderamente de masas del que forma parte, primero, la mayoría de la población y, posteriormente, la población en su conjunto»[80]. Lenin insiste además en la dificultad relativa que supone afrontar íntegramente el problema de la transición y hace una llamada a la prudencia «porque no tenemos datos para la solución de estos problemas»[81]. Y sin embargo, admitido este hecho, la imagen que se extrae de la tendencia descrita es de una excesiva unilateralidad y linealidad. Naturalmente, la vulgar y mistificadora ortodoxia del reformismo ha exaltado estos aspectos. Por esta razón, la continuidad del proceso del socialismo al comunismo es una fuente inagotable de polémica, tanto por razones de carácter teórico como por motivos históricos. Es evidente que si el trabajo muerto acumulado ha determinado la posibilidad de este desarrollo enorme de las potencialidades productivas del trabajo humano, también es cierto que esta nueva base económica del desarrollo capitalista se produce de forma totalmente perversa, en la forma perversa del poder de mando capitalista. El momento de la ruptura no debe dirigirse únicamente contra la forma jurídica del Estado, sino contra toda la acumulación del trabajo muerto, que efectivamente comprende la maquinaria pero también el *tipo de cerebro* que los hombres se han forjado en contacto con la ciencia capitalista y con las necesidades de reproducción del modo de producción capitalista. Lejos de producirse de forma continua, el proceso del socialismo al comunismo deberá prever el desarrollo en su interior de una «revolución cultural permanente», la destrucción continua de los criterios objetivos de comprensión y conocimiento. El proceso señala un camino difícil y dramático. En su interior se prevé un crecimiento y una reproducción de la lucha de clases en formas que nada tienen que ver con las relaciones de propiedad, sino que tienen que ver con las relaciones de poder de mando, en cualquier lugar donde

[80] *Ibid.*, p. 114.
[81] *Ibid.*, p. 111.

éstas se presenten, y probablemente se presentarán de la manera más intensa precisamente en la organización del pensamiento científico. Todo esto desde el punto de vista teórico.

Desde el punto de vista histórico la crítica de la continuidad del proceso debe ser todavía más dura. No haber considerado la necesidad de esta crítica, la radicalidad de su objeto, reprodujo en los denominados países *socialistas* (*denominados* no porque no sean socialistas, sino porque lo son de la misma manera que los países capitalistas), tras la conquista proletaria del poder, fenómenos sólo aproximativamente indicados con expresiones tales como «formación de una burocracia estatal», «organización estatal del poder de mando», etc., porque en realidad las raíces de todo ello son mucho más profundas y están relacionadas con el mantenimiento del trabajo muerto, con la presión monumental de éste contra la liberación del trabajo vivo, contra la fuerza de invención proletaria, contra la capacidad revolucionaria de la praxis colectiva, contra cualquier posibilidad de desarrollar nuevas formas de vida. Hay que señalar que tanto Stalin como Mao identificaron este tipo de dificultad. Y el hecho de que la solución estalinista de este problema se haya demostrado totalmente incorrecta no nos puede llevar a negar la propia existencia del problema, no nos puede llevar a afirmar que el paso del socialismo al comunismo constituye un proceso continuo. ¿Cuál es el error de Stalin? El error de Stalin no fue haber identificado esta discontinuidad, sino haber tratado de resolverla a través de la dictadura del Estado. La solución maoísta del problema es opuesta –y por ello correcta– y pasa por la liberación de la fuerza de las masas contra el Estado.

En cualquier caso, para nosotros el problema es hoy día bien distinto. La discontinuidad no se mide en función de la permanencia del Estado y del derecho burgués –«de lo que se deduce que bajo el comunismo no sólo subsiste durante un cierto tiempo el derecho burgués, sino que ¡subsiste incluso el Estado burgués, sin burguesía!»–[82], sino en función del socialismo, la democracia y la permanencia del poder y del poder de mando del trabajo muerto sobre el trabajo vivo. Se trata de una discontinuidad más dura y dramática. Para Lenin, la ruptura de la máquina del Estado consistía en la sustitución de la clase dirigente a través de la expropiación armada de los expropiadores y fue desarrollada en la temática del socialismo y del democratismo consecuente. Pero ¿y en la actualidad?, ¿en qué consiste esta ruptura? No puede consistir en la simple expropiación, no puede consistir en la imposición armada de la igualdad según la ley del valor. Romper el nexo entre el desarrollo de la fuerza productiva y su forma capitalista, éste es actualmente el problema. Pero esto acentúa de forma desmedida la discontinuidad y la dificultad del proceso porque llegados a este punto el impulso de la lucha de clases y de la «revolución cultural» son inevitables. El «democratismo de los obreros en

[82] *Ibid.*, p. 113.

armas»[83] debe ser inmediatamente realizable. La constitución de un «único cártel estatal» y la utilización del cálculo económico y del control[84]: esto nos deja como pesada herencia el propio desarrollo capitalista. Pero para nosotros no representa la primera fase, sino *el primer acto* del proceso revolucionario. La etapa queda reducida a un acto, a un decreto inmediatamente realizable, ya que representa la conclusión de un desarrollo de las luchas. En su análisis sobre las condiciones materiales Lenin añade una consideración, quizá la más determinada por la necesidad de la continuidad: «Pero esta disciplina de fábrica que el proletariado, después de triunfar sobre los capitalistas y de derrocar a los explotadores, hará extensiva a toda la sociedad, no es, en modo alguno, nuestro ideal, ni nuestra meta final, sino sólo un escalón necesario ¡para limpiar radicalmente la sociedad de la bajeza y de la infamia de la explotación capitalista y seguir avanzando!»[85]. Bien, nosotros, sin embargo, comenzamos a partir de aquí. La *etapa* queda reducida a un mero *acto* y la situación no es rectilínea, porque el proletariado en armas no se puede limitar a dominar una fábrica social que nada tiene que ver con sus necesidades y ni tan siquiera con el desarrollo, entendido como determinación de las condiciones del comunismo. La «ruptura» no puede limitarse aquí a la conquista del poder, debe extenderse dentro y contra la fábrica social y dentro de la propia composición de clase. La ruptura hace referencia al contenido positivo de la liberación de la clase. Aquí empieza, con la intensidad de una dialéctica tan dramática como intensa, el «auténtico avance»[86] de la sociedad comunista contra la muerta y petrificada sociedad de la alienación.

Un cuarto problema fundamental es el de la modalidad de la transición. Se trata de otra dimensión de la crítica de la continuidad del paso del socialismo al comunismo y puede verse como un problema basado en la crítica y la verificación de la espontaneidad de este proceso. Marx y Lenin describen el paso del socialismo al comunismo como el efecto de una especie de espontaneidad incontenible e inmediata: con la dictadura, el «cuasi Estado» no es ni siquiera «Estado», «se disuelve por sí mismo»; de este modo, «nosotros proponemos sustituir en todos los lados la palabra Estado por la palabra *Gemeinwesen*, una vieja y extraordinaria palabra alemana que se corresponde con la palabra francesa *Commune* (la cursiva es de Engels)»[87]. Así pues, esta espontaneidad es coherente con la concepción de la continuidad y deriva del hecho de que tenemos delante tres periodos, la ruptura, el socialismo y el comunismo, que son etapas y condiciones la una de la otra.

---

[83] *Ibid.*, p. 115.

[84] *Ibid.*

[85] *Ibid.*, p. 116.

[86] *Ibid.*, p. 114.

[87] V. I. Lenin, *Il marxismo sullo Stato*, cit., p. 171, a propósito de la carta de Engels a Bebel del 18 de marzo de 1875.

Pero, si nos encontramos en una situación como la nuestra, en la que el orden de estas fases ha sido invertido (y vivimos ya el socialismo no como vigencia de la ley del valor, sino como posibilidad capitalista de determinar los niveles sociales de su reproducción que resulten útiles en virtud de la regla del poder de mando, revelando con todas sus consecuencias el carácter inhumano del socialismo y de cualquier expresión de la ley del valor), entonces, lo que hemos definido como primer periodo, la ruptura, seguirá siendo la primera fase pero tendrá una tensión totalmente diferente; y deberá coincidir con un proceso de extinción que a su vez se desarrolla dentro de toda la dialéctica de la forma perversa de la socialización que la construcción de una producción social de capital ha determinado. En consecuencia, esta superposición de la ruptura y la extinción, esta dependencia de un elemento respecto a otro, provoca unos efectos muy poco espontáneos y positivos. Esta visión dramática de la intensificación de la lucha de clases durante el propio avance hacia el comunismo, según las reglas de la dialéctica revolucionaria, fue identificada por Stalin y Mao: es obvio que en el transcurso del proceso la espontaneidad y la felicidad están lejos de producirse. Esto, al margen de lo que sostuvieron Stalin y Mao, es válido para nosotros. Cuanto más cercano está el final de la fase socialista y mayor es la superposición entre la ruptura y la extinción, la dialéctica de la lucha de clases elimina cada vez más los rasgos espontáneos del proceso, y afronta la transición como una lucha. Aquí el problema se convierte en algo extremadamente peligroso, porque genera unas consecuencias que afectan a todos los elementos del proceso revolucionario: y en primer lugar, a la figura del partido revolucionario, como capacidad de reproducir continuamente, desde dentro de la clase, para la clase, la fuerza de romper continuamente el tipo de relaciones y equilibrios de clase que se van configurando. Por lo tanto, su capacidad de ser vanguardia, vanguardia que emplea todos los medios violentos a su alcance para conquistar el poder. Esta capacidad, sin embargo, no aparece en la concepción leninista de la vanguardia que niega y destruye con el objeto de planificar, de poner en marcha el socialismo, sino que surge desde el interior de la clase como función apropiada y específica, precisamente en la medida en que el socialismo es imposible, la planificación es el primer aspecto a combatir, el comunismo se convierte en el programa mínimo.

Éstos son los problemas que surgen directamente de la revisión y de la conclusión práctica que, a la luz de las actuales condiciones de la lucha de clases, debemos extraer de este capítulo fundamental de *El Estado y la revolución*. En resumen, los puntos que deben ser revisados son, en primer lugar, el análisis de la crítica al socialismo, lo cual implica una revisión completa de los tiempos, del esquema y del modelo general de desarrollo del proceso revolucionario. En segundo lugar, debemos revisar la cuestión de la «ruptura», dejando claro que no nos hemos de ocupar simplemente de las fórmulas jurídicas y de la dinámica de las instituciones, sino de la contundencia de la realidad global del trabajo muerto en tanto que maquinaria, ciencia y organización social de la producción. En tercer lugar, surge el problema de la discontinuidad objetiva del paso al socialismo al comunismo. En cuarto

lugar, finalmente, nos planteamos la cuestión de la crítica de la espontaneidad de este proceso, con las implicaciones que esto tiene en la definición de la fuerza objetiva obrera revolucionaria que gestiona la revolución de la praxis existente.

En esta fase final, trataremos de abordar uno a uno todos estos problemas, con el objeto de buscar no tanto una solución como una aproximación a la formulación correcta del problema de la transición, un aspecto fundamental en la teoría marxista de nuestros días.

26. OTRA VEZ SOBRE LA REVISIÓN DE LA PROBLEMÁTICA DE LA TRANSICIÓN: LA PALABRA A LAS MASAS

Trataremos ahora de abordar algunos otros aspectos de carácter general interesantes para nuestro análisis, y en particular trataremos de verificar la garantía, presente en el discurso de Lenin, contra el peligro del utopismo; y lo haremos retomando el estudio del problema de la transición en el marco de la teoría leninista y abriendo su confrontación con las exigencias del debate teórico y práctico de nuestros días, reservándonos de todas formas la posibilidad de volver a los cuatro puntos específicos que hemos señalado como fundamentales. Se trata de un peligro al que siempre se ha subordinado el debate sobre el problema de la transición; es más, hay que señalar que, en la tradición socialista, el problema de la transición nace como respuesta a preguntas reales pero urgentes y se desarrolla en la perspectiva de la prefiguración. El origen del problema de la transición, la prefiguración de las condiciones y de los valores de la sociedad comunista se asientan en la conciencia rebelde, desde el principio, se sedimentan y brotan de la convicción de la miseria y de la fantástica y enérgica voluntad de rebelarse. Lucha, esperanza y utopía se entrecruzan en una única tensión a lo largo de siglos de insurrecciones proletarias. La imagen de la sociedad futura es en sí misma una fuerza que impulsa la lucha, es el equivalente de la miseria: por un lado, algo de lo que liberarse y, por otro, en una formidable tensión y continuidad, algo con lo que liberarse, es decir, que libera. Si de este modo la prefiguración del futuro actúa como una fuerza que influye directamente en la organización de la revuelta, entonces se configurará como una fuerza que caracterizará la organización de los rebeldes. La imagen de la sociedad comunista, para ser conquistada, necesitará una organización comunista y etcétera, etcétera[88].

[88] Disponemos de una bibliografía amplia e interesante sobre el papel activo del utopismo en la determinación del movimiento revolucionario en las etapas del desarrollo precapitalista. Al respecto véanse las obras de Ernst Bloch y, en particular, su imprescindible *Thomas Münzer*. Cfr. posteriormente, respecto al pensamiento posterior, la voz «Utopía» en la enciclopedia Feltrinelli Fischer, *Scienze Politiche*, I, cit.

El paso de la utopía a la ciencia, el alertar sobre los peligros de una esperanza desenfrenada influyen directamente en la concepción de la organización y en la definición de los tiempos y formas del proceso revolucionario. Por lo tanto, la solución específica del problema de la transición no sólo es relevante desde el punto de vista analítico, desde el punto de vista de la previsión política, sino sobre todo desde el punto de vista de la definición de la figura del partido: el proceso revolucionario y la forma, la concepción y la teoría del partido se configurarán en función del tipo de obstáculos y las etapas que se prefiguren, si es cierto que el partido es una fuerza que representa los intereses materiales de las masas proletarias en relación a ciertos objetivos que se deben alcanzar o a ciertos obstáculos que deben ser superados. Si en definitiva el partido es entendido como una adecuación específica entre el medio y el fin, es evidente que si por ejemplo centramos la atención más en los contenidos del comunismo que en la necesidad de romper la estructura del poder que domina actualmente al proletariado, surgirán concepciones del partido completamente diferentes. El partido construido sobre el inevitable odio contra el poder existente del capital es un partido diverso del que surge del amor por el comunismo. El partido erigido sobre la necesidad de destruir, de disolver el orden actual de las cosas, es, desde un punto de vista marxiano, el partido que se preparará políticamente para ser capaz de desarrollar esta actividad y por ello excluirá cualquier elemento que pueda, con buenas palabras o hermosos sueños, hacer olvidar esta dura exigencia del presente.

Regresemos ahora a la cuestión inicial: ¿cómo combate el peligro de la prefiguración y la utopía un discurso como el leninista, un discurso que *El Estado y la revolución* nos muestra totalmente centrado en la definición de la transición, de sus tiempos, de sus contenidos? Para responder a este interrogante no basta con reivindicar el realismo marxiano del análisis leninista: este realismo no es unívoco, es más, se dibuja como un arma de doble y triple filo, al menos en virtud de la experiencia de Lenin respecto al oportunismo socialdemócrata. En realidad, el realismo marxiano es tal sólo en la medida en que es considerado por lo que es: un análisis realista del nacimiento del sujeto revolucionario, como proletariado, como conciencia científica del proceso de la transformación revolucionaria, como producto del desarrollo y de sus contradicciones mortales. Por ello es evidente que la única prefiguración posible en el marco de la perspectiva marxista y leninista nace de la actividad de las masas; el partido representa la negación de la prefiguración y de la utopía como organizador concreto de la actividad de las masas. Si consideramos el marxismo como materialismo revolucionario, sólo podemos consentir este punto de vista.

Como hemos visto, el problema de la transición podrá ser abordado –y con esto sólo se liberará del peligro de la prefiguración utópica– cuando tenga lugar la inversión (específica, real) de la relación entre composición de clase y organización de clase. La actividad revolucionaria de las masas enmarca de manera realista el problema de la

transición; sólo la actividad revolucionaria de las masas puede prefigurar el comunismo. Y ahora, volviendo al discurso sobre la teoría de la transición tal y como se presenta en Lenin, tratemos de abordar otras características y límites de esta concepción. Creo que se puede afirmar que si la inversión de la relación entre composición y organización define el problema, la manera en que Lenin lo resuelve está unida estrecha y lógicamente al análisis de la composición de clase, de la estructura social y política específica a la que el análisis hace referencia. Lenin desarrolla una coherencia de fondo extraordinaria entre el esquema analítico y las consecuencias teóricas y prácticas que a su vez extrae del mismo. Por ello, la definición de la composición de clase determinada también domina objetivamente esta parte del comunismo de Lenin delimitando, lejos de peligros utópicos, sus dimensiones y contenidos. Resulta inevitable, pues, que, precisamente a partir de esta delimitación, aparezcan en el pensamiento de Lenin (como consecuencia lógica del rechazo de la utopía y de la eficacia de masas de su discurso) ciertos límites y surjan los problemas que, dada nuestra experiencia, señalamos en la lección precedente.

Dicho esto, nos preguntamos a este respecto si aun existen, en el pensamiento de Lenin otros límites o más bien incoherencias en virtud de su propio esquema, nos preguntamos si el análisis que nosotros podemos realizar no es más que una comparación entre nuestras necesidades y las de la composición de clase del periodo leninista (aquí surgen los primeros límites apreciables), si no es necesario comprender las eventuales incoherencias del modelo leninista, relativas a la realidad que verificaba y sobre la cual quería intervenir. La continuidad del proceso revolucionario del socialismo al comunismo –esquema característico de la definición de la transición de Lenin y uno de los aspectos más cuestionados por la crítica militante del movimiento obrero, desde Stalin a Mao Tse-Tung– no puede atribuirse ciertamente a la incoherencia del análisis leniniano. Esta continuidad lineal del proceso revolucionario, que representa un límite importante en la concepción leninista, es un límite totalmente relacionado con la composición específica de clase a la que hace referencia el discurso de Lenin. La continuidad del proceso de acumulación, incluso después de la ruptura revolucionaria, el crecimiento de unas bases materiales apropiadas, que por sí mismas permiten proponer la temática del comunismo: bien, la ruptura para desarrollar la planificación era, sin lugar a dudas, en el contexto leninista, un paso necesario; para planificar, para desarrollar la continuidad del proceso de acumulación, una reproducción ampliada de la acumulación, cada vez más extensa porque la demanda de comunismo sólo podía seguir desarrollándose a partir de estas bases materiales.

Menos comprensible es, sin embargo, el otro aspecto al que se hacía referencia, es decir, el hecho de que Lenin no sólo concibe el desarrollo simplemente como algo continuo, lineal, sino también como algo espontáneo, pacífico, automático; algunas veces parece un proceso que se desarrolla con la fuerza de un proceso natural. Aquí nos topa-

El paso de la utopía a la ciencia, el alertar sobre los peligros de una esperanza desenfrenada influyen directamente en la concepción de la organización y en la definición de los tiempos y formas del proceso revolucionario. Por lo tanto, la solución específica del problema de la transición no sólo es relevante desde el punto de vista analítico, desde el punto de vista de la previsión política, sino sobre todo desde el punto de vista de la definición de la figura del partido: el proceso revolucionario y la forma, la concepción y la teoría del partido se configurarán en función del tipo de obstáculos y las etapas que se prefiguren, si es cierto que el partido es una fuerza que representa los intereses materiales de las masas proletarias en relación a ciertos objetivos que se deben alcanzar o a ciertos obstáculos que deben ser superados. Si en definitiva el partido es entendido como una adecuación específica entre el medio y el fin, es evidente que si por ejemplo centramos la atención más en los contenidos del comunismo que en la necesidad de romper la estructura del poder que domina actualmente al proletariado, surgirán concepciones del partido completamente diferentes. El partido construido sobre el inevitable odio contra el poder existente del capital es un partido diverso del que surge del amor por el comunismo. El partido erigido sobre la necesidad de destruir, de disolver el orden actual de las cosas, es, desde un punto de vista marxiano, el partido que se preparará políticamente para ser capaz de desarrollar esta actividad y por ello excluirá cualquier elemento que pueda, con buenas palabras o hermosos sueños, hacer olvidar esta dura exigencia del presente.

Regresemos ahora a la cuestión inicial: ¿cómo combate el peligro de la prefiguración y la utopía un discurso como el leninista, un discurso que *El Estado y la revolución* nos muestra totalmente centrado en la definición de la transición, de sus tiempos, de sus contenidos? Para responder a este interrogante no basta con reivindicar el realismo marxiano del análisis leninista: este realismo no es unívoco, es más, se dibuja como un arma de doble y triple filo, al menos en virtud de la experiencia de Lenin respecto al oportunismo socialdemócrata. En realidad, el realismo marxiano es tal sólo en la medida en que es considerado por lo que es: un análisis realista del nacimiento del sujeto revolucionario, como proletariado, como conciencia científica del proceso de la transformación revolucionaria, como producto del desarrollo y de sus contradicciones mortales. Por ello es evidente que la única prefiguración posible en el marco de la perspectiva marxista y leninista nace de la actividad de las masas; el partido representa la negación de la prefiguración y de la utopía como organizador concreto de la actividad de las masas. Si consideramos el marxismo como materialismo revolucionario, sólo podemos consentir este punto de vista.

Como hemos visto, el problema de la transición podrá ser abordado –y con esto sólo se liberará del peligro de la prefiguración utópica– cuando tenga lugar la inversión (específica, real) de la relación entre composición de clase y organización de clase. La actividad revolucionaria de las masas enmarca de manera realista el problema de la

transición; sólo la actividad revolucionaria de las masas puede prefigurar el comunismo. Y ahora, volviendo al discurso sobre la teoría de la transición tal y como se presenta en Lenin, tratemos de abordar otras características y límites de esta concepción. Creo que se puede afirmar que si la inversión de la relación entre composición y organización define el problema, la manera en que Lenin lo resuelve está unida estrecha y lógicamente al análisis de la composición de clase, de la estructura social y política específica a la que el análisis hace referencia. Lenin desarrolla una coherencia de fondo extraordinaria entre el esquema analítico y las consecuencias teóricas y prácticas que a su vez extrae del mismo. Por ello, la definición de la composición de clase determinada también domina objetivamente esta parte del comunismo de Lenin delimitando, lejos de peligros utópicos, sus dimensiones y contenidos. Resulta inevitable, pues, que, precisamente a partir de esta delimitación, aparezcan en el pensamiento de Lenin (como consecuencia lógica del rechazo de la utopía y de la eficacia de masas de su discurso) ciertos límites y surjan los problemas que, dada nuestra experiencia, señalamos en la lección precedente.

Dicho esto, nos preguntamos a este respecto si aun existen, en el pensamiento de Lenin otros límites o más bien incoherencias en virtud de su propio esquema, nos preguntamos si el análisis que nosotros podemos realizar no es más que una comparación entre nuestras necesidades y las de la composición de clase del periodo leninista (aquí surgen los primeros límites apreciables), si no es necesario comprender las eventuales incoherencias del modelo leninista, relativas a la realidad que verificaba y sobre la cual quería intervenir. La continuidad del proceso revolucionario del socialismo al comunismo –esquema característico de la definición de la transición de Lenin y uno de los aspectos más cuestionados por la crítica militante del movimiento obrero, desde Stalin a Mao Tse-Tung– no puede atribuirse ciertamente a la incoherencia del análisis leniniano. Esta continuidad lineal del proceso revolucionario, que representa un límite importante en la concepción leninista, es un límite totalmente relacionado con la composición específica de clase a la que hace referencia el discurso de Lenin. La continuidad del proceso de acumulación, incluso después de la ruptura revolucionaria, el crecimiento de unas bases materiales apropiadas, que por sí mismas permiten proponer la temática del comunismo: bien, la ruptura para desarrollar la planificación era, sin lugar a dudas, en el contexto leninista, un paso necesario; para planificar, para desarrollar la continuidad del proceso de acumulación, una reproducción ampliada de la acumulación, cada vez más extensa porque la demanda de comunismo sólo podía seguir desarrollándose a partir de estas bases materiales.

Menos comprensible es, sin embargo, el otro aspecto al que se hacía referencia, es decir, el hecho de que Lenin no sólo concibe el desarrollo simplemente como algo continuo, lineal, sino también como algo espontáneo, pacífico, automático; algunas veces parece un proceso que se desarrolla con la fuerza de un proceso natural. Aquí nos topa-

mos con una incoherencia, un límite idealista de la teoría leninista. Lenin, en realidad, conocía perfectamente la espontánea oposición obrera al trabajo. Los primeros años del proceso revolucionario en Rusia le mostrarán con toda su dureza la fuga de los obreros del trabajo, una fuga masiva, general. El proceso revolucionario (en aquellas condiciones, con aquella composición de las relaciones de clase) se configuraba desde el principio como un proceso que no tenía nada que ver con la espontánea abnegación de los obreros al trabajo. Se trataba de un proceso en el que, al margen de la espontaneidad, se daba una dialéctica específica que Lenin interpreta y aplica inmediatamente, introduciendo la NEP, el intento de volver a impulsar una dinámica de lucha de clases para incrementar el desarrollo, es decir, para determinar las precondiciones del paso del socialismo al comunismo en la transición. La reactivación del mercado y, dentro del mercado, la confianza en la libre empresa implican volver a activar –por parte del Estado– los mecanismos de la lucha de clases: el sindicato aparece de nuevo como contratante del precio de la mercancía trabajo, aparece de nuevo la presión de clase por el socialismo y la revolución permanente[89].

Está fuera de toda duda, por consiguiente, que la imagen que Lenin atribuye al proceso de transición en *El Estado y la revolución* adolece, en lo que respecta a la definición de la espontaneidad del proceso, de un cierto utopismo, un rasgo que, aunque se entiende perfectamente si tenemos en cuenta el entusiasmo político con el que se escribe la obra, representa una primera incoherencia real y evidente de su discurso. Incoherencia no respecto a nosotros sino respecto al propio desarrollo de la argumentación leninista. Es realmente extraño que en *El Estado y la revolución*, precisamente cuando se aborda el salto fundamental constituido por el paso del socialismo al comunismo, algunos principios del Lenin dialéctico parecen desvanecerse; nos encontramos frente a unos elementos de la «tradición» filosófica del materialismo, en el sentido más vulgar del término, es decir, evolucionista y gradualista, en vez de encontrarnos frente a las enseñanzas de los *Cuadernos filosóficos* sobre Hegel. La veta dialéctica que emerge en momentos sucesivos, pero que no por ello posee funciones menos importantes respecto al precedente de tipo materialista tradicional, parece infravalorada respecto a este problema, lo cual es aún más extraño si tenemos en cuenta la continuidad cronológica y teórica que existe entre los *Cuadernos filosóficos* de Lenin y *El Estado y la revolución*.

Pero éste no es evidentemente el límite más importante de la obra de Lenin. El límite principal es la valoración extrema, casi única, de la dimensión institucional, es decir, el interés por la dimensión institucional, el interés, por un lado, por las relaciones jurídicas de propiedad, como elemento fundamental que debe ser subvertido, y, por otro, por la figura del Estado como institución político-jurídica abstracta, que se encuentra

[89] Cfr. a este respecto los libros ya citados de R. di Leo, Ch. Bettelheim y F. I. Kaplan y, por supuesto, la historia de la Rusia soviética de E. H. Carr.

presente en todo el discurso sobre la transición; éste parece ser precisamente el límite más importante. Límite, entiéndase bien, en virtud de la coherencia interna del discurso leninista. ¿Quién, a excepción de Lenin, había desarrollado el concepto de institución política y jurídica en el marco del propio análisis sobre la composición de clase desde la década de los noventa del siglo XIX? ¿Quién, a excepción de Lenin, había insistido precisamente en la interrelación existente entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la figura del Estado, una figura que estaba lejos de ser presentada únicamente en su dimensión jurídico-institucional, y se enmarcaba por el contrario dentro del análisis del proceso productivo, como la forma directa e inmediata de éste? A este respecto, consideremos dos obras clásicas: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, por un lado, y *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, por otro, dos obras que representan el arco del análisis teórico de Lenin que va de la década de los noventa del siglo XIX a 1917. En ambas obras encontramos una definición del Estado como agente organizador de la explotación sobre el trabajo en sus propios términos, no de forma estática, sino como coordenada y función de las transformaciones de la organización del trabajo en el periodo que va de la gran industria al imperialismo. El Estado es, en este marco, la forma del capital global, efecto y motor del desarrollo, relación necesaria y figura del capital como agente organizador de la explotación social a una escala cada vez mayor. Desde este punto de vista habría sido importante y coherente que este tipo de valoración se hubiera desarrollado en *El Estado y la revolución*: sin embargo, ésta es inexistente; es más, la exaltación de los aspectos que son simplemente jurídico-institucionales es absolutamente preeminente. De ahí –y éste es un límite que debemos remarcar– la imposibilidad de mostrar la lucha contra el Estado como una lucha contra el trabajo. Cierto, desde el punto de vista del proceso revolucionario, la hegemonía de esta dimensión del Estado –como organizador del trabajo– adquiere protagonismo sólo al margen de ciertas condiciones generales de acumulación, en una fase de subsunción directa y general del trabajo en el capital. Mientras la autocracia rusa es una forma absolutamente terrible e inevitable de poder que se justifica tradicionalmente a sí mismo sin problema alguno, esta acentuación leninista de la dimensión político-jurídico institucional se corresponde con una relativa infravaloración de la relación directa que existe entre la forma del Estado y la organización de los procesos productivos. Además, al adentrarnos en la realidad de la estrategia y de la práctica, en el análisis particular de la disgregación del Estado ruso en el periodo de la guerra, es decir, en la época en la que la obra fue escrita, podemos hallar otras respuestas plausibles a las preguntas que nos hemos planteado y eventuales justificaciones del sentido del discurso de Lenin: la acción insurreccional se desarrolla de hecho en el marco de la agudización de esta disgregación completa del Estado en lo que concierne a los aspectos relativos a la organización del trabajo, y no sólo en sus rasgos generales, sino también en lo que concierne a las infraestructuras del desarrollo industrial, desde la red ferroviaria al correo, pasando por la coordinación general del trabajo social.

Pero, una vez expresadas estas justificaciones, sigue siendo cierto que esta carencia, este límite interno del discurso de Lenin, influyó negativamente en el desarrollo posterior del problema de la transición, es decir, en las formas en las que se ha desarrollado el problema de la transición. Muy a menudo, a la hora de valorar el proceso revolucionario, se ha caído en formas de voluntarismo y subjetivismo, institucional y parainstitucional, buscando una justificación en estas páginas de Lenin.

Precisamente en este aspecto nuestro discurso debe profundizar más, tanto en la valoración crítica como en la comparación del contexto leninista con el nuestro. Proponemos, antes de nada, algunos elementos de debate sobre el problema de la insurrección. Se trata de una cuestión que raramente, en el marco de la teoría de la transición, se ha tratado en todas sus dimensiones. A menudo hemos tratado de explicarnos la pertinencia con la que Lenin enfoca la temática de la insurrección. Teniendo en cuenta una cierta composición de clase, los límites del desarrollo y el necesario carácter externo de la vanguardia (una vanguardia considerada no como simple vanguardia intelectual, conciencia teórica, sino como vanguardia obrera), es evidente que la cuestión de la insurrección se desarrolla en el marco de la imputación directa de la responsabilidad insurreccional únicamente a la vanguardia. También es evidente que la insurrección, entendida como discontinuidad, como explosión de una voluntad subjetiva concentrada, se origina dentro de una estructura general que crea espacios que pueden ser utilizados en mayor o menor medida por el cerebro revolucionario. En esta composición de clase, el partido sólo construye la revolución en la medida en que centra su iniciativa en los desequilibrios generales del proceso de acumulación y reestructuración institucional de la acumulación del Estado burgués. La insurrección es un arte, y el partido, como protagonista del arte de la insurrección, es para la teoría leninista un elemento esencial: es indiscutible que la concepción de la «ruptura», tal y como aparece en las páginas de *El Estado y la revolución*, representa un fortalecimiento de esta visión del proceso revolucionario. Pero ahora, llegados a este punto, debemos plantearnos la siguiente pregunta: ¿cuándo la relación existente entre la ruptura de la máquina del Estado y la extinción del Estado como agente organizador del trabajo se presenta en términos directos y deja de depender de un tipo cualquiera de espontaneidad del proceso y comienza a depender del desarrollo de la lucha de clases?, ¿cuándo podemos comenzar a reflexionar sobre el proceso revolucionario aludiendo únicamente a esta relación estrechísima? y, entonces, ¿qué queda del concepto leninista de insurrección? ¿Qué significa ahora el término «insurrección»? En la actualidad, la revolución únicamente puede desarrollarse como capacidad material para construir una fuerza de masas que, paso a paso, etapa tras etapa, sea capaz de destruir la realidad del Estado capitalista como Estado del trabajo. Esto ya no tiene nada que ver con el concepto de insurrección como momento inmediato y explosivo: el proceso revolucionario se desarrolla, y sólo puede desarrollarse, como proceso global en el que todo se revoluciona. Por otra

parte, ¿qué significa apropiación, qué significa extinguir el Estado como agente organizador del poder contra la clase obrera, si no se genera una capacidad que sirva para desarrollar un proceso de destrucción molecular, específica, continua de todos los centros de la organización estatal y al mismo tiempo de adquisición real de esta riqueza y de esta materialidad del poder que tenemos enfrente?

Así pues, los límites de la argumentación de *El Estado y la revolución* relativos al análisis de la relación entre el Estado y la organización del trabajo parecen invitarnos a realizar una profunda revisión general. Una revisión que deberá abordar la relación de organización teniendo en cuenta las características actuales de la composición de clase. En este contexto la revisión del concepto de partido resulta fundamental. El partido, esta forma de adecuación entre medios y fines, obligado a desarrollar la capacidad de organizar al mismo tiempo la «ruptura» y la «extinción» (a través de la forma de la conquista proletaria de la riqueza), aparece como objeto privilegiado para la investigación teórico-práctica de las masas. Pero no sólo, porque surgen otros problemas. En la conferencia precedente, por ejemplo, cuando hablábamos sobre la ruptura, afirmábamos que esta cuestión debía ser profundamente revisada porque en nuestro días la integración capitalista de la forma del Estado con las formas del trabajo muerto es tan grande que probablemente el problema principal (señalado con anterioridad por la lucha obrera) sea ahora la destrucción material de esta riqueza, no por el hecho de que sea riqueza, sino porque ésta se configura de forma totalmente perversa. Hemos visto cómo es prácticamente imposible pensar que la maquinaria existente, la ciencia existente, la acumulación general de trabajo muerto existente, en definitiva, puedan ser utilizadas como tales en el desarrollo del comunismo. Nos hallamos frente a una paradoja: por un lado, el desarrollo de la capacidad obrera de ruptura no puede identificarse con un elemento mítico, sino que únicamente puede existir y perpetuarse en el deseo de la riqueza existente, en la capacidad de su reapropiación inmediata; por otro lado, esta reapropiación debe estar completamente subordinada a la capacidad de destrucción, a la exigencia de construir unas condiciones nuevas para un mundo nuevo. Esta paradoja representa una dificultad enorme y la miseria de la práctica política del reformismo la acentúa y convierte su análisis en algo complejo. Pero precisamente cuando se presentan estas dificultades hay que ser marxista-leninistas hasta sus últimas consecuencias. Y ser marxista-leninistas hasta las últimas consecuencias cuando aparecen estos problemas y nos sentimos incapaces de resolverlos, con la terrible responsabilidad de cometer errores, algunos de ellos trágicos, frente a esto, debemos pensar antes que nada que nuestros artesanales medios son absolutamente insuficientes y que los problemas de las masas, en la lucha de clases, son las propias masas, a través de la lucha de clases, quienes deben resolverlos.

Esto puede ser aplicado al problema de la forma de la organización: es la propia actividad de las masas la que la define. Y esto es válido también para la determinación de la relación entre apropiación, destrucción y liberación de la fuerza de invención de las masas.

Llegados a este punto y desde este punto de vista, considero que estamos preparados para iniciar la lectura de las páginas sobre la Comuna que Lenin añade al discurso sobre la cuestión de la transición[90]. Haciendo suyo el método marxiano, Lenin nos enseña que la forma de la organización sólo puede hallarse en el interior del movimiento de las masas. Nosotros estamos obligados obviamente a realizar un análisis cada vez más específico con el objeto de medir la capacidad de la organización y los fines del movimiento, repasando continuamente y de forma teórica los términos específicos de la composición de clase. Pero no debemos olvidar que cada vez que verdaderamente surge la organización, esto se produce gracias a la actividad directa de las masas. Reconocer la organización con sus características de masas, como «forma descubierta» que el propio proletariado descubre e identifica dentro de sí: éste es el problema; ésta, la solución. Desde este punto de vista, la Comuna de París aparece como un acontecimiento teórico extraordinario, independientemente de todas sus ingenuidades, independiente de todos sus errores, y como un momento ideal de la capacidad proletaria de expresarse como sujeto y dotar de la forma adecuada a su organización. Y este tipo de análisis tiene que llegar mucho más lejos que el de la Comuna de París.

En estos días (marzo de 1973) los obreros de la Mirafiori están consiguiendo materializar su milagro teórico, al descubrir una forma de organización militar de masas dentro de la fábrica e identificar el terreno adecuado de la nueva relación entre la lucha por la apropiación y la lucha por el poder. Tendremos que detenernos en estos hechos, recordando que los problemas detectados en nuestro análisis, tal y como señala Lenin, sólo pueden tener una solución definitiva en su dimensión práctica. Debemos dar a las masas la primera y la última palabra, siempre[91].

27. TRANSICIÓN Y DICTADURA PROLETARIA: EL INTERÉS OBRERO PARTICULAR

Como hemos visto, el mérito más extraordinario de Marx y Lenin es abordar el problema de la transición desde una perspectiva obrera, siguiendo un método de masas. Esto quiere decir –y es lo que nos interesa– que el problema es analizado desde un punto de vista político, lejos, de entrada, de toda perspectiva de carácter economicista y de cualquier visión derivada de esta perspectiva. Considero esta cuestión de extrema importancia, algo que no podemos dejar de subrayar. En realidad, este tipo de análisis desapareció

---

[90] Las páginas de Lenin sobre la Comuna de París de 1871 reproducen, con entusiasmo renovado, la perspectiva marxiana.

[91] Véase a este respecto mis textos incluidos en S. Bologna, P. Carpignano, A. Negri, *Crisi e organizzazione operaia*, cit., pp. 189 ss.; ahora disponibles en *I libri del rogo*, cit. [ed. cast.: *Los libros de la autonomía obrera*, cit.].

después del debate del movimiento obrero: para encontrar una teoría política sobre la transición debemos esperar hasta la segunda mitad de la década de los sesenta, y a la acción del Partido Comunista Chino, es decir, debemos esperar unos cincuenta años. El resto de la bibliografía que se puede agrupar bajo la denominación del «problema de la transición» es en realidad una literatura de carácter económico, que omite el papel prioritario de la clase obrera en la gestión de la transición del socialismo al comunismo. Podemos decir aún más: el problema de la transición se ha convertido, en el marco del discurso de la economía política sedicente marxista, en el terreno más fértil en el que desarrollar una serie de intentos de planificación absolutamente formalizados. La paradoja de la teoría de la transición, al menos antes del impulso revolucionario provocado por la acción del Partido Comunista Chino, fue que se inició en *El Estado y la revolución* para acabar convertida en una teoría del cálculo económico. Pasó de Lenin a Leontief, si se me permite la ironía; de la teoría de la revolución permanente a la teoría del equilibrio; ¡de la definición de los factores de la insubordinación revolucionaria a los *inputs-outputs* del sistema! Otra observación: los economistas han desarrollado la teoría de la transición como una teoría del trabajo. Después de Lenin, el reformismo sólo ha sido capaz de concebir el periodo de la transición en los términos de la teoría del valor y, por lo tanto, en virtud de la teoría de la explotación. La cuestión del paso al comunismo, y, por ende, de la eliminación de la ley del valor, del propio sistema económico, poco a poco se va difuminando y va siendo aparcada por completo, con la excepción de las oportunas y típicas mistificaciones, que estuvieron vigentes especialmente en el periodo estalinista, cuando el hecho de que los soviets hubiesen conquistado el poder parecía, por sí solo, ser suficiente para concebir la extinción de la ley del valor. Se trataba de simples y puras operaciones propagandísticas. Pero probablemente éstas tenían su fundamento en lo que nosotros consideramos el límite más importante del discurso leninista, la incapacidad característica del propio Lenin –condicionado como está por la estructura socioeconómica en la que se mueve– de expresar claramente la identidad de la relación existente entre el comunismo y la caída de la ley del valor y, por lo tanto, entre el comunismo y la supresión del trabajo mismo. Si esto puede leerse ciertamente entre líneas en la obra de Lenin, también es cierto que no podía apreciarse de forma totalmente explícita, es cierto que viene más bien impuesto y que el problema de la transición (tal y como se presenta en 1917 en Rusia) no consigue disociarse del atraso general de la sociedad y de la estructura económica rusa. A partir de esta carencia, las motivaciones pasivas, reaccionarias, conservadoras que aparecen en los desarrollos sucesivos de la teoría de la transición pueden quizás encontrar un fundamento mistificado.

Pero hay que dejar totalmente claro que se trata de un juego y de un fundamento puramente filológico; la mistificación sucesiva no puede justificarse a partir del sentido general y político del discurso de Lenin, la hipótesis de la clase obrera como sujeto de la transformación. En este caso, encontramos un ejemplo de poderosa anticipación de

la teoría sobre la realidad, y ni siquiera los fracasos que a menudo se dan en el proceso del partido teórico al partido histórico (proceso que siempre resulta terriblemente duro y penoso, como sucedió, con todo su carácter dramático, en la Rusia revolucionaria) invalidan o disminuyen su potencia. En la teoría de Lenin existe siempre un aspecto que hace imposible cualquier reducción economicista de su pensamiento y es el hecho de que la teoría política de la transición hunde sus raíces en la asunción del sujeto clase obrera como elemento absolutamente fundamental: esto constituye un elemento de resistencia ante cualquier perturbación de la temática en términos economicistas. En los años inmediatamente posteriores a la muerte de Lenin los políticos y economistas mencheviques (los mismos que durante los años de la gran crisis se trasladaron a Occidente y comenzaron a trabajar en las grandes agencias de planificación) tomaron las riendas de la planificación soviética convirtiéndola en una máquina capitalista, un hecho que ejemplifica el carácter irreducible del pensamiento de Lenin a la práctica de estos burócratas.

Esto nos permite introducir una nueva consideración, quizá secundaria pero que puede aportar otro aspecto útil para la reconstrucción del discurso general sobre Lenin: una consideración respecto al papel que se atribuye a la anticipación. Tengo la impresión de que cuando hemos hablado del método de Lenin, durante la primera parte de estas lecciones, hemos insistido quizá demasiado en la relación entre el pensamiento de Lenin y la realidad histórico-política de su tiempo, es decir, en la composición específica de la clase obrera, en su formación histórica determinada. Esto nos sirve para mostrar los rasgos principales de su manera de proceder y para explicar la inversión de la teoría de la composición en la teoría de la organización. Pero la cuestión es más compleja. Si nos limitásemos, aunque sólo fuera por un solo momento, a considerarla como una simple teoría de la composición de clase, deberíamos admitir que desde este punto de vista los populistas y los mencheviques tenían razón, y que paradójicamente *reflejaban* con mayor inteligencia el nivel a partir del cual podían realizarse operaciones políticas en Rusia. La característica fundamental del pensamiento de Lenin no sólo radica en mostrar la compresión más perfecta de los aspectos *objetivos* de la situación: si tenemos en cuenta las dos obras que han servido de base de nuestro discurso, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y *¿Qué hacer?*, hay que destacar inmediatamente que ambas prestan una especial atención al elemento de la tendencia, ambas se centran en la acción del sujeto histórico, del sujeto obrero en su contexto, como elemento de impulso, de tracción, como motor que habría impuesto de todas formas a la sociedad rusa la evolución hacia una forma de capitalismo maduro. Configurar la estructura del partido, tal y como se define en *¿Qué hacer?*, a partir de la función hegemónica y de tracción de una vanguardia obrera, que arrastra al conjunto del proletariado y a determinados estratos de campesinos y de la pequeña burguesía (implicados gracias a la serie de mediaciones constituidas por la democracia progresiva, el democratismo conse-

cuente y el sistema parlamentario), no demuestra únicamente la capacidad de comprender algunos rasgos generales de la situación; demuestra, en realidad, la capacidad de confrontar éstos con una función de tracción, con una tendencia vencedora. Que además prevé un sujeto histórico protagonista de todo el proceso. Es imposible pensar en una tendencialidad histórica sin concebir en su interior la necesidad de un sujeto histórico específico. Ciertamente, producto histórico este último, pero más aún sujeto. La anticipación funciona sólo a partir de este punto de vista, sin llegar a ser mínimamente estrambótica ni prefigurante: no se trata de una necesidad mecánica, sino de una necesidad tendencial basada en la capacidad de un sujeto histórico de moverse en un sentido determinado. Al recuperar esta determinación, el partido se convierte en historia, construye la historia. El citado sujeto debe ser dirigido y sometido a la dirección política de clase. El mismo mecanismo se puede aplicar a la tendencialidad del discurso sobre la transición en *El Estado y la revolución*. Lenin insiste, también en este caso, de manera absolutamente primordial, en el sujeto, en ese sujeto revolucionario que él tiene entre las manos, del que siente su densidad y la realidad de su movimiento: en él centraba Lenin su teoría. La anticipación sólo es posible si se delimita el papel de la clase obrera. Desde el punto de vista metodológico, esta perspectiva leninista es extremadamente importante: Lenin salda sus cuentas de manera decisiva con el economicismo y con el subjetivismo (que siempre ha existido y existe en el interior del movimiento comunista). La duplicidad antagonista definida por el economicismo y el subjetivismo o, mejor aún, por el idealismo y el materialismo concebidos en un sentido estático, no dialéctico, este tipo de dualismo es superado mediante la identificación de un sujeto que es material, que elude desde el principio la posibilidad de caer en estas fórmulas opuestas de solución mistificada del problema. Evidentemente, la superación teórica del problema no implica su superación práctica: desde el punto de vista práctico, la clave se halla únicamente en la organización. Cuando se trata de la organización revolucionaria, *El Estado y la revolución* la supone. De hecho, en Rusia, al margen del intento de la NEP (aunque respecto a la NEP hay que tener mucha cautela: Rita di Leo considera la NEP como una especie de revolución cultural que debería de haber provocado una recuperación del mecanismo de desarrollo capitalista con el objeto de relanzar la lucha de clases en Rusia)[92] lo cierto es que en Rusia la planificación se despliega en términos exclusivamente economicistas, profundizando en la tradición populista rusa del marxismo, que se convierte en una tradición de marxismo vulgar en la que el propio sujeto agente se va transformando. Ya no volveremos a tener una clase obrera como tal,

[92] Además del libro citado de Rita di Leo, *Operai y sistema soviético*, cfr. el texto de la misma autora «Massa, avanguardia: gli operaia e Lenin» en *La Critica Sociologica* 12. Desde un punto de vista más general, existe una excelente documentación en F. I. KAPLAN, *Bolshevik Ideology and the Ethics of soviet Labour, 1917-1920, The formative Years*, Londres, P. Owen, 1967.

como sujeto que arrastra al movimiento; empezaremos a tener como sujeto la amalgama de hipótesis del populismo: el pueblo, la nación, mientras que la planificación será progresivamente reducida a mera función de cálculo económico. Esto, evidentemente, no significa que haya que excluir el cálculo económico de la planificación, no significa que la base material (su crecimiento y extensión) deba ser rechazada aludiendo a las exigencias del proyecto y a la voluntad de la clase; esto simplemente implica reafirmar un aspecto absolutamente preeminente para el marxismo, la hegemonía de lo político, es decir, la hegemonía de la dimensión de las relaciones de clase, de los niveles de conciencia, de las carencias, de las necesidades, en definitiva, de todo lo que conforma la voluntad política de las masas y de la clase dirigente. Sólo a partir de este punto de vista se puede entender la cuestión de la anticipación en su acepción leninista. Y puede entenderse el hecho de que el economicismo y el reformismo se hayan apropiado de forma terrible de la teoría de la transición, convirtiéndola en una ideología completamente deformada, totalmente irrecuperable para la teoría leninista clásica.

Todo esto lo decimos entre paréntesis, con el objeto de recuperar el marco metodológico del diseño leninista: volvamos de nuevo al texto; volvamos a los capítulos de *El Estado y la revolución* que aún no hemos tocado, es decir, a los capítulos genuinamente históricos o directamente polémicos. Tal y como hemos señalado, los capítulos II y III estudian respectivamente la experiencia de 1848-1851 y la experiencia de la Comuna de París de 1871; en esta línea, el capítulo IV desarrolla el análisis del Estado en los clásicos; finalmente, el capítulo VI es esencialmente una crítica a los planteamientos de Kautsky y Plejánov. Considero que a estas alturas resulta más sencillo seguir el discurso que Lenin desarrolla en estos capítulos, porque la forma expresiva de *El Estado y la revolución* traiciona parcialmente el *animus* y el objetivo fundamental de la obra.

Como hemos visto, el objetivo principal es afrontar el proceso fundamental de la revolución rusa y, en este marco, proponer al sujeto obrero la tarea de construir la dictadura proletaria en virtud de la creación del comunismo y la extinción del Estado. Los demás capítulos aportan esencialmente una serie de aspectos que ya aparecían en el primer capítulo y de carácter general e introductorio aparecían concentrados, en el capítulo V, donde la perspectiva política cobra actualidad y el proyecto especificidad práctica.

Veamos entonces el capítulo II. Se trata de una relectura del *Manifiesto comunista*, reforzada por el estudio de las obras históricas de Marx que hacen referencia a este periodo. Si analizamos este capítulo en virtud de lo que hemos afirmado hasta el momento, nos damos cuenta de que más que representar una introducción o un pasaje previo al capítulo V (que sin duda es el capítulo más importante), el capítulo II puede ser considerado como un ejemplo práctico de aquél. Hay que decir que las necesidades críticas de Lenin y, por lo tanto, la oportunidad de remitirse a la autoridad de los clásicos para reforzar de esta forma su pensamiento –necesidades que constituyen el esquema de *El Estado y la revolución*– no eliminan la fuerza de choque del discurso. Es obvio

que la mera referencia a los clásicos tiene un valor probatorio tanto en el capítulo II como en los demás. Pero hay que subrayar que en estos capítulos no es tan importante la continua y sistemática repetición del concepto de Estado o de extinción del Estado como algunos aspectos de la metodología leninista, de una metodología que hemos denominado anticipación leninista del comunismo, que en la práctica se desarrolla en la etapa de la revolución rusa.

Hay que destacar antes de nada, ya desde el análisis del *Manifiesto* realizado en el capítulo II, la prolongada insistencia en el concepto de dictadura del proletariado: dictadura del proletariado no como concepto abstracto, sino como función particular, específica, que se inserta dentro del estadio de desarrollo del proceso revolucionario estudiado (esto es, en el capítulo sobre los fundamentos económicos de la transición): «Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido la guerra civil más o menos latente que existe en el seno de la sociedad actual, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta y el proletariado, derrocando violentamente a la burguesía, instaura su dominación [...]. Ya hemos visto que el primer paso de la revolución obrera será la transformación (literalmente: la elevación) del proletariado en clase dominante, la conquista de la democracia». «El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante.»[93] La reivindicación de la dictadura como elemento del concepto de Estado se transforma aquí en reivindicación de la dictadura como objetivo principal de la revolución. He aquí la razón por la que esta teoría ha sido ignorada; como de costumbre, el método de la mistificación ha ocupado el lugar del análisis científico: «Esta definición del Estado no sólo no ha sido explicada nunca en la literatura de propaganda y agitación predominante en los partidos socialdemócratas oficiales, sino que, aún peor, se ha dejado expresamente en el olvido, pues es totalmente irreconciliable con el reformismo y choca frontalmente con los prejuicios oportunistas corrientes y las ilusiones pequeñoburguesas sobre el "desarrollo pacífico de la democracia"»[94].

Hay que tener en cuenta que mistificación y desmitificación son categorías económicas. Por desgracia estos términos se usan ahora en lugar de la pareja verdadero-falso. Pero en el marxismo mistificación no significa falso, lo contrario que verdadero: una mistificación puede ser verdadera, en el sentido de que existe, tiene lugar, es real; es más, algunas mistificaciones son infinitamente más reales y verdaderas que muchas cosas. La mistificación, por lo tanto, no es una existencia intangible, sino, más bien, una realidad unida a utilidades específicas, a intereses particulares, que siempre está determinada por su naturaleza de clase. Desde este punto de vista, el proceso de desmitificación no es otra

[93] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., p. 28.
[94] *Ibid.*, pp. 28-29.

cosa que la revelación permanente de los intereses que hay detrás de una proposición (o de un olvido, o de una negligencia); en este caso concreto, detrás del citado olvido, un olvido en absoluto secundario, se halla el *Manifiesto comunista*, el texto fundamental de toda la tradición comunista. Así pues, he aquí los intereses que están detrás de la mistificación de la naturaleza del Estado: «Las clases explotadoras necesitan la dominación política para mantener la explotación, esto es, el interés egoísta de una minoría insignificante contra la inmensa mayoría del pueblo. Las clases explotadas necesitan la dominación política para suprimir completamente toda explotación, por el interés de la inmensa mayoría del pueblo contra la minoría insignificante de los esclavistas modernos, es decir, de los terratenientes y los capitalistas. Los demócratas pequeñoburgueses, estos seudosocialistas que han sustituido la lucha de clases por sueños sobre la armonía de las clases, también se han imaginado la transformación socialista de un modo fantástico, no como el derrocamiento de la dominación de la clase explotadora, sino como la sumisión pacífica de la minoría a la mayoría, que habrá adquirido conciencia de su misión. Esta utopía pequeñoburguesa, inseparablemente unida al reconocimiento de un Estado situado por encima de las clases, ha conducido en la práctica a la traición contra los intereses de las clases trabajadoras, como lo ha demostrado, por ejemplo, la historia de las revoluciones francesas de 1848 y 1871, y como lo ha demostrado la experiencia de la participación "socialista" en ministerios burgueses en Inglaterra, Francia y otros países a finales del siglo XIX y principios del XX»[95].

Igualmente unilateral debe ser el método de la desmitificación. Éste nos conduce al concepto de interés obrero específico, como fuerza y fundamento de la dictadura. Por un lado, por lo tanto, tenemos la mistificación del concepto de Estado en nombre de intereses no proletarios, por otro, su desmitificación en nombre del interés particular del proletariado, «como clase particular»: «El derrocamiento de la dominación de la burguesía sólo puede llevarlo a cabo el proletariado, como clase particular cuyas condiciones económicas de existencia lo preparan para ese derrocamiento y le dan la posibilidad y la fuerza para llevarlo a cabo. Mientras la burguesía desune y dispersa a los campesinos y a todas las capas pequeñoburguesas, cohesiona, une y organiza al proletariado. Sólo el proletariado, en virtud de su papel económico en la gran industria, es capaz de ser el jefe de todas las masas trabajadoras y explotadas, a quienes con frecuencia la burguesía explota, esclaviza y oprime no menos, sino más que a los proletarios, pero que son incapaces de desarrollar una lucha *autónoma* para alcanzar su propia liberación»[96].

Retomemos el hilo del capítulo II. Lenin añade justo a continuación: «El Estado, es decir, el proletariado organizado como clase dominante; esta teoría de Marx se halla inseparablemente vinculada a toda su doctrina acerca de la misión revolucionaria del

[95] *Ibid.*, pp. 29-30.
[96] *Ibid.*, p. 30.

proletariado en la historia. El máximo de su misión es la dictadura proletaria, la dominación política del proletariado»[97]. El hecho de que el término «dictadura del proletariado» aparezca más tarde, que en el *Manifiesto* se utilice por lo general la perífrasis «proletariado organizado como clase dominante», no cambia las cosas. Porque, de todas formas, el otro término que da calidad a la perífrasis, el otro elemento fundamental que emerge, es el concepto de «clase particular». Esto es algo muy importante, y no sólo porque en este punto Marx supera la definición del proletariado de la primera etapa de su pensamiento, en la que, fuertemente influenciado aún por las teorías de la izquierda hegeliana, el proletariado aparece como *clase general*, es decir, como universalidad de los intereses humanos. Esta perspectiva, todavía hegeliana, aún idealista, es superada en el momento en que el proletariado deja de ser considerado como un sujeto humano, metafísico, filosófico y pasa a ser considerado un producto del desarrollo capitalista. De este modo, su especificidad, la especificidad de su interés, que se opone a la generalidad social del capital, se convierte en la clave del proceso, resultando evidente que el comunismo científico sólo puede nacer de este concepto de especificidad, dado que únicamente de este modo la dialéctica puede ser aplicada al sujeto, a su independencia, es decir, a una especificidad construida sobre intereses directamente antagonistas. «Sólo el proletariado, en virtud de su papel económico en la gran industria, es capaz de ser el jefe de todas las masas trabajadoras y explotadas, a quienes con frecuencia la burguesía explota, esclaviza y oprime no menos, sino más que a los proletarios, pero que son incapaces de desarrollar una lucha *autónoma* para alcanzar su propia liberación.»

Este concepto de autonomía de la liberación proletaria, que nace de la especificidad del sujeto, tenía la necesidad de configurarse como rechazo ante cualquier generalidad preconcebida, ante cualquier rasgo de idealismo y humanismo que pudiera ser atribuido al propio proletariado. Cuando Lenin reafirma este concepto, su marxismo alcanza el mayor grado de intensidad. Es evidente que toda la socialdemocracia posterior a Lenin y la teoría marxista en sus versiones descafeinadas al servicio de las vías pacíficas hacia el socialismo han ignorado completamente este concepto del proletariado como clase particular. En ocasiones lo ha hecho astutamente, añadiendo a la explicación teórica, mantenida en honor de la tradición y los clásicos, una defensa extrema de la función de liberación general que debe asumir la obra del proletariado. De ahí el desarrollo de la temática de las alianzas, de ahí la atribución de la generalidad como rasgo de los comportamientos obreros: algo que es falso, falso desde el punto de vista teórico y práctico. La particularidad del interés obrero, la particularidad autónoma del interés de la clase obrera, aparece como un rasgo completamente inevitable, una particularidad autónoma que sólo puede aumentar y convertirse en dictadura. Los intereses de los demás estratos proletarios, los intereses relativos a la gran masa de todos los trabajadores, en definitiva, los intereses que

[97] *Ibid.*, p. 31.

no aparecen recogidos en el concepto de clase obrera, es decir, de trabajo productivo industrial, ya sea directo o indirecto, no forman parte del sujeto revolucionario. El concepto marxiano (y leninista) de clase obrera carece de apéndices. Los demás intereses proletarios sólo podrán aparecer sometidos, dominados por el interés específico de la clase obrera y sólo entonces el concepto de alianza tendrá un sentido, y lo tendrá en la medida en que estos intereses sean reducidos y utilizados no en el marco del interés obrero, un interés independiente, autónomo, particular, sectario, sino desde un punto de vista político, fuera de este marco, lejos de toda confusión estratégica. El concepto de dictadura obrera, que se renueva continuamente en estas páginas, se presenta con tanta claridad que no queda espacio para la duda: «El proletariado necesita el poder del Estado, la organización centralizada de la fuerza, la organización de la violencia, tanto para reprimir la resistencia de los explotadores como para *dirigir* a la enorme masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía, a los semiproletarios»[98]. El propio concepto de violencia aparece aquí como una consecuencia directa de la especificidad del interés obrero: de este modo, no puede existir una alianza que no se sostenga sobre la violencia que se ejerce tanto contra los explotadores como contra los propios explotados, dado que los intereses de los explotados en general no coinciden con los intereses específicos de la clase obrera y si se busca su coincidencia, solamente se producirá en el empleo de la violencia obrera con el objeto de organizar el conjunto del movimiento.

Estos conceptos, que nos conducen al corazón de la teoría marxista-leninista de la dictadura proletaria, resultan también sumamente importantes para la teoría de la transición: es más que evidente que una teoría de la transición basada, por ejemplo, en la cuestión de las grandes alianzas, en las reformas estructurales, en los avances reformistas encontrará legitimidad en la teoría de cualquiera pero nunca en la tradición marxista y leninista. Por el contrario, la tradición marxista y leninista reduce cualquier aspecto a los términos esenciales de la exigencia del específico interés obrero y a la certeza de que en el proceso revolucionario sólo la violencia es válida como instrumento de mediación.

A partir de este punto de vista habría que desarrollar otra dimensión del análisis (pero lo haremos en la próxima lección), la dimensión relativa al tipo de determinación concreta que exige la unión del interés específico con el uso de la violencia. Pero sobre este asunto, en el capítulo II, no encontramos prácticamente nada nuevo respecto a lo que ya hemos afirmado. El único aspecto interesante es que Lenin repasa los textos históricos de Marx relativos al periodo inmediatamente posterior al *Manifiesto comunista*, en especial *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, reproduciendo dos fragmentos que se dibujan como fundamentales para la interpretación del proceso general de la revolución proletaria y extraordinariamente importantes respecto a la identificación del sujeto proletario que tiene delante. En concreto, desde mi punto de vista, la página que

[98] *Ibid.*, pp. 30-31.

recoge el inicio del segundo epígrafe del capítulo II es una de las más bellas de Marx. Se trata de la página que comienza de la siguiente manera: «La revolución llega hasta el fondo de las cosas. Todavía se encuentra atravesando el purgatorio. Trabaja con método. Hasta el 2 de diciembre de 1851 (fecha del golpe de Estado de Luis Bonaparte) no completó más que la primera mitad de su preparación; ahora está completando la otra mitad. Hasta la fecha, ha constituido a la perfección el poder parlamentario para poderlo destruir»[99]. Por lo tanto, el propio desarrollo de las instituciones políticas burguesas se presenta como efecto de la lucha obrera. «Ahora, una vez obtenido este resultado, presiona a la perfección al *poder ejecutivo*, lo reduce a su expresión más pura, lo aísla, se alza frente a él, considerándolo como el único obstáculo *para concentrar en su contra todas las fuerzas de destrucción*. Y, una vez que haya concluido la segunda parte de su trabajo preparatorio, Europa se levantará de su poltrona y gritará: ¡bien cavado, viejo topo!»[100] Por otro lado, «todos los cambios producidos no hicieron otra cosa que perfeccionar esta máquina en vez de eliminarla»[101]. Se trata de otro fragmento marxiano fundamental, que significa lo siguiente: es evidente que los cambios institucionales y las reestructuraciones capitalistas son el fruto, la consecuencia de la lucha obrera, pero este perfeccionamiento es siempre obra del propio capital. De ahí la paradoja permanente del desarrollo del capital, que al mismo tiempo que se perfecciona a sí mismo está cada vez más aislado y expuesto al ataque obrero al eliminar todas las mediaciones, todas las formas articuladas de control sobre los movimientos sociales, reduciéndose a mero poder ejecutivo, a mera capacidad de mando y de reproducción de sí mismo. El perfeccionamiento del desarrollo capitalista se convierte en regla de su precariedad: cuanto más se perfecciona el capital, más se acerca el momento revolucionario.

Pero todo esto lo hemos visto en numerosas ocasiones. En esta lección nos interesaba comprobar cómo la concepción leninista de la dictadura del proletariado recupera fielmente el pensamiento de Marx con el objeto de utilizarlo en la crítica contra el reformismo, pero sobre todo con el objeto de identificar las necesidades y exigencias del proceso abierto en la revolución rusa. Y esto es lo que precisamente hemos hecho.

28. TRANSICIÓN, INFRAESTRUCTURA MATERIAL Y EXPANSIBILIDAD DEL GOBIERNO DE LA CLASE OBRERA

En esta lección nos detendremos en el capítulo III de *El Estado y la revolución*, que lleva por título «La experiencia de la Comuna de París de 1871. El análisis de Marx»,

[99] *Ibid.*, p. 32.
[100] *Ibid.*, p. 32.
[101] *Ibid.*

con el objeto de ratificar, dentro de este capítulo, la interpretación que hemos realizado de algunos de los aspectos fundamentales del texto leninista.

En este capítulo se configuran e interpretan tres elementos teóricos. El primero emerge de la relectura de los textos históricos de Marx sobre su concepción del proceso revolucionario, en polémica con la concepción vulgar socialdemócrata. A este respecto, Lenin hace referencia al significado de la proposición que aparece tanto en *La guerra civil en Francia* como en el último prólogo alemán del *Manifiesto comunista* (de 1872), con el objeto de clarificar el significado específico de la corrección realizada por Marx y Engels. El fragmento es el siguiente: «La Comuna ha demostrado, sobre todo, continúan [Marx y Engels], que "la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines"»[102]. Además, en 1871, en una famosísima carta dirigida a Kugelmann, un amigo médico de Hamburgo, Marx escribe: «Si vuelves a leer el último capítulo de mi *18 brumario*, verás que expongo que el próximo paso de la revolución francesa no consistirá en hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como se venía haciendo hasta ahora, sino en *romperla* (subrayado de Marx; en el original, *zerbrechen*), y ésta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente. En esto, precisamente, consiste el intento de nuestros heroicos compañeros parisinos»[103]. Lo que nos interesa ilustrar no es tanto el hecho de que Lenin llegue a demostrar el planteamiento marxiano como el hecho de que Lenin, en su crítica a los revisionistas, realiza una afirmación teórica fundamental, que nos conduce a un debate especialmente vivo en nuestros días dentro del movimiento obrero: lo que sirve para ratificar el carácter actual de *El Estado y la revolución* en el sentido de nuestro discurso. «Bastará entonces señalar que la manera corriente, vulgar, de *interpretar* las famosas palabras de Marx –relativas precisamente al prólogo de 1872 del *Manifiesto comunista*– consiste en suponer que Marx subraya aquí la idea del desarrollo lento, en contraposición a la toma del poder. En realidad, es *precisamente lo contrario*. La idea de Marx consiste en que la clase obrera debe *destruir*, *romper* la "máquina estatal existente" y no limitarse simple y llanamente a apoderarse de ella.»[104] ¿De qué manera interpretaron los reformistas el fragmento que hemos leído al principio de esta lección? Volvamos a leerlo: «La Comuna ha demostrado, sobre todo, que la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines». ¿Cuál es la interpretación revisionista? Si resulta simple y llanamente imposible apoderarse de una máquina estatal, esto implica la necesidad de crear las condiciones generales para poder apoderarse de ella. El proceso se convierte de este modo en un proceso de desarrollo

[102] V. I. Lenin, *Stato e rivoluzione*, cit., p. 44.
[103] *Ibid.*, p. 45.
[104] *Ibid.*

general, articulado: un proceso de *reformas estructurales*. En realidad, señala Lenin, sucede exactamente lo contrario, la idea de Marx consiste en que la clase obrera debe destruir y romper la máquina estatal existente y no limitarse a apoderarse de ella. Por otra parte, la interpretación de Lenin aparece demostrada en todo el texto marxiano, mientras que esta interpretación revisionista es una interpretación que no se tiene en pie, que está basada simplemente en palabras.

Pero a nosotros no nos interesa la simple filología. Lo que realmente nos interesa es comprender el tema que aparece implícito: es decir, desarrollo de las luchas-toma del poder. Es de sobra conocido que en todo planteamiento revisionista se defiende el concepto de desarrollo en contraposición a la idea de poder. Las variables pueden ser múltiples, pero el esquema es siempre el mismo. En el marco de la composición de clase específica del periodo 1870-1917, los revisionistas poseen una concepción de desarrollo político que apenas presenta diferencias con el desarrollo económico: el desarrollo político y el desarrollo económico se confunden casi por completo, convirtiéndose en fundamental la dimensión económica del desarrollo. La perspectiva revisionista, desde su concepción socialdemócrata clásica a la concepción comunista de nuestros días, centrada en la estrategia de las reformas estructurales, mantiene la hegemonía de lo económico: la transformación de las estructuras económicas como condición de la toma del poder, a la larga, acaba por reforzar la perspectiva economicista y oportunista y por imponer, consecuentemente, una actitud de asunción de responsabilidades dentro del Estado burgués, una actitud, en definitiva, de colaboración y participación. Por el contrario, desde un punto de vista metodológico y sustantivo, Lenin exalta la concepción revolucionaria: una concepción que toma cuerpo en el marco de la ruptura, de la destrucción, y pasa a ser cada vez más importante, más fundamental, cuanto más se transforman el desarrollo y la situación de la lucha de clases en el contexto económico. Hay que destacar que Lenin no ignora en absoluto el problema de la relación entre el desarrollo y la capacidad de ruptura: pero la relación se enmarca en un esquema dialéctico y la discontinuidad del proceso no elude, sino que insiste en la complejidad de las relaciones, de las opciones, de las alternativas. Al analizar este aspecto, aquí resumimos un concepto que está presente a lo largo de toda la evolución de la actividad de Lenin. Está presente en el primer Lenin, el de la década de los noventa del siglo XIX; está presente cuando expone la teoría de la insurrección, en torno a 1905; y sobre todo está presente después de 1905, tanto en su obra política como en el periodo en el que trata de dotar al conjunto de sus ideas de una base teórica apropiada, algo que aparece reflejado en los *Cuadernos filosóficos*. La relación entre desarrollo y ruptura, la definición de la *continuidad discontinua* del proceso revolucionario, es uno de los aspectos más importantes del pensamiento de Lenin. Comprender la raíz específica de ésta, que tiene su origen en el análisis dialéctico desarrollado por Marx en el texto sobre la Comuna, y, por otra parte, comprender su importancia respecto a la crítica permanente desplegada

contra el revisionismo sirve para consolidar la convicción de la actualidad esencial y preliminar de este rasgo del pensamiento marxista y del pensamiento leninista.

Un segundo aspecto fundamental, cuyas explicaciones se añaden en nuestra lectura, aparece ilustrado por otros puntos de este capítulo III. Éste se enmarca de nuevo en el contexto de la polémica en la que Lenin participa. Es curioso pero a menudo da la sensación de que el pensamiento de Lenin es fruto de una incitación polémica, la respuesta a un estímulo: ¡pero que extraña respuesta! Se trata de una respuesta que se sale del objeto de la polémica, que se proyecta hacia adelante, rechazando el marco en el que se plantea la provocación y que al dar la respuesta la transforma por completo. De todas formas, el segundo aspecto importante que reclama nuestra atención responde a una incitación provocada por la crítica de Berstein de la concepción leninista del poder y de la organización del poder tras la revolución. Lenin, tomando como punto de partida el discurso de Marx y el ejemplo de la Comuna, sostiene fundamentalmente, tal como hemos visto, que la extinción del Estado surge de la posibilidad que tienen los obreros, organizados como clase dominante, de participar de manera directa en la gestión del poder. Los revisionistas y Berstein en particular se oponen a esta perspectiva, a la que acusan de «democratismo primitivo», una visión que según ellos no tiene en cuenta la complejidad de la sociedad capitalista avanzada. ¡Cuántas veces han repetido esta crítica los revisionistas! Pero, al margen de la definición científica, Lenin tiene la sensación y la idea de que precisamente el desarrollo de la propia base capitalista, de una base material general, permite la gestión directa del poder. El problema sigue estando en el punto de vista. Si se observan las cosas desde un punto de vista obrero, precisamente el hecho de que la fuerza de trabajo pase de la complejidad del desarrollo industrial a ser algo completamente unitario, a ser capacidad abstracta con la posibilidad de intercambiar totalmente su función, esto permite el control general y directo del desarrollo económico y político. «La cultura capitalista ha *creado* la gran industria, las fábricas, los ferrocarriles, el correo, el teléfono, etc., y sobre *esta base* la gran mayoría de las funciones del antiguo "poder estatal" se han simplificado tanto y pueden reducirse a operaciones tan sencillas de registro, contabilidad y control que son totalmente asequibles a todos los que saben leer y escribir, que pueden ejecutarse a cambio del "salario corriente de un obrero", que se las puede (y se las debe) despojar de toda sombra que las dé un carácter privilegiado y "jerárquico". La completa elegibilidad y revocabilidad en *cualquier momento* de todos los funcionarios sin excepción, la reducción de su sueldo a los límites del "salario obrero" corriente; estas medidas democráticas, sencillas y "naturales", al mismo tiempo que unifican por completo los intereses de los obreros y de la mayoría de los campesinos, sirven de puente que conduce del capitalismo al socialismo. Estas medidas atañen a la reorganización del Estado, a la reorganización puramente política de la sociedad, pero es evidente que sólo adquieren su pleno sentido e importancia en conexión con la ejecución o preparación de la "expropiación de los

expropiadores", es decir, con la transformación de la propiedad privada capitalista de los medios de producción en propiedad colectiva.»[105] A nadie se le escapa la prepotencia de esta afirmación de Lenin. El hecho de que no se trate de una utopía, sino de una afirmación que va unida al nivel más elevado de previsión científica sobre el hombre nuevo que nacerá y será construido por el marxismo revolucionario, tiene su origen precisamente en esta conexión permanente con una base material, tiene su origen en la transformación del propio desarrollo capitalista. Hay que admitir que llegados a este punto podrán surgir múltiples problemas: problemas relativos a la forma distorsionada en la que se produce la transformación, etc. Ya hemos criticado este aspecto con anterioridad, reconociendo la existencia de demasiado optimismo en la concepción de leninista este proceso. Y, sin embargo, somos conscientes de que podemos recuperar esta *ilusión leninista* cuando un proceso de desarrollo muy avanzado llegue a configurar una base material apropiada y, consecuentemente, una fuerza de trabajo capaz de producir comunismo gracias al grado de intensidad de su trabajo y del rechazo al trabajo. Lenin vuelve a ratificar esto cuando afirma: «En Marx no hay ni rastro de utopismo, en el sentido de que no inventa ni fantasea sobre la "nueva" sociedad. Por el contrario, Marx estudia como un proceso histórico-natural la *génesis* de la nueva sociedad, que proviene *de la* antigua, estudia las formas de transición de la antigua a la nueva sociedad. Toma la experiencia real del movimiento proletario de masas y se esfuerza por sacar sus enseñanzas prácticas. "Aprende" de la Comuna, de la misma forma que todos los grandes pensadores revolucionarios no temieron aprender de la experiencia de los grandes movimientos de la clase oprimida, a los que nunca les dirigieron "sermones" pedantemente moralistas»[106]. La actitud crítica frente al economicismo se acrecienta posteriormente en Marx y Lenin. De este modo pareciera como si la prefiguración fuera un elemento negativo, y de hecho lo es: la delegación teórica es superada totalmente por la praxis colectiva. La teoría llega a señalar la necesidad del cambio, pero será la praxis quien delimite la forma de éste, los más modernos y avanzados modelos de la organización. Será el movimiento quien «descubra las formas de la organización». «Marx dedujo de toda la historia del socialismo y de las luchas políticas que el Estado deberá desaparecer y que la forma transitoria del Estado hasta su desaparición (la transición del Estado al no Estado) será "el proletariado organizado como clase dominante". Pero Marx no se proponía *descubrir las formas* políticas de este futuro. Se limitó a la investigación precisa de la historia francesa, a su análisis, para llegar a una conclusión tras los sucesos del año 1851: los hechos han sentado las bases de la *destrucción de la máquina* del Estado burgués. Y, cuando estalló el movimiento revolucionario de masas del proletariado, Marx, a pesar del revés sufrido por este movimiento, a pesar de su fugacidad y de su patente

[105] *Ibid.*, p. 52.
[106] *Ibid.*, p. 57.

debilidad, se puso a estudiar qué tipo formas *había revelado*. La Comuna: la forma, "descubierta, al fin", de la revolución proletaria, bajo la cual puede lograrse la emancipación económica del trabajo. La Comuna: primer intento de la revolución proletaria de *destruir* la máquina del Estado burgués, y la forma política, "descubierta, al fin", que puede y debe *sustituir* a lo destruido. Más adelante, en el transcurso de nuestra exposición, veremos que las revoluciones rusas de 1905 y 1917 representan la continuación, en otras circunstancias, bajo condiciones diferentes, de la obra de la Comuna y confirman el genial análisis histórico de Marx.»[107]

De este modo, hay que señalar como elemento fundamental la relación entre la infraestructura económica y el movimiento revolucionario, que es otra forma de denominar, en términos materiales, la citada continuidad discontinua que parecía configurar un proceso puramente lógico. Así pues, «el paso al comunismo» se dibuja como «un salto» desde el trampolín levantado por el propio desarrollo capitalista, y es función de la teoría actuar como mediadora de la realidad que tiene ante sí, utilizando un método «histórico-natural» ajeno a cualquier desviación utópica, aunque se trate de un método que proyecta nuestra inteligencia y actividad práctica sobre situaciones y realidades que cada día parecen derrotados en la práctica. Pero la tendencia, el elemento científico de la mediación entre realidad, objetividad y subjetividad, entre los hechos que tenemos delante y lo que hará la clase obrera, nos muestra científicamente, al margen de las apariencias, este irresistible proceso revolucionario. Totalmente alejado de la opinión de los reformistas, para quienes la idea del salto se identifica con algo imprevisto o absolutamente subjetivo, Lenin entiende la discontinuidad del proceso como un elemento insertado en una realidad específica, en una base material que es necesario saber interpretar y analizar; una base sólida y estable, que se compone de la gran industria, las fábricas, la infraestructura social industrial, es decir –desde el punto de vista opuesto–, el obrero global que nace de este tipo de producción. Hoy día el hombre puede ser utilizado como productor independientemente de la cualidad que tenga, por el simple hecho de aparecer como mercancía laboral, por el simple hecho de haber nacido, crecido y haber sido educado dentro de esta sociedad y, por consiguiente, de haberse convertido por completo en un elemento de intercambio de toda esta función. Pero el hombre que a su vez es obrero, desde el mismo momento en que se inserta en esta realidad, posee la capacidad de dominarla en términos elementales de organización y control; no sólo debido a que su rasgo proletario le permite una relación con la infraestructura material existente, sino sobre todo a que esta proletarización, en el nivel más elevado de la producción capitalista, iguala a todos los hombres. Hablamos de una producción capitalista que en la actualidad ya presenta esta posibilidad, mistificándola en términos de poder de mando, de articulación jerárquica, de reproducción de la estructura exis-

[107] *Ibid.*, p. 65.

tente, al mismo tiempo que esta base (tanto desde un punto de vista objetivo como subjetivo) se desarrolla en términos antagonistas, potencialmente revolucionarios. Éste es otro de los elementos metodológicos de este capítulo III que resulta útil para comprender y completar la exposición del capítulo V.

El tercer aspecto que es definido en este capítulo es aún más importante. Y es importante porque recoge una serie de aspectos claves que afectan tanto a la teoría del cambio revolucionario como a la teoría del partido. Leamos el último fragmento de Marx que Lenin reproduce en este tercer capítulo. «La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que ha encontrado su expresión en ella demuestran que era una forma política fundamentalmente expansiva, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas esencialmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era en esencia el *gobierno de la clase obrera*, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política, descubierta al fin, bajo la cual podía llevarse a cabo la emancipación económica del trabajo.» «Sin esta última condición la constitución de la Comuna habría sido algo imposible y una auténtica impostura.»[108]

«Una forma política fundamentalmente expansiva»: la dictadura proletaria, desde este punto de vista, se convierte en algo que se identifica con la transición del Estado al no Estado. En el discurso de Marx y Lenin, junto a la exposición del proceso específico compuesto por insurrección, dictadura y extinción; o en otras palabras, frente a esta fórmula de tres componentes hallamos la alusión a una fórmula binaria, en la práctica mucho más realista y auténtica y que hoy día nos sirve como base del discurso político. Si consideramos fundamental la cuestión de la extinción del trabajo, la fórmula binaria se presenta como adecuada a ella. De este modo, la Comuna no sólo es una dictadura, sino una forma política absolutamente expansiva, una transición *activa* del Estado al no Estado. La posición política de Lenin aparece aquí en toda su especificidad, con toda su urgencia, en virtud de la interpretación de este aspecto fundamental de la teoría de Marx que entiende el proceso como acto proletario en un entorno avanzado de luchas: dentro de éste, la fórmula binaria de la extinción del Estado es la equivalencia, al mismo tiempo causa y efecto, de la expansibilidad inmediata de la toma de poder por parte del proletariado. La oposición entre esta forma políticamente expansiva y todas las demás formas de gobierno que habían sido unilateralmente represivas puede ser interpretada como una autocrítica preventiva de Lenin a las concepciones estáticas y represivas de la dictadura del proletariado, como dogmática del proceso. Sin lugar a dudas, la dictadura del proletariado es una etapa fundamental, esencial, y nada hay tan dañino como no considerarla esencial y nada tan peligroso como considerarla en términos estáticos, no dialécticos, ajena a la lógica de la continuidad discontinua y, por lo

[108] *Ibid.*, p. 64.

tanto, ajena a la relación entre infraestructura material y desarrollo de la subjetividad (o podría también decirse, al margen de la interpretación maoísta, que entiende el concepto de dictadura del proletariado como revolución permanente). El gobierno de la clase obrera instaura de manera inmediata la posibilidad de dirigir el proceso destructivo hacia una acción específica de extinción del Estado y del trabajo.

Los tres elementos citados, al margen de todas las cosas hermosas que podemos encontrar en el capítulo III de *El Estado y la revolución*, me parecen fundamentales. Los podemos resumir en pocas palabras. El primero se identifica con la crítica leninista de la relación desarrollo-revolución tal y como la entendía la socialdemocracia y los revisionistas. Lenin, inspirándose en el discurso de Marx, sostiene que la relación desarrollo-revolución es una relación discontinua y de ruptura. Para nosotros, esta postura polémica adquiere más importancia si cabe cuanto más maduran las condiciones revolucionarias y el poder de la clase obrera dentro de la sociedad capitalista. El segundo aspecto absolutamente fundamental distingue la existencia de una relación entre la infraestructura material y la posibilidad de un gobierno directo de la clase –en contra de lo que los reformistas sostenían y ponían en práctica–, un gobierno directo de la clase obrera originado tras el desarrollo y maduración de la infraestructura material. El tercer aspecto, consecuencia directa de los dos anteriores, entiende la forma expansiva del gobierno obrero como capacidad para desarrollar inmediatamente el proceso de extinción, de liberación del trabajo, una vez que se haya producido la destrucción del Estado. Estos elementos sirven, por un lado, para reafirmar el carácter esencial del proceso revolucionario dentro y contra el desarrollo y, por otro, para definir este proceso fundamental como un proceso binario, en cuyo interior puede comenzar de forma inmediata el proceso de extinción del trabajo. Actualmente, nuestro análisis no hace otra cosa que verificar esta «ilusión» de Marx y el «optimismo» de Lenin.

29. A MODO DE CONCLUSIÓN PROVISIONAL: LENIN Y NOSOTROS

El capítulo IV continúa con el eje temático del tercero («explicaciones complementarias de Engels») y aborda y analiza de nuevo la cuestión de la destrucción del Estado, centrándose esencialmente en los textos de Engels posteriores a 1871. Desde nuestro punto de vista poco podemos sacar de este capítulo, ya que se compone principalmente de aspectos repetidos y puntualizaciones filológicas de ideas expuestas con anterioridad, mientras que respecto a las líneas fundamentales del discurso no aporta elementos nuevos.

De todas formas, tiene una parte que, desde un punto de vista metodológico y sustantivo, nos interesa, y se halla al principio del cuarto epígrafe, que lleva por título «Crítica del proyecto de programa de Erfurt». En ésta se aborda el problema de la base eco-

nómica del comunismo, y de forma especial el problema de la relación entre las formas del desarrollo capitalista y la planificación. Se trata de uno de los escasos fragmentos donde se aborda esta cuestión, por lo que será interesante detenerse un momento. «Señalaremos de paso –escribe Lenin– que Engels nos da también, sobre los problemas económicos, una recomendación importantísima, que demuestra cuán atentamente y con qué profundidad seguía los cambios que se iban produciendo en el capitalismo avanzado y cómo esto le permitía prever hasta cierto punto las tareas de nuestra época, de la época imperialista. He aquí la recomendación a que nos referimos: a propósito de las palabras "falta de planificación" (*Planlosigkeit*), empleadas en el proyecto del programa para caracterizar al capitalismo, Engels escribe: "si pasamos de las sociedades anónimas a los trusts, que dominan y monopolizan ramas enteras de la industria, vemos que aquí desaparece no sólo la producción privada, sino también la falta de planificación" (*Neue Zeit*, año XX, vol. I [1901-1902], p. 8). En estas palabras se recoge lo más importante de la valoración teórica del capitalismo moderno, es decir, del imperialismo, a saber: que el capitalismo se convierte en un capitalismo monopolista.»

El comentario de este fragmento aclara un aspecto muy importante de la teoría de la transición. Lenin, al comentar el fragmento de la *Crítica del proyecto del programa de Erfurt* en el que Engels critica la postura que ve al capitalismo como un sistema «sin planificación», llega al umbral del concepto de «capital colectivo», de capital planificado. Dado que para el autor del programa de Erfurt el capitalismo no puede ser sometido a planificación, el socialismo aparece esencialmente como planificación y el proceso revolucionario alude al proceso hacia una sociedad planificada. Para éste, el paso a un sistema planificado equivale al paso al socialismo. Tanto Engels como Lenin rechazan, lógicamente, esta definición. En realidad, el proceso de planificación es un proceso que puede perfectamente tener como protagonista al capital. El desarrollo capitalista en su conjunto persigue esta finalidad. Las sociedades anónimas, los *trusts* y los monopolios aparecen como los grandes colectores de capital que progresivamente configuran la figura planificada del capitalista colectivo. La planificación, más allá de constituir la esencia del socialismo, se presenta en este sentido como una figura típica del capital que va unida a su madurez hegemónica. Si todo esto es cierto, transición no implicará ya planificación, sino por el contrario destrucción de la relación del trabajo asalariado. Si todo esto es cierto, en segundo lugar, deberán ser combatidas todas aquellas teorías –que nos han marginado todo este tiempo– que defienden la planificación como terreno privilegiado donde desarrollar la transición. Es necesario desmitificar y atacar a la ideología de la planificación en todas sus dimensiones, una ideología que ha sido defendida hasta nuestros días fervientemente en el movimiento socialista y comunista. Y hay que añadir que, si la planificación se ha convertido en un arma del capital, si el capital la ha asumido y se ha apropiado de ella hasta el punto de transformarla en un elemento de su propia naturaleza, es necesario realizar una proposición de método

relativa a la necesidad de reformular de manera constante el programa comunista de destrucción del Estado, con el objeto de dirigirlo hacia el momento más avanzado del desarrollo capitalista actual.

Pero veamos la otra cara de la moneda: el hecho de que el capital asuma formas de gestión y socialización propias del movimiento socialista, más que demostrar la superación del socialismo, constituye por el contrario un proceso de aproximación, una fase más avanzada en la que acometer y configurar la destrucción del Estado y de la organización capitalista del trabajo. Esta creciente socialización del capital, en vez de presentarse como fin o transformación radical o destrucción del sistema capitalista, muestra por el contrario un lado opuesto o antagonista, es decir, muestra cómo en este modo de producción que se viene configurando toma cuerpo y se configura una clase obrera que cada vez ve más cercano el comunismo, dado que su socialización como clase y su situación en la estructura del poder de mando capitalista (racionalizado, centralizado y simplificado) permiten un avance directo hacia la toma del poder. El progreso de la socialización capitalista no implica una transformación del régimen capitalista en sí, sino simplemente la apertura de nuevas posibilidades para el ataque revolucionario de la clase obrera. «Pero mientras sean ellos los que tracen planes, mientras sean los magnates del capital quienes calculen de antemano el volumen de la producción en el plano nacional o incluso en el plano internacional, aun cuando procedan con arreglo a planes, seguiremos moviéndonos, a pesar de todo, dentro del *régimen capitalista*, aunque en una nueva fase suya, pero que no deja, indudablemente, de ser régimen capitalista. La "proximidad" de este tipo de capitalismo al socialismo debe ser, para los verdaderos representantes del proletariado, un argumento a favor de la cercanía, de la facilidad, de la viabilidad y de la exigencia de la revolución socialista, y no, en modo alguno, un argumento para mantener una actitud de tolerancia ante los que niegan esta revolución y presentan al capitalismo mucho mejor de lo que es, algo que hacen todos los reformistas.» A este respecto, Engels y Lenin atacan y destrozan en todas sus dimensiones la teoría del socialismo de Estado gestada en la Segunda Internacional, que fue un presagio directo de la traición socialdemócrata en la primera guerra imperialista.

Respecto al capítulo VI («El marxismo envilecido por los oportunistas»), que es el capítulo donde se critican duramente las posiciones de Plejánov y Kautsky y en el que se incluye una defensa del llamado radicalismo de izquierdas (en particular de los planteamientos de Pannekoek), tampoco hay mucho más que añadir. La característica principal del capítulo VI es la agudización extraordinaria de la crítica a los oportunistas en virtud de la teoría de la dictadura del proletariado. Una crítica que se utiliza también contra los anarquistas, aunque a pesar de esto el proyecto revolucionario de la izquierda comunista asume como uno de sus elementos fundamentales el contenido de las reivindicaciones anarquistas (a excepción de las que se presentan en términos proudhonianos, es decir, en términos de autonomía, descentralización, de pequeños experimentos artesanales). Si

contra los anarquistas se insiste una y otra vez en la cuestión del «salto», de la «destrucción», de la dictadura proletaria, como objetivo al que se deben dirigir los revolucionarios, los anarquistas son ampliamente utilizados contra los reformistas. Y es que, de hecho, el bolchevismo, es decir, la concepción comunista del partido y el Estado (dos realidades autónomas, la primera desde el punto de vista de la mediación general del proceso revolucionario, la otra desde el punto vista del adversario, al aparecer como objeto esencial contra el que dirigir la fuerza revolucionaria), nada tiene que ver con el reformismo: por el contrario, recupera de los anarquistas, defiende y convierte en creíble, fortaleciéndola, la visión antiestatal, el odio contra toda forma de explotación sobre el hombre.

Llegamos de esta forma al final de esta lectura de *El Estado y la revolución*. El libro es fantástico, y leerlo una y otra vez es lo menos que podemos hacer. Por supuesto, lo apropiado es elegir un aspecto cada vez sobre el que detenerse y proceder a su desmenuzamiento. Esto es lo que nosotros hemos hecho. Hemos tratado esencialmente de abordar la teoría de la transición desde una perspectiva política, de crítica de la economía política, antes que centrarnos en la previsión de las características formales, y a veces ideológicas, del futuro Estado comunista. Esta lectura quizá nos ha reafirmado en la que hemos definido como idea más importante desde el principio de estas lecciones. La idea más importante es que el marxismo de Lenin es el instrumento más perfecto que ha gestado la tradición comunista: el instrumento, el método. Si damos esto por bueno, no hay nada menos leninista que coger *El Estado y la revolución* y ponerlo en un altarcito, como un texto capaz de dar soluciones a los diferentes problemas teóricos y prácticos de la lucha de clases. El método leninista se dibuja como la forma más depurada del método marxista porque se basa en una serie de conceptos extremadamente eficaces y políticamente determinados (como el concepto de formación histórica determinada, que puede ser traducido como el concepto de composición de clase; o el concepto de tendencia, es decir, de anticipación teórico-práctica; la configuración del proceso revolucionario como producto de un sujeto obrero de masas que se coloca en cada momento en el interior de relaciones de fuerza específicas que comparte con otros estratos proletarios y eventualmente con otras clases, resuelve esta relación desde dentro al definir simultáneamente estrategia y táctica). El método leninista es el método de este sujeto y el concepto de partido como mediación entre espontaneidad y subjetividad, entre movimiento de masas y movimiento de ataque, no es otra cosa que la forma específica de este método de masas.

Más allá de los límites de este ensayo leninista, que con tanta dureza hemos señalado, debemos realizar una reflexión: el denominado marxismo de la década de los sesenta, es decir, el marxismo que hemos ayudado a configurar en la práctica y a definir como nueva base teórica revolucionaria y que es identificado como uno de los componentes esenciales del movimiento, puede reclamarse legítimamente continuador del leninismo. Lo cierto es que los reformistas, después de haber convertido a Lenin en un autor vulgar, tratan ahora de recuperar el marxismo de esa década para convertirlo, a través de

libros, antologías y congresos, a través de pequeñas operaciones burocráticas de refuerzo, en algo manso, situado dentro de los ejes del reformismo. Pero, ¡ay de mí, siempre en vano! El marxismo de la década de los sesenta está vacunado contra estos intentos recuperadores. Hay que señalar que en realidad el marxismo de esos años había partido de una posición tremendamente crítica con los postulados de Lenin. Por varias razones, entre ellas, quizá la fundamental, el hecho de que este marxismo era incapaz de leer a Lenin al margen de la ortodoxia asfixiante impuesta por los partidos comunistas. Una ortodoxia asfixiante y mortificante que impedía comprender las características constructivas y expansivas del método leninista. Lenin era conocido por ser el autor de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, mientras que hoy día somos plenamente conscientes de que el «ensayo popular» tiene poco que ver con el contexto imperialista dentro del cual definimos hoy día nuestro pensamiento y nuestra acción. Lenin era definido como el teórico del partido centralizado, de la relación rígida, instrumental y burocrática con el sindicato y las luchas obreras, pero las propias luchas se han encargado de romper esta relación de subordinación. Finalmente, Lenin era definido como teórico de las alianzas sin los principios que determinaba el reformismo. Dadas estas premisas, era prácticamente inevitable que en la primera fase de elaboración del marxismo de la década de los sesenta la crítica se dirigiese contra el propio pensamiento de Lenin. Los poderosos elementos que el nuevo marxismo identificaba y sobre todo el extraordinario descubrimiento de este sujeto revolucionario de características nuevas –un sujeto clase obrera que había transformado por completo sus relaciones de fuerza respecto al resto de la sociedad, en la misma proporción en que se había producido la socialización del capital y el conjunto de la sociedad había sido situada contra la clase obrera– golpeaban integralmente el uso que la socialdemocracia y los seguidores de la Tercera Internacional hicieron de Lenin. De este modo, frente al leninismo se orquestó un ataque dirigido positivamente a destruir la definición fetichista de la fuerza actual del capital como capitalismo monopolista de Estado, una definición que se había elaborado y que había sido impuesta como imagen doctrinal por parte de los reformistas. Se orquestó un ataque contra la teoría del partido como teoría de la exterioridad y de la subordinación del proletariado, se realizó la crítica de la teoría de las alianzas y de toda la podredumbre que la rodeaba. Pero precisamente la experiencia realizada por el marxismo de la década de los sesenta pudo permitir una recuperación del pensamiento de Lenin, una relectura realmente fecunda. Y esto fue posible porque esta recuperación elude por completo todas las críticas realizadas hasta entonces y halla precisamente en el método de Lenin la base, el sostén, el instrumento para llevarlas a cabo. Quizá Lenin, respecto a la teoría de la Segunda Internacional, vivió el mismo proceso que vivió el marxismo durante la década de los sesenta respecto a la teoría de la Tercera Internacional. Éste actuó a partir de razones que provenían no sólo de una inteligencia teórica superior, sino, sobre todo, de un contexto más avanzado y valeroso de la lucha de cla-

ses: y es precisamente en esta solidez de pensamiento teórico y práctico donde el leninismo y nuestro marxismo encuentran un camino extraordinario que recorrer.

Lenin vuelve a ser nuestro maestro, siempre tan útil y vivo. Porque el leninismo, como instrumento, como método, no nace únicamente de su interrelación con la composición de la clase obrera, no nace únicamente de su capacidad para describir y analizar experiencias de clase con el objeto de generalizarlas y convertirlas en un arma, no nace simplemente del paso de las armas de la crítica a la crítica de las armas que se realiza en el marco de una composición de clase determinada; por el contrario, nace sobre todo de su capacidad para medirse a partir de los «saltos» que el proceso revolucionario determina. El pensamiento de Lenin representa una auténtica paradoja, pues al mismo tiempo que posee un desarrollo teórico absolutamente coherente, basado en una serie de conceptos clave, manifiesta una ductilidad extraordinaria, una flexibilidad que posibilita una permanente adaptación a las nuevas situaciones. Cuanto mayor es su ámbito de intervención e influencia revolucionaria, más fuerte es su coherencia interna. Esta característica paradójica se halla también en el pensamiento marxiano, al menos en aquella parte donde Marx afronta el análisis político e histórico, pero todo esto se exalta en el pensamiento de Lenin. El marxismo de la década de los sesenta podrá consolidar su hegemonía en el pensamiento comunista, no sólo en Italia, sino en todos los países capitalistas modernos, desactivando los residuos arcaicos propios de la Tercera Internacional, por un lado, y retomando y desarrollando este leninismo, por otro.

Una última cuestión. La lectura de estas páginas de Lenin nos revela una tarea que hoy resulta fundamental: la necesidad de sistematizar no sólo sus conceptos principales sino, sobre todo, su relación con la práctica, con la práctica colectiva que hoy día y por vez primera podemos considerar en términos de madurez del proyecto comunista. La causa de la profunda transformación que requiere en la actualidad nuestro leninismo no se encuentra en las carencias de Lenin, sino en la madurez revolucionaria y comunista de la clase. El leninismo deberá demostrar en la actualidad su capacidad de adaptarse a las masas, a la clase, de subordinar permanentemente todo planteamiento teórico a la práctica directa de la lucha revolucionaria. No existe posibilidad alguna de desarrollar el pensamiento, de avanzar en la teoría si no se da una relación de estas características de forma continua.

Esta conclusión es en todo caso provisional. Nosotros aceptamos a Lenin, lo releemos, lo usamos, lo criticamos, en él nos reconocemos: pero, al margen de todo esto, Lenin *llevó a cabo* su revolución. Esto es fundamental. Cualquier tipo de conclusión deberá tener esto presente y tendrá un carácter provisional hasta que no se confronte con los clásicos en *nuestra revolución*.

V

Apéndice sobre el «izquierdismo»: una conclusión y un inicio

30. UN EQUILIBRIO DIFÍCIL

El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo[1] es un manual de partido. De un partido vencedor, que trata de convertir el modelo estratégico y táctico que le ha llevado hasta la victoria en modelo de la internacional obrera, y que consecuentemente ha puesto en marcha estructuras organizativas internacionales para la defensa y expansión (y el control sobre ésta) de la revolución soviética. «Para aclararlo, partiré de nuestra propia experiencia conforme al plan general del presente folleto, que tiene por objeto aplicar a la Europa occidental lo que la historia y la táctica actual del bolchevismo contienen de aplicable, importante y obligatorio en todas partes.»[2] Si *El izquierdismo* es un manual de partido, el modelo que trata de «exportar» sigue siendo un modelo de movimiento: el modelo del soviet, de la revolución socialista que tiene su base en la radicalización de la lucha democrática y obrera. «Hoy tenemos ya una experiencia internacional muy considerable, que demuestra con absoluta claridad que algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen una importancia no local, particularmente nacional, sólo rusa, sino internacional. Y no hablo de la importancia internacional en el sentido amplio de la palabra: no son sólo algunos, sino todos los rasgos fundamentales, y muchos secundarios, de nuestra revolución, los que tienen una importancia internacional, desde el punto de vista de la influencia de la misma sobre todos los países. No, hablo en el sentido más estrecho de la palabra, es decir, entendiendo por

[1] Por comodidad usaremos para las citas de *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* la edición que aparece recogida en las *Obras escogidas*, 3 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1961.

[2] V. I. Lenin, *Obras escogidas*, vol. 1, cit., p. 373.

importancia internacional su trascendencia mundial o la inevitabilidad histórica de que se repita a escala internacional lo ocurrido en nuestro país, importancia que debe ser reconocida a algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución. Naturalmente, sería un tremendo error exagerar esta verdad, no limitarse a aplicarla a algunos rasgos fundamentales de nuestra revolución. Sería erróneo, asimismo, perder de vista que después de la victoria de la revolución proletaria, aunque no sea más que en uno de los países avanzados, se producirá seguramente un cambio radical, es decir, Rusia se convertirá poco después de esto no en un país modelo, sino de nuevo en un país atrasado (en el sentido "soviético" y socialista). Pero en el presente momento histórico se trata precisamente de que el ejemplo ruso muestra *a todos* los países algo, y algo muy sustancial, de su futuro próximo e inevitable. Los obreros avanzados de todos los países hace ya tiempo que lo han comprendido y, más que comprenderlo, lo han percibido, lo han sentido con su instinto de clase revolucionaria. De aquí la "importancia" internacional (en el sentido estrecho de la palabra) del poder soviético y de los fundamentos de la teoría y de la táctica bolcheviques.»[3] Por ende, si *El izquierdismo* es un manual que ofrece el modelo de la acción del partido ruso como ejemplo fundamental y estimulante, la validez del modelo deberá confrontarse aún con la capacidad de las masas para llevarlo a cabo. «La experiencia de la dictadura proletaria triunfante en Rusia ha mostrado de un modo palpable al que no sabe pensar, o al que no ha tenido la ocasión de reflexionar sobre este problema, que la centralización incondicional y la disciplina más severa del proletariado constituyen una de las condiciones fundamentales de la victoria sobre la burguesía. De esto se habla a menudo. Pero no se reflexiona suficientemente, ni mucho menos, sobre lo que esto significa y en qué condiciones es posible. ¿No convendría que las salutaciones entusiastas al poder de los soviets y a los bolcheviques se vieran acompañadas *con mayor frecuencia del más serio análisis de las causas que han permitido* a los bolcheviques forjar la disciplina que necesita el proletariado revolucionario? El bolchevismo existe como corriente del pensamiento político y como partido político desde 1903. Sólo la historia del bolchevismo, en *todo* el periodo de su existencia, puede explicar de un modo satisfactorio por qué el bolchevismo pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado. La primera pregunta que surge es la siguiente: ¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado?; ¿cómo se somete a prueba?; ¿cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de ligarse, de acercarse y, hasta cierto punto, si queréis, de fundirse con las más amplias masas trabajadoras, en primer término con las masas proletarias, *pero también* con la masas trabajadoras *no proletarias*. Tercero, por lo acertado de la dirección política que ejerce esta

[3] *Ibid.*, pp. 351-352.

vanguardia, por lo acertado de su estrategia y de su táctica políticas, a condición de que las masas más extensas se convenzan de ello *por experiencia propia*. Sin estas condiciones, es imposible la disciplina en un partido revolucionario verdaderamente apto para ser el partido de la clase avanzada, llamada a derrocar a la burguesía y a transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten, inevitablemente, en una ficción, en una frase, en gestos grotescos. Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Van formándose solamente a través de una labor prolongada, de una dura experiencia; su formación se facilita con una acertada teoría revolucionaria, que, a su vez, no es un dogma, sino que sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario.»[4] Desde este punto de vista, El *izquierdismo* se presenta desde el principio como un texto tremendamente problemático, donde el equilibrio entre el modelo presentado y la acción de las masas destinada a verificarlo, a través de la puesta en marcha de un proceso revolucionario de alcance internacional, se convierte inevitablemente en la cuestión más importante.

Pero esto no es suficiente. No sólo se trata de obtener un equilibrio estático, en virtud de condiciones estructurales previsiblemente duraderas, relativamente estables, como podía ocurrir en cuanto al análisis efectuado en algunos países en un contexto diferente del de 1920. Desde este punto de vista, cada fase del programa bolchevique había proporcionado los parámetros de la composición de clase y el modelo de la iniciativa subjetiva y de partido: al mismo tiempo, cada fase del programa expresaba una cierta estabilidad de previsión y un modelo adecuado para resolver la relación entre la forma organizativa y la iniciativa de las masas. Aquí propone *un equilibrio tremendamente problemático en una situación dramática*, en un momento en el que el triunfo de la revolución bolchevique ha provocado la respuesta de todas las burguesías nacionales, una respuesta que en un periodo de crisis profunda comienza a adaptarse a las necesidades de una reestructuración ofensiva. La dificultad intrínseca de la relación existente entre modelo revolucionario e iniciativa de las masas en sus aspectos tanto generales (relacionados con la propia naturaleza del problema) como particulares (relacionados con las particularidades nacionales) aparece multiplicada por el carácter excepcional del periodo de lucha de clases que se está desplegando en los diversos continentes en el que tal relación se propone, por la dureza con la que se acomete la lucha de clases y por la terrible convicción y arrojo de sus dos contendientes.

Lenin describe con extraordinaria lucidez esta segunda dimensión del problema: el carácter excepcional y la dureza del periodo de la lucha de clases. «La dictadura del proletariado es la guerra más abnegada y más implacable de la nueva clase contra un ene-

[4] *Ibid.*, pp. 353-354.

migo *más poderoso*, contra la burguesía, cuya resistencia *se ve decuplicada* por su derrocamiento (aunque no sea más que en un solo país) y cuya potencia consiste no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de los vínculos internacionales de la burguesía, sino, además, en *la fuerza de la costumbre*, en la fuerza de la *pequeña producción*. Porque, por desgracia, queda todavía en el mundo mucha, muchísima pequeña producción, la pequeña producción *engendra* capitalismo y burguesía constantemente, cada día, cada hora, de un modo espontáneo y en masa. Por todos estos motivos, la dictadura del proletariado es necesaria, y la victoria sobre la burguesía es imposible sin una guerra prolongada, tenaz, desesperada, a muerte; una guerra que exige serenidad, disciplina, firmeza, inflexibilidad y una voluntad única.»[5] Pero, además de subrayar esta dureza excepcional de la lucha de clases, ¿comprendieron Lenin y la dirección de la Internacional Comunista realmente el carácter excepcional de las transformaciones sucedidas en esos años? El modelo revolucionario soviético dependía de la experiencia de las masas, en un periodo de agudización extrema de la lucha de clases, pero ¿se tenía conciencia del *proceso dialéctico que se había puesto en marcha a escala mundial a raíz de la victoria de la revolución bolchevique*, y por ende de la intensidad de la respuesta de las burguesías nacionales y los diferentes estratos capitalistas?

De hecho, a partir de la Revolución de Octubre, durante periodos más o menos largos, la burguesía trata de replegarse en sí misma y responder al desafío bolchevique –multiplicado a escala mundial gracias a la iniciativa obrera–, utilizando para este fin todos los instrumentos disponibles. La dictadura burguesa se reorganiza, alternando formas despóticas (fascistas) con instrumentos reformistas, dotándose de una conciencia que crece día a día y de un implacable odio antibolchevique. Esta reorganización afecta a la dimensión estructural, tanto del aparato del poder de mando social (el Estado) como del mecanismo de la producción social. En definitiva, la iniciativa revolucionaria rusa tiene un equivalente, igual pero contrario, por parte capitalista. Como siempre, la dialéctica de la revolución obrera encuentra un poderoso antagonista en la dialéctica de la reestructuración capitalista. Y es en este nuevo estadio de las relaciones de fuerza donde la iniciativa revolucionaria obrera debe medirse e, inevitablemente, renovarse[6]. *¿El izquierdismo* da respuesta a estos problemas? *¿Es válido el modelo propuesto dadas las nuevas condiciones en las que lucha la clase obrera tras la Revolución de Octubre*, en la reestructuración capitalista? ¿Sigue aún vigente en este contexto –o, por el contrario, se rompe– el equilibrio entre el modelo bolchevique y la iniciativa sovietista y revolucionaria de las masas que con toda su potencia había establecido el pensamiento leninista?

---

[5] *Ibid.*, p. 353.

[6] A este respecto hay que señalar los estudios recogidos en S. Bologna, L. Ferrari Bravo, F. Gambino, M. Gobbini, A. Negri, G. P. Rawick, *Operai e Stato*, cit. y el libro de Karl Heinz Roth, *Die «andere» Arbeiterbewegung*, cit.

Es evidente que si leemos en esta clave *El izquierdismo* con el objetivo de dar respuesta a estos interrogantes, el texto presenta muchas ambigüedades. De hecho, mientras, por un lado, la exposición del modelo soviético presenta una fuerza extraordinaria, encarnando una tensión revolucionaria completamente válida; por otro, no parece del todo apropiado el equilibrio entre la tensión subjetiva del modelo y las nuevas condiciones estructurales de la lucha de clases a escala mundial. *El izquierdismo* representa *el comienzo* de un análisis y de una valoración de la relación de partido (es decir, de la relación entre la iniciativa subjetiva y la composición política de la clase) a escala internacional, un comienzo ilusionante, pero desequilibrado extremadamente todavía sobre la experiencia soviética. Se trata del comienzo de una nueva problemática que nace –y concluye– con la exposición del viejo modelo y que se presenta como *conclusión* de la experiencia rusa.

Pero veamos el asunto con más detalle. ¿Cuál es el baricentro, la enseñanza fundamental del opúsculo? Es el ejemplo del partido bolchevique ruso. «El bolchevismo, surgido sobre esta base teórica de granito, tuvo una historia práctica de quince años (1903-1917), sin parangón en el mundo por su riqueza de experiencias. Pues ningún país, en el transcurso de estos quince años, conoció ni siquiera aproximadamente una experiencia revolucionaria tan rica, una rapidez y una variedad tales de la sucesión de las distintas formas del movimiento, legal e ilegal, pacífico y tormentoso, clandestino y abierto, de propaganda en los círculos y entre las masas, parlamentario y terrorista. En ningún país estuvo concentrada en tan breve periodo de tiempo semejante variedad de formas, de matices, de métodos de lucha *de todas* las clases de la sociedad contemporánea; lucha que, además, como consecuencia del atraso del país y del peso del yugo zarista, maduraba con particular rapidez y asimilaba con particular ansiedad y eficacia la "última palabra" de la experiencia política americana y europea.»[7] Aquí se asume, por lo tanto, el conjunto de la estrategia bolchevique. Pero las directrices tácticas y estratégicas no nacen de la nada, sino del análisis de la composición política de clase, del trabajo político a partir de las características generales de un proletariado específico. En este caso particular, el proletariado ruso. Aquí se utilizaron todas las formas posibles de lucha y se probaron todo tipo de medios revolucionarios. El partido, a su vez, seleccionó los medios más adecuados y las masas los verificaron. El bolchevismo no se identifica únicamente con la disponibilidad a usar todas las formas de lucha posibles sino con la capacidad de adaptar estas armas al objetivo, en virtud del programa y la experiencia de las masas. Ésta es precisamente la cuestión decisiva: la capacidad de adecuar los instrumentos a los objetivos, en virtud de la composición política de la clase obrera y proletaria. La cuestión decisiva se halla en la relación partido-composición de clase y se identifica con la experiencia revolucionaria de las masas. El partido bolchevique, hasta conseguir la victoria, siempre logró un equilibrio entre estos elementos.

[7] V. I. Lenin, *Obras escogidas*, vol. I, cit., p. 355.

De acuerdo, pero ¿en virtud de qué fundamentos puede extenderse este análisis del comportamiento y la línea del partido bolchevique?; ¿por qué razón se convierte en modelo?

Conforme a lo que hemos indicado hasta este momento al intentar reconstruir la evolución y las modalidades fundamentales del pensamiento de Lenin, el único fundamento a partir del cual es posible configurar un ejemplo del modelo del esquema bolchevique es la analogía de las situaciones políticas, de la composición de clase. Lenin tiene toda la razón en esto. Más adelante demostraremos que apenas hay argumentos para acusar a Lenin de esquematismo, dado que Lenin siempre tiene en cuenta la particularidad de las situaciones. Así, el modelo que propone no tiene nada de esquemático. Se trata de un hecho político, esencial y fundamentalmente político. La tensión de la revolución bolchevique puede ser analizada a través de la analogía fundamental de las diferentes composiciones de clase, por una razón muy simple: porque la fuerza subjetiva de la revolución rusa hunde sus raíces en el movimiento de las masas, está unida a un modelo determinado y sostenida por el ejemplo de la dictadura del proletariado. Aquí está la clave. Ofrecer el modelo en 1920 implica descubrir una dimensión fundamental de la composición de la clase obrera a escala mundial. Aquí se encuentra la razón de la grandeza de Lenin y la fascinación por *El izquierdismo*.

Pero *El izquierdismo* no es sólo esto. Este nuevo equilibrio entre la propuesta organizativa a escala internacional y los elementos subjetivos de la composición política del proletariado en el plano internacional se dibuja como algo extremadamente frágil. Lo hemos señalado anteriormente: el equilibrio aparece limitado por la capacidad capitalista de respuesta, es reducido al breve plazo por la creciente tensión revolucionaria. Paradójicamente, el modelo soviético no se presenta como una figura de estabilización del movimiento, sino por el contrario como un elemento de crecimiento, como consolidación de la *ofensiva*. En este caso, la síntesis que expresa Lenin es una síntesis totalmente ofensiva, unida a los tiempos –breves– del ataque, superada por la necesidad urgente de la defensa del régimen de los soviets. Precisamente por este hecho, la síntesis es frágil. Llegados a este punto, la expansión del movimiento comunista exige otros instrumentos: exige esencialmente capacidad de previsión de los comportamientos tanto capitalistas como obreros, de la nueva configuración de las relaciones de fuerza entre las clases. *El izquierdismo* fracasa en este punto. No sólo fracasa, sino que parece proponer –como veremos– una solución falsa e ideológica ante las dificultades que se presentan.

Por ahora nos conformaremos con decir esto. En otras ocasiones hemos visto cómo Lenin fija su atención en los aspectos del poder *tout court*, en su poderosa abstracción, con el objeto de convertirla en objeto exclusivo de odio y de ataque. Pero estas consideraciones sobre la «autonomía de lo político» jamás habían sido exclusivas en él. Siempre fueron determinadas por la figura particular de la autocracia rusa. Sin embargo, en

el difícil contexto de 1920 el análisis parece escorarse sin remedio hacia este lado. Como veremos, el ataque contra el extremismo surge fundamentalmente a partir de la defensa de la «autonomía de lo político», al aludir a la reivindicación de la posición formal del partido respecto a las estructuras del Estado. Como veremos, Lenin sobredimensiona –en el contexto particular en el que se encuentra y teniendo en cuenta la prioridad de la defensa de la revolución rusa–[8] aspectos particulares y unilaterales de un discurso global.

¿Y qué más da? ¡Podrán modificarse después! La singularidad sectaria de los comportamientos estructura la estrategia general de los bolcheviques. Pero era necesario disponer de la fuerza para llevarlo a cabo, era necesario que la secuencia de los elementos tácticos siguiese la continuidad del diseño estratégico. Y esto es lo que no sucede. Desde este punto de vista, *El izquierdismo* configura un «leninismo» ciertamente singular, que será característico de una etapa histórica del comunismo internacional. Progresivamente, la llamada «autonomía de lo político» se va convirtiendo en un elemento ideológico. Hunde sus raíces en una perspectiva «política» de la Internacional que concede una prioridad absoluta a los intereses de potencia. ¡Y menos mal que al menos es así! (Pero éste ya es otro discurso.) Lo terrible, la verdadera y profunda traición del leninismo, la destrucción de la continuidad leninista del pensamiento marxiano se produce cuando la ideología sobre el poder es disociada del análisis de la composición política de clase y disuelta en la mistificación de un poder capitalista capaz de desarrollar una variedad indeterminada de respuestas antiobreras. El nexo existente entre acción de la clase y reestructuración capitalista es destruido. La organización se convierte en un fetiche. Disminuye la previsión de los comportamientos del capital en el análisis sociológico y se produce una recuperación del economicismo. El movimiento comunista internacional asume la concepción del Estado naturalista y utópica de los anarquistas –ya sea en su versión conservadora (la más usual) o en su versión izquierdista–. Las necesidades del año 1920 acaban por bloquear la comprensión del desarrollo capitalista y de la transformación de la composición de clase durante las décadas de los veinte y los treinta. *El izquierdismo* se convierte –en manos de los diferentes Dimitrov y Togliatti– en un arma reaccionaria.

En las próximas lecciones abordaremos, por un lado, los límites y mistificaciones que se derivan de *El izquierdismo* y, por otro, la extraordinaria lucidez leninista a la hora de considerar, en 1920, un elemento táctico –la defensa disciplinada de la dictadura del proletariado– como el instrumento fundamental del arsenal proletario, a escala mundial, para la revolución, para el comunismo. Aun así, no podemos olvidar que *El izquierdismo* dispone de un margen de equilibrio interno mínimo: la dificultad estructural de la síntesis leninista se enfrenta a la iniciativa de reestructuración del capital, resistiendo a duras penas el impacto. O, mejor dicho, lo aguanta en la medida en que Lenin

[8] Sobre esta cuestión son fundamentales las tesis de Carr, que recogemos en nuestro texto.

transforma una situación de necesidad en un momento de ataque y no lo soporta en la medida en que la estrategia de la Internacional verde de los revisionistas provoca la mistificación e idealización de algunos elementos tácticos imprescindibles.

31. UNA DEFINICIÓN DEL IZQUIERDISMO Y ALGÚN EJEMPLO (¿ADECUADO?)

Desde el comienzo, el opúsculo de Lenin presenta una definición intachable de extremismo: una definición que, todavía válida en nuestros días (si se sustituyen algunos rasgos por otros equivalentes), hunde sus raíces en la experiencia de lucha del partido ruso, que a su vez depende de sus orígenes materiales y de sus implicaciones teórico-prácticas. Veamos la siguiente definición: «En el extranjero se sabe todavía de un modo muy insuficiente que el bolchevismo ha crecido, se ha ido formando y se ha templado en largos años de lucha contra el *revolucionarismo pequeñoburgués*, que se asemeja al anarquismo o que ha tomado algo de él y que se aparta en todo lo esencial de las condiciones y exigencias de una consecuente lucha de clase del proletariado. Para los marxistas está plenamente establecido desde el punto de vista teórico –y la experiencia de todas las revoluciones y los movimientos revolucionarios de Europa lo confirman por entero– que el pequeño propietario, el pequeño patrón (tipo social que en muchos países europeos está muy difundido y tiene carácter de masas), que sufre bajo el capitalismo una presión continua y muy a menudo un empeoramiento increíblemente brusco y rápido de sus condiciones de existencia y la ruina, cae con facilidad en el ultrarrevolucionarismo, pero es incapaz de manifestar serenidad, espíritu de organización, disciplina y firmeza. El pequeño burgués "enfurecido" por los horrores del capitalismo es, como el anarquismo, un fenómeno social propio de todos los países capitalistas. Son de dominio público la inconstancia de estas veleidades revolucionarias, su esterilidad y la facilidad con que se transforman rápidamente en sumisión, en apatía, en fantasías, incluso hasta en un entusiasmo "furioso" por tal o cual corriente burguesa "de moda". Pero el reconocimiento teórico, abstracto, de semejantes verdades no es suficiente, en modo alguno, para poner a un partido revolucionario al abrigo de los viejos errores, que se producen siempre por motivos inesperados, con una ligera variación de forma, con una apariencia o un contorno no vistos, en una situación original (más o menos original). El anarquismo ha sido a menudo una especie de expiación de los pecados oportunistas del movimiento obrero. Estas dos anomalías se completaban mutuamente. Y, si el anarquismo ejerció en Rusia una influencia relativamente insignificante en las dos revoluciones (1905 y 1917) y durante su preparación, a pesar de que la población pequeñoburguesa era aquí más numerosa que en los países europeos, ello se debe en parte, sin duda alguna, al bolchevismo, que siempre luchó del modo más despiadado e irreconciliable contra el oportunismo. Digo "en parte", porque lo que más contribuyó a debilitar el anarquismo en Rusia fue la posibilidad que tuvo en el pasado (en la década de los setenta-ochen-

ta del siglo XIX) de adquirir un desarrollo extraordinario y de revelar hasta el fondo su carácter falso y su incapacidad para servir como teoría dirigente de la clase revolucionaria. Al surgir en 1903, el bolchevismo heredó la tradición de lucha implacable contra el revolucionarismo pequeñoburgués, semianarquista (o capaz de coquetear con el anarquismo), tradición que había existido siempre en la socialdemocracia revolucionaria y que se consolidó particularmente en nuestro país en 1900-1903, cuando se sentaron las bases del partido de masas del proletariado revolucionario de Rusia. El bolchevismo hizo suya y continuó la lucha contra el partido que más fielmente expresaba las tendencias del revolucionarismo pequeñoburgués (es decir, el partido de los "socialistas revolucionarios") en tres puntos principales. En primer lugar, este partido, que rechazaba el marxismo, no quería comprender obstinadamente (tal vez fuera más justo decir no podía comprender) la necesidad de tener en cuenta, con estricta objetividad, las fuerzas de clase y sus relaciones mutuas antes de emprender cualquier acción política. En segundo lugar, este partido veía un signo particular de su "revolucionarismo" o de su "izquierdismo" en el reconocimiento del terror individual, de los atentados, que nosotros, los marxistas, rechazábamos categóricamente. Claro es que nosotros rechazábamos el terror individual sólo por motivos de conveniencia; pero las gentes capaces de condenar "por principio" el terror de la gran Revolución Francesa o, en general, el terror de un partido revolucionario victorioso, asediado por la burguesía de todo el mundo, esas gentes fueron ridiculizadas y puestas en la picota por Plejánov en 1900-1903, cuando éste era marxista y revolucionario. En tercer lugar, ser "izquierdista" consistía para los "socialistas revolucionarios" en reírse de los pecados oportunistas, relativamente leves, de la socialdemocracia alemana, al mismo tiempo que imitaban a los ultraoportunistas de ese mismo partido en cuestiones como la agraria o la dictadura del proletariado»[9].

Ausencia de método de análisis revolucionario de la composición política de la clase; tendencia al izquierdismo y al terrorismo fanáticos e individualistas; oportunismo y ausencia de un punto de vista de partido para las cuestiones fundamentales: éstos son los rasgos que Lenin distingue en la naturaleza del izquierdismo y que en la actualidad siguen vigentes. Sus orígenes son pequeñoburgueses; sus motivaciones, desesperadas; la desconexión con la dialéctica de la praxis colectiva, total. El carácter miserable del extremismo no podía ser definido de una manera mejor que a través de la definición explícita de la situación material de desarraigo y precariedad que vivía la pequeña burguesía (los «pequeños-patrones» en cualquiera de sus formas): la diferencia con el proceder político de la clase obrera no puede expresarse de manera más certera y eficaz. Nuestra propia experiencia, la de estos últimos años y la de años anteriores[10], nos ha

[9] V. I. Lenin, *Obras escogidas*, vol.1, cit., pp. 360-361.

[10] Para profundizar en las características del *extremismo* a través de una serie de reflexiones basadas y desarrolladas en un largo proceso de luchas, cfr. A. BORDIGA, *«L'Estremismo malattia infantile del comunismo». Condanna dei futuri rinnegati*, Milán, Edizioni Il Programma Comunista, 1973.

servido para comprobar la validez de esta definición de Lenin. No tenerla en cuenta, no analizar –siempre que así lo exija el contexto político– desde una perspectiva de clase sus causas, no desarrollar el más riguroso y permanente procedimiento de crítica y autocrítica, con el objeto de protegerse del extremismo: éste es el peligro mayor en el que pueden caer los comunistas.

Lenin continúa y desarrolla su argumentación a lo largo de todo el opúsculo, pasando de la definición del extremismo y del relato de la lucha contra el extremismo socialdemócrata (fuera del partido) hasta llegar a la reconstrucción de dos experiencias de lucha contra desviaciones izquierdistas en el interior del partido. Estos dos hechos son, por un lado, el debate de 1908 en torno a la cuestión de la participación en el parlamento ultrarreaccionario y en las asociaciones legales que estaban subordinadas a leyes ultrarreaccionarias y, por otro, la discusión de 1918 (Paz de Brest) sobre la asunción de determinados compromisos. En ambos casos, el análisis leninista desarrolla los criterios de la definición del «extremismo» antes mencionados. En ambos casos, la desviación consiste en no conectar la capacidad de decisión, la línea política, con un análisis específico de la composición de clase y, consecuentemente, en haber dado pie –los compañeros que cayeron en la desviación– a actitudes y perspectivas aventureras y oportunistas.

Así pues, en el primer caso se aborda la cuestión del boicot. En 1905 los bolcheviques boicotearon la participación en el parlamento. «Entonces el boicot fue justo, no porque esté bien abstenerse en general en participar en los parlamentos reaccionarios, sino porque fue tenida en cuenta con acierto la situación objetiva, que conducía a la rápida transformación de las huelgas de masas en huelga política y, sucesivamente, en huelga revolucionaria y en insurrección. Además, el motivo de la lucha era, a la sazón, saber si había que dejar en manos del zar la convocatoria de la primera institución representativa o si debía intentarse arrancársela de las manos a las viejas autoridades. Por cuanto no había ni podía haber la certeza plena de que la situación objetiva era análoga y de que su desarrollo había de realizarse en el mismo sentido y con igual rapidez, el boicot dejaba de ser justo. El boicot de los bolcheviques contra el "parlamento" en 1905 enriqueció al proletariado revolucionario con una experiencia política extraordinariamente preciosa, mostrando que en la combinación de las formas legales e ilegales, parlamentarias y extraparlamentarias de lucha es, a veces, conveniente y hasta obligado saber renunciar a las formas parlamentarias. Pero transportar ciegamente, por simple imitación, sin un espíritu crítico esta experiencia a *otras* condiciones, a *otra* situación, es el mayor de los errores. Lo que constituyó ya un error, aunque no grande y fácilmente corregible, fue el boicot de los bolcheviques a la Duma en 1906. Fueron errores mucho más serios y difícilmente reparables los boicots de 1907, 1908 y años sucesivos, pues, por una parte, no había que esperar que volviera a levantarse con mucha rapidez la ola revolucionaria y se transformara en insurrección y, por otra, el conjunto de la situación histórica creada por la renovación de la monarquía burguesa

dictaba la necesidad de combinar el trabajo legal con el ilegal. Hoy, cuando se considera de manera retrospectiva este periodo histórico terminado por completo, cuyo enlace con los periodos posteriores se ha manifestado ya plenamente, se comprende con singular claridad que los bolcheviques *no habrían podido* conservar (y no digo ya afianzar, desarrollar y fortalecer) el núcleo sólido del partido revolucionario del proletariado durante los años 1908-1914, si no hubiesen defendido en la más dura contienda la combinación *obligatoria* de las formas legales de lucha con las formas ilegales, la participación *obligatoria* en un parlamento ultrarreaccionario y en una serie de otras instituciones regidas por leyes reaccionarias (mutualidades, etc.).»[11] Es evidente que la clave de la argumentación se encuentra en la relación entre la composición de clase y el objetivo revolucionario, en el mantenimiento de los instrumentos fundamentales de la acción revolucionaria.

Esto resulta también útil para el análisis del segundo caso citado, el debate en torno a Brest que tiene lugar en 1918[12]. En él, Lenin ahonda –por así decir– en las características de la definición del extremismo, ratificando en términos generales las líneas maestras de su metodología y crítica política. El acertado análisis sobre las características y las relaciones de fuerza en el marco de la composición política del proletariado ruso permite tomar una serie de decisiones adecuadas, y delimita correctamente no sólo el rigor de las desviaciones, sino también algunas líneas de actuación fundamentales en las que éstas pueden reproducirse.

«Pero sería sencillamente un charlatán quien pretendiera inventar para los obreros una receta que diese por adelantado soluciones adecuadas para todas las circunstancias de la vida o prometiera que en la política del proletariado revolucionario no han de surgir nunca dificultades ni situaciones embrolladas.»[13] Teniendo en cuenta esta afirmación y tras haber visto la definición leninista del concepto de extremismo en virtud de la política del partido ruso, ya va siendo hora de llegar al centro del problema que plantea el opúsculo: la crítica contra el extremismo de los compañeros de Europa occidental y la búsqueda del equilibrio entre el modelo bolchevique y un programa revolucionario apropiado para la composición política de la clase en Europa occidental. Teniendo en cuenta esta afirmación (y el conjunto del método de Lenin) el análisis y la crítica deberán ser internos, proporcionados y adecuados al objeto, que no es otro que el movimiento revolucionario en Europa. La definición de extremismo, construida sobre el modelo y la historia vivida por el partido bolchevique, debe ser ejemplificada en el marco de los acontecimientos que vive en la actualidad el internacionalismo comunista. «Ejemplificar» significa configurar una línea de partido, rigurosa y ajena a esquema-

[11] V.I. Lenin, *Obras escogidas*, vol. I, cit., pp. 363-364.

[12] *Ibid.*

[13] *Ibid.*, p. 365.

tismos. ¿La ejemplificación leniniana consigue su objetivo?: ésta es la pregunta que debemos hacernos.

El primer objetivo de la crítica de Lenin es denunciar la línea de los comunistas de izquierda en Alemania[14]. Para Lenin no resulta nada difícil acometer de manera crítica este asunto: esta línea destila demasiada charlatanería, demasiado doctrinarismo, demasiadas alternativas rígidas e intelectualoides, demasiado utopismo. Lenin desvela sin mucha demora cuál es su bestia negra, el núcleo de la polémica: la absurda y ridícula conversión –obra de los comunistas de izquierda– de la sensata crítica a los jefes corruptos de la socialdemocracia (los representantes de la aristocracia obrera) en estrategia general de contraposición de la dictadura de las masas a la dictadura de los jefes. Las consecuencias de esta transformación son gravísimas, ya que al mismo tiempo que se infravalora la fuerza del adversario, lo que conduce al abandono del único instrumento de lucha válido, el partido centralizado de tipo bolchevique, se sobrevalora la fuerza de las masas, la espontaneidad y la cercanía de la llegada del comunismo. «Negar la necesidad del partidismo y de la disciplina del partido: he ahí el *resultado* a que ha llegado la oposición. Y esto equivale a desarmar completamente al proletariado en *provecho de la burguesía*. Equivale precisamente a la dispersión, la inestabilidad, la incapacidad para dominarse, para unirse, para actuar de manera organizada, defectos típicamente pequeñoburgueses, que, de ser indulgente con ellos, causan de modo inevitable la ruina de todo movimiento revolucionario del proletariado. Negar la necesidad del partidismo desde el punto de vista comunista es dar un salto desde la víspera de la bancarrota del capitalismo (en Alemania), no hasta la fase inferior o media del comunismo, sino hasta su fase superior. En Rusia (después de más de dos años de haber derribado a la burguesía) estamos dando todavía los primeros pasos en la transición del capitalismo al socialismo o fase inferior del comunismo. Las clases siguen existiendo y existirán *durante* años en todas partes *después* de la conquista del poder por el proletariado. Es posible que en Inglaterra, donde no hay campesinos (¡pero existen, sin embargo, pequeños patronos!), este plazo sea más corto. Suprimir las clases no significa expulsar a los terratenientes y a los capitalistas –esto lo hemos hecho nosotros con relativa facilidad–, sino también suprimir los pequeños productores de mercancías; pero a éstos *no se les puede expulsar*, no se les puede aplastar; con ellos *hay que convivir*, y sólo se puede (y se les debe) transformar, reeducarlos mediante una labor de organización muy larga, lenta y cautelosa. Estos pequeños productores cercan al proletariado por todas partes de elemento pequeñoburgués, lo impregnan de este elemento, lo corrompen con él, provocan constantemente en el seno del proletariado recaídas de pusilanimidad pequeñoburguesa, de atomización, de individualismo, de oscilaciones entre la exaltación y el abatimiento. Para hacer frente a eso, para permitir que el proletariado ejerza

[14] *Ibid.*

acertada, eficaz y victoriosamente su función *organizadora* (que es su función *principal*), son necesarias una centralización y una disciplina severísimas en el partido político del proletariado. La dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un partido que sepa pulsar el estado de ánimo de las masas e influir sobre él es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha. Es mil veces más fácil vencer a la gran burguesía centralizada que "vencer" a millones y millones de pequeños patronos, los cuales, con su actividad corruptora invisible, inaprensible, cotidiana, producen *los mismos* resultados que necesita la burguesía, que determinan la *restauración* de ésta. Quien debilita, por poco que sea, la disciplina férrea del partido del proletariado (sobre todo en la época de su dictadura) ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado.»[15]

La página de Lenin es extraordinaria. En ella, la convicción adquirida de que el proceso de extinción del Estado se identifica con el proceso de destrucción de los mecanismos de producción y reproducción del poder del capital alcanza un nivel que no consigue ni siquiera *El Estado y la revolución*. Pero ¿se puede aplicar y adaptar correctamente el modelo ruso al contexto alemán?

La polémica contra los comunistas de izquierda alemanes, y no sólo alemanes, se desarrolla tocando ahora otro argumento: «¿Deben actuar los revolucionarios dentro de los sindicatos reaccionarios?»[16]. Lenin jamás mistifica el discurso sobre el sindicato. Estamos ante un argumento que ya conocemos y hemos resaltado a menudo en estas lecciones: el «cierto carácter reaccionario» del sindicato; o lo que es peor, no podemos negar el hecho de que mencheviques y socialchovinistas, representantes de una «aristocracia obrera corporativista, mezquina, egoísta, sorda, interesada, pequeñoburguesa, de mentalidad imperialista, subordinada y corrompida por el imperialismo», hayan recaído principalmente en los sindicatos, auténticos y verdaderos «labor lieutenants of the capitalist class» (en palabras de Daniel de León). Dicho esto, ¿por qué extraer como conclusión de esta afirmación una práctica de renuncia? ¿Por qué rechazar la enseñanza bolchevique de «actuar allí donde se encuentran las masas?»[17]. Y, aún peor, ¿por qué imputar discursos carentes de sentido –como la propuesta de desarrollar instrumentos radicalmente nuevos, radicalmente democráticos, etc.– a la realidad de masas del sindicato? En este caso, al igual que ocurría con la «crítica contra los jefes», ciertos errores tácticos se unen a una serie de errores estratégicos y teóricos, de la infravaloración

[15] *Ibid.*, pp. 370-371.
[16] *Ibid.*
[17] *Ibid.*

del adversario a la sobrevaloración de las propias fuerzas. «Tampoco pueden dejar de parecernos un absurdo ridículo y pueril las muy sabias, pomposas y terriblemente revolucionarias disquisiciones de los izquierdistas alemanes acerca de que los comunistas no pueden ni deben actuar en los sindicatos reaccionarios, de que es permisible renunciar a semejante actividad, de que hay que salir de los sindicatos y organizar forzosamente una "unión obrera", nuevecita del todo y completamente pura, inventada por comunistas muy simpáticos (y en la mayoría de los casos, probablemente, muy jóvenes), etc. El capitalismo lega inevitablemente al socialismo, de una parte, las viejas diferencias profesionales y corporativas entre los obreros, formadas en el transcurso de los siglos, y, de otra, los sindicatos, que sólo muy lentamente, a lo largo de los años, pueden transformarse y se transformarán con el tiempo en sindicatos de industria más amplios, menos corporativos (que engloban a industrias enteras y no sólo a corporaciones, oficios y profesiones). Después, a través de estos sindicatos de industria, se pasará a suprimir la división del trabajo entre los seres humanos, a educar, instruir y formar seres humanos *universalmente desarrollados* y *universalmente* preparados, seres humanos que lo *sabrán hacer todo*. Hacia eso marcha, debe marchar y *llegará* el comunismo, pero únicamente dentro de muchos años. Intentar hoy anticiparse en la práctica ese resultado futuro de un comunismo llegado al término de su completo desarrollo, solidez y formación, de su íntegra realización y de su madurez es lo mismo que querer enseñar matemáticas superiores a un niño de cuatro años. Podemos (y debemos) emprender la construcción del socialismo no con un material humano fantástico ni especialmente creado por nosotros, sino con el que nos ha dejado como herencia el capitalismo. Ni que decir tiene que esto es muy "difícil", pero cualquier otro modo de abordar el problema es tan poco serio que no merece la pena hablar de ello.»[18]

Una vez más, las palabras de Lenin muestran prepotentes su realismo y fuerza argumental. Hay que resaltar que el discurso de Lenin, frente al estímulo que constituyen las rudas posiciones de los comunistas de izquierda de Europa occidental, persigue su propio desarrollo material. Lenin trata en todo momento de tener en cuenta la nueva condición de la transición a la hora de afrontar tanto los argumentos rusos como los europeos, siendo plenamente consciente del carácter de las relaciones de fuerza generales existentes en cada uno de los dos terrenos. Veamos otros dos fragmentos: «Después de la primera revolución socialista del proletariado, después del derrocamiento de la burguesía en un país, el proletariado del mismo país sigue siendo *durante mucho tiempo más débil* que la burguesía, debido simplemente a las inmensas relaciones internacionales de ésta y en virtud de la restauración, del renacimiento espontáneo y continuo del capitalismo y de la burguesía por los pequeños productores de mercancías del país donde esta última ha sido derrocada. Sólo se puede vencer a un enemigo más podero-

[18] *Ibid.*, pp. 375-376.

so poniendo en tensión todas las fuerzas y aprovechando *obligatoriamente* con el mayor celo, minuciosidad, prudencia y habilidad la menor "grieta" entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países, entre los diferentes grupos o diferentes categorías burguesas en el interior de cada país; hay que aprovechar asimismo las menores posibilidades de lograr un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional. Quien no comprende esto, no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico, contemporáneo, *en general*. Quien no ha demostrado *en la práctica*, durante un intervalo de tiempo bastante considerable y en situaciones políticas bastante variadas, su habilidad para aplicar esta verdad en la vida, no ha aprendido todavía a ayudar a la clase revolucionaria en su lucha por liberar de los explotadores a toda la humanidad trabajadora. Y lo dicho se aplica tanto al periodo *anterior* a la conquista del poder político por el proletariado como al *posterior*»[19]. De este modo, por lo tanto, «hasta que la burguesía no sea derrocada –y, después de su derrocamiento, hasta que no desaparezcan por completo la pequeña empresa y la pequeña producción mercantil–, el ambiente burgués, los hábitos de propiedad privada y las tradiciones pequeñoburguesas estropearán la labor proletaria tanto dentro como fuera del movimiento obrero, no sólo en la esfera de la actividad parlamentaria, sino inevitablemente en todas y cada una de las esferas de la actividad social, en todos los terrenos culturales y políticos sin excepción. Y constituye un profundísimo error, que habrá que pagar después de manera inexcusable, el intento de desentenderse, de apartase de *una* de las tareas "desagradables" o de las dificultades en un área de trabajo. Hay que aprender, y aprender hasta el fin, a dominar todas las áreas de trabajo y de actividad, sin ninguna excepción, a vencer por doquier todas las dificultades y todas las costumbres, tradiciones y hábitos burgueses. Cualquier otro planteamiento de la cuestión carece simplemente de seriedad, es pueril»[20]. Rechazar estas recomendaciones, negarse a utilizar todos los medios posibles y a actuar en todos los campos existentes, no afrontar la larga lucha en el *interior* de las filas del proletariado con el objeto de transformar las relaciones de fuerza existentes todo esto implica «que con este método tan "sencillo", "fácil" y seudorrevolucionario quieren "*resolver*" la difícil tarea de luchar contra las influencias democrático-burguesas *en el seno* del movimiento obrero y, en realidad, lo único que hacen es huir de su propia sombra, cerrar los ojos ante las dificultades y desembarazarse de ellas sólo con palabras»[21].

Pero ¿resulta útil y apropiada, en virtud de las necesidades de los compañeros alemanes y europeos, esta nueva ejemplificación de la propuesta bolchevique para Europa, que implícitamente ahonda en las mismas referencias temáticas que la teoría

[19] *Ibid.*, pp. 393-394.
[20] *Ibid.*, p. 433.
[21] *Ibid.*, p. 431.

bolchevique y expresa con dramatismo el problema común de la transición en Rusia y en Europa?

Llegados a este punto, el problema se complica, pero no podemos dejar de buscar una respuesta. Así pues, desde un punto de vista muy personal, antes que nada debo señalar que tanto ahora como en las primeras lecturas de *El izquierdismo* tenía la sensación de que en la rudeza de los compañeros alemanes había, a pesar de todo, la oscura previsión de una realidad de la lucha de clases que no podía ser reducida a la experiencia bolchevique. De hecho, los comunistas alemanes luchaban contra una socialdemocracia que no sólo era un conglomerado de jefes corruptos, un conjunto de representantes de la aristocracia obrera, sino también un extraordinario mecanismo de integración capitalista, un instrumento directo –en absoluto irrelevante– de la reproducción social de las relaciones capitalistas, un escalón en el lento pero seguro avance del capital hacia su reestructuración en capital social. De hecho, los comunistas alemanes, los holandeses y los ingleses no podían luchar, siguiendo la estela de la tradición, por el democratismo consecuente: los sindicatos, los partidos y el resto de instituciones representativas se estaban convirtiendo en elementos imprescindibles para la integración, en elementos del nuevo sistema de formación de legitimidad social del capital. Sólo a través de la incidencia directa en los mecanismos representativos, destrozándolos, generando un espacio político directo con la acción de la variable obrera, éstos podían llegar a dotarse, dentro de la perspectiva de la reestructuración capitalista y a medio o largo plazo, de una dimensión ofensiva y teórica revolucionaria apropiada. ¿En qué afectaba la crítica de *El izquierdismo* a estos compañeros? ¿No representaba finalmente –para ellos, frente a los problemas provocados por la respuesta capitalista– una postura ajena a las exigencias de la composición de clase obrera en la que se movían? ¿No significaba para ellos *El izquierdismo* más la conclusión del discurso insurreccional ruso que el inicio de un análisis específico de la extensión del proceso revolucionario en Europa occidental? ¿Y no era cierto que sólo era posible anticipar la iniciativa capitalista existente insistiendo en la nueva forma de organización de base, en la apertura de un proceso de luchas no dentro del sindicato, sino contra el sindicato? ¿Y no era el rechazo de los organismos estatales de mediación política –ya fueran organismos de denuncia o de propaganda– la manera de poder poner en marcha un proceso de reapropiación y de defensa de las masas de los espacios de poder?

Todo lo anteriormente expresado no es más que una opinión. Si fuese completamente acertada, *El izquierdismo* se revelaría como una obra muerta, su eficacia podría interpretarse exclusivamente en términos de denuncia moralista, de impulso del activismo de los cuadros militantes. Esto no es así, *El izquierdismo* es también algo más, es el intento de acelerar los tiempos del proceso revolucionario a través de la exportación revolucionaria de un modelo victorioso, es el intento de invertir la relación entre composición y organización en los países de Europa occidental. *El izquierdismo* representa

sobre todo –dentro del pensamiento de Lenin– la voluntad de actuar en el corto plazo del proceso de la revolución internacional. Desde este punto de vista, son obvios sus tremendos límites de previsión y tienen poca importancia los límites de adecuación a las diferentes composiciones de clase. Al menos en el corto plazo. Pero esto no significa que los límites no fueran *reales* y que, una vez desaparecida la capacidad directamente leniniana de dirigir el proyecto, éstos adquirieran una gran importancia, ya que determinaron condiciones en absoluto irrelevantes de la tragedia de las décadas de los veinte y los treinta.

En el largo plazo la corrección de la definición del extremismo como fenómeno pequeñoburgués ha acabado por confundirse con derivaciones ambiguas; posteriormente, al margen de la dirección leniniana de la Internacional Comunista, sin duda fue reducida a simple instrumento represivo. La cuestión se ha convertido en algo confuso. Una vez más, el anarquismo fue mostrado como «una especie de castigo por los pecados de oportunismo del movimiento obrero»[22]. Pero hoy día nos encontramos en condiciones de recuperar la validez de la definición leniniana del extremismo como ideología pequeñoburguesa sin caer en las arenas movedizas de las versiones tradicionales. Y tanto más seremos capaces de esta recuperación y de llevar a cabo en el ámbito del leninismo esta operación radical de limpieza, si tenemos en cuenta una serie de aspectos de *El izquierdismo*, que sirven para definir la dimensión más profunda y auténtica del bolchevismo como arma de la subversión proletaria.

32. HACIA UN NUEVO CICLO DE LUCHAS

El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo no es sólo una definición correcta de una desviación pequeñoburguesa, aventurera y terrorista; no es sólo la propuesta del modelo soviético y el intento de impulsar –en esos términos y a corto plazo– una aceleración extraordinaria del proceso revolucionario; tampoco es únicamente un compendio de ejemplos o aplicaciones del modelo bolchevique en diferentes contextos de la lucha de clases y de la organización en los países de Europa occidental, con todas las dificultades que esto implica. *El izquierdismo* representa también el inicio de la una *nueva temática*, el presagio firme y voluntario de un nuevo ciclo de luchas, los comienzos del debate sobre la estrategia, la táctica y la organización del movimiento comunista internacional. Y esto no sólo en el sentido de la repetición de la aventura dialéctica de la transformación, de la inversión de la relación entre composición y organización, no sólo en el sentido –ya aludido– de una aceleración de la llegada de la revolución a corto plazo por mor de la convicción leniniana de una transformación subjetiva provo-

[22] *Ibid.*, p. 165.

cada por el triunfo soviético sobre la composición de clase en los países de capitalismo avanzado. Hay más. En *El izquierdismo* podemos distinguir *un segundo nivel* de análisis y de propuesta política: algo que parece convivir con todo lo afirmado hasta el momento, pero que no resulta homogéneo, dado que Lenin –en vez de entender la cuestión de la revolución internacional como *conclusión* derivada del modelo bolchevique– articula el debate en torno a un elemento *nuevo* y *original*, la nueva composición de la clase obrera internacional. Desde este punto de vista, *El izquierdismo* aporta unos elementos de análisis y propuestas cuya extraordinaria fertilidad únicamente hoy día podemos quizás aprovechar.

Obviamente, no hay que sobredimensionar el nuevo planteamiento leninista. Sin embargo, Lenin no tiene ninguna duda en considerar *completamente cerrado* el periodo histórico que va desde la Comuna de París a la Primera República Socialista Soviética[23]. Es más: «Después de la revolución proletaria en Rusia y de sus victorias en escala internacional, inesperadas para la burguesía y los filisteos, el mundo entero se ha transformado y la burguesía es también otra en todas partes. La burguesía se siente asustada por el "bolchevismo" y está irritada contra él casi hasta perder la razón; precisamente por eso acelera, de una parte, el desarrollo de los acontecimientos y, de otra, concentra la atención en el aplastamiento del bolchevismo por la fuerza, debilitando con ello su posición en otros muchos terrenos. Los comunistas de todos los países avanzados deben tener en cuenta para su táctica estas dos circunstancias»[24]. Por esta razón, «sin dominar todos los medios de lucha podemos correr el riesgo de sufrir una enorme derrota –a veces decisiva–, si se producen cambios, independientes de nuestra voluntad, en la situación de las otras clases que pongan al orden del día una forma de acción en la cual somos particularmente débiles»[25]. «Violencia» y «nuevas formas de intervención del adversario de clase»: éstos son los terrenos donde los comunistas, como vanguardia de la clase obrera, deberán medirse en el nuevo ciclo de luchas. Llegados a este punto, el posibilismo leninista poco tiene que ver con una disponibilidad unilateral respecto a las cuestiones de la organización (con un complemento necesario de cinismo teórico); se identifica más bien con la espera armada de la apertura del nuevo ciclo.

Si las cosas son de esta manera, la visión teórica y la perspectiva estratégica deben abrirse de nuevo por completo, siguiendo todo el recorrido dialéctico del programa. Llegados a este punto, la insistencia leninista en la necesidad de articular y reconstruir los rasgos *específicos* del diseño estratégico internacional[26] debe interpretarse al margen del marco de un orden burocrático de especialización, ordenado por el aparato central a los

[23] V. I. Lenin, *Obras escogidas*, vol. 1, p. 35.
[24] *Ibid.*, p. 418.
[25] *Ibid.*, p. 415.
[26] *Ibid.*, p. 410.

ministerios de asuntos exteriores. Esta insistencia, esta preocupación, esta demanda aparecen más bien como el intento de refundar en las nuevas dimensiones de la iniciativa una idea de composición de clase, de refundar sobre ella, sobre los *modos concretos* de su expresión, la *única* tarea internacional de los comunistas. Si regresáramos al estudio leniniano de la dialéctica, podríamos denominar a ésta una investigación de la nueva «esencia» del movimiento, entendiendo movimiento y esencia no simplemente como conexión y coordinación, sino como una nueva producción de lucha revolucionaria. Todas las condiciones del proceso son materiales y se identifican con las particularidades nacionales, siendo su motor la fuerza de la clase obrera: no es casual que «los grandes países capitalistas desarrollados avancen por ese camino *mucho más rápidamente* que el bolchevismo, al cual la historia le ha concedido un plazo de quince años para prepararse como tendencia política organizada a fin de conquistar la victoria»[27].

Repitámoslo. No hay que exagerar este planteamiento leninista. Estamos recorriendo un segundo nivel de su pensamiento, superado a menudo por otras exigencias. Y, sin embargo, la fascinación que generan estas páginas es inmensa. De hecho, de un modo más o menos específico, la propuesta teórica no sólo se basa en la refundación de la composición de clase como elemento fundamental (ejemplizante, no paradigmático) del proceso revolucionario, sino que el análisis trata de ser algo interno a esta refundación, no soporta el desconocimiento de los procesos, trata de centrarse inmediatamente en el paso decisivo. «Ahora hay que concentrar todas las fuerzas y toda la atención en el paso "sucesivo", que parece ser –y, desde cierto punto de vista, lo es, en efecto– menos fundamental, pero que, en cambio, está prácticamente más cerca de la solución efectiva del problema, a saber: buscar las formas de "pasar" a la revolución proletaria o de "hacerla más próxima". La vanguardia proletaria está conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia el triunfo. Pero de esto al triunfo dista todavía un buen trecho. Únicamente con la vanguardia es imposible vencer. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esa vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella y no son incapaces por completo de apoyar al adversario, sería no sólo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar esa posición, la propaganda y la agitación por sí solas son insuficientes. Para ello se precisa la propia experiencia política de las masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy con fuerza y realce sorprendentes tanto por Rusia como por Alemania. No sólo las masas incultas, en muchos casos analfabetas, de Rusia, sino también las masas de Alemania, muy cultas, sin un solo analfabeto, necesitaron experi-

[27] *Ibid.*, p. 410.

mentar en su propia carne la importancia, toda la veleidad, toda la flaqueza, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la Segunda Internacional, toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios (Kornílov en Rusia, Kapp y compañía en Alemania), única alternativa frente a la dictadura del proletariado, para orientarse decididamente hacia el comunismo.»[28]

A pesar de la indeterminación del discurso, del tono metodológico de su desarrollo, poco a poco, gracias a la restauración del tejido de la composición de clase podemos distinguir algunos elementos fundamentales de las luchas del nuevo ciclo. El primer elemento es «la experiencia política de las propias masas»; el segundo, la insistencia en «la última y decisiva batalla» a la que las masas son llamadas, a la que deben concurrir. Detrás de estas indicaciones comienza a aflorar *un nuevo sujeto* –distinto al de la experiencia rusa y el modelo soviético–, un sujeto de masas, capaz de producir comunismo. Debido a la nueva composición y a la existencia de un sujeto más maduro, las propias modalidades de la táctica deben ser modificadas. Y, de hecho, Lenin, en un principio preocupado sobre todo por la observación y el análisis de los procesos tácticos entre la lucha democrática y la lucha socialista, entre la lucha económica y la lucha política, se centra cada vez más en un concepto extremadamente consistente y destructivo de lucha obrera anticapitalista. Lo que –a partir del nuevo sujeto obrero– interesa realmente a Lenin no son ya las disertaciones –características del ciclo de luchas precedente– en torno a la democracia y el socialismo: lo que realmente le interesa es que ahora la lucha obrera *puede* golpear en el corazón del capital, *utilizar la crisis en su contra*. Uso anticapitalista de la crisis, hasta sus últimas consecuencias: «La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas las revoluciones, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como viven y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando como viven y gobiernan. Sólo cuando *los "de abajo" no quieren* y los "de arriba" *no pueden seguir viviendo como en el pasado*, sólo entonces puede triunfar la revolución. En otras palabras, esta verdad se expresa del modo siguiente: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores). Por consiguiente, para hacer la revolución hay que conseguir, en primer lugar, que la mayoría de los obreros (o, en todo caso, la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos, políticamente activos) comprenda a fondo la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella; en segundo lugar, es preciso que las clases dirigentes atraviesen una crisis de gobierno que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas (el síntoma de toda revolución verdadera es la rápida decuplicación o centuplicación del número de hombres aptos para la lucha política per-

[28] *Ibid.*, p. 412.

tenecientes a la masa trabajadora y oprimida, antes apática), que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios»[29].

Pero esto no es suficiente. Al repasar este segundo nivel de *El izquierdismo* da la sensación de que las reglas de la táctica y la estrategia no sólo se transforman radicalmente en los momentos principales de crisis (uso obrero de la crisis, lucha directamente comunista), sino en la totalidad de su articulación. En el nuevo ciclo de luchas, con el nuevo sujeto obrero, parece reducirse el gradualismo de la táctica y el partido. La inversión de la relación composición-organización propia de la Revolución de Octubre parece encarnarse ahora en la nueva composición de clase. De este modo, lo que realmente interesa a Lenin es la *acumulación de las luchas*, su agregación hasta constituir un ciclo, una agregación donde todas las luchas se dirigen contra el capital, persiguiendo la activación no de varios procesos, sino *del proceso decisivo*. La lucha obrera hace madurar los procesos capitalistas y expone al capital al más duro de los ataques: «El zarismo victorioso se ve obligado a destruir apresuradamente los restos del modo de vida preburgués, patriarcal en Rusia. El desarrollo burgués del país progresa con rapidez notable. Las ilusiones al margen y por encima de las clases, las ilusiones sobre la posibilidad de evitar el capitalismo, se desvanecen. La lucha de clases se manifiesta de modo absolutamente nuevo y con mayor relieve»[30]. Llegados a este punto, «la extraordinaria riqueza de contenido de las luchas»[31] se manifiesta en objetivos netamente revolucionarios. «Pues todos estos sectores de la vida social, en la época del imperialismo en general y sobre todo ahora, después de la guerra, que ha atormentado a los pueblos y que les ha abierto rápidamente los ojos a la verdad (a la verdad de que decenas de millones de hombres han muerto o han quedado mutilados únicamente para decidir si serían los bandidos ingleses o los bandidos alemanes quienes saquearán más países), todos estos sectores de la vida se saturan particularmente de materias inflamables y dan origen a muchos conflictos, a muchas crisis y a la exacerbación de la lucha de clases. No sabemos ni podemos saber cuál de las chispas que surgen ahora en enjambre por doquier en todos los países, bajo la influencia de la crisis económica y política mundial, podrá originar el incendio, es decir, despertar de una manera especial a las masas. Por eso, con nuestros principios nuevos, comunistas, debemos emprender la "preparación" de todos los campos, cualquiera que sea su naturaleza, hasta de los más viejos, vetustos y, en apariencia, más estériles, ya que, en caso contrario, no estaremos a la altura de nuestra misión, nos faltará algo, no dominaremos todos los tipos de armas, no nos prepararemos ni para la victoria sobre la burguesía (la cual ha organizado la vida social en todos sus aspectos a la manera burguesa y ahora la ha desorganizado de esa misma

[29] *Ibid.*, p. 405.
[30] *Ibid.*, p. 357.
[31] *Ibid.*

manera) ni para la reorganización comunista de toda la vida, que deberemos realizar una vez obtenida la victoria»[32].

Táctica y estrategia articuladas sobre un nuevo sujeto, capaz de realizar el comunismo, capaz de dar el último y decisivo paso. Énfasis en la espontaneidad, en la articulación y variedad de las formas de lucha, en el carácter acumulativo que demuestran a medio plazo, en el carácter destructivo que hacen explícito en los periodos de crisis. *¿Y la organización?* A este respecto hay que resaltar dos ideas: la primera es que Lenin considera «completamente acabado» el periodo histórico en el que aún era válida «la opinión que hemos defendido siempre, a saber: que la socialdemocracia revolucionaria alemana [...] estaba más cerca que nadie del partido que necesitaba el proletariado revolucionario para vencer»[33]. La segunda idea es que «hoy ha surgido en el mundo entero la idea del poder soviético, idea que se extiende con rapidez inusitada entre el proletariado de todos los países»[34]. De este modo, en función de estas ideas, la organización deberá transformarse. No repitamos «los errores dialécticos» de los jefes de la Segunda Internacional: «Comprendían perfectamente la necesidad de una táctica flexible, habían aprendido y enseñaban a los demás la dialéctica de Marx (y mucho de lo hecho por ellos en este terreno será considerado siempre como una valiosa adquisición de la literatura socialista), pero, al aplicar esta dialéctica, han incurrido en un error de tal naturaleza o se han mostrado en la práctica tan apartados de la dialéctica, tan incapaces de tener en cuenta los rápidos cambios de forma y la rápida entrada de un contenido nuevo en las antiguas formas, que su suerte no es más envidiable que la de Hyndmann, Guese y Plejánov. La causa fundamental de su bancarrota consiste en que "han fijado su mirada" en una forma determinada de crecimiento del movimiento obrero y del socialismo, olvidando el carácter unilateral de la misma; han tenido miedo a ver la brusca ruptura, inevitable por las circunstancias objetivas, y han seguido repitiendo las verdades simples aprendidas de memoria y a primera vista indiscutibles: tres son más que dos. Pero la política se parece más al álgebra que a la aritmética y todavía más a las matemáticas superiores que a las matemáticas elementales. En realidad, todas las formas antiguas del movimiento socialista se han llenado de un nuevo contenido; ante las cifras ha aparecido un signo nuevo, el signo "menos". Nuestros sabios, sin embargo, seguían (y siguen) tratando con tozudez de persuadirse y persuadir a todo el mundo de que "menos tres" es más que "menos dos"»[35].

La organización debe transformarse también adaptándose a los nuevos contenidos de la composición de clase. En el marco de este segundo estrato de *El izquierdismo*, las nece-

[32] *Ibid.*, pp. 417-418.
[33] *Ibid.*, pp. 361-362.
[34] *Ibid.*, p. 359.
[35] *Ibid.*, p. 420.

sidades del movimiento abortan a menudo la linealidad de la argumentación, como sucede cuando Lenin se aferra a la esperanza de reconquistar las viejas organizaciones: «Las antiguas formas se han hundido, pues ha resultado que su nuevo contenido –anti-proletario, reaccionario– ha adquirido un desarrollo desmesurado. Desde el punto de vista del desenvolvimiento del comunismo internacional poseemos hoy un contenido tan sólido, tan fuerte y tan potente de nuestra actividad (por poder de los soviets, por la dictadura del proletariado) que puede y debe manifestarse en cualquier forma, tanto antigua como nueva; que puede y debe transformar, vencer, someter todas las formas, no sólo nuevas, sino también antiguas, no para conciliarse con estas últimas, sino para saber convertirlas todas, las nuevas y las viejas, en un arma de la victoria completa y definitiva, decisiva e irremisible del comunismo»[36]. Pero esto no puede ocultar la intensidad y novedad que supone el proceso dialéctico que va de la nueva composición de clase a la nueva organización, un proceso que, aunque no aparece descrito en este segundo estrato de *El izquierdismo*, es objeto de una intensa alusión a lo largo de sus páginas. De nuevo –y una vez reducida la capacidad bolchevique de anticipación y dirección–, la lucha obrera volverá a ser la clave de la lectura filológica de Lenin. Y volverá a llenar las alusiones al mismo de contenidos explosivos. Nuestra filología también funda en esta nueva lucha obrera, en este nuevo ciclo de luchas, la nueva organización.

33. DE *EL IZQUIERDISMO, ENFERMEDAD INFANTIL DEL COMUNISMO* AL *¿QUÉ HACER?*

El desarrollo de la lucha de clases se ha encargado de resolver el difícil equilibrio de *El izquierdismo*. Esto se ha producido, por una parte, gracias al descubrimiento de su lado negativo, dado que la parábola de la Internacional Comunista no puede ser más propicia a la hora de revelar implacablemente las gravísimas desviaciones «de derechas» que surgieron en la polémica contra el «izquierdismo»: hasta tal punto que quedó definitivamente rota la propia unidad del movimiento obrero internacional, sin posibilidad alguna de ser restaurada. Y, por otra parte, gracias al descubrimiento de su lado positivo, interpretado por las nuevas luchas obreras en todo el mundo. A este respecto, hay que destacar que precisamente los elementos del «segundo nivel», con los que Lenin intenta reinterpretar y dotar de una visión de partido a algunas posturas de los «extremistas», son los que han tenido el máximo espacio de expresión y afirmación a través de las luchas. De todas formas, el desarrollo de la lucha de clases provocó la máxima y extrema ruptura de las dos partes de *El izquierdismo*.

Hay quien, a partir de esta certeza ha considerado el pensamiento de Lenin como una cáscara vacía que debe ser rechazada. Pero ¿es esto justo? Si únicamente tuviése-

[36] *Ibid.*, pp. 420-421.

mos en cuenta las razones de la tradición y no nos quedara otro remedio que respetarlas, si sólo atendiéramos a la función consuetudinaria de la continuidad institucional del movimiento obrero, lo sería sin lugar a dudas. Pero no lo es desde el punto de vista dialéctico, porque las dos caras del complejo equilibrio leninista son aspectos reales, se desarrollaron no sólo en la historia institucional del movimiento obrero, sino sobre todo dentro de la composición política de la clase obrera. Aquí, la victoria de la dimensión institucional resultó efímera, y aquí el desarrollo tendencial de la segunda dimensión hacia una nueva composición política comunista de la clase ha resultado imparable. Así pues, nuestra tarea no se centrará en la crítica antileninista, sino en el esfuerzo de identificar y hacer explícita en las luchas obreras –de forma victoriosa, desde una perspectiva organizativa– la tendencia a la que Lenin alude. Se trata, por decirlo de alguna manera, de retornar de *El izquierdismo* al *¿Qué hacer?*, a la refundación leninista del nuevo proyecto estratégico aludiendo a la nueva composición de la clase obrera. La tarea revolucionaria descubre este aspecto dialéctico del todo irrenunciable.

Pero de ninguna manera esta tarea puede ser planteada de forma ambigua. Recuerdo que, a partir de 1969, entre las vanguardias más experimentadas del movimiento revolucionario se introdujo la consigna «Comencemos a tener en cuenta a Lenin». Pero ¿cuáles fueron los resultados? La torpe repetición de algunos aforismos, la reproducción mecánica de algunos esquemas burocráticos, el reflujo teórico, la caída en las tesis del reformismo. Éste no es el desarrollo de la renovación leninista que deseamos; ésta no puede ser definida entre el formalismo y el empirismo, debe convertirse en una sustancial adhesión leninista a la praxis colectiva, a la composición política de la clase obrera. De manera rigurosa.

Necesitamos realizar una reconstrucción histórica del desenvolvimiento de la lucha de clases desde la época de Lenin hasta nosotros. ¿Cuántos y cuáles son los periodos de lucha que han transcurrido desde entonces? Sin lugar a dudas, podemos dar por concluido el periodo del difícil equilibrio entre obreros y partido, durante el cual la figura del obrero masa, por fortuna, sustituyó con la espontaneidad la carencia de una dirección ofensiva del partido: pero, hoy día, ¿qué tipo de articulación se está produciendo entre el insustituible movimiento de dirección de la acción de masas «desde abajo» y las funciones de ataque? ¿Cómo se rearticulan, para decirlo con las palabras de Lenin, «los movimientos del brazo derecho con los del izquierdo»? La crisis histórica del capital en la que estamos inmersos, y que promete un periodo represivo no precisamente breve, persigue nuevos mecanismos, para reestructurar la clase: ¿cómo podemos anticipar en este marco y con esta perspectiva la iniciativa capitalista? Y, más aún: ¿de qué manera se recomponen y reestructuran los diferentes componentes del movimiento proletario en esta nueva etapa histórica de la lucha de clases? ¿Qué relación existe entre autonomía y dirección? Otras muchas veces hemos subrayado la importancia que la nueva composición política de la clase atribuye a los movimientos de la autonomía

proletaria, dado que éstos anticipan y/o siguen las operaciones –a través de líneas internas y verticales– del poder capitalista: ¿pero de qué manera puede recomponerse un sentido de dirección de este movimiento, cómo puede ser construido –necesariamente– desde abajo y desde dentro? Hemos vuelto a insistir en la tendencia proletaria a la reapropiación directa, a la estabilización, a partir de este hecho, de un dualismo de poder en el medio plazo: en este contexto, ¿cómo se definen y construyen las fases de la dictadura obrera y proletaria previa al comunismo?

Estos son sólo algunos de los problemas que tenemos presentes y que buscan solución en la práctica de las masas. En realidad, la teoría del nuevo «¿qué hacer?» es tremendamente compleja, porque, como nos ha enseñado Lenin, la totalidad del problema es la que la condiciona y une de forma inseparable formas y contenidos. El proceso de reorganización de la clase parte de una serie de premisas fundamentales, entre las cuales la más prioritaria es la necesidad que tiene la clase de reapropiarse de la propia organización, para convertirla de forma inmediata en una exigencia de poder. La misma problemática de la organización nace y se desarrolla, desde una perspectiva leninista, en total consonancia con estos comportamientos fundamentales. La clase obrera muestra una riqueza extraordinaria, la tendencia a la organización se va afirmando entre comportamientos liberadores y luchas de poder, es una masa compacta y poderosa la que busca una nueva fuerza de expresión. Ante esta violencia generada por los procesos de las masas, frente a esta «explosión geológica» del movimiento, ¿para qué sirven las viejas cantinelas y los viejos iconos? Una vez más, desde el punto de vista de la dialéctica leninista, hay que reconocer que el proceso dialéctico aparece determinado no sólo por el dominio de la totalidad sobre los contenidos y formas de las partes, sino también por la fuerza autoproductiva del propio proceso, por su violencia y radicalidad. En la actualidad, son las masas quienes escriben el nuevo «¿qué hacer?»: Lenin había hecho ya alusión a esta tarea, al dedicar el segundo estrato de *El izquierdismo* a la fuerza de las masas, a la violencia del proceso revolucionario internacional.

Entiéndase bien: no nos estamos refiriendo de nuevo a una vieja actitud espontaneísta, a un comportamiento «que se sitúa a la cola de las masas». La experimentación continua de la nueva síntesis organizativa, el riesgo permanente a revelar a las masas lo que construyen los movimientos materiales de la clase son deberes subjetivos. Pero ¡«deberes», no «delegaciones» de ningún tipo! Al arrebatarla al movimiento obrero institucional, la clase obrera rompió con todo tipo de delegación. No sólo se trató de la respuesta a la «traición» del movimiento obrero institucional, sino de una transformación sustancial y radical de la composición política de la clase. Si se quiere hablar en términos de «traición», hay que indicar que ésta no consistió en dejar de ser fieles al modelo original del bolchevismo, sino en no ser capaces de mediar, a través de la revolución continua de la organización, entre los dos aspectos del difícil equilibrio que Lenin trató de mediar en *El izquierdismo*. La continuidad sólo podía identificarse con

una transformación permanente, un riesgo subjetivo a la hora de anticipar y revelar lo que las masas construían dentro de su proceso de liberación y lucha por el poder. Ningún tipo de «delegación» ni siquiera para «traicionar». Ningún tipo de «delegación» ni siquiera para identificar el terreno de la nueva síntesis organizativa. Sólo riesgo ante la anticipación teórica y práctica y, por lo tanto, desarrollo de una función específica del propio movimiento de masas.

Pero ¿cómo avanzar si la única práctica del «qué hacer» que en la actualidad está permitida es intensificar *todos* los momentos de la autonomía? ¿De qué forma se producirá el paso a la unidad, no sólo del programa sino del compromiso, del «último y decisivo» compromiso que Lenin identifica como nuestro deber adecuado y sobre el que centra el argumento principal de su última obra? Que es lo mismo que preguntarse: ¿cómo se transforma la definición materialista de la esencia como conexión y coordinación en la definición del movimiento como producción, característica de la dialéctica materialista del leninismo? Que a su vez es lo mismo que preguntarse: ¿cómo se configura en la actualidad, respecto a la composición política determinada de la clase, la práctica leniniana de la inversión revolucionaria de la relación «composición-organización» en la relación «organización-composición»?

Hoy día, de la necesaria respuesta a estos interrogantes sólo podemos ofrecer afirmaciones parciales. Elementos dispersos pero que hunden sus raíces en el comportamiento de las masas. La *autonomía* obrera y proletaria es el tejido fundamental en el que se asientan estos comportamientos. Y es a partir del análisis interno de la autonomía obrera desde donde se pueden desarrollar los capítulos de un *¿Qué hacer?* que hunda sus raíces en la composición de clase actual. En el plano táctico, a través del proceso, intermitente pero continuo, que conduce de las *reivindicaciones* comunistas (radicalmente igualitarias) *sobre el salario* y la renta a la *acción* directa *de apropiación*, a momentos de organización y *gestión del poder*. En el plano organizativo, a través del proceso, a saltos pero ininterrumpido, que va del *pluralismo* de los elementos organizativos y de la *pluralidad* coetánea de *todas* (en el sentido leninista: legales e ilegales) las formas de lucha a la *coordinación* de la iniciativa general y a la *acumulación* de los momentos de enfrentamiento. La autonomía obrera ha aprendido a gestionar una auténtica revolución organizativa permanente. En nuestros días la autonomía no teme el peligro de una eventual dispersión de su fuerza porque es consciente de que este tejido molecular forma parte de unas relaciones de fuerza irreductibles. La autonomía, sin embargo, rechaza todo tipo de gradualismo en la gestión de la lucha, ya que esto implicaría la destrucción de su fuerza, significaría delegación y representación de un poder que la clase sabe que es capaz de gestionar. La convicción más importante que posee hoy día la clase obrera es que la constitución del poder no se produce en virtud de la representación y la delegación, sino que tiene su origen, de forma estable, en la propia clase. La estrategia, la vía que establece la dialéctica revolucionaria hacia el salto

cualitativo, no puede identificarse, en ningún caso, con algo análogo al proceso de representación.

Se trata de una discontinuidad que debe insertarse dentro de la clase, en su inmediatez, en su particularidad. Su esencia debe reconocerse como productiva y al mismo tiempo debe negarse como conexión.

Todo esto no resuelve, sin embargo, los problemas que nos acucian: únicamente nos hemos limitado a reformularlos desde el punto de vista de los comportamientos políticos de la clase. Sólo penetrando con mayor profundidad en la complejidad de las relaciones de fuerza que configuran la composición de clase, sólo profundizando –en el nexo indisoluble que los mantiene unidos– en el análisis de los comportamientos de clase y del desarrollo capitalista podrá originarse el mecanismo de solución de estas cuestiones. La relación entre la teoría de *El imperialismo, fase superior del capitalismo* y la estrategia de la insurrección –que Lenin estudia durante los años de la primera guerra imperialista– es un modelo perfecto (adecuado a su tiempo) del camino que ha de seguir el pensamiento revolucionario. Hoy, como entonces, el análisis está obligado a recorrer las interconexiones existentes entre las luchas y el desarrollo capitalista, entre las luchas y las crisis, la reestructuración, etc. En la medida en que las luchas han impuesto el desarrollo al capital, su inmanencia respecto a la estructura material del poder se ha hecho más fuerte. De ahí la necesidad de un análisis específico, siempre inamovible desde el punto de vista de clase y siempre cambiante respecto a las interrelaciones del poder. En la actualidad tenemos la posibilidad de interpretar desde nuestro punto de vista aspectos que el capital es incapaz de interpretar con el suyo. El esquematismo, el formalismo y el irracionalismo propios de las ciencias humanas y sociales del capital no le permiten ni siquiera describir los efectos de la explotación que llegó a esbozar el propio radicalismo burgués, y no le permiten acometer siquiera las intervenciones de reestructuración que pudo llevar a cabo hasta la década de los treinta. Únicamente el punto de vista de clase es capaz de explicar el contexto actual y la situación de las relaciones de fuerza. El capital llegará a reconocer esto –y está obligado a ello– cuando tenga la posibilidad de manipular con anticipación y por la fuerza los elementos que componen el punto de vista obrero. Podríamos poner a este respecto muchos ejemplos, como la inflación o el papel de las multinacionales. Pero éste no es el lugar. Nuestro objetivo aquí sólo es recuperar, intencionadamente y de una manera no formal, las enseñanzas de Lenin: el análisis que el capital distorsiona para poder controlar el desarrollo nosotros debemos transformarlo para agudizar la crisis.

Con esto último nos acercamos mucho a la operación leninista de inversión de la praxis. El proceso dialéctico se centra en el cruce entre la voluntad revolucionaria y la crisis capitalista, que sólo la perspectiva científica de clase puede definir. Desde este punto de vista, el leninismo se identifica con la posibilidad del análisis marxiano de convertirse en arma del proletariado, en armamento de las masas. Hemos visto, estu-

diado y vivido momentos en los que todo esto ha tenido lugar. La crítica y la autocrítica están ahora obligadas, en la continuidad de una nueva exégesis leninista –totalmente práctica y de masas–, a desarrollarse. En realidad, lo que hemos vivido en los países europeos, y especialmente en Italia, a lo largo de la década de los sesenta representa una extraordinaria experiencia preparatoria de cara a un proceso revolucionario que madurará más adelante y lo hará en términos de ataque. Pero sólo podrá crecer adecuadamente el proceso de la organización revolucionaria si desarrollamos el análisis crítico y autocrítico de nuestro particular 1905 y sólo si lo hacemos a escala de masas.

Nos esperan tiempos terribles. El empleo terrorista de la crisis por parte del capital, la transformación represiva del Estado, la mutación definitiva de la regla del desarrollo, la caída de la ley del valor: vemos cómo todo esto se alza y se alzará aún con más dureza contra nosotros. Deberemos resistir. Descubriremos que *todas* las armas del proletariado serán utilizadas leninianamente, especialmente aquellas que una tradición de derrotas y traiciones nos ha negado. Una vez dicho esto, hay que añadir que la definición marxiana y leninista de nuestra tarea de destrucción del Estado para construir el comunismo sólo podrá producirse si existe un nuevo proyecto estratégico, en el marco de un consecuente ciclo internacional de luchas obreras.

Vuestro deber, como estudiantes y obreros, y el deber de todos los que caminamos bajo las banderas del comunismo es resolver a través de la práctica subversiva el problema de la insurrección y de la liberación.

[Este texto es el resultado de un seminario impartido por Antonio Negri en 1972 en Padua (Italia), en el Instituto de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas.]